



UN MISTERIO DE  
ADRIEN ENGLISH

# MUERTE DE UN REY PIRATA

**JOSH LANYON**

*Traducido por Traductores Anónimos*

## **Table of Contents**

**Portada**

**Tabla de contenidos**

**MUERTE DE UN REY PIRATA**

**Capítulo Uno**

**Capítulo Dos**

**Capítulo Tres**

**Capítulo Cuatro**

**Capítulo Cinco**

**Capítulo Seis**

**Capítulo Siete**

**Capítulo Ocho**

**Capítulo Nueve**

**Capítulo Diez**

**Capítulo Once**

**Capítulo Doce**

**Capítulo Trece**

**Capítulo Catorce**

**Capítulo Quince**

**Capítulo Dieciséis**

**Capítulo Diecisiete**

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Capítulo Veintiuno](#)

[Capítulo Veintidós](#)

[Capítulo Veintitrés](#)

[Capítulo Veinticuatro](#)

[Capítulo Veinticinco](#)

[nota al pie de la página](#)

[SOBRE EL AUTOR](#)

[Muerte de un rey pirata: Los misterios de Adrien English, Libro 4](#)





UN MISTERIO DE  
ADRIEN ENGLISH

**MUERTE DE UN  
REY PIRATA**

**JOSH LANYON**

*Traducido por Traductores Anónimos*

# Tabla de contenidos

Capítulo Uno

Capítulo Dos

Capítulo Tres

Capítulo Cuatro

Capítulo Cinco

Capítulo Seis

Capítulo Siete

Capítulo Ocho

Capítulo Nueve

Capítulo Diez

Capítulo Once

Capítulo Doce

Capítulo Trece

Capítulo Catorce

Capítulo Quince

Capítulo Dieciséis

Capítulo Diecisiete

Capítulo Dieciocho

Capítulo Diecinueve

Capítulo Veinte

Capítulo Veintiuno

Capítulo Veintidós

Capítulo Veintitrés

Capítulo Veinticuatro

Capítulo Veinticinco



**MUERTE DE UN REY PIRATA**  
**Los Misterios de Adrien English, Libro 4**  
**Josh Lanyon**  
**Traducido por Traductores Anónimos**

## Capítulo Uno

No era el tipo de fiesta que va conmigo.

Por supuesto, algunas personas podrían pensar que el hombre muerto la convertiría en algo de mi gusto, pero esa no sería una valoración justa de mis necesidades de entretenimiento —o de mi agenda social—. Me refiero a que habían pasado unos dos años desde la última vez en la que me había visto envuelto en una investigación de asesinato.

Vendo libros para ganarme la vida. También los escribo, pero no los suficientes para mantenerme con ello. Resulta que vendí una de mis obras al cine y por esa razón me encontraba en una fiesta de Hollywood, lugar que, como ya he dicho, no iba conmigo. O al menos no lo hacía hasta que Porter Jones se desplomó, cayendo de bruces en el cuenco de la *vichyssoise*.

Lamento decir que mi reacción inicial al ver cómo se desmoronaba fue de alivio.

Me había pasado los últimos diez minutos asintiendo cortésmente mientras él divagaba, intentando no esbozar una mueca de disgusto al percibir su fuerte aliento alcohólico cuando suspiraba en mi dirección durante sus poco frecuentes pausas. En realidad mi foco de atención estaba puesto en el guionista Al January, que estaba sentado a mi otro lado en la larga y concurrida mesa. January iba a trabajar en la adaptación para la gran pantalla de mi primera novela, *El crimen siempre es descubierto*. Quería escuchar lo que tenía que decir.

En vez de eso tuve que oír todo lo relacionado con la pesca del marlín blanco en alta mar en St. Lucia.

Me aparté de la mesa cuando la lechosa marea de sopa se filtró a través del mantel de lino. Alguien soltó una risita sofocada. El estruendo de las



voces y los cubiertos chocando contra la vajilla se extinguió.

—¡Por el amor de Dios, Porter! —exclamó la señora Jones desde el otro lado de la mesa.

Los hombros de Porter temblaban y por un momento creí que se estaba riendo, aunque no tenía ni idea de qué tenía de gracioso respirar sopa —había pasado por algo parecido recientemente—.

—¿Fue por algo que dijiste, Adrien? —preguntó en tono de broma, Paul Kane, nuestro anfitrión. Se levantó como si quisiera examinar mejor a Jones. Tenía uno de esos acentos británicos de colegio privado que logran que comentarios tan insignificantes como «¿podrías pasarme la mantequilla?» suenen tan interesantes como «dispara cuando estés listo».

La sopa caía goteando desde la mesa sobre mi asiento vacío. Yo miraba fijamente la silueta ahora inmóvil de Porter: las arrugas en la región posterior de su cuello grueso y bronceado; los cúmulos de grasa morena que asomaban por debajo del polo Lacoste añil; su brazo rollizo e inmóvil con un reloj Rolex de oro en la muñeca. Puede que pasaran veinte segundos en total desde el momento en el que se cayó hasta que finalmente me di cuenta de lo que había sucedido en realidad.

—¡Oh, mierda! —prorrumpí, y tiré de Porter para apartarlo del plato. Cayó a la derecha y se desplomó sobre la alfombra, llevándose mi silla y la suya con él.

—¡Porter! —chilló su mujer, ahora puesta en pie, con el pelo rubio decolorado extendido sobre sus hombros pecosos y regordetes.

—¡Maldita sea! —exclamó Paul Kane mirando al suelo, mientras su aplomo normalmente inquebrantable le abandonaba—. ¿Está...?

Era difícil determinar cuál era el estado exacto de Porter. La sopa hacía relucir su rostro; de igual modo brillaba su bigote plateado. Sus pálidos ojos parecían salirse de sus órbitas, como si se sintiera indignado por encontrarse

en semejante posición. Sus labios carnosos estaban abiertos, pero no emitió ninguna protesta. No respiraba.

Me arrodillé, y dije:

—¿Alguien sabe hacer la RCP? No creo que yo pueda.

—¡Que alguien llame al 911! —ordenó Kane, con el tipo de ademán y tono que podría haber empleado *El último corsario* en el puente de su bergantín.

—Podemos intercambiar posiciones —sugirió Al January, agazapado al otro lado del cuerpo de Porter. Era un sesentón delgado y elegante, a pesar de los pantalones rojo cereza que llevaba. Me gustaba su aire tranquilo; uno no espera calma de un hombre enfundado en un pantalón rojo cereza.

—Me estoy reponiendo de una neumonía —le expliqué. Aparté de un empujón las sillas caídas, haciendo espacio junto a Porter.

—Oh, vaya —replicó January, para acto seguido inclinarse sobre Porter.

\*\*\*\*\*

Ya todo había terminado cuando los paramédicos llegaron.

Para entonces nos habíamos desplazado al salón de la antigua mansión en Laurel Canyon. Éramos unos treinta; todos, exceptuándome a mí, estaban relacionados de una manera u otra con el mundo del cine y su realización.

Miré el reloj de bronce dorado que se encontraba sobre la elegante repisa de la chimenea y pensé que debía llamar a Natalie. Ella tenía una cita esa noche y quería cerrar la librería temprano. Asimismo debía llamar a Guy. De ninguna manera iba a poder sacar las fuerzas necesarias para salir a cenar esa noche —aunque pudiéramos escaparnos durante la siguiente hora—.

La esposa de Porter, que parecía lo bastante joven para ser su hija, se hallaba sentada junto al piano, llorando. Un par de mujeres la consolaban distraídamente. Me pregunté por qué no le estaba permitido permanecer junto

a él. Si me estuviera muriendo, seguro que querría tener junto a mí a alguien amado.

Paul Kane había desaparecido un rato antes en el interior del comedor, donde los paramédicos estaban haciendo lo que quiera que les quedara por hacer.

Una vez hubo regresado, anunció:

—Han llamado a la policía.

Hubo exclamaciones de gran inquietud y consternación.

Vale, así que no había sido una muerte natural. Había estado temiéndolo. No porque hubiera recibido algún entrenamiento específico o porque tuviera un don especial para reconocer el crimen..., no, simplemente tenía muy, muy mala suerte.

La mujer de Porter —Ally, según habían estado llamándola—, levantó la vista y preguntó:

—¿Está *muerto*?

Estaba convencido de que era obvio que estaba en las últimas desde el momento en que cayó boca arriba como una morsa arponeada, pero quizá ella fuera una persona optimista. O puede que sencillamente yo hubiera sufrido demasiadas malas experiencias.

Las mujeres que la acompañaban comenzaron a hacer de forma automática un sonido siseante para calmarla.

Kane se acercó a mí y, con esa sonrisa encantadora y estudiada en sus labios, quiso saber:

—¿Cómo lo llevas?

—¿Yo? Bien.

Por su sonrisa supe que no estaba engañando a nadie, pero realmente me sentía bien. Después de casi una semana en el hospital, cualquier cambio de escenario era una mejora y, a diferencia de la mayoría de la gente allí,

sabía qué esperar cuando alguien moría de forma inesperada y pública.

Kane se sentó en una otomana gigante tapizada en *chintz* —estaba claro que la habitación había sido decorada por un profesional, ya que nada en Paul Kane sugería el gusto por las rosas de mayo o los relojes de bronce dorado—, acto seguido fijó esos asombrosos ojos azules en mí, y aseguró:

—Tengo un mal presentimiento sobre esto.

—Bueno, sí —dije.

¿Una muerte violenta en el comedor? Por lo general no es algo bueno.

—¿Porter te dijo algo? No pude evitar notar que él te había acorralado.

—Habló principalmente sobre la pesca mayor en agua salada.

—Ah. Su pasión.

—La pasión es buena —comenté.

Kane me dedicó una sonrisa.

—Puede ser.

Le devolví la sonrisa con aire cansado. No pensé que se me estuviera insinuando; era más... un actor recitando su texto una vez le han dado pie.

Me dio unas palmaditas en la rodilla y se levantó.

—No debería tardar mucho más —vaticinó, con el optimismo de la inexperiencia.

Nos tuvieron allí esperando unos cuarenta minutos más; una vez pasaron, las puertas del salón giraron silenciosamente sobre sus goznes bien engrasados y entraron dos policías de traje. Uno de ellos tenía alrededor de treinta años, era hispano y desprendía esa energía fuerte y agresiva de los polis jóvenes y ambiciosos; y el otro era Jake Riordan.

Fue un golpe para mí. Jake era teniente, por eso no entendía qué hacía en la escena del crimen —excepto que se trataba de una escena del crimen de alto nivel—.

Cuando clavé la mirada en él, fue como verlo por primera vez —solo

que en esta ocasión contaba con información privilegiada—.

Parecía más viejo. Seguía poseyendo ese tosco atractivo: grande, rubio y con un aire de «no hago prisioneros». Pero más delgado y con los rasgos más angulosos en torno a los ojos. Más duro. Habían pasado dos años desde la última vez que lo había visto. Al parecer, no habían sido dos años de gozo, pero ya entonces había tenido esa cualidad indefinible. Como un joven Steve McQueen o un maduro Russell Crowe. Si andas con la gente del cine, comienzas a pensar en términos cinematográficos.

Observé cómo sus ojos ambarinos escudriñaban la habitación y encontraban a Paul Kane. Vi el alivio en el rostro de Kane, y me di cuenta de que se conocían: fue algo en la forma en que sus miradas se cruzaron, enlazándose para luego romper la conexión —nada que los demás pudieran captar—. Simplemente daba la casualidad de que estaba en condiciones de reconocer lo que significaba esa mirada en particular de Jake.

Y, como estaba familiarizado con las actividades extramaritales del exdetective Riordan, supuse que eso significaba que los rumores sobre Paul Kane eran ciertos.

—Amigos, ¿podrían prestarme atención? —habló el detective más joven—. Este es el teniente Riordan y yo soy el detective Alonzo.

Procedió a explicar que, si bien la causa exacta de la muerte de Porter Jones aún estaba por determinar, nos iban a hacer algunas preguntas, empezando por quienes estuvieron sentados junto a la víctima durante la comida.

—Esos serían Valarie y Adrien —informó Paul Kane.

La mirada de Jake siguió las indicaciones de Paul Kane. Sus ojos dieron conmigo. Por un instante su rostro pareció congelarse. Me alegré de haberlo advertido con unos segundos de antelación. Fui capaz de ignorarlo, lo que supuso una pequeña satisfacción.

—No entiendo —protestaba la viuda reciente, Ally—. ¿Está diciendo... qué está diciendo? ¿Que Porter fue *asesinado*?

—Señora —comenzó a decir el detective Alonzo en tono afligido. Jake le comentó algo en voz baja a Paul Kane, quien contestó. Jake interrumpió a Alonzo.

—Señora Jones, ¿por qué no vamos a la habitación de al lado? La guio hacia una puerta lateral del salón. Hizo un gesto con la cabeza para que Alonzo lo siguiera.

A pesar de las «causas indeterminadas» del detective Alonzo, parecía obvio que si la policía nos iba a interrogar, habían descartado casi por completo la muerte accidental o natural.

Un oficial uniformado ocupó el lugar de Alonzo y nos pidió que fuéramos pacientes y nos abstuviéramos de hablar entre nosotros —e inmediatamente todos comenzaron a hablar, en su mayoría a protestar—.

Después de unos minutos la puerta lateral volvió a abrirse y todos miraron con culpabilidad hacia el umbral. Ally Porter fue acompañada hasta la salida.

—La actuación de su vida —comentó Al January a mi lado. Lo miré y él sonrió.

—Valarie Rose —llamó el detective Alonzo.

Una mujer de cuarenta y tantos, morena y esbelta, se levantó. Rose se encargaría de dirigir *El crimen siempre es descubierto*, suponiendo que llegáramos a la etapa de rodaje —lo que en ese momento parecía improbable—. Llevaba un maquillaje minimalista y un traje de chaqueta negro. Parecía perfectamente preparada cuando pasó junto al detective Alonzo, para acto seguido desaparecer en la cámara interior.

Estuvo allí durante unos quince minutos, seguidamente la puerta se abrió; sin hablar con nadie, atravesó el salón. El detective Alonzo anunció:



—¿Adrien English?

Fue como si me llamaran a una consulta médica: «Está bien, Adrien. Esto no va a doler nada». Mientras entraba en la habitación contigua, sentí posadas en mí una silenciosa barrera de miradas.

Era una habitación confortable, probablemente el estudio de Paul Kane. Parecía el tipo de hombre al que le gustan los estudios. Librerías con puertas de cristal, una gran chimenea y muchos muebles de cuero. Los interrogatorios se estaban llevando a cabo en un rincón donde había una mesa y sillas. Jake estaba de pie junto a una gran ventana salediza que daba al jardín trasero. Me permití echar una ojeada a su perfil imperturbable antes de sentarme a la mesa frente al detective Alonzo.

—Bien... —Alonzo garabateó una nota preliminar en un bloc.

Jake se giró.

—Este es Adrien, con e —informó a su subalterno. Sus ojos se cruzaron con los míos—. El señor English y yo ya nos conocemos.

Era una manera de decirlo. Tuve un recuerdo repentino e incómodamente vívido de Jake susurrando contra mi pelo: «Cariño, lo que me *haces...*». Un recuerdo inoportuno donde los haya.

—¿Sí? —Si Alonzo se percató de que había cierta tensión en el aire, no dio señal alguna de ello, seguramente porque siempre hay tensión alrededor de la policía—. Bien, ¿dónde vive, señor English?

Nos quitamos de encima rápidamente los detalles sobre dónde vivo y qué hago para ganarme la vida. Luego, Alonzo preguntó:

—Bueno, ¿conocía bien al señor Jones?

—Lo vi por primera vez esta tarde.

—La Sra. Beaton-Jones dice que el difunto y usted mantuvieron un larga charla durante la comida, ¿no es así?

¿Beaton-Jones? Oh, vale. Estábamos en Hollywood. Los guiones eran

un accesorio de moda. La señora Beaton-Jones debía de ser la esposa de Porter, conjeturé.

—Él hablaba, yo escuchaba —contesté. Una cosa que he aprendido por las malas es a no dar a la policía información extra, motu proprio.

Le eché un vistazo a Jake. Volvía a estar mirando por la ventana. Llevaba una alianza de oro en su mano izquierda. Ésta atrapaba la luz. Como una mancha solar.

—¿De qué hablaba?

—Para ser sincero, no recuerdo los detalles. Principalmente me habló de la pesca de altura. Del marlín. En su lujoso yate de pesca deportiva Hatteras de 14 metros de eslora.

Los labios de Jake se crisparon mientras seguía mirando por la ventana.

—¿Está interesado en la pesca de altura, señor English?

—No especialmente.

—¿Cuánto tiempo estuvieron hablando?

—Tal vez diez minutos.

—¿Puede decirnos qué sucedió entonces?

—Me di la vuelta para tomar una copa. Él —Porter— simplemente... cayó hacia adelante sobre la mesa.

—¿Y qué hizo usted?

—Cuando me di cuenta de que no se movía, lo agarré del hombro. Se deslizó por la silla, cayendo en el suelo. Al January comenzó con la RCP.

—¿Sabe practicar la RCP, señor?

—Sí.

—La Sra. Beaton-Jones nos contó que usted se negó a realizarle la RCP a su marido.

Lo miré parpadeando. Luego dirigí mi atención hacia Jake. Sus ojos ambarinos se centraron en los míos.

—¿Por alguna razón, señor? ¿Es usted seropositivo por casualidad?

—No. —Me sorprendió un poco lo enfadado que estaba por la pregunta. Añadí de modo cortante—: Me estoy recuperando de una neumonía. No creí que pudiera hacerle un trabajo de reanimación adecuado. Si no hubiera habido ningún voluntario, lo habría intentado.

—¿Neumonía? No debió ser agradable. —Esto también lo soltó el novato del equipo—. ¿Fue hospitalizado por casualidad?

—Sí. Cinco días con sus noches plagados de diversión en el Hospital Huntington. Estaré encantado de darle el nombre y el número de mi médico.

—¿Cuándo le dieron de alta?

—El martes por la mañana.

—¿Y ya ha vuelto a hacer vida nocturna? —espetó Jake con un tono de mofa falsamente amigable—. ¿Cómo es que conoce a Paul Kane?

—Solo nos habíamos visto una vez antes. Compró los derechos de mi primer libro y posiblemente haga una película. Pensó que sería buena idea que conociera al director y al guionista, y sugirió que acudiera a esta fiesta.

—Entonces, ¿es escritor? —inquirió el detective Alonzo. Revisó sus notas como si quisiera enfatizar que no había mencionado antes ese detalle vital.

Asentí.

—Entre otras cosas —observó Jake.

Pensé que quizá debería refrenarse si no quería que hubiera especulaciones acerca de nuestra antigua amistad. Pero tal vez el matrimonio y su tenencia lo hicieran sentir a prueba de balas. No volvió a interrumpir mientras el detective Alonzo continuaba con el interrogatorio.

Respondí a sus preguntas, pero mi mente estaba centrada en la primera vez que había visto a Paul Kane. Cuando vives en el sur de California, te acostumbras a ver «estrellas de cine». Puedo decir por experiencia que

acostumbran a tener más imperfecciones de lo que puede apreciarse en pantalla; suelen ser más bajas, delgadas y pecosas. Y además, en la vida real su pelo casi nunca tiene tan buen aspecto. Paul Kane era la excepción. Era guapísimo, al estilo de un antiguo ídolo de matinées. A lo Errol Flynn. Tenía la constitución de una escultura de mármol, era alto, con los ojos azul medianoche y el pelo castaño con mechones más claros por el sol. Casi demasiado guapo, en serio. Los prefiero un poco más rudos. Como Jake.

—¡Ya, muy emocionante! —expresó Alonzo, como si Hollywood no fuera un lugar donde todo el mundo estuviera escribiendo un guion por si las moscas o hubiera vendido los derechos de un libro—. Bien, ¿de qué va su libro?

Con un tono seco le expliqué de qué trataba mi libro.

Alonzo arqueó las cejas ante la idea de que la historia de un actor shakesperiano gay y un detective amateur llegara a la gran pantalla, pero continuó escribiendo.

Jake se acercó a la mesa y se sentó frente a mí. Los músculos de mi cuello se tensaron con tanta fuerza que temí que la cabeza fuera a empezar a temblar.

—Pero también dirige esa librería en Pasadena, Intriga y Misterio Libros, ¿no? —preguntó Alonzo—. ¿Porter Jones era cliente?

—No que yo sepa. No soy consciente de haberlo visto antes de hoy.

Me obligué a mirar a Jake. Me estaba contemplando con fijeza. Quise averiguar si mi lenguaje corporal transmitía una impresión maniaco homicida. A la luz que entraba por la ventana salediza e inundaba la habitación, mis manos parecían delgadas y pálidas con una tracería de venas azules justo bajo la superficie.

Crucé los brazos y me apoyé en el respaldo de la silla, intentando parecer despreocupado en lugar de a la defensiva.

Estuvimos hablando durante treinta minutos, tiempo que parecía poco razonable para interrogar a alguien que ni siquiera conocía a la víctima. No podían pensar en serio que yo era sospechoso. *Jake* no podía creer de verdad que yo había quitado de en medio a ese hombre. Eché un vistazo al reloj de péndulo que había en la esquina. Las cinco en punto.

Alonzo volvió sobre los datos generales, que en su mayoría son irrelevantes, pero a veces se convierten en inesperadas pistas.

Para su sorpresa y mi alivio, *Jake* intervino con brusquedad:

—Creo que eso es todo. Gracias por su tiempo, Sr. English. Si necesitamos algo más, contactaremos con usted.

Abrí la boca para responder de forma automática y educada, pero lo que me salió fue una risa. Breve y sardónica. Nos pilló a ambos por sorpresa.

## Capítulo Dos

—¡Dios mío, tienes un aspecto horrible! —exclamó Natalie.

Batí las pestañas.

—Siempre sabes qué decir. —Me dediqué a revisar los recibos de venta del día.

Había contratado a Natalie dos años antes, cuando Angus, mi exayudante en la librería, partió hacia un lugar desconocido. Después de una sucesión de empleados temporales, dejé que mi madre —en contra de mi buen juicio— me persuadiera de contratar a Natalie.

En ese momento, Natalie era mi flamante nueva hermanastra. Después de más de treinta años de viudez, mi madre, Lisa, de pronto decidió volver a casarse y, junto al concejal Bill Dauten, habían venido tres hermanastras, por orden de nacimiento: Lauren, de treinta y tantos; Natalie, de veintitantos y Emma, de doce años.

Los Dauten eran la mejor familia del mundo. Me había mantenido alerta por si existiera un trasfondo insidioso, buscando alguna pista de que no todo era lo que parecía, pero no. Nada. Bueno, quizá Bill se excediera con el Jägermeister en las vacaciones y se pusiera vergonzosamente sentimental, también podría pasar sin Lauren y sus muchas cruzadas, y además Natalie tenía el peor gusto en hombres que había visto —aparte del mío—, pero Emma era una joya.

—¿Dónde has estado? Me estaba empezando a preocupar.

—Duró más de lo que esperaba —respondí vagamente. Cualquier cosa que le dijera llegaría a la agencia de noticias familiar en menos de una hora, y por el momento necesitaba que siguiera siendo una exclusiva.

—¿Lo pasaste bien? —Quería saberlo de veras; sinceramente esperaba



que lo hubiera pasado bien. Fue una de las cosas a las que más me costó acostumbrarme al tener una familia extensa. Todo ese interés cordial era agradable, pero resultaba extraño.

Después de años de ser solo Lisa y yo —bueno, en realidad, prácticamente solo yo—, todos estos observadores interesados y comprometidos me hacían sentir inquieto.

Miré desapasionadamente al novio del momento: Warren Algo. Estaba apoltronado en uno de los sillones club cerca del mostrador. Tenía aspecto de estar aburrido. Llevaba el pelo desgredado, su cuerpo era escuálido y lucía una de esas perillas ralas que me hacían anhelar una navaja afilada —y no para poder afeitarlo—. Vestía una camiseta que decía: *Las chavalas me odian*. Supuestamente era una especie de músico, pero hasta la fecha lo único que parecía tocar era mi moral.

Contratar a Natalie resultó ser una de las mejores decisiones que he tomado. Mi único problema con ella era que intentaba convencerme de contratar a Warren.

—Estuvo bien —respondí—. ¿No ibais a ir a un concierto o algo así?  
Warren mostró signos de vida.

—Sí, Nat, vamos a llegar tarde.

—Lisa llamó cuatro veces. Está muy disgustada por que hayas salido tan pronto después de que te dieran el alta. Será mejor que la llames.

Mascullé algo, llamando la atención de Natalie. Ella lanzó una risita.

—Todavía eres su pequeño.

Warren se rio con sorna.

Sí, definitivamente me estaba empezando a hartar de Warren.

—La llamaré. Cierra, ¿quieres?

Natalie asintió y yo me dirigí a mi residencia ubicada en la planta alta. Hacía años que había comprado el edificio que en la actualidad alberga

Intriga y Misterio Libros con el dinero que había heredado de mi abuela paterna. En ese momento pensé que sería algo que me ayudaría a salir del paso hasta que mi carrera de escritor despegara.

Encendí las luces. El piloto rojo del contestador automático estaba parpadeando. Tenía ocho mensajes. Presioné el botón de reproducción.

—Querido...

Lisa. Le di al botón de avance.

—Querido...

Botón de avance.

—Querido...

*Santo cielo.* Botón de avance.

—Querido...

*Jeeeesús.* Botón de avance.

Botón de avance.

Botón de avance.

Botón de avance.

La voz grabada de Guy rompió el silencio del apartamento.

—Hola, querido. ¿Cómo te fue?

Guy Snowden y yo nos habíamos conocido un par de años antes, y habíamos estado saliendo desde que Jake y yo nos separamos. Le di al botón de parada de la máquina y descolgué el teléfono, pero luego lo consideré.

Si le devolvía la llamada a Guy en ese momento, no tendríamos una conversación corta, y no tenía la energía necesaria para enfrentarme a mis sentimientos, mucho menos a su posible reacción.

Volví a colocar el teléfono en su sitio y entré en el baño, evitando mirar mi reflejo ojeroso en el espejo. No necesitaba un recordatorio de que tenía el aspecto de haber sido atacado por un felino. De hecho, me sentía como si hubiera sido así —después de haber jugado conmigo durante unas

horas—. Me dolía el pecho y las costillas. Toser resultaba realmente doloroso, pero reprimir la tos estaba fuera de discusión porque tenía que despejar las vías respiratorias. Un proceso verdaderamente agradable.

Me tomé mis antibióticos y me tumbé en el sofá. Solo quince minutos, luego llamaría a Lisa y, si después de hablar con ella aún me quedaban fuerzas, llamaría a Guy y le hablaría de la fiesta, de Porter Jones y de Jake. Guy no se mostraría contento con nada de eso, especialmente con la parte de Jake. No es que yo alguna vez hubiera entrado en detalle sobre mi relación con Jake; pero Guy, que enseñaba historia y estudios ocultos en UCLA, había sido sospechoso en una de las investigaciones de asesinato de Jake, circunstancia que le había dejado sentimientos no muy amistosos hacia los polis en general y Jake en particular.

Pensé en la fiesta de Paul Kane. Aunque *fiesta* no era la palabra más apropiada para describir los acontecimientos de esa tarde. Traté de precisar con exactitud el momento en que conocí a Porter Jones. Paul Kane, que había estado mezclando cócteles tras la barra del bar, nos había presentado. Me había dado una copa que llevaba sobre la barra un rato y me indicó:

—Esta es para Porter. Mi receta secreta.

Le había entregado la copa a Porter.

Pero claro, Porter había bebido mucho esa tarde. Muchas copas se habían cruzado por su camino...

\* \* \* \* \*

Cuando me desperté, el timbre estaba sonando en la planta baja.

Me incorporé, algo grogui y ligeramente confuso por una serie de extraños sueños que había tenido. Los diferentes rincones de la habitación estaban en penumbras. Solo por un momento me pareció estar en otro lugar, en un sitio extraño, en la casa de otra persona. Parecía el hogar de quienquiera que fuera a vivir allí años después de mi partida.

El reloj del vídeo me informó que eran las ocho. Mierda. Había dejado a Guy plantado para la cena.

El timbre volvió a sonar en la planta baja, estridente e impaciente.

No era Guy, ya que él tenía llave.

«No es posible», pensé. Comencé a toser como si hubiera inhalado una bocanada de polvo. Quizá fueran los recuerdos polvorientos.

Me levanté, la adrenalina atravesaba zumbando mi sistema como si alguien hubiese pulsado un interruptor. Me dirigí escaleras abajo y encendí las luces de la planta baja. Crucé la estancia silenciosa plagada de estantes altísimos y sillas estratégicamente colocadas, mis ojos puestos en la alta silueta escondida tras las barras de la puerta de seguridad.

De alguna manera lo sabía —incluso antes de que él se colocara bajo el enfermizo resplandor amarillo de la luz del porche—. Maldije entre dientes y abrí la puerta principal. Empujé la puerta de seguridad.

—¿Puedo entrar?

Vacilé, luego me encogí de hombros.

—Claro. —Me aparté del camino—. ¿Más preguntas?

—Así es.

Jake entró en la tienda y miró a su alrededor.

La primavera anterior había comprado el local de al lado, y entre la librería y las habitaciones destrozadas había una pared divisoria de plástico claro y duro. Por lo demás, no tenía un aspecto demasiado diferente: las mismas sillas cómodas, la chimenea falsa, las altas librerías de nogal y las mismas sonrisas enigmáticas de las máscaras *kabuki* de la pared. Todo tal y como estaba. Excluyéndome a mí. Ciertamente yo había cambiado.

Recordé cuando conocí a Jake, en aquel entonces estaba investigando el asesinato de Robert Hersey. Me había asustado mucho y ahora me preguntaba por qué no había prestado atención a ese primer instinto de

supervivencia.

Por fin sus ojos se posaron en mí. No habló.

—*Déjà vu* —comenté, y me sentí aliviado de que mi tono fuera casi normal.

No obstante, pareció molestar a Jake. O quizá estuviera enfadado por verse obligado a recordar que había habido algo entre nosotros más allá de una investigación policial.

—Quiero saber qué estabas ocultando cuando te interrogamos esta tarde —habló con rotundidad.

Eso me pilló desprevenido.

—Nada.

—¡Mientes! Te conozco. Estabas escondiendo algo.

Bueno, eso resultaba francamente irónico.

—¿Eso crees?

Simplemente permaneció allí, clavando sus ojos en mí, inmóvil, implacable, insufrible.

—Sí.

—Supongo que algunas cosas nunca cambian.

—Sí —afirmó arrastrando las palabras—. Dos años después te encuentro en medio de otra investigación de homicidio. ¿Coincidencia?

—¿Crees que no?

Empecé a toser una vez más, lo cual fue tremendamente enervante.

Él se quedó observándome impasible.

Cuando recuperé el aliento, repliqué con aspereza:

—Si hubiera estado escondiendo algo, supongo que habría sido el descubrimiento de que Paul Kane y tú también estabais... familiarizados.

No dijo una palabra.

—¿El club de siempre, querido amigo?

Alzó una ceja.

—Pareces celoso, Adrien. Y resentido.

¿Lo parecía? La idea me sobresaltó.

—No. Solo siento curiosidad.

—¿Sobre qué?

Me encogí de hombros.

—En realidad, no es asunto mío.

—Tienes razón —confirmó de forma brusca. Después de un momento, agregó lentamente—: ¿Así que eso es todo? Adivinaste que Paul y yo... nos conocíamos.

—¿En sentido bíblico? —me burlé— Sí.

Silencio.

Después de habernos separado, me había llamado un par de veces cuando no había estado allí para responder. O puede que me hubiera encontrado en casa, pero sencillamente no hubiera cogido el teléfono. De todos modos, sabía por el identificador de llamadas de quién eran las llamadas perdidas.

Y entonces, once meses después de que todo hubiera terminado, había vuelto a llamar, dejando un mensaje y todo.

*Soy Jake.*

¿Creía que había olvidado su voz además de su número?

*Silencio.*

*Estaría bien que habláramos alguna vez.*

Como él mismo habría dicho: *Ajá.*

*Silencio.*

*Tono de marcación.*

¿De qué pensaba que podríamos hablar? ¿De su matrimonio? ¿De trabajo? ¿Del clima?



—Bueno, ¿hemos terminado? —Escuché una chirriante tensión en mi voz y me di cuenta de que él también la había oído. No me sentía con fuerzas para continuar discutiendo con él. No tenía la energía necesaria para permanecer allí fingiendo que toda esa situación no me estaba afectando, que no estaba abriendo un montón de heridas que no estaban tan bien curadas como yo había creído.

—Sí, hemos terminado —respondió rotundamente.

## Capítulo Tres

—No me lo puedo creer —exclamó Guy—. Hay algo mal en mi karma.

—Revisa su fecha de caducidad —sugerí.

Dejó de colocar los pequeños recipientes de cartón blanco —llenos de arroz con gambas en salsa de langosta— para darme el equivalente británico a un corte de manga.

—Cuatro palabras —dije—. Se parecen a *vete a la izquierda*.

Esbozó una sonrisa reacia. Sus ojos, verdes como la curva de una ola, escudriñaron mi rostro para acto seguido entrecerrarse.

—Hoy te has exigido demasiado, amor.

—Estoy en baja forma. Encuentro agotador el asesinato.

Esto trajo a colación aquello que esperaba que él olvidara.

—De todos los policías del mundo, ¿por qué coño tenía que aparecer hoy en casa de Paul Kan ese gilipollas de Riordan? Es jodidamente increíble. Pensaba que era teniente o algo así, ¿no?

—Lo es. Creo que conoce a Paul Kane. Es un caso importante. Es probable que genere mucha atención mediática.

—No creerás que ellos —él— piensa que estás involucrado, ¿verdad?

—No.

Guy sirvió vino para él y agua mineral para mí. Se sentó a la mesa de la cocina y empezó a comer con el ceño fruncido.

—¿No tendrás la intención de...?

—No. No la tengo.

Se relajó un poco.

Refiriéndome al caso de asesinato por el que Guy y yo nos conocimos, pregunté:

—Cuando hablaste con los policías sobre Garibaldi, me mantuviste al

margen, ¿verdad?

—Tanto como fue posible.

—¿Qué significa eso?

—Eso significa que el detective Riordan tenía una idea bastante aproximada de dónde obtuve la información. —Me observó atentamente—. Él no insistió y yo tampoco, ya que me pediste que te mantuviera al margen. No pude evitar fijarme en...

—¿Qué?

—Tiene este pequeño músculo en la mandíbula. —Guy hizo un gesto hacia su propia mandíbula afilada y bronceada—. Cada vez que tu nombre era mencionado, el músculo se contraía.

—Prácticamente era un espasmo permanente en aquel entonces.

Guy no se rio.

Alargué la mano sobre la mesa.

—Oye. Guy, siento que esto te traiga malos recuerdos. No estoy involucrado. No tengo ninguna intención de involucrarme.

Cogió mi mano, pero seguía sin sonreír.

—No eres tú quien me preocupa. No confío en ese cabrón de Riordan.

\* \* \* \* \*

Lisa llamó mientras estábamos en la cama viendo *Palin's New Europe* de Michael Palin. En realidad, Guy lo estaba viendo mientras yo dormitaba. Siempre cortés, Guy recibió la bala por mí.

Agradecido, escuché su parte de la conversación.

—Está bien, Lisa. Está justo aquí. Solo estamos teniendo una noche tranquila.

Pobre Guy. Nadie espera a la Inquisición española. ¿Pensaba mi madre que estaríamos en habitaciones separadas? ¿Durmiendo en literas? Bajé el volumen del televisor con el mando a distancia. Lo de la televisión en el

dormitorio fue idea de Guy. Creía que ver la televisión juntos era una actividad más sociable que leer —no es que ocupáramos mucho de nuestro tiempo entre las sábanas en actividades intelectuales—.

—Sí, está tomando todos sus medicamentos.

—¡Oh, Dios mío! —exclamé.

Guy me miró risueño.

—Está comiendo. Está descansando. Te llamará mañana. Te doy mi palabra.

Alcé las cejas. Guy levantó la suyas en respuesta.

Crucé los brazos detrás de la cabeza y me quedé mirando con fijeza la farola que brillaba tras las cortinas de encaje que cubrían la ventana. No era algo que fuera a admitir ante nadie, pero la falta de energía me asustaba. Sabía que era normal después de sufrir una neumonía, al igual que las costillas doloridas y la horrible tos, pero la fatiga y la dificultad para respirar habían evocado recuerdos desagradables. Como también lo había hecho mi estancia en el hospital.

Cuando mi hora llegara, quería que todo sucediera a la velocidad del rayo. Tenía claro que no deseaba terminar luchando por respirar en una cama de hospital, enchufado a distintas máquinas y lleno de agujas.

—Dulces sueños —entonó Guy de forma arrulladora y seguidamente se inclinó para volver a colocar el auricular en la horquilla.

—Te la debo, hombre.

—Es una verdadera muñeca.

—Mmm. La novia de Chucky.

Él se rio, luego se inclinó sobre mí y sentí su aliento ligero y fresco cuando su boca rozó la mía.

—Solo tienes que decirlo y haré que servir de distracción sea una parte permanente de mi trabajo.

Le devolví el beso con suavidad.

—¿No? —Alzó una ceja.

Suspiré.

—¿Qué tengo que hacer para convencerte de que estaré aquí a largo plazo?

—Puede que esté demasiado acostumbrado a hacer las cosas a mi manera —aventuré—. Llevo viviendo solo mucho tiempo.

—Tienes treinta y cinco años, Adrien. No es como si tus mejores años hubieran quedado atrás.

«Tengo la sensación de que han quedado atrás», pensé, con el corazón latiendo en mi garganta como hacía a menudo ahora. Pero no podía decirle eso a Guy. No podía decírselo a nadie.

—Sabes que te quiero —aseguró Guy—, ¿verdad? Entonces, ¿cuál es el problema?

—No lo sé. Supongo que yo soy el problema.

—No. Solo necesitas tiempo. —Me besó una vez más—. Está bien, amor. Tómame todo el tiempo que necesites.

\* \* \* \* \*

A la mañana siguiente, lunes, Natalie y yo estábamos teniendo una pequeña discusión sobre el control de las pérdidas de inventario —Natalie consideraba que robar libros no era un crimen sino más bien un grito de auxilio—, cuando el detective Alonzo apareció con Jake a cuestas.

—¿Podemos hablar con usted unos minutos, señor English? —preguntó Alonzo por encima del estruendo de las herramientas eléctricas que surgía de detrás de la cortina de plástico.

Miré a Jake. Su expresión no delataba nada.

Fuimos a la parte de atrás de la tienda, a mi oficina. Jake se apoyó contra la pared, como si oficialmente estuviera allí con el único propósito de

actuar de observador durante un ejercicio de adiestramiento para Alonzo.

—Nos preguntábamos si habría podido recordar algo más después de haber hecho su declaración ayer —comenzó Alonzo.

—¿Se refiere a si de pronto recordé que maté a Porter Jones?

Sonrió; un gato cordial frente a un ratón sabelotodo.

—Algo por el estilo.

—Que yo sepa, no.

Parecía interesado.

—¿Qué significa eso?

Desde la noche anterior, había estado considerando la conveniencia de mencionar que le entregué una copa a Porter antes de ir a almorzar, y llegué a la conclusión de que sería más fácil —más seguro— aclararlo bien pronto.

Respondí:

—Significa que si fue envenenado, creo que existe la posibilidad de que le entregara la bebida que lo mató.

—¿Cree que fue envenenado, señor English?

—Creo que me habría dado cuenta si le hubieran disparado o apuñalado.

Alonzo miró hacia Jake como si estuviera buscando alguna confirmación.

—Tiene usted una actitud demasiado chulesca, señor English, si no le importa que se lo diga.

—No me importa.

Frunció sus cejas negras.

—Supongo que no le sorprenderá saber que los hallazgos preliminares del forense indican que el señor Jones *fue* envenenado.

—Ya veo. —Y creía que lo hacía.

—Hemos encontrado la copa que probablemente fue usada para

administrar el veneno. Estaba rota en una bolsa de basura, pero había suficientes fragmentos para extraer huellas dactilares.

—Déjeme adivinar. Mías.

—¡Bingo! —exclamó el detective Alonzo. Parecía disfrutar de su trabajo.

Me recordé a mí mismo que ya había sido interrogando por la policía antes y que no tenía nada que ocultar.

—Ya le he dicho que podría haberle dado inadvertidamente el veneno. Le pasé una copa justo antes de que fuéramos a almorzar. También debería haber otras huellas en el cristal.

—Las de la víctima.

—Las huellas dactilares de Paul Kane también deberían estar en la copa.

—Bueno, es su casa —señaló Alonzo.

—Lo interesante es el veneno —intervino Jake.

Hasta ese momento había evitado mirar en su dirección. Su mirada era impasible.

—¿Tiene algún problema cardíaco, señor? —inquirió Alonzo.

La mirada de Jake se desplazó de forma significativa hacia Alonzo. Asentí.

—¿Qué medicamentos toma?

—Digoxina y aspirina.

—Digoxina. Es un derivado de la digitalina, ¿verdad?

—Así es. Fortalece y disminuye la frecuencia de los latidos del corazón.

—¿Lo toma en comprimidos, inyecciones o cómo?

—En comprimidos.

Esperé. Sabía lo que venía.

—Esto le parecerá interesante. Los resultados de la autopsia indican que el Sr. Jones murió de un infarto masivo provocado por una dosis letal de alguna sustancia derivada de la digitalina.

Ambos me miraron fijamente.

Dos o tres investigaciones de asesinato antes, puede que me hubiera dejado llevar por el pánico. Así las cosas, observé perplejo al detective Alonzo.

—La copa estuvo sobre la barra durante unos minutos. El lugar estaba atestado de gente, especialmente en la zona de la barra. Un sinnúmero de personas pudo haber introducido algo en esa bebida.

—¿Cómo iban a saber a quién pertenecía la copa?

—¿Cómo lo iba a saber yo? Paul Kane la cogió y dijo que era la bebida de Porter. Se la di a Porter.

—Se necesita una receta para conseguir la digitalina, ¿no?

—No. Se trata de un glucósido cardiotónico que se extrae de la dedalera, la cual es bastante común. —Pensé en la casa de Lisa en Porter Ranch rodeada por un jardín clásico de estilo inglés repleto de elegantes espigas de dedalera—. Toda la planta es tóxica, pero las hojas lo son especialmente.

—Parece saber mucho del tema.

—Veo mucha televisión.

—Y es escritor de misterio. Seguro que sabe mucho sobre venenos.

—Bastante. También tengo una enfermedad cardíaca, por lo que si fuera a envenenar a alguien, elegiría una sustancia que no me convirtiera en sospecho de inmediato.

El detective Alonzo le lanzó a Jake otra de esas miradas con las que parecía estar buscando guía. No lo ayudó.

—¿Sabe?, debo decirle, Sr. English, que he interrogado a un montón de



sospechosos y, por lo general, la gente reacciona de manera muy diferente cuando se les pregunta durante una investigación de homicidio. Me refiero a la gente inocente.

—No es mi primera investigación de homicidios —repliqué. Y dirigiéndome a Jake, sugerí—: Quizá debiera ponerlo al corriente sobre cómo nos conocimos.

No movió ni un músculo.

—Lo sabe.

—¿De verdad? —Sonreí torciendo la boca— *¿Todo?*

Ni se inmutó.

—Todo lo relevante.

Estaba esperando que hablara. Mi corazón se aceleró al imaginarme pronunciando las palabras, revelando el secreto que él había guardado durante cuarenta y dos años. Podría hacerle tanto daño como él me había hecho a mí —y el dolor que le provocaría sería perdurable, permanente—, devastando todo lo que le importaba, desde su carrera hasta su matrimonio. Podría destrozarlo con un par de frases, y él lo sabía. Él podía ver que yo lo estaba considerando.

Continuaba esperando mis palabras. Sus ojos no se apartaban de los míos, pero no pedían cuartel. Solo... esperaba. Sin respirar.

—Entonces sabe que entiendo cómo funciona esto y que confío en el procedimiento —le expliqué a Alonzo.

Alonzo, que había estado mirando de Jake a mí, puso una mano en su mandíbula, como si yo le hubiera dado un buen puñetazo.

Jake se apartó de la pared al enderezarse, y con voz inesperadamente ronca, se despidió:

—Gracias. Creo que eso es todo.

Miró al detective Alonzo, quien añadió:

—Ah, sí. Supongo que eso es todo por ahora. Gracias por su tiempo, señor English.

—¿De qué iba *eso*? —preguntó Natalie tan pronto como la puerta se cerró detrás de Jake y Alonzo—. ¿Eran de la *policía*?

—Sí. Es un procedimiento rutinario —respondí—. Alguien murió en la fiesta en la que estuve ayer, por lo que están contactando con los invitados para ver si alguien notó algo sospechoso.

—¡Oh, *vaya*! ¿Te refieres a algo así como un asesinato?

—Tal vez. —Yo era impreciso aposta. Natalie es aficionada a los misterios, y a menudo se lamentaba por no haber estado cerca para «ayudarme» las últimas veces que me había visto involucrado en una investigación de homicidio.

—¿Vas a investigar?

—Estás de broma, ¿verdad?

Parecía un poco desconcertada.

—No. Oh, bien, has recibido un montón de llamadas. Lisa *realmente necesita* que la llames. —Llegado este punto, ella me lanzó una mirada que conseguía transmitir simpatía sin dejar de ser desaprobadora por eludir mis responsabilidades filiales—. Confirmaron tu cita con el doctor para las tres en punto. Y *Paul Kane* llamó.

—¿Qué quería Paul Kane?

Natalie soltó una risa incrédula.

—Adrien, ¿no nos habías dicho que conocías a Paul Kane!

—No lo conozco. Está interesado en uno de mis libros.

—¿Interesado? ¿Te refieres a los derechos para una *película*? —Su voz se alzó cuando pronunció la palabra mágica «película». Me estremecí.

—Solo ha expresado su interés —aclaré de forma apresurada y no del todo sincera—. Probablemente no vaya más allá de esto. —En su rostro se

dibujó una expresión de incredulidad—. ¿Dijo lo que quería? —pregunté una vez más..

—No lo dijo. Pero quiere que lo llames cuanto antes.

Asentí, regresé a mi oficina y marqué el número de Kane.

Esperaba tener que pasar como mínimo por un asistente personal, pero Kane mismo respondió al tercer tono.

—Adrien, ¿cómo estás? —Tenía una gran voz. Suave y sexy. Me preguntaba si alguna vez habría considerado la posibilidad de grabar audiolibros—. No sé cómo disculparme por lo de ayer.

—¿Es eso una confesión?

—¿Es eso...? —Se echó a reír—. Has hablado con los polis. Por lo visto soy su principal sospechoso.

—No me dio esa impresión.

—¿No? A mí sí. Mira, ¿estás libre para almorzar? Hay algo que quiero discutir contigo.

Lo único que quería era acostarme y dormir durante una hora o dos. Me sentía exhausto en todo momento. Pero quería que se hiciera la película. La expansión de la librería costaba una buena cantidad y aún faltaban cinco años para que heredara el resto del dinero que me dejó mi abuela.

—Sí —respondí—, ¿dónde quieres que nos veamos?

—Hoy trabajo en el estudio. ¿Qué tal en el *Formosa Café*? ¿Digamos a la una? Tengo una proposición que creo que encontrarás bastante fascinante.

## Capítulo Cuatro

Entrar al *Formosa Café* es como adentrarse en el viejo Hollywood: ladrillos rojos, toldos en blanco y negro, y un cartel luminoso. Parece el tipo de lugar donde Raymond Chandler se habría tomado unas cuantas copas mientras escribía para los estudios; quizá lo hizo. El Formosa ha existido desde 1939 y aún se precia de ser el lugar «donde las estrellas cenan».

Los rostros de alrededor de doscientas cincuenta de esas estrellas están plasmados en las paredes en fotografías en blanco y negro, incluyendo a Humphrey Bogart, Elizabeth Taylor, James Dean y Elvis. Incluso el nuevo Hollywood cena en la Formosa, o al menos se detiene allí por las copas. Los *mai tais* son legendarios; Paul Kane estaba disfrutando de uno mientras yo me abría camino en la penumbra hasta su mesa.

—Llegaste —exclamó con alivio, como si hubiera tenido alguna duda sobre mi aparición. Le hizo señas a la camarera, pidiendo un *mai tai* para mí. Rápidamente yo articulé un «no gracias» a la vez que me deslizaba en el reservado de cuero rojo.

—No me digas que tienes miedo de que envenene tu bebida —protestó Kane, dibujando una mueca triste en su rostro.

—¿Cuál sería tu motivo?

Se rio con alegría.

—¡Eres un verdadero escritor de misterio!

—Díselo a los críticos. —Le sonreí a la camarera y pedí un zumo de naranja—. Bueno, ¿qué te hace pensar que la policía sospecha más de ti que del resto?

Suspiró y transformó sus expresivos rasgos hasta esbozar otra de esas expresiones encantadoras.

—Me han indicado con mucho tacto que mezclé el cóctel fatal.

Lo analicé objetivamente —intenté hacerlo al menos—: era tan atractivo que me impedía concentrarme, además ese era el escenario perfecto para su belleza clásica. Tenía serias dudas de que Jake lo considerara un verdadero sospechoso. El instinto de conservación de Jake se habría asegurado de que el círculo de Paul Kane se mantuviera alejado si sospechara de que éste estaba realmente involucrado.

¡Guau! Puede que Jake tuviera razón. Con los años me estaba convirtiendo en un cínico. Después de todo, aunque Jake supiera que Kane era inocente, el diligente detective Alonzo debería —por lo menos— considerar la posibilidad de que Kane fuera culpable. Y, salvo que Jake hubiera cambiado mucho en esos dos años, permitiría que la investigación avanzara sin impedimentos.

—Pidamos —propuso Kane.

Me decanté por la ensalada de pepino aderezada con zanahorias, cilantro, rábanos blancos, brotes de soja, col china y tiras crujientes de *won ton*. Kane pidió costillas de cordero. Durante la comida, habló de forma muy divertida y maliciosa sobre varias celebridades, incluyendo una pareja sentada muy cerca de nosotros.

Iba por su tercer *mai tai* —para ese momento, yo estaba pensando seriamente en sucumbir y pedir también uno— cuando comentó:

—Imagino que Jake mencionó que nos conocemos... socialmente.

Me las arreglé para no resoplar durante la sutil pausa antes de la palabra «socialmente». Porque nada definía mejor un encuentro social que los tapones anales y las palas. Había oído algunos rumores de que Kane, que era abiertamente bisexual, participaba en la escena del BDSM. No era un mundo del que supiera mucho, pero era la zona de juegos de Jake, o lo había sido antes de su matrimonio.

—Lo deduje —aseguré. También deduje que él debía saber algo de mi

antigua relación con Jake, aunque —Jake seguía siendo Jake— de ningún modo sabría mucho más allá del hecho de que había habido una relación.

Kane sonrió como si le divirtiera todo aquello que yo no estaba diciendo.

—Mencionó que además de escribir novelas de misterio, eres detective aficionado —y no malo—.

Me atraganté con el zumo de naranja, lo que desencadenó uno de mis ataques de tos. Cuando recuperé la compostura, y los preocupados camareros se hubieron retirado una vez más, repliqué:

—Es imposible que Jake te dijera que soy detective aficionado —y mucho menos bueno—.

—No dijo que fueras bueno —reconoció Kane con un toque de malicia —sí, malicia, y si lo que estaba ocurriendo no era una puesta en escena, no sabía lo que era—. Pero dijo que tenías un verdadero don.

¿Era eso lo que había dicho? Interesante. Porque recordaba con claridad...

Sí, recuerdos nublados de acuarela<sup>1</sup>. Tuvo que reflejarse algo sombrío en mi expresión, porque Kane agregó con rapidez:

—No sería un acuerdo formal ni nada.

—¿Qué es lo que no sería un acuerdo formal?

—Pensé que podrías —extraoficialmente— hacer algunas preguntas.

—¿Sobre qué? —Parpadeé confuso—. No me estarás proponiendo..., ¿qué es lo que me estás proponiendo?

Alargó la mano a través de la mesa y apretó la mía en un ademán ligeramente tranquilizador.

—Puede que parezca una locura, pero creo que alguien como tú tendría más suerte en llegar al fondo de esta tragedia que Jake y sus tropas de asalto. Y digo esto como alguien que adora a Jake, con o sin sus tropas de asalto.

Aún estaba intentando dar sentido al uso de las palabras «Jake» y «adorar» en la misma frase.

—No estoy seguro de estar entendiéndote —hablé lentamente. Ya sabía que Jake y Kane eran compañeros de juego..., pero ¿eran antiguos compañeros de juego? o ¿Jake había vuelto a hacer escenas en el club? Al parecer eran amigos, pero ¿eran del tipo que va a las fiestas de cumpleaños del otro? Parecía inverosímil, en vista de lo asustadizo que Jake se había mostrado respecto a nuestra amistad. Finalmente dije—: Creo que debo preguntarlo: ¿cuál es exactamente tu relación con Jake?

Kane frunció el ceño.

—Pensé que lo sabías. Jake y yo somos amantes desde hace cinco años.

No dije una palabra.

Aparentemente no necesitaba hacerlo.

—No sé por qué pensé que te habías dado cuenta. —Contrajo su sensual boca dibujando una suave mueca—. Yo sabía de tu existencia —confesó con incomodidad.

Había una estatua de Buda sonriente a pocos metros de nosotros; podía verlo fisgando por encima del hombro de Paul Kane. Me dio la sensación de haber estado mirando esa astuta cara de piedra durante años y de que pasado el tiempo podría cerrar los ojos y seguir viendo esos sonrientes ojos fruncidos, la boca ancha y alegre, y los delicados pliegues de la mandíbula congelados en una hilarante mueca de alegría. Pensé que quizá no fuera necesario que me siguiera preocupando por mi corazón ya que había dejado de latir un par de segundos antes, y todavía permanecía allí vivo y coleando, aunque lo cierto es que no sentía gran cosa.

—No —negué—, no lo sabía. —Me sobresalté al escuchar esa voz desapasionada y distante salir de mi boca.

—Bueno —continuó Kane—, cuando ese animal, el detective Alonzo, me estaba acribillando a preguntas por tercera vez, se me ocurrió que era mucho más probable que la gente hablara con alguien como tú que con la policía. Alguien con un poco de tacto. Un poco de sensibilidad. Un poco de discreción. Podría pedirle a la gente que cooperara contigo, y lo harían. Por supuesto, cualquier información que descubrieras sería entregada a Jake de inmediato. No te pido que resuelvas un asesinato, ni mucho menos, solo que... respaldes los esfuerzos de nuestros chicos de azul.

Me eché a reír, cosa que también me sorprendió, ya que en realidad no le encontraba demasiada gracia a la situación.

—Es imposible que hayas hablado de esto con Jake. Nunca estaría de acuerdo con algo así.

—Eh..., no —reconoció Kane—. Pero no se lo cuento todo a Jake—. Nuestras miradas se cruzaron—. Y Jake no me lo cuenta todo a mí.

Supongo que con esto pretendía que volviera a confiar en que mis secretos juveniles estaban a salvo.

—No creo que seas consciente de lo mal que Jake reacciona ante las interferencias en una investigación policial. Créeme, no sería agradable... para ninguno de los dos —advertí.

De forma repentina, recordé encontrarme tumbado en el suelo, mirando parpadeante las molduras ornamentadas de mi vestíbulo, con el rostro sombrío por la furia de Jake alzándose sobre mí.

—Yo me encargo de Jake —aseguró Kane, quien habló con natural confianza. Oye, ¿y por qué no? Había aguantado cinco años, sobreviviendo incluso al matrimonio de Jake. Se puede afirmar que lo conocía mucho mejor que yo.

Me sonrió, esperando mi respuesta. Era mezquino, pero resultaba placentero negarle algo. Con falso pesar, dije:



—Creo que no, Paul. No creo que fuera una medida demasiado inteligente por mi parte.

Al parecer lo pillé por sorpresa, aunque se recuperó rápidamente, ocultando su decepción.

—¡Esas son gilipolleces! ¿Puedo convencerte de alguna manera para que cambies de opinión?

Negué con la cabeza, con gesto apesadumbrado, pero firme. Bebí un sorbo de zumo de naranja, sintiéndome satisfecho por que mi mano estuviera perfectamente estable. Quizá fuera porque me sentía entumecido. O puede que se debiera a que había pasado mucho tiempo atrás y nada de lo ocurrido tuviera verdadera importancia en ese momento.

Me miró de forma especulativa.

—¿Sabes, tío?, va a ser muy difícil para mí concentrarme en hacer tu película mientras estoy bajo sospecha.

Lo hacía maravillosamente bien —encantador, atribulado y, sobre todo, jocos—o—. Ni por un instante tenías la impresión de que fuera una seria amenaza. Y no es que yo fuera ajeno al sutil arte del chantaje; mi madre hubiera puesto en evidencia a Charles Augustus Milverton. A favor de Kane, he de decir que entendía a la perfección cómo se sentía el principal sospechoso en una investigación de asesinato. Me compadecía de él a ese respecto, aunque creía que estaba equivocado al pensar que era el principal sospechoso; resulta que sabía a ciencia cierta que yo también era un serio competidor en la carrera de sospechosos.

Lo cual, pensándolo bien, me proporcionaba un incentivo para ver concluida esta investigación lo más rápida y discretamente posible.

Debió percibir mi vacilación, ya que trató de persuadirme:

—¿Qué tal esto? Podrías empezar simplemente haciendo algunas preguntas informales y si decidieras que no quieres continuar, ahí terminaría

todo. Yo no volvería a hablar del tema.

Suspiré.

—¿Por favor? —suplicó.

Realmente era un hombre muy guapo, además poseía una sonrisa francamente atractiva. A pesar de lo cual, habría leído su obituario sin una pizca de pesar. ¿Cuán injusto era eso? No me había hecho ningún daño. No era Paul Kane con quien debería estar enfadado —suponiendo que debiera estar enfadado con alguien—.

Así que, muy a mi pesar, le respondí lentamente:

—Supongo que no me mataría hacer algunas preguntas.

Pensarás que para entonces ya debería haber aprendido algo.

\* \* \* \* \*

El doctor Cardigan se colocó el estetoscopio alrededor del cuello.

—Parece que tus pulmones están despejándose adecuadamente. ¿Cómo te sientes?

—Cansado —respondí.

Sé que no es lógico, pero no confío en ningún médico que sea más joven que yo. El Dr. Cardigan era un agradable sesentón con unos sagaces ojos negro cereza y una actitud enérgica y eficiente, pero atenta. Me gustaba tanto como podría gustarme un médico y además confiaba en él. Lo cual no quería decir que deseara verlo, es más, si mi hermanastra no estuviera al servicio de mi madre e informara fielmente al cuartel general sobre todos mis movimientos, podría haberme escaqueado de mi cita en el Hospital Huntington.

Especialmente después de almorzar con Paul Kane. Alrededor de tres minutos después de aceptar hacer algunas preguntas informales en nombre de Kane, ya tenía dudas. Cualquier idea responsable de ponerme en el camino de Jake era mala. La misma idea de husmear en la muerte de Porter Jones era...

agotadora.

Su oscura mirada se cruzó con la mía.

—¿Cómo de cansado?

Me encogí de hombros.

—Aún tengo dificultad para respirar y sigo tosiendo mucho.

—Eso es normal. ¿Estás poniéndote el oxígeno por la noche?

Negué con un gesto de cabeza.

—Adrien...

—No me es *tan* difícil respirar. Estoy bien si uso un par de almohadas.

Me lanzó una mirada de reproche.

—Es muy importante que descanses mucho y que no te exijas demasiado.

Asentí.

Me miró con atención, mientras yo trataba de no moverme con incomodidad. Odiaba esta parte. En realidad, odiaba todo lo que traía consigo ser un hombre joven con un corazón desgastado.

—Con tu historial sería una buena idea hacer un par de pruebas, hacer otro electrocardiograma —propuso.

Me contuve para no volver a suspirar. Probablemente llegara a la conclusión de que necesitaba oxígeno de inmediato.

—Está bien —repliqué.

Arqueó las cejas ante mi tono y comenzó a garabatear en un talonario de recetas.

—Mientras tanto, descansa bastante, bebe muchos líquidos y continúa con los antibióticos.

—Vale.

Levantó la vista.

—Y anímate, Adrien.

\* \* \* \* \*

Había llevado algo de tiempo, pero finalmente había convencido a Lisa para que aceptara que la más pequeña de mis hermanastras, Emma, recibiera lecciones de equitación. Los lunes, los miércoles y los viernes, llevaba a Em al Parque Griffith y al Club Hípico Paddock para verla practicar. La niña tenía un talento innato —y era una fanática de los caballos aun mayor que yo a su edad—, razón por la cual había estado tan decidido a ganar esa batalla en particular contra Lisa. A continuación planeaba conseguirle a Em su propio caballo, pero sabía que tendría que esperar el momento psicológico adecuado para lanzarme al ataque. Pensaba que lo mejor sería empezar poco a poco y sugerir un hámster.

En circunstancias normales, Em y yo habríamos montado juntos después de las lecciones —el Parque Griffith tiene algo así como cincuenta senderos para caballos—, pero menos de una semana después de salir del hospital todavía no me sentía bien para hacerlo. En su lugar, me dediqué a verla volar por encima de los obstáculos en una de las seis zonas de arena —monísima con su atuendo de montar— e intenté pensar en la mejor manera de abordar a la viuda de Porter Jones. Las medias naranjas son siempre los primeros sospechosos en una investigación de homicidio —algo que no dice mucho a favor del camino del amor verdadero—.

De cualquier modo, pensar en cómo abordar a la viuda de Jones era mucho mejor que pensar —rumiar— sobre el hecho de que todo lo que había creído acerca de Jake Riordan era básicamente mentira. Aunque haciendo memoria, no estaba seguro de por qué había creído que él había dejado de lado sus actividades sadomasoquistas mientras nos veíamos. Nunca lo había dicho de forma explícita; supongo que simplemente yo lo di por hecho. Porque quería que fuera así.

Si era honesto conmigo mismo, que Jake continuara practicando el

sadomasoquismo no era la parte que me carcomía por dentro; era la idea de que hubiera estado viendo a Paul Kane regularmente durante ese tiempo, porque realmente me había sentido halagado de ser el primer hombre con el que había mantenido una verdadera relación. Él así lo había dicho. Pero comoquiera que llamara a sus encuentros con su viejo compañero de juegos inglés, en mi opinión, cinco años juntos era una relación.

Así pues, sí, me molestaba. Y me molestaba que me molestara, porque... ¡Por Dios!, habíamos terminado. Habían pasado dos años. Yo salía con otra persona, entonces ¿por qué coño estaba ahí parado con el olor a caballo y estiércol en la nariz y un nudo en el estómago por algo que ya no tenía importancia?

Hacía que el asesinato pareciera un alentador cambio de tema.

Según Paul Kane, la única persona en la fiesta con motivos para matar a Porter Jones era su jovencísima y futura exesposa, la actriz Ally Beaton-Jones. Si la información de Paul era correcta, Porter había estado planeando divorciarse de Ally y había contratado a un detective privado para seguirla.

—Déjame adivinar —había aventurado—, ¿tienen un acuerdo prenupcial?

—Es de sentido común en estos días —había respondido Paul.

Quizá lo fuera. Nunca había llegado a la etapa de las negociaciones en mis *affaires de coeur*, como habría dicho mi viejo amigo Claude.

—¡Adrien, mírame!

Levanté la mirada tras dejar a un lado mis pensamientos, captando la sonrisa de Emma mientras se dirigía a medio galope al siguiente obstáculo. Levanté el pulgar, preguntándome si Lisa y Bill Dauten habrían redactado un acuerdo prenupcial, y cuáles serían las posibilidades de quedarme con Em en algún acuerdo.

No es que el segundo matrimonio de mi madre pareciera poco sólido.

Ni mucho menos. Lo que demostraba lo poco que entendía de estas cosas. Pensé en Guy; mis pensamientos respingaron como si ellos también se enfrentaran a un obstáculo triple imprevisto.

Por mucho cariño que le tuviera a Guy, no estaba listo para asumir ningún compromiso. Y escuchar de boca de Paul Kane que Jake y él se habían estado viendo todo el tiempo que estuve con él, no hacía mucho por mejorar mi actitud al respecto. ¿Por qué me había resultado tan impactante? Después de todo, sabía que Jake salía con Kate Keegan en esa época — manteniendo relaciones sexuales con ella sin protección, lo que había dado como resultado un embarazo— y yo había sido capaz de lidiar con ello. Hasta lo había aceptado a cierto nivel. Ya era un poco tarde para enfadarse. ¿Síndrome de sexo postraumático?

¿Por qué coño estaba pensando de nuevo en eso? Una vez más —con más fuerza— redirigí mis pensamientos.

Mi primera impresión de Ally y Porter era imprecisa en el mejor de los casos. Si me hubiera dado cuenta de que le iban a dar pasaporte, habría prestado más atención. Él parecía demasiado viejo para ella —además de que estaba obsesionado en extremo con la pesca en alta mar—. Ella parecía muy... rubia.

Rubia o no, no lograba entender por qué habría recurrido al asesinato. De acuerdo, yo carecía de criterio para juzgarla, pero no tenía aspecto de ser una mujer que fuera a tener muchos problemas para conseguirse otra fuente de ingresos, todo esto asumiendo que su talento para la actuación no fuera del calibre necesario para mantenerse.

Puede que Porter le hubiera contado demasiadas historias de pesca en alta mar. En ese caso, me solidarizaba con ella. Hubo algún momento durante el almuerzo en el que no hubiera lamentado ver a Porter empalado en el pico de un pez espada y luego desaparecer en la puesta de sol cual capitán Ahab

en el acto final de *Moby Dick*.

De todas formas, no era como si yo tuviera alguna teoría, así que comenzar con Ally Beaton-Jones era tan buen punto de partida como cualquier otro. Solo que no podía imaginarla abriéndose a mí por voluntad propia —aunque no hubiera liquidado al viejo—, independientemente de lo sensible y diplomático que Paul pensara que soy.

—¡Mira, Adrien! —gritó Emma.

La miré y sonreí. Tenía las mejillas sonrosadas, sus ojos azules brillaban y su oscura cola de caballo se meneaba alegremente bajo su casco de equitación, mientras pasaba a medio galope, los cascos del castrado golpeando rítmicamente en la arena. Nunca me había visto a mí mismo como una persona paternal, pero tenía que admitir que le tenía mucho cariño a Emma.

—Baja los talones —ordené.

Ella soltó una risita tonta.

Paul había prometido llamar a Ally para concertarme una cita con ella. Lo que estaba bien, hasta cierto punto. Me preguntaba si podría averiguar de alguna manera el nombre del detective privado que Jones había contratado.

Probablemente Jake lo sabía. Era un investigador metódico e implacable. A esas alturas, estaría profundamente sumido en la vida pública y privada de Porter Jones, investigando y revisando concienzudamente el tipo de cosas que la mayoría preferiríamos que enterraran con nosotros. Pero los polis no pueden permitirse el lujo de actuar con tacto —no en el curso normal de los acontecimientos—. En una investigación de homicidio cada minuto cuenta; la mayoría de los asesinatos se resuelven dentro de las primeras cuarenta y ocho horas. Aunque esto es así porque la mayoría de los asesinatos son cometidos por imbéciles.

Sí, si Porter Jones realmente había contratado a un detective privado, lo

más probable era que Jake ya lo supiera todo al respecto. Pero no podía preguntarle. No me acercaría a Jake. Por supuesto, siempre podía pedirle a Paul Kane que hablara con él, pero —por extraño que parezca— esa idea me gustaba tan poco como la de hablar con Jake.

De hecho, me gustaba aun menos.

---



## Capítulo Cinco

Los Jones no eran menos que el resto de sus vecinos en Bel Air.

La casa estaba situada al final de un largo camino bordeado de setos detrás de unos portones altos y ornamentados que recordaban a aquellos que custodiaban los estudios Paramount. Parecía una réplica a pequeña escala —y probablemente más cara— del Palacio de Fontainebleau. Solo una de las muchas ostentosas y multimillonarias mansiones ajardinadas que salpican la sinuosa ladera de Chalon Road en el Triángulo de Platino del Oeste de Los Ángeles.

Una criada con acento alemán me abrió la puerta, acto seguido me acompañó escaleras arriba a un dormitorio enorme. Parecía haber sido decorado para Barbara Cartland —o Emma—. Nunca había visto tantos tonos de rosa en una única habitación. La viuda afligida me recibió enfundada en una combinación de satén rojo. A modo de saludo, me refiero a que al verme espetó:

—No tengo tiempo para hablar contigo.

—¿Preferirías que volviera más tarde?

—Preferiría que simplemente no volvieras. —Levantó dos vestidos negros en sus perchas—. ¿Cuál de los dos?

¿Parecía el señor Blackwell?

—El de la derecha —respondí, que es lo que siempre digo en las raras ocasiones en las que una señora pide mi opinión al vestir.

—Pienso igual —estuvo de acuerdo, y tiró ambos vestidos sobre el sublime respaldo de una silla de estilo Reina Ana de color rosa. Luego, apoyando las manos en sus caderas, me miró fijamente.

Calculaba que era un poco más joven que yo. Estaba muy bronceada y su pelo era rubísimo. Su cabello era tan dorado que había dado por hecho que

—a diferencia de mis hermanastras— se lo teñía, pero la sorprendente ausencia de pestañas y cejas indicaba lo contrario.

—Solo quiero hacerte un par de preguntas. No tardaremos mucho —le aseguré. La ligerísima combinación y el encontrarnos en el dormitorio garantizaba más que nada que fuera así. No era nada personal contra Ally, quien tenía la constitución de una Valquiria, ya que no me habría gustado entrevistar a ningún desconocido medio desnudo en su dormitorio.

—¡Bah! —soltó, sacudiendo ligeramente la cabeza. No sabía que las mujeres emitieran ese sonido. ¡Bah! Como un personaje de dibujos animados. Al igual que Betty Mármol cuando Pablo era más cabeza hueca que de costumbre. Se dio la vuelta para seguidamente comenzar a revolver en uno de esos muebles joyero que podría doblar en tamaño un vestidor, y aseguró entre dientes—: Este es el más estúpido de los planes. No sé en qué piensa Paul.

Estaba con ella en eso. Aventuré:

—Supongo que espera sortear un montón de situaciones desagradables con la policía consiguiendo que la gente hable conmigo. —Sí, pásame mi monóculo y mi sombrero de copa ya que soy capaz de balbucear semejantes cuentos en el momento justo.

Entretanto ella rebuscaba entre las joyas de la corona, eché un vistazo por la habitación. O había eliminado todo rastro de Porter o dormía sola. Ni siquiera había una zapatilla perdida o un alfiler de corbata. Porter tampoco aparecía en ninguna de las numerosas fotografías con marcos dorados.

Desde luego, algunos matrimonios duermen separados. O podría haberse deshecho de todos los tristes recuerdos.

—Bueno, no veo cómo hablar contigo va a librarme de mantener encuentros desagradables con la policía. Ya he tenido que hablar con ellos una vez y estoy segura de que lo tendré que hacer de nuevo —argumentó Ally. Lo cual prueba que una mujer puede ser tan insensata como para

recibirte en su tocador llevando únicamente una combinación y aun así no ser una completa idiota.

Así pues, cambié de tema.

—¿Cómo lo estás llevando? No había tenido la oportunidad de decirte cuánto lamento lo de Porter.

Levantó la cabeza y me miró con los ojos abiertos como platos.

—¿Podrías abrocharme esto?

¿Dónde estaban las sirenas de aviso cuando se necesitaban?

Se acercó a mí con paso tranquilo y me dio la espalda, señalando que debía abrochar el collar en torno a su garganta. Estaba obligado. A pesar de los obvios cuidados y mimos que Ally había recibido, había algo ordinario en ella, pero no podía precisarlo. Tenía el cuello un poco grueso. Olía a Chanel, perfume que mi madre usa ocasionalmente, pero que de alguna manera en Ally olía barato. De espaldas a mí, aseguró:

—Sé lo que piensa Paul. Todos creen que no amaba a Porter, que me casé con él por el dinero, pero Porter y yo... —Se encogió de hombros.

En lo que se refiere a confesiones de amor eterno, había presenciado representaciones más profesionales.

Aun así, afirmé:

—Ninguna persona de fuera puede entender la relación de una pareja. —Joder, a veces ni siquiera los *involucrados* en la relación conseguían entenderla.

—Así es —corroboró ella, girándose hacia mí con sorpresa—, la gente de fuera nunca lo entiende. Siempre quieren darte consejos o regañarte... o lo que sea.

—Puede que no todos se enteraran de que el divorcio se había cancelado —sugerí.

—¿Qué divorcio? —Su expresión cambió—. Ya sé de dónde lo has

sacado —aseguró—. Está claro que es cosa de Paul. No sé por qué, pero *siempre* me la ha tenido jurada. Quizá sintiera algo por Porter.

Traté de imaginármelo, pero —afortunadamente— no lo conseguí.

—Sí, Porter y yo hablamos de divorcio, pero nos dimos cuenta de que nos queríamos demasiado para hacer algo tan tonto —siguió diciendo.

—Eso tiene que resultar reconfortante para ti en estos momentos —comenté—. Puedo imaginar lo doloroso que sería que alguien importante para ti muriera dejando tras de sí un montón de asuntos sin resolver...

—¡Sí! —exclamó—. ¡Tienes toda la razón! —Me lanzó una mirada aprobadora con sus ojos sin pestañas—. ¡Ya ves, los chicos gais siempre entienden estas cosas!

—Nacemos con el gen de la comprensión —ironicé—. ¿Porter y tú tuvisteis hijos?

Tragó saliva ante la idea.

—No.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis casados?

—Cuatro años.

—¿Era tu primer matrimonio?

Esbozó una sonrisa con un toque extravagante.

—Fue mi primer matrimonio *verdadero*. —Me taladró con una mirada especulativa—. ¿Sabes?, si tuviera que escoger a alguien que bajo mi punto vista pudiera haber querido quitar de en medio a Porter —lo que realmente no haría porque sería algo de muy mal gusto—, te sugeriría que hablaras con Al January.

—Estás de broma, ¿no? —Si hubiera tenido un monóculo, se me habría caído en ese instante.

Meneó la cabeza.

—Paul no te dijo *eso*, ¿verdad? No. Porque le gusta Al. Y porque lo

necesita para la película. Al es una especie de Bosley.

—¿Qué? —Vino a mi mente de forma repentina la imagen de Jill, Kelly y Sabrina reunidas alrededor del altavoz para recibir órdenes de Charlie.

—Oh, ya sabes. Su biógrafo. Al actúa como su guionista personal. Paul está encantado de poder echarme a los leones, pero no quiere que nadie investigue demasiado a Al January.

Intenté descifrar lo que dijo lo mejor que pude.

—¿Qué es lo que encontraría quien lo investigara en profundidad?

Ally adoptó una expresión tozuda.

—Bueno, por una parte, Porter y Al nunca estuvieron muy unidos, aunque ambos formaban parte de la camarilla de Langley Hawthorne, y por otra, todos ellos han estado discutiendo mucho últimamente. Sin ir más lejos, Porter y Al discutieron en la fiesta. Mucha gente los escuchó, incluyendo a Paul.

—No lo recuerdo —aseguré.

—No creo que estuvieras allí en ese momento. Llegaste muy tarde. —Sonrió—. Me fijé en ti de inmediato. —Me dedicó una mirada aprobadora—. Me gustan los hombres callados y educados. También los que visten Hugo Boss. Tenía la esperanza de que no fueras gay. O que solo lo fueras a medias. Como Paul.

—Eh... lo siento —me lamenté—, prácticamente lo soy a jornada completa. La paga no es gran cosa, pero las ventajas...

Se rio a carcajadas.

—¡Te *asusté!* —Entonces su actitud se tornó seria y decorosa—. Ya sabes, soy viuda.

—Lo sé —dije. Y que Dios ayudara a los angelinos desprevenidos con Ally libre nuevamente. Pensé que Kane tenía razón: la señora Jones no estaba

especialmente destrozada por la muerte de su anciano marido. No obstante, eso no quería decir que lo hubiera liquidado. Con toda franqueza, envenenar un cóctel parecía demasiado complicado para Ally. Creía que lo suyo sería atropellarlo con el Jaguar o darle un golpetazo con un pináculo de mármol y arrojarlo al fondo de la piscina—. ¿Sabes sobre qué estaban discutiendo Al January y tu marido?

Se trasladó al tocador, donde comenzó a aplicarse la máscara de pestañas, ladeando la cabeza en un ángulo antinatural, con la boca abierta y comiéndose a sí misma con los ojos desde los tres espejos. Allí enmarcada en dorado, me recordó las formas fraccionadas de Picasso.

—No. —Pronunció la palabra con cuidado, todavía pasando el aplicador por sus pestañas—. Negocios, supongo.

—¿Iba el negocio tan mal como para matar?

Encogió el otro hombro rechoncho.

—Nunca escuchaba a Porter cuando hablaba de trabajo.

¡Ah! Por fin. El secreto de un matrimonio exitoso.

—Al January trató de salvar a Porter —le recordé—. Fue él quien le realizó la RCP.

—Sin embargo, como ya te habrás dado cuenta, *no* salvó a Porter —señaló ella de inmediato.

—Por lo poco que ha dicho la policía, no creo que nadie pudiera haberlo salvado. Parece que recibió una gran dosis de la sustancia que lo mató.

—Un medicamento para el corazón —puntualizó ella.

—¿Porter tenía una afección cardíaca?

Movió el aplicador de arriba a abajo dentro del tubo.

—No.

—¿Y tú?

Sonreí en respuesta a su mirada indignada.

—Mira, yo sí —confesé.

—Oh. —Se relajó ligeramente—. ¿De verdad?

—¿Se te ocurre alguien más que pudiera haber tenido una razón para sacar de en medio a tu marido? —indagué.

Ella parpadeó, creando así un efecto que recordaba a Malcolm McDowell en *La naranja mecánica*.

—¡Joder! —Cogió algunos pañuelos y empezó a eliminar los puntitos negros. Cuando hubo limpiado las manchas, metió el aplicador de la máscara de pestañas en el tubo y lo colocó cuidadosamente en la bandeja de cosméticos—. No —respondió ella con rotundidad; llevándome un momento recordar qué le había preguntado exactamente.

—¿Porter tenía enemigos? ¿O algún problema con cualquier otro aparte de Al January?

Negó con la cabeza, mirando fijamente la colección de cosméticos.

—¿Para Porter era su segundo matrimonio? ¿Tiene una ex? ¿O quizá niños de otro matrimonio?

Ella se animó.

—Sí. Estuvo casado con Marla Vicenza. Pero no tuvieron hijos. —Me lanzó una mirada oblicua—. Porter era estéril.

Demasiada información. ¿Ves?, es por cosas como estas por las que realmente no servía para currar como detective amateur. La verdad es que no quería saber demasiado sobre mis congéneres.

—¿Cómo se llevaba Porter con su primera esposa?

—Bien. —Se encogió de hombros—. Oye, si Marla hubiera querido matar a Porter lo habría hecho hace veinte años. —Agitó una brocha de maquillaje hacia mí y pequeñas partículas de polvo volaron por el aire—. Bueno, ¿eso es todo? Porque tengo que vestirme.

Tomé nota de que había decidido que tendría que irme tan pronto se estuviera *poniendo* la ropa.

—Sí, eso es todo. ¿Te parece bien que te llame si tengo más preguntas? —inquirí.

Suspiró.

—Supongo. Solo quiero asegurarme de que entiendas que Porter y yo éramos *muy* felices. Nuestro matrimonio *nunca* había sido más sólido.

—Por supuesto. Y gracias por hablarme de forma tan abierta —dije.

—Solo quiero que todo esto termine —aseguró, y aunque me solidarizaba, podría haberle dicho que por experiencia sabía que el asesinato tardaba mucho en desaparecer.

Encontré por mí mismo el camino de vuelta —plagado de mármol, baldosas y arte invaluable— a la planta baja. Rara vez había visto un lugar que pareciera tan deshabitado, a menos que realmente *fuera* el Palacio de Fontainebleau. La casa de los Jones infundía la misma sensación de calma que un museo tras la hora de cierre. Quizá fuera la decoración o puede que simplemente se tratara de la atmósfera doméstica.

No es que estuviera convencido de que Ally fuera la asesina. Creía que había dicho la verdad justo hasta el final de nuestra entrevista. Incluso podría haber sido sincera cuando le pregunté por las personas con motivos para querer quitar de en medio a Porter, pero definitivamente se había empezado a mostrar cautelosa. Naturalmente, todo el mundo se mostraba cauteloso durante una investigación de asesinato, incluido yo.

No había tenido ningún reparo en arrojar a los leones a Al January, así que no se trataba de que estuviera resistiéndose a la idea de que Porter había sido asesinado. Parecía haberlo aceptado. Entonces, ¿quién era la persona que ella había descubierto de pronto que tenía un motivo para asesinar... y por qué le preocupaba?



Crucé el patio enladrillado, me monté en mi Forester y bajé por el largo camino que atravesaba lo que parecía ser un parque privado. Situado fuera de los portones, al final del camino de entrada, había un coche de policía plateado sin distintivos, agujoneado por antenas. Jake Riordan estaba apoyado en uno de los laterales del coche, con los brazos cruzados, claramente a la espera.

Atravesé los portones, aparqué junto a su coche y bajé la ventanilla de mi coche.

—Vaya, vaya —dijo—, esto no puede ser una coincidencia.

—Podría serlo —repliqué—. Las probabilidades no son altas, pero las hay.

—Ajá. —Su rostro se mostraba impasible mientras me miraba, y sentí un brote de nerviosismo. Creo que eran nervios; sin duda alguna, sabía de primera mano lo desagradable que podía ponerse—. Vale, ¿lo que tratas de decir es que solo fue una visita de condolencias y que no estás pensando en meter las narices en la investigación?

No respondí. Según Paul Kane, que hiciera algunas preguntas no iba a suponer ningún problema, pero ahí estaba Jake, y eso generalmente me causaba problemas.

Ante mi silencio, inquirió:

—¿Igual que no metiste las narices en el caso Garibaldi?

—Claro —contesté con cautela.

Dio un resoplido.

—Uno pensaría que con tanta práctica serías mejor mintiendo.

—¿Mintiendo yo? —bramé, olvidando la cautela y dejándome llevar por un irracional ataque de ira al recordar cómo Paul Kane había admitido que Jake se lo había estado follando todo el tiempo que me había estado jodiendo a mí. Se enderezó ante lo que quiera que fuera que vislumbró en mi

semblante. Tenía la esperanza de que no fuéramos a enzarzarnos en otra pelea porque, en serio, ¿qué pensarían los vecinos? Incluso en Bel Air, donde se dice que los famosos siempre actúan impunemente, había normas.

—Puede que fuera invitado a venir —sugerí.

—Puede que así fuera —estuvo de acuerdo. Y ahí empecé a darme cuenta de que, a pesar de la severidad de su mirada evaluativa, no estaba enfadado. Debería estarlo. El antiguo Jake lo habría estado. Este Jake parecía... ¿vigilante?, ¿cauto?,... La verdad era que no sabía qué parecía. No fui capaz de leer su expresión. Y eso, más que nada, vino a confirmar cuánto tiempo había pasado desde que habíamos estado juntos. *Juntos*, relativamente hablando.

Fue doloroso y a la vez liberador.

—Puede que la señora Jones y yo tengamos algo —aventuré.

Su boca se contrajo dibujando esa reticente e irónica media sonrisa que tan bien recordaba.

—Espero que no —señaló—. Eso te convertiría en el principal sospechoso del asesinato del señor Jones.

—Creía que ya lo era.

Por asombroso que parezca, él replicó:

—Sí. Bueno. Quizá debamos hablar.

—¿Por eso estás aquí esperando?

—Estoy esperando a Alonzo —aseguró—. Llega tarde. —Miró su reloj, y yo me hallé mirando una vez más su anillo de bodas. No es que fuera especialmente ostentoso, pero seguía llamando mi atención—. Ya casi es la hora del almuerzo. Vamos a comer algo.

No quería almorzar con él. No quería volver a verlo, pero quería oír lo que tenía que decir, así que asentí y subí la ventanilla.

Lo seguí al restaurante Beverly Glen Deli al principio de Beverly Glen

Boulevard justo por debajo de Mulholland Drive.

Nos dieron una mesa en el patio. El sol ya calentaba en esa mañana de finales de junio, lo que para mí estaba bien; desde que había salido del hospital siempre sentía frío. Jake se recostó en su silla, observándome; yo hice lo propio.

¿Cuál era su secreto? ¿Se inyectaba vitamina B? ¿Cómo coño lograba mantener el ritmo con tantos hombres, mujeres y animales de corral en su vida? Si tenía la intención de seguir participando en sus peligrosas relaciones con Paul Kane, ¿a qué venía toda esa mierda de romper conmigo porque quería tener un matrimonio real? No tenía sentido..., ni siquiera desde el realmente descabellado punto de vista de Jake.

O tal vez no había tenido la intención de continuar con Kane. Quizás Jake hubiera comprobado que la simple rutina era más difícil de afrontar de lo que esperaba. Dos años atrás, desesperado por tener una familia y una vida «normal», había roto conmigo para casarse con la policía Kate Keegan. Fin de la historia. Unos meses más tarde había sabido por su compañero, Paul Chan, miembro de un grupo de escritura que se reunía en la librería, que Kate había abortado y luego se había reincorporado al servicio. Supongo que todavía existía la posibilidad de formar la familia que Jake siempre quiso, pero el hecho de que hubiera reanudado sus antiguas actividades ilícitas —las cuales, al parecer, no había interrumpido por completo— parecía limitar sus probabilidades de éxito.

Me pregunté si habría conseguido refrenarme de delatarlo ante el detective Alonzo si hubiera sabido entonces que llevaba cinco años con Paul Kane. Quería pensar que era así de caballeroso, pero no estaba seguro.

La camarera apareció y nos dio la carta. Pedí un zumo de naranja y Jake un café. En ese momento comenzó a sonar su teléfono móvil.

—Alonzo —anunció, acto seguido se excusó.

Me dediqué a observar el ir y venir de los lugareños en sus Mercedes y Maserati, cómo recogían sus pedidos de salmón ahumado con queso crema o sándwiches de carne encurtida. Incluso los gases del tubo de escape olían a caro en Bel Air.

Jake regresó unos minutos más tarde y volvió a sentarse.

Ninguno de los dos habló. Fue un momento de lo más extraño. Pensaba en todas las veces que había deseado algo tan simple como ir a comer con él sin que pasara todo el tiempo preocupado por que algún conocido nos viera juntos, también recordé que nunca nos habíamos quedado sin nada de que hablar hasta ese día.

La camarera trajo nuestras bebidas, preparada para tomar nota de nuestros pedidos. Jake me señaló con la cabeza para que fuera el primero.

—No, está bien. No tengo hambre —aseguré.

Frunció el ceño.

—Tienes que comer algo. Pareces un maldito esqueleto.

Suspiré.

—Lo sé, lo sé. Me parezco al esqueleto de ese tipo en *Río rojo*.

Era una vieja broma. No pensé que la recordara, pero torció el gesto y soltó una breve y áspera carcajada. Sacudió la cabeza como si yo fuera el chiflado en la mesa, luego se dirigió a la camarera diciendo:

—Ambos comeremos el pastel de pollo.

Ella arqueó las cejas ante semejante prepotencia, pero he aprendido a escoger mis batallas.

—Sí, está bien —confirmé con indiferencia.

Se retiró y Jake comenzó a tamborilear nerviosamente con los dedos en la mesa. Sus ojos descansaban en los coches en la zona de aparcamiento —tal vez buscando mentalmente infracciones y permisos—. Preguntó con brusquedad:

—Bueno, ¿cómo cogiste una neumonía?

¡Dios mío! Íbamos a entablar una conversación.

—¿Cómo la coge todo el mundo? —Terminé mi zumo de naranja. No estaba de humor para andar de cháchara, tampoco recordaba que fuera algo del estilo de Jake. Si seguíamos así, él preguntaría por mi madre y yo acabaría tirándole el vaso de zumo a la cabeza—. Pillé la gripe y derivó en neumonía. —Dos semanas. A pesar de ser relativamente joven y estar bastante saludable, mi corazón complicaba las cosas.

—¿No te pusiste la vacuna contra la gripe?

Habíamos discutido al respecto hacía un millón de años. Jake, en su condición de servidor público, estaba obsesionado con la idea de que determinadas personas debían tener una dosis justa de la vacuna contra la gripe. Gente como yo. Personas que desde el punto de vista técnico estaban en riesgo.

Le lancé una larga mirada.

—No, teniente Riordan. Corrí el riesgo. Ya he aprendido la lección.

Hubo otro de esos silencios enrarecidos. La camarera nos sirvió los pasteles y un café cargado para Jake, luego me preguntó si quería otro zumo. Decliné su ofrecimiento.

Jake aplastó la capa superior del pastel, dejando que el calor se escapara en una erupción de salsa y vapor. Parecía tan él: directo y eficiente. Sus pestañas proyectaban oscuras medialunas sobre los pómulos. Había olvidado lo largas que eran sus pestañas. Alzó la mirada hacia mi cara, y me di cuenta de que había estado observándolo. Habló:

—¿Sabías que Juanita Calamidad murió de neumonía?

—¡No me digas!

Parecía estar explorando una muela con la lengua. Tuve un repentino y perturbador recuerdo de otras cosas que también había explorado con ella.

—Lo vi en *History Channel*. —Entornó sus ojos claros e inquietos al esbozar una inesperada sonrisa—. Se trata de ese tipo de conocimiento inútil que siempre te ha resultado práctico.

Di un resoplido, aparté la mirada y vi un arrendajo azul escamoteando migas de debajo de otra mesa. Cuando volví a mirarlo, Jake me estaba contemplando con una expresión que no pude, por más que lo intenté, entender.

Intervino de manera brusca:

—Dejémonos de evasivas. Paul me comentó que te había pedido que hicieras algunas preguntas.

—Y tú piensas que es una pésima idea —afirmé—. Yo también.

—No he dicho eso.

Ante mi expresión, se encogió de hombros.

—No soy reacio a usar recursos externos cuando las circunstancias lo justifican.

—¿Quién eres y qué has hecho con el gilipollas de Riordan? —pregunté.

Su boca volvió a dibujar una de esas muecas que no era exactamente una sonrisa.

—¡Eh!, circunstancias especiales requieren medidas excepcionales.

—Claro, pero ¿cuándo dejaste de pensar que es una malísima idea que hable con los sospechosos?

—Hace ya mucho tiempo te dije que tenías talento para la investigación —aseguró.

—Eso es gracioso —repliqué—. No lo recuerdo así. Lo que yo recuerdo es haber sido advertido de que no me entrometiera, so pena de muerte.

Se puso colorado.

—Nunca... —Un músculo de su mandíbula se contrajo, luego continuó —: Eres bueno hablando con la gente. Te gustan las personas y a ellas les gustas tú. Es fácil hablar contigo y al final acaban confesándote cosas. Así que este es el trato: siempre y cuando me digas con quién planeas hablar y me pongas al tanto de todo lo que descubras, no veo ningún problema. Incluso podría ser útil.

—Ponerte al tanto de todo lo que descubra —repetí—. ¿Y al detective Alonzo no?

—Informaré al detective Alonzo sobre cualquier cosa relevante.

Mi sonrisa debió de ser sardónica porque agregó irritado:

—Sea lo que sea lo que estés pensando, estás equivocado. Esta es una comunidad muy unida y nosotros —la policía— tenemos que andar con cuidado. Si Paul puede convencer a estas personas de que se abran contigo, nos beneficiaríamos todos.

Increíble. Cogí el tenedor y comencé a comer. No lo habría creído si no lo hubiera oído. Jake estaba tratando de interceder por su amante tras bambalinas. Y estaba dispuesto a usarme para hacerlo. Me sentí asqueado y decepcionado, pero en realidad, ¿qué coño importaba? Cualesquiera que fueran sus motivos, no me incumbían, además debería agradecer que me diera la oportunidad de librarme de cualquier sospecha a su vez. Lo que me recordó.

—¿Alonzo piensa realmente que soy sospechoso?

—Encuentra tu actitud... sospechosa.

Sintiendo su mirada, levanté los ojos, y estoy bastante seguro de que estaba mirando fijamente mi boca. Lamí mi labio inferior sospechando de la existencia de alguna miga errante. Parpadeó.

—¿Y has respondido por mí? —lo pinché.

—Le dije que no perdiera el tiempo.

—Pero podría haber cambiado, ¿sabes? Quizá no soy el hombre que pensabas que era. Tal vez nunca lo haya sido —manifesté.

Nuestras miradas se cruzaron desapasionadamente.

—No creo que hayas matado a Porter Jones —aseguró.

Lo dejé estar.

—¿Quién crees que fue? —quise saber.

—Creo que la esposa es un buen punto de partida. ¿Qué te dijo?

—Que Porter y ella habían tenido problemas, pero que habían quedado en el pasado. Me dijo que Paul tenía algo contra ella, aunque no aclaró el porqué. Nombró a Al January.

—¿El guionista?

Hice un gesto de asentimiento, forzándome a comer otro bocado de pastel —la comida era buena, simplemente había perdido el apetito esos días —.

—¿Dio alguna razón por la que pensaba que January podría querer quitar de en medio a su marido?

—Dijo que nunca se habían llevado bien y que discutieron esa tarde en la fiesta.

—No debería ser difícil verificarlo —comentó Jake—. ¿Tuviste la oportunidad de formarte una opinión sobre los Jones en la fiesta?

—La verdad es que no. No creo que pasaran mucho tiempo juntos, pero los matrimonios no siempre permanecen juntos en las fiestas — expliqué, considerándolo cuidadosamente—. No parecía haber ningún rastro de su presencia en su dormitorio, tampoco estaba postrada por el dolor precisamente. —Aparté el plato.

—¿Eso es todo lo que vas a comer? —preguntó, con un tono claramente desaprobatorio.

Bajé la vista.



—Sí. —Y luego añadí con crueldad—: ¿Quieres el resto? Siempre tuviste un buen apetito, aunque no has hecho un mal trabajo para mantener a raya el peso.

Se detuvo a medio masticar. Había un toque de color en su rostro. Tragó y dijo suavemente:

—Has cambiado.

Me sentí mezquino y miserable, sobre todo porque desde que lo conocía había sido delgadísimo. Puro músculo de acero y hueso. Siempre cortante y mordaz, aunque ahora no estuviera siéndolo.

Dado que no fui capaz de hallar una réplica, dijo —como si ese intercambio no hubiera ocurrido—:

—Según parece la esposa heredará la mayor parte del patrimonio de Jones y esos son varios millones de motivos.

—Pero no creo que ella tenga la inteligencia necesaria para envenenar a alguien sin llevarse a sí misma por delante también.

—Te sorprenderías.

—Sí, aún puedo sorprenderme —estuve de acuerdo. Sus ojos se cruzaron con los míos; me di cuenta de que tenía que dejarlo ya si no quería tener un enfrentamiento —y no quería—. Se había terminado. No es como si hubiera sido una joven virginal seducida en las calles de París por un malvado conde. Sabía dónde me metía. Traté de enmendarme—: Bueno, dicen que el veneno es un arma de mujer.

—Sí, pero no siempre —subrayó Jake—, así que no hagas suposiciones. Dado que el asesino usó medicación para el corazón para provocar un ataque mortal, creo que no te vendría nada mal ser especialmente cuidadoso con lo que otras personas te ofrecen para comer o beber. Podrían argumentar que tomaste una sobredosis accidentalmente.

Ya se me había ocurrido que lo que estaba haciendo era potencialmente

peligroso. Aun así, lo dicho por Jake me hizo pensar. No tenía la intención de presionar a nadie demasiado, pero ¿quién sabía cómo podría interpretar una conciencia culpable algunas preguntas informales?

—¿Por casualidad sabes el nombre del detective privado que contrató Porter? —pregunté.

Su rostro quedó inexpresivo.

—¿Qué detective?

*Mierda.* Había metido la pata.

—Tenía la impresión de que Porter había contratado a un detective privado para seguir a Ally —expliqué con cautela.

—¿Te lo dijo ella o lo sacaste de Paul?

—Paul lo mencionó, sí —reconocí a regañadientes.

Qué bien recordaba ese viejo destello de ira —y qué feliz estaba de que esta vez no estuviera dirigido a mí—. Jake ordenó secamente:

—Déjame el detective a mí. Eso es diferente.

No añadió nada más, pero era obvio que no estaba contento.

Terminamos de comer, mejor dicho, él terminó de comer mientras yo observaba a la gente entrar y salir de la tienda de mascotas de al lado. Pensé en lo que haría Lisa si apareciera con un cachorro para Emma. Vería mi farol y, como realmente no tenía sitio para mantener a un perro, abandoné la idea.

Jake pagó la cuenta —y dado que era un almuerzo de negocios, al menos para mí, lo dejé coger la factura sin hacer comentarios—. Separamos nuestros caminos tan pronto pasamos por la puerta de cristal, Jake dirigiéndose al aparcamiento de atrás y yo encaminándome al delantero. Cuando abrí el Forester, gritó:

—¡Eh!

Me volví con curiosidad, y me encontré a Jake caminando hacia mí a grandes zancadas.

—Hablo muy en serio: quiero que me llames antes y después de cada entrevista. ¿Entendido?

¿Entendido? ¡Vaya! ¿Había eco ahí fuera? ¿Réplica de hace dos años?

Hice un amago de saludo y, como si yo hubiera planteado alguna objeción—algo que no haría, ya que me parecía totalmente razonable tener una especie de red de seguridad—, él añadió:

—Llámame *antes* de hablar con nadie más.

Y por un estúpido momento, me sentí verdaderamente conmovido al pensar que podría estar preocupado por mí, pero su preocupación sería que no jodiera su investigación o que un civil no fuera herido por andar fisgoneando. Ninguno de los dos escenarios tendría gran acogida entre los de la placa, y de ninguna manera Jake querría poner en peligro todos esos galones que usaba en los funerales y las ceremonias de entrega de premios.

—Y yo aquí pensando que ya no te importaba. —Estaba sonriendo, burlándome un poco de él —y de mí mismo—.

—Fuiste tú quien cortó todos los lazos, Adrien. No lo elegí yo.

No sé por qué sus palabras me impactaron tanto. Para empezar, no era cierto —pero estaba segurísimo de que no entraba en mis planes discutirlo con él en algún momento—. Mi sonrisa se desvaneció. Le dije:

—Agua pasada.

No dijo nada.

Me monté en el coche, encendí el motor y di marcha atrás bajo su dura mirada. Cuando salía del aparcamiento, pude verlo por el retrovisor, permanecía allí erguido como un soldado, el brillo del sol de la tarde reflejado en su pelo rubio.

## Capítulo Seis

*Querido Adrien,*

*Espero que estés bien y que el negocio vaya genial. He estado pensando en volver a casa. ¿Todavía tengo mi trabajo en Intriga y Misterio Libros?*

*Atentamente,*

*Angus Gordon*

—¿Se te olvidó que habías quedado para comer con Lisa? —preguntó Natalie por encima del estruendo de las herramientas eléctricas y los gritos de los albañiles tras la pared de plástico que separaba los libros de Intriga y Misterio del espacio contiguo.

Aparté la vista, sin comprender, de la postal con cuatro imágenes panorámicas de las pirámides de Chichén Itzá.

—¿Eh?

—¿No te toca hoy comer con Lisa? —inquirió.

—¡Jesús! —grité, dejando caer la postal... y tirando la pila de correo que se había acumulado mientras estuve enfermo y que había estado clasificando.

—¡Adrien! ¿Qué te pasa?

—Se me olvidó por completo.

Abrió como platos sus ojos azules.

—¡Huy! —exclamó ella, lo que era el eufemismo del año.

Para ese momento ya estaba marcando en mi teléfono móvil.

Antes de que mi madre volviera a casarse, teníamos la vieja tradición de reunirnos los sábados para tomar un *brunch*. Ella quería mantener la tradición después de casarse —e incluir a su nueva familia y a Guy en la ecuación—. Yo había rehusado argumentando que era incapaz de

emborracharme con elegancia junto a mi familia reconstituida cada fin de semana, y había conseguido cambiar nuestra reunión semanal por un almuerzo el primer martes de cada mes. Me había dicho a mí mismo que de esa manera reducía al mínimo el número de víctimas inocentes.

Lo cogió tras el primer tono.

—¡Adrien! —exclamó Lisa, con una entonación que, por suerte para mí, era una mezcla de un noventa por ciento de alivio y solo un diez por ciento de causticidad.

—Lisa, no sé cómo disculparme —dije, aunque sabía muy bien que tendría que hacerlo. No podía creer que me hubiera olvidado, lo atribuía al hecho de que mi horario aún seguía trastornado después de casi una semana en el hospital.

—¿Por qué no cogías el móvil? He estado muy preocupada. Querido, ¿*dónde* diablos has estado?

No iba a decirle *dónde* había estado. Jake Riordan nunca había aparecido en la lista de favoritos de Lisa, y le gustaba aun menos después de que él y yo nos separáramos —no es que yo hubiera hablado alguna vez con ella de nuestra relación. Ni antes ni después—.

—Lo sé, lo siento. Tenía que ponerme al día con algunos asuntos. — En realidad, esa es la historia de mi vida.

—Pero Natalie dice que no has estado en la tienda en todo el día — protestó.

Ojalá no hubieran declarado ilegal el castigo físico a los empleados bocazas.

—No, he estado haciendo recados —admití, fulminando con la mirada a Natalie.

Ella extendió sus brazos en un claro gesto de *¿qué?, ¿qué hice?*

—Querido, no estás lo bastante recuperado para andar por ahí. Las

clases de equitación de Emma anoche y esos misteriosos recados de hoy. Acabas de salir del hospital. No debes realizar sobreesfuerzos.

Me las arreglé para aguantarme la impaciencia.

—Lisa, estoy bien. De verdad. Ya hace una semana que salí del hospital.

—No eres fuerte, querido. Me gustaría...

—Sé lo que te gustaría —aseguré—. Bueno, ¿y ahora qué?

Se hizo el silencio mientras ella analizaba el tono de mi voz. Entonces suspiró.

—Bueno, nos hemos perdido el almuerzo. Supongo que podríamos quedar para tomar una copa.

Se me cayó el alma a los pies. Lo único que deseaba era acostarme durante media hora, pero no podía empeñarme en echarme una siesta, habiéndola dejado plantada y después de haber insistido tanto en lo mal que me había sentido por ello.

Quedamos en vernos en el restaurante Villa Piacere en Ventura Boulevard en cuarenta minutos.

Tomé mis medicamentos, comprobé que llevaba la cartera y cogí una chaqueta a pesar del calor de la tarde. El teléfono sonó cuando salía por la puerta lateral. Me detuve cuando Natalie me llamó.

Cubriendo con la mano el micrófono, murmuró:

—Es Paul Kane otra vez.

—Lo cogeré en la oficina. —En la parte de atrás, en el almacén que hacía las veces de oficina, descolgué, esperé a oír que Natalie colgaba y saludé—: Hola. Te iba a llamar más tarde.

Soltó una carcajada —un sonido despreocupado y ligeramente seductor—. Me pregunté si Jake y él se reían mucho juntos. No es que Jake tuviera madera de comediante precisamente..., pero, sí, había habido algunos buenos

momentos. Muchas veces encontrábamos divertidas las mismas cosas.

—No espero que me des un informe a cada momento —aseveró—. Solo quería asegurarme de que no estás teniendo dudas. Me preocupa que Jake estuviera un poco... molesto por nuestro acuerdo. —Luego, agregó—: Te pido perdón. ¿Fue particularmente detestable?

—No para ser Jake —negué. De hecho, Jake se había mostrado inusitadamente dispuesto a que husmeara por ahí, así que la disculpa de Paul me cogió desprevenido.

—Al final, cedió —aseguró Paul con arrepentimiento—, pero dijo que iba a hablar contigo. Para determinar las condiciones, supongo. —Soltó una risita—. Se enfureció conmigo por no decirle que Porter había contratado a un detective privado.

—No parecía complacido con *eso* —admití. Aunque no me había dado cuenta de que Jake no sabía nada del detective privado, solo de que estaba molesto ante la posibilidad de que pudiera ir demasiado lejos con las entrevistas.

—La cosa es... —empezó Paul, y de pronto deseé verle la cara, porque su tono... no encajaba— que he estado pensando que sería más agradable para todos los interesados que hablaras con ese tipo primero. Y luego, dependiendo de lo que descubras, decidimos si se lo contamos a Jake o no.

¿Nosotros?

—Sí, bien. Ya es tarde. Tengo órdenes de arriba, he de llamar antes y después de entrevistar a alguien —confesé.

Se hizo el silencio. Escuché el eco de mis palabras: *¿Órdenes de arriba?* Tuve que morderme el labio para contener una risa muy poco apropiada. A esto le siguió un instante de especulación aun más inapropiado sobre quién sería el que daba las órdenes en su relación. Paul Kane no me parecía del tipo sumiso, pero imaginar a Jake de rodillas frente alguien era

bastante..., aunque había habido una noche asombrosa, una noche trascendente.

Recordé su boca vagando con suavidad por mi piel desnuda; la delicada aspereza de su lengua al lamer y mordisquear mi mentón y la delgada piel de mi garganta, donde la yugular palpitaba bajo una ardiente y enloquecida sensación de excitación... se estaba tomando una deliciosamente tortuosa eternidad para crear un camino de besos a lo largo de mi cuerpo. Se trataba de un seductor juego de conectar los puntos: clavícula, esternón, vientre, la sensible unión de la ingle y el interior del muslo... hasta que finalmente su boca húmeda y caliente se cerró en torno a mí...

El calor se extendió rápidamente por mi cuerpo. Me obligué a centrarme en lo que Paul estaba diciendo con tanto cuidado:

—Pero mira, no le dije a Jake el nombre del detective privado. Le dije que no lo sabía. De hecho, le dije que no estaba totalmente seguro de que Porter hubiera seguido adelante con su plan y hubiera contratado a alguien. Que podría haber sido solo un farol.

—Pero sabes el nombre del detective, ¿no?

—Eh... sí.

Hablé con el mismo cuidado:

—¿Por qué no se lo dijiste a Jake?

Emitió un pequeño sonido de impaciencia como si mi lentitud resultara decepcionante.

—Además de ser un muy querido amigo, Porter era mi socio comercial. De ninguna manera estoy insinuando que ocultemos o que deberíamos ocultar información a la *polizia*, pero me gustaría escuchar directamente cualquier cosa que pueda resultar perjudicial, en lugar de esperar a que la policía me informe de ello.

Guardé silencio.



—Te he escandalizado, ¿no? —Se rio, pero pude percibir su inquietud.

—No —respondí—, pero si el investigador fue contratado para seguir a la esposa de Jones, ¿qué información potencialmente perjudicial crees que podría tener?

—¿Cómo saberlo? —inquirió Kane—. Por eso me gustaría escuchar lo que quiera que sea que haya averiguado primero.

No es que no lo entendiera o compadeciera, pero de ninguna manera iba a ser colocado en semejante posición.

—Mira, Paul. Comprendo lo que dices, pero le di mi palabra a Jake. Por no mencionar el hecho de que daría con mis huesos en la cárcel si descubriera que he intentado pasar por encima de él.

—No lo haría, ¿sabes? —dijo—. Jake es un gatito.

Sí, un tigre dientes de sable viejo y grande.

—Entonces, ¿hablarás tú con el detective privado? —pregunté bruscamente.

—Lamentablemente, eso añadiría verdadera tensión a nuestra relación —aseguró Paul, y estaba bastante seguro de que no se refería a la nuestra—. Mira, el nombre de ese tipo es Roscoe Markopoulos. De *Markopoulos Investigations*. Está en la guía. Piensa en ello. Hasta dentro de unos días no se lo contaré a Jake.

Se podía afirmar sin temor a equivocarse que pocas personas le habían dicho alguna vez no a Paul Kane. Repliqué:

—También puedes decírselo a Jake ahora, porque no voy a actuar a sus espaldas. Además, ya que estamos sobre el tema, no creo que Ally sea tu asesina. Admite que Porter y ella habían tenido algunos problemas, pero que todo había quedado en el pasado.

—Claro que esa estúpida putilla dice eso —habló Paul, sin mostrar especial malevolencia—. Se casó con Porter por su dinero; cuando se dio

cuenta de que él no toleraría que le pusiera los cuernos, decidió jugar a la devota esposa con la esperanza de evitar que él cambiara su testamento. Es actriz, Adrien. No es muy buena, lo admito, la verdad es que no esperaba que te tragaras su numerito. Te digo que esa mujer es malvada.

¿Cuernos? ¿Testamento?

—Bien, ¿quieres que me centre en Ally excluyendo a todos los demás? Porque, personalmente, no entiendo por qué no liquidó a Porter en casa y en privado, donde existían menos posibilidades de que el cóctel envenenado se extraviase —dije.

—No, no. No estoy tratando de condenar injustamente a la mujer. Confío en tu instinto. Después de todo, tú eres el experto. Desde luego, debes seguir hablando con la gente, con todas mis bendiciones. Además, tal vez alguien haya visto algo que demuestre que Ally es culpable —se apresuró a decir.

Se mostraba tan seguro. ¿Qué era lo que no me había contado? ¿Y por qué no me lo decía?

En medio de mi silencio, inquirió:

—¿Por qué no hablas con Valarie?

No reconocía en absoluto el nombre.

—¿Valarie?

—¿Valarie Rose? —Soltó esa risa tan atractiva—. Ella dirigirá *El crimen siempre es descubierto*.

—¡Dios mío! —exclamé—. La recuerdo. Ya me acuerdo. ¿Hay alguna razón en particular por la que crees que debo hablar con Valarie? Estaba pensando que quizá debería hablar con Al January a continuación.

—¿Al? —Kane sonaba cauteloso—. ¿Por qué?

—Era amigo de Porter desde hace mucho tiempo, ¿no?

—Esto... sí. Pero Al intenta mantenerse al margen de todos nuestros

pequeños dramas personales.

—¿Existe alguna razón por la que no deba hablar con Al?

—No, por supuesto que no. —Su tono divertido sonaba totalmente natural, aunque por otra parte, era actor—. Llamaré a Al y concertaré una cita.

Y, al parecer, yo estaba paranoico.

—Si también pudieras concertar una cita con Valarie, sería estupendo —sugerí.

—Veré si puedo hacerlo —aceptó Kane, aún sonando divertido.

\* \* \* \* \*

Lisa bebía una ginebra con tónica en el patio de ladrillos situado en la parte de atrás del restaurante Villa Piacere. Los numerosos pimenteros y los sauces que daban sombra al patio formaban siluetas de encaje sobre las sombrillas de lona blanca, y la fuente en la hornacina de atrás borboteaba con un sonido tranquilizador.

—Siento lo del almuerzo —me disculpé, sentándome en la silla de enfrente.

Fijó esos enormes ojos azul siamés en mí y me lanzó una mirada maternal.

—Oh, querido —dijo con tierna consternación—, pareces tan *cansado*.

Le hice señas a la camarera.

—No estarás bebiendo, ¿verdad? —protestó Lisa en tono quejumbroso.

—Hasta ahora no. La tarde es joven.

Soltó una risita nerviosa.

—*Querido*. Solo estoy asustada por todo lo que has tenido que pasar. No es propio de ti olvidar nuestra cita para almorzar.

—Lo sé. Lo siento. Estoy un poco distraído ahora mismo.

Hizo un gesto con la mano restándole importancia. La camarera

apareció y pedí un zumo de manzana para variar.

—¿Cómo está Guy? —preguntó Lisa.

—Está bien. —Me remangué la camisa y descubrí que mi piel reflejaba la luz; tenía que salir y tomar el sol más a menudo. Había visto osos polares con más color.

Lisa parecía seguir mi línea de pensamientos, ya que quiso saber:

—¿Qué te dijo el doctor, querido?

No había pensado realmente que ella no supiera el día y la hora exactos de mi cita con el médico, ¿verdad?

—Dice que mis pulmones se están despejando bien —expliqué—. Pero no es un proceso agradable, así que estoy restringiendo mis compromisos sociales.

—¿Y te *sientes* mejor?

—¿Mejor que hace unas semanas? —Me reí—. Para empezar, no tener un tubo de oxígeno clavado en la nariz es una gran mejora.

Hizo un mohín de desagrado ante ese recuerdo.

—Me lo dirías si no estuvieras bien, ¿verdad, Adrien?

—Por supuesto. —¿Lo haría? Tendría que hacerlo. Pero con toda sinceridad, probablemente esperaría hasta el último momento posible.

Con la cabeza oscura inclinada, asintió distraídamente y trazó un pequeño círculo en el mantel de lino blanco con su uña perlada. Una postura que conocía demasiado bien. De acuerdo, siempre había sido sobreprotectora, pero algo más estaba pasando.

—Vamos, Lisa. ¿Qué pasa? —dije con dulzura.

Me miró.

—Has cambiado tu testamento.

Me puse tenso. ¿*Cómo coño...*?

Sus labios temblaron y en sus ojos vislumbré el brillo de lo que podrían

ser auténticas lágrimas —aunque era poco probable—.

—Has convertido a Em en tu única heredera.

A pesar de lo conmocionado que me sentía, casi me eché a reír.

—¿Es ese el problema? No es ningún secreto que no planeo casarme en breve.

—Sabes a lo que me refiero, Adrien. No le has dedicado ni un pensamiento a tu testamento en una deca...

—¿Cómo coño has averiguado que cambié mi testamento? —la interrumpí.

Por un instante pareció desconcertada.

—Por el señor Gracen.

Era una lástima que el señor Gracen tuviera alrededor de ciento ochenta años y fuera frágil como una pieza de porcelana agrietada, porque le habría hecho muchísimo bien a mis nervios el poder gritarle a alguien sin infligirle un daño permanente. Tal como se encontraba, ni siquiera estaba seguro de que sobreviviera a que lo despidiera —lo que pensaba hacer antes de que terminara la tarde—.

—Sí, cambié mi testamento después de la neumonía. Estoy encariñado con Em y tengo que dejarle a alguien el dinero. Lo hice porque parecía lo más práctico, no porque crea que no me queda mucho tiempo —aseguré.

No parecía convencida.

—Estoy bien, Lisa. De verdad. Y aunque no lo estuviera... es mi vida. ¿Entendido?

*¿Entendido?*

Se quedó boquiabierta. Solo por un momento. Recobró la compostura y comentó:

—No solías ser así, Adrien. Tan... insensible.

—*¿Insensible?* —Parpadeé. ¿Era insensible? En apenas un par de días

me habían acusado de ser una persona resentida, celosa e insensible. Era extraño, seguía sintiéndome yo mismo. Solo estaba... más cansado.

—Jake Riordan te hizo esto —acusó Lisa, y en su rostro se podía ver ira genuina—. Te hizo tanto daño...

—¡Dios, *no!*

Se interrumpió, parecía horrorizada.

—Lo siento —hablé con más calma—, pero por favor no metas a Jake en esto.

Después de un momento, se secó los ojos y cogió su copa; yo cogí la mía.

\* \* \* \* \*

Cuando llegó Guy esa noche yo estaba acostado. Me levanté rápidamente y fui a saludarlo. El sabroso aroma del pollo al curry impregnaba el piso. Encontré a Guy en la cocina, sacando de sus envases de aluminio la comida tailandesa del Saladang Song. El mismo lugar donde Jake pasaba a recoger la comida a veces —en serio, realmente necesitaba dejar de pensar en Jake—.

Le di un beso a Guy, él sonrió y dijo:

—Estabas echando una siestecita, ¿no es así? ¿Por qué no te acuestas y te llamo cuando todo esté listo?

Retiré una silla y me senté al revés, flexionando los brazos sobre el respaldo.

—Es comida para llevar —subrayé—. Ya está lista. ¿Qué tal tu día?

—La comida para llevar puede esperar. Ve a acostarte.

—No quiero acostarme —rechacé en tono agradable—. Tengo hambre. Vamos a comer.

Por primera vez, el ligero acento británico de Guy y la afectación en su manera de hablar me resultaban irritantes —tanto como su actitud paternalista

—. Dar me cuenta de ello me dejó consternado.

Se había girado para sacar los platos del armario. Me levanté, lo rodeé con mis brazos y apoyé la cara sobre su pelo, que estaba recogido en una larga cola de caballo. Las hebras plateadas eran suaves como la seda y olían al champú de manzana que usaba y más débilmente a tabaco de pipa; era un aroma familiar y reconfortante. Puso sus manos sobre las mías, luego alzó una hasta su boca y besó mi palma.

La sensación de su boca acariciando mi piel también era agradable. Cuando se dio la vuelta para abrazarme, me alegré. Me besó; conocía su sabor y me gustaba. Le devolví el beso, abriendo la boca para dejar entrar a su lengua, que se deslizó en su interior húmeda y resbaladiza. Profundizó el beso; comenzó a acariciar mi espalda, podía sentir el calor de sus manos a través de la camisa, y estrechó el abrazo —haciendo que me preguntara por qué no me estaba poniendo duro como Guy—.

Tenía que ser porque todavía no me sentía al cien por cien.

Después de unos segundos se apartó, besó mis labios suavemente, y preguntó:

—¿Estás seguro de que te encuentras bien?

—Estoy bien. Ojalá la gente dejara de preguntar.

Guy estaba sonriendo. Deslizó sus manos por mis brazos con suavidad, al llegar a mis dedos les dio un breve apretón, luego me soltó. Se giró una vez más para coger los platos.

—Es la clásica combinación de belleza y fragilidad —comentó por encima del hombro—. Tú sacas a relucir mi instinto maternal.

Estaba bromeando, pero yo sabía que estaba preocupado por mí. El hecho de que hubiera esperado hasta que estuviéramos saliendo de forma bastante estable para confesar que tenía una enfermedad cardíaca, no había ayudado, ni tampoco el hecho de que pareciera estar emparentado con esos

niños abandonados de ojos grandes que pinta Margaret Keane.

—Las apariencias engañan. Soy más que capaz de cuidar de mí mismo —espeté.

—Si lo sabré yo. Nunca he conocido a un capullo más autosuficiente —replicó Guy.

—¡Oye!, cuidado con los adjetivos.

Me dedicó una sonrisa burlona mientras me daba los platos.

—¿Tienes algún problema con la palabra *autosuficiente*?

\* \* \* \* \*

Comimos en el sofá, viendo un especial sobre los juicios de las brujas de Salem en *History Channel* —lo que me trajo a la memoria el comentario de Jake sobre Juanita Calamidad—.

Lo estaba haciendo otra vez. De hecho, le estaba dando más vueltas a la reaparición de Jake en mi vida que a la preocupación por ser sospechoso de asesinato. Solo era capaz de pensar en la marca que había dejado en mi ego el saber que Jake había continuado sus actividades sadomasoquistas durante el tiempo que habíamos estado saliendo —bueno, y que había tenido una pareja estable—.

Porque *sabía* que se preocupaba por mí. Tal vez no fuera el tipo más experimentado del mundo, pero tampoco era un inexperto. Recordaba...

Aunque si tuviera algo de cerebro, no lo recordaría. Porque hacerlo era doloroso e inútil.

Lo que tenía que pensar era cómo coño le diría a Guy que estaba envuelto en la investigación del asesinato de Porter Jones, a pesar de haberle asegurado que no tenía intención de hacerlo. Sabía que se iba a enfadar. Se hubiera disgustado aunque Jake no fuera parte de la ecuación. Y el hecho de que Jake *fuera* parte de la ecuación definitivamente no le iba a sentar nada bien.



Tal vez podía esperar un día o dos más para explicárselo.

Le eché una mirada a su perfil; Guy me miró a su vez y sonrió.

—Esa sopa *tom yum goong* ha conseguido que tengas un poco más de color en la cara.

—Es muy buena —dije. Dada la atención que le había prestado, bien podría haber sido solo agua caliente. Lo estaba demorando por pura cobardía. Tenía que decírselo.

Cuando finalmente me había animado, Guy miró el reloj de la estantería y exclamó:

—¡Maldita sea! Prometí ir a la firma de Margo esta noche. No pensé... ¿querías venir? Ya asistes a suficientes firmas de libros.

—Esta noche se reúne el grupo Cómplices del crimen. Pero saluda a Margo de mi parte —dije.

Frunció el ceño.

—Pensaba que ibas a suspender lo de Cómplices del crimen.

—Se reúnen en mi librería. ¿Cómo voy a hacer algo así?

—Es sencillo. Diles que ya no quieres ejercer de anfitrión del grupo. La semana pasada dijiste que estabas hartos y querías dejarlo.

—El martes pasado acababa de salir del hospital —argumenté—. Estaba cansado e irritable.

Como en ese momento —solo que entonces había tenido una buena razón—. Sabía que Guy lo estaba pensando, pero no lo dijo. Ya en marcha, llevó su plato a la cocina y lo dejó en el fregadero. Deteniéndose junto a la mesa del vestíbulo, recogió sus llaves y gafas de sol.

—¿Quieres que vuelva más tarde? —preguntó, y no estaba seguro de si su tono era vacilante o no.

Repentinamente incómodo —no era típico de Guy pedir permiso—, respondí:

—Creo que voy a acostarme temprano después de la reunión del grupo de escritura.

Se acercó y me besó, prolongándolo un poco, retirando un mechón de pelo detrás de mi oreja mientras contemplaba mi rostro.

—Esa es una buena idea, amor. Todavía estás espantosamente pálido. Sonreí de forma cortés, injustamente molesto con él de nuevo.

Guy besó el puente de mi nariz y se marchó.

Un minuto o dos después de que la puerta se cerrara tras él, me di cuenta de que había dejado su chaqueta de tweed. La cogí y empecé a bajar las escaleras, pero tenía que ir despacio y llegué a la puerta lateral a tiempo de ver las luces traseras de su Miata rojo desapareciendo calle abajo.

Cerré la puerta y regresé a la planta alta. Un sobre cayó del bolsillo de la chaqueta de Guy y aterrizó en un escalón. Lo recogí y le eché un vistazo, entonces lo volví a mirar con más atención al asimilar la dirección del remitente.

Mientras guardaba la carta abierta en el bolsillo de su chaqueta, me preguntaba quién le escribiría a Guy desde la Institución Penitenciaria California en Tehachapi.

## Capítulo Siete

Desperdiicé la mañana del miércoles en el Hospital Huntington haciéndome la batería de pruebas que el Dr. Cardigan había ordenado.

Eran casi las once cuando regresé a Intriga y Misterio Libros. Aparqué y me colé por la puerta lateral a tiempo de oír a Natalie decir indignada:

—No creo que sea una extraña coincidencia. Adrien salía con un policía. Si alguien tiene la culpa de que siga involucrándose en asesinatos, es...

—¡Natalie! —exclamé con severidad.

Se sobresaltó con aire de culpabilidad, callándose en mitad de la frase. El detective Alonzo se giró desde el mostrador donde la había acorralado. Sostenía una taza de Starbucks, que levantó a modo de saludo.

—Hola, señor English. He de hacerle algunas preguntas de seguimiento, si no le importa.

—¿Y si me importara?

Esbozó una sonrisa que me hubiera encantado borrar de su rostro.

—Por aquí —le indiqué, llevándolo a la parte de atrás, a mi oficina. Cerré la puerta detrás de nosotros y me apoyé contra la pared. De ninguna manera iba a permanecer sentado mientras ese gilipollas se alzaba sobre mí.

—Así que solía... eh... *salir* con un policía, ¿no? —dijo.

—No —negué—. Ella está equivocada. Solía «eh, salir» con un tipo que estaba en la academia de policía. Fracasó.

—En su relación con usted y en la academia, ¿no es así?

—Así es.

Seguía esbozando esa amplia sonrisa.

*Patán*. Miré el reloj.

—Ya tenemos los resultados del análisis toxicológico de Porter Jones

—anunció.

—Qué rapidez.

—Son personas importantes.

Tal vez en el sur de California. No podía imaginar al resto del mundo excesivamente conmocionado por el fallecimiento de un financiero de Hollywood —sin embargo, marlines de todo el mundo quizá estuvieran bailando sobre sus colas—.

—Por lo visto, el veneno fue administrado en un cóctel especial que Paul Kane preparó. —Revisó su cuaderno—. Un Henley Skullfarquar.

—Un Skull... —mi voz se fue apagando—. Bien.

Alonzo comenzó a leer:

—Una botella de Smirnoff Ice, un cuarto de Strongbow Cider, cincuenta mililitros de Pip's Cup...

—Pimm's Cup —corregí.

Sonrió como si hubiera caído en su trampa.

—No existe eso del Pip's Cup. Mi madre bebe Pimm's en verano. Es una especie de licor a base de ginebra —le expliqué.

Manténía esa sonrisa burlona que parecía decir: «te tengo».

—Creo que es muy interesante que se dé la casualidad de que conozca esa bebida en particular.

—No es tan insólito. A un montón de británicos les gusta el Pimm's.

—Pero no es británico; yo nunca he oído hablar de ella.

—Mi madre es inglesa —repliqué—. Y a *mí* no me sorprende.

—¿Qué? —preguntó con cautela.

—Que nunca haya oído hablar del Pimm's Cup.

Me miró fijamente, incapaz de identificar el insulto, luego volvió a sus notas.

—Quizá le sorprenda saber qué sustancia mató realmente al señor

Jones. —Una vez más, fijó su mirada en mí.

Esperé, adivinando lo que vendría.

—Digitoxina. —Lo soltó como si estuviera jugando su carta ganadora.

Con más calma de la que sentía, dije:

—La digitoxina no es digoxina.

—Es casi lo mismo.

—Realmente no. Ambas sustancias requieren receta y la digitoxina no es tan utilizada en estos días. Creo que sería más difícil de conseguir.

Tampoco es tan tóxica como la digoxina.

—¿Y qué?

—Bueno, ¿por qué me molestaría en usar la digitoxina, si es más difícil de conseguir y menos letal que mi propia medicación?

—Porque esperaba evitar que la atención se dirigiera hacia usted.

Me reí. De acuerdo, no fue una verdadera risa.

—¿De veras? Entonces, ¿por qué usé un fármaco para el corazón que inmediatamente dirigiría todas las miradas hacia mí?

—Porque resultaba práctico.

—Pero, como ya ha quedado claro, se usó un medicamento para el corazón que sería más difícil de conseguir.

Se encogió de hombros.

—No tiene que tener sentido para mí.

No obstante, suponía que tenía que tener sentido para alguien. Tuve que preguntarme por qué Jake asignaría a alguien como Alonzo a un caso de gran resonancia. El tipo era imbécil. ¿Quería eso decir que Jake había puesto a cargo a Alonzo porque éste sería fácil de controlar si las evidencias apuntaban en una dirección que a Jake no le gustaba? Era una idea cínica, pero al parecer yo era mucho más cínico en estos días.

—Está bien, bueno, déjeme hacerle una pregunta: si no quería que me

señalaran, ¿por qué romper la copa que usé y tirarla a la basura? No imagino una mejor manera de llamar la atención de la policía sobre el hecho de que Jones fue asesinado —conjeturé.

—Estaba tratando de destruir pruebas.

—Pero si no hubieran encontrado la copa rota, probablemente nunca hubieran sospechado que Jones no murió de forma natural. Dada su edad y peso, probablemente habrían aceptado que murió de un ataque al corazón. ¿Encontrar la copa rota no fue el primer indicio?

—No. Sospechamos que fue un homicidio de inmediato.

No sabía si eso era cierto o no. Tratando de mantener la paciencia, pregunté:

—Pero ¿por qué no limpié las huellas de los dedos? ¿Por qué me tomaría la molestia de romperla y tirarla, para *dejar mis huellas dactilares* en ella? Atrajo la atención sobre el crimen.

Su tono y su expresión eran condescendientes.

—Está pensando en todo esto después de ocurridos los hechos. En el momento del asesinato, sintió pánico y trató de destruir las evidencias.

—¿Sentí pánico? Creía que era un crimen premeditado, ¿no?

Me miró sin dar su aceptación.

—Según usted, soy un experto en investigaciones de asesinato.

—Sí, voy a ser honesto con usted, no me importa lo que diga el teniente, es raro que un tipo como usted se haya visto envuelto en tres casos de homicidio independientes —afirmó.

Mi corazón estaba empezando a latir arrítmicamente, esas incómodas palpitaciones expandían mi pecho, cerrando mi garganta. Inhalé profundamente. Lo volví a hacer. Necesitaba que Alonzo se fuera.

—No conocía a Porter Jones —aseveré, mientras me sentaba en el borde de mi escritorio—. ¿Cuál sería mi maldito motivo?

—Una vez hayamos juntado todas las piezas, el motivo saldrá a la luz. Había oído a Jake decir cosas similares a menudo, así que comprendí en parte de dónde venía todo eso. Si teníamos en cuenta que Alonzo era idiota.

—Sí, bien, espero que tenga buena suerte con ello, porque ninguna de esas piezas encaja —espeté—. ¿Me está arrestando? Porque ya he dicho todo lo que tenía que decir; llamaré a mi abogado.

De pronto parecía estar en alerta, y me pregunté si lo habría estado tomando demasiado en serio.

—Según mi experiencia, Sr. English, la gente inocente no empieza a pedir un abogado a gritos de inmediato.

—¿Ha vuelto a ver *The Closer*? —inquirí con maldad. Era lo único que podía hacer para mantener firmes mi voz y mis manos—. No lo he hecho inmediatamente. Es obvio que piensa que tengo algo que ver con la muerte de Jones y, para ser franco, no tengo ni el tiempo ni la energía necesarias para lidiar con toda esta mierda.

Me miró con fijeza durante un largo rato, luego cerró su libreta.

—Seguiremos en contacto, señor English.

Después de que la puerta se cerrara, marqué un número que nunca hubiera creído que marcaría de nuevo.

\* \* \* \* \*

—¿Estás pensando en contratar a alguien para la librería? —preguntó Natalie más tarde.

Estaba en mi ordenador portátil tratando de averiguar todo lo posible sobre Porter Jones. No es que fuera un experto —a pesar de lo que pensara el detective Alonzo—, pero según mi experiencia, cuanto más detalladamente se conozca a la víctima, mayores serán las posibilidades de reducir el número de sospechosos. Todo lo que sabía de Porter Jones era que había financiado

varias películas exitosas —algunas de ellas protagonizadas por Paul Kane— y que le gustaba la pesca del marlín en alta mar. Y que seguir en *The Newlywed Game*<sup>1</sup> con Ally no habría sido un negocio muy lucrativo para él.

Levanté la vista de un par de fotos borrosas de Porter en reuniones sociales de Hollywood y me concentré en Natalie. Su voz tenía esa nota alta y ligeramente temblorosa que asociaba con un desastre inminente en el género femenino.

—¿Perdona?

—Vi esa postal —anunció. Tenía la barbilla levantada —quizá por la propia idea de haber estado leyendo mi correo— y, sí, definitivamente su voz temblaba.

—¿Qué postal? —pregunté con recelo.

—La postal de «ese muchacho».

¡Ah!, *ese muchacho*, así era como Lisa se refería a Angus.

—Bueno, necesitamos más ayuda, ¿no es así? Eso es lo que me has estado diciendo —dije.

—Lo que te he estado diciendo es que deberías contratar a *Warren*.

—Nat, no voy a contratar a Warren.

—¿Por qué no?

Abrí la boca para decirle exactamente por qué no, pero mientras miraba sus ojos azules demasiado brillantes y el temblor de su barbilla, me acobardé.

—Porque... porque cuando se fue, le prometí a Angus que podría recuperar su trabajo.

—Adrien, estuvo involucrado en un *asesinato*.

—Pero él era muy bueno ordenando alfabéticamente.

—¡Adrien! No tiene gracia.

Me mordí el labio.

—Lo sé. Angus se juntó con la gente equivocada, pero no es de los



malos. Y creo que merece —necesita— que le den una segunda oportunidad.

Me miró fijamente, sus pechos subiendo y bajando por la agitación.

—Eres demasiado confiado, Adrien. Con las personas equivocadas.

Mi móvil sonó.

—Tengo que cogerlo —dije. No me importaba si era de *Los Angeles Times* con una oferta muy especial. Tenía la intención de responder.

—Bien —habló de forma entrecortada y salió airada.

Comprobé el número en mi teléfono móvil. Guy.

—Hola —saludé.

—¿Por qué no nos vamos este fin de semana? —preguntó Guy—. Solos tú y yo. Los Cabos está a solo dos horas de vuelo. Podría reservar un hotel en uno de los complejos. En algún lugar de la playa. Un lugar romántico.

—Yo... —Empezaron a sonar los pitidos de la llamada en espera. Eché un vistazo a la pantalla del identificador de llamadas y el corazón me dio un vuelco, pero estaba bastante seguro de que tenía que ver con las diversas tensiones del día.

Pulsé en el botón de llamada entrante.

—Espera —solté. Volví con Guy—. ¿Puedo ponerte en espera un momento? —pregunté.

—Tengo clase en cinco minutos —contestó—. Hablaremos esta noche, amor. Tómalo con calma esta tarde, ¿vale?

—Vale —acepté y, a reglón seguido, le di al botón de finalizar la llamada.

—Estoy de vuelta —le dije a Jake.

—Ya lo creo —replicó—. ¿Qué coño le dijiste a Alonzo? Ahora está convencido de que eres nuestro perpetrador.

Había tenido tiempo de calmarme desde esa mañana, pero el sonido de

la voz de Jake llevó a que mi corazón latiera con ese ritmo nervioso e impredecible. Estaba empezando a pensar que él era peligroso para mi salud. Definitivamente lo era para mi salud mental.

—Amenacé con llamar a mi abogado —respondí de manera cortante. Se hizo el silencio.

—¿Qué dijo que te puso nervioso? —quiso saber Jake.

—¿Además de insinuar que soy un asesino en serie? ¿Te refieres a eso? Sentí el placer ambivalente de saber que lo había dejado sin habla.

—Simplemente... se me acabó la paciencia —reconocí—. Estoy harto de ser sospechoso de asesinato. Esta es la segunda, no, la tercera vez.

Incluso yo pude notar la tensión en mi tono. Jake dijo lentamente:

—Ya veo. —A continuación, me dejó completamente desconcertado al preguntar—: ¿Ha pasado algo más? Porque no parece propio de ti.

—¿Cómo coño ibas a saber tú qué es propio de mí?

—Sé que no te asustas fácilmente. Si lo hicieras, no habría estado de acuerdo con el plan de Paul.

—Sí, bueno, eso es un misterio en sí mismo, ¿no es así?

Para mi exasperación, no respondió. ¿Qué le pasaba? Si esto era lo que le había hecho el matrimonio, bien podría haberse practicado una lobotomía.

—Me dijo que el análisis toxicológico había identificado la digitoxina como el veneno usado para provocar el ataque al corazón de Jones, también me dijo que se encontraron rastros de ella en la copa rota con mis huellas dactilares —le conté.

—Lo que esperábamos.

¿Nosotros? ¿Él y yo o el DPLA? No estaba seguro.

—Parece que soy su único sospechoso.

—Oye —dijo Jake—, sabes cómo funciona esto. Les está dando a Paul y a esa tía, la señora Beaton-Jones, el mismo tratamiento estrella. No mataste

a Jones, ¿verdad?

—No. Jake...

—¿Verdad?

—Verdad.

—Así que relájate.

—Es fácil para ti decirlo.

Soltó una carcajada.

—¿Lo es?

Bueno, quizá tuviera razón en eso. Por primera vez pensé en lo precaria que era la posición de Jake —o al menos, dada su paranoia, lo precaria que él sentía que era—. Le pregunté:

—¿Por qué sospecha Alonzo de Paul Kane?

—No le gustan los maricones. No le gustan los tipos de Hollywood. Y odia la última película de Paul. Ah, y Paul mezcló el cóctel mortal.

—Ahora me siento mucho mejor.

—¿Quién es el siguiente con el que planeas hablar? —inquirió.

Sin estar totalmente convencido del motivo, respondí:

—No estoy seguro. Necesito hablar con Guy. No sabe que me estoy involucrando a propósito en esta investigación. No creo que le entusiasme demasiado cuando se entere.

—Oh, sí —dijo Jake secamente—. ¿Cómo está el capitán Crunch<sup>2</sup>?

—Está bien. Ha vuelto a dar clases en UCLA.

—Algo había oído. Porque no hay educación universitaria completa sin un curso de Paparruchas Aplicadas.

—No puede ser todo Ciencias Policiales y Técnicas de Interrogatorio de las SS.

—Hablando del tema, recuerda avisarme antes de ir a ver a alguien..., suponiendo que decidas continuar.

—Mensaje recibido. Cumpliré.  
Suspiró y colgó.

\* \* \* \* \*

—Tal vez uno de nosotros debería aprender a cocinar —sugerí mientras Guy servía el salmón *teriyaki*, los rollos de verduras y la ensalada de tofu del restaurante Japon Bistro.

—No comes lo suficiente para que merezca la pena perder el tiempo de ninguno de los dos. —Abrió la nevera—. ¿Agua mineral?

Suspiré.

—Supongo.

Su sonrisa era comprensiva mientras vertía agua mineral con sabor a limón en una copa.

—¿Cómo te fue en las pruebas, cariño?

—No tengo ni idea. No veré al Dr. Cardigan hasta la próxima semana.

Se sentó frente a mí y preguntó:

—¿Has pensado sobre lo de irnos el fin de semana?

—Eh... sí. —Bebí un sorbo de mi agua mineral—. La cosa es...

—Estaba pensando que podemos quedarnos en el Palmilla Resort —dijo—. Está junto al océano. Justo entre San José del Cabo y Cabo San Lucas. Todas las habitaciones tienen patio y vistas al mar. Tienen dos piscinas de borde infinito, un spa, restaurantes y una capilla de bodas.

Dejé caer uno de los palillos.

—Guy...

—Está bien —esbozó una sonrisa atribulada—, no te asustes. No voy a forzarte a nada, pero necesitamos pasar tiempo juntos, Adrien. Necesitas tomarte un tiempo. Podemos tumbarnos al sol, nadar, dormir hasta tarde y follar como visones...

—Me... gustaría —aseguré constreñido—, pero este no es un buen

momento.

Siguió sonriendo, pero se notaba el esfuerzo que le costaba.

—Sé exactamente lo que vas a decir. Vas a decir que no puedes irte después de haber estado de baja durante dos semanas, y más teniendo en cuenta las reformas del local de al lado. Pero hablamos solo de un fin de semana. Creo que Natalie puede encargarse de todo durante dos días —dos días y medio—.

—Soy sospechoso en una investigación de asesinato. ¿Cómo se vería si de repente me largara al aeropuerto y cruzara la frontera? —dije.

—Nadie puede creer en serio que eres sospechoso de la muerte de ese tipo. Ni siquiera le conocías.

—Pero soy sospechoso, y por eso...

—¿Por eso? —preguntó, cuando me detuve.

—Paul Kane me pidió que hablara —solo de manera informal— con algunas personas.

Nuestras miradas se cruzaron. Sus ojos tenían el tono de verde de las olas cuando rompen en las rocas.

—¿Qué significa exactamente: «hablar de manera informal con algunas personas»? ¿Quieres decir que te pidieron que... *investigaras*?

—No es algo tan serio —afirmé con precipitación—. Solo voy a hacer algunas preguntas informales. Al parecer es un grupo muy unido y reservado, la idea es que podrían abrirse con mayor facilidad a alguien como yo.

—¿Alguien como tú? ¿Un completo extraño?

—Kane va a responder por mí o algo así.

Guy soltó los palillos y cruzó los brazos.

—Ese cabrón de Riordan nunca lo aceptará.

—Bueno, por sorprendente que parezca, se muestra abierto a la idea, siempre que lo mantenga al tanto de cualquier cosa que descubra —le conté

con mucha cautela.

Guy me miró como si le hubiera ofrecido un poco de mi pez globo.

—Estás de broma, ¿no?

Negué con la cabeza.

—No es posible que ese hijo de puta esté de acuerdo con esto.

—¡Guy!

Esperó, con las cejas fruncidas, aún enfadado.

Me guardé mi primera respuesta, haciendo un verdadero esfuerzo por relajar el férreo agarre sobre el tallo de mi copa. Estaba claro que Guy odiaba a Jake —y mi deseo instintivo de defenderlo era solo un antiguo mal hábito del que no había conseguido desprenderme—.

—Nada. Mira, no lo sé. No sé si esto es solo la forma de Jake de apaciguar a uno de los favoritos de los medios como es Paul Kane o si realmente piensa que podría ser de ayuda. —Me encogí de hombros—. Quizá haya aprendido algo.

—Quizá lo haya hecho. Me sorprende que tú no.

Parecía estar arrastrándome a una confrontación, y eso no era propio de él.

—Vamos, Guy —protesté.

—Aunque estuvieras lo bastante recuperado para asumir algo así...

—¡Oh, por Dios!

Me estaba lanzando una mirada fija que no había visto en su rostro desde hacía mucho tiempo, dos años, para ser exactos.

—*Disfrutas* con esto, ¿no? Nunca antes lo había llegado a entender.

—No lo disfruto. Soy sospechoso, Guy. No puedo simplemente sentarme aquí y...

—¿Por qué no? Eso es lo que hace la gente normal. Dejan que la policía y los investigadores capacitados se ocupen de este tipo de asuntos.

Tenía toda la razón. Eso *era* lo que la gente normal hacía.

—No quiero discutir contigo —dije finalmente.

—Bueno, podemos agregarlo a la lista de cosas que no quieres hacer conmigo. Como casarte... o incluso irte de fin de semana.

—Guy... —No sabía qué decirle. Semejante arrebató estaba fuera de lugar, aunque sabía que, al menos en parte, yo era culpable. Él ya sentía que lo mantenía a distancia; el hecho de que no quisiera comprometerme y llevar nuestra relación al siguiente nivel exacerbaba la situación. Y ahora esto: el regreso de Jake y todo lo que representaba, probablemente las cosas que a Guy menos le gustaban de mí.

Sacudí la cabeza, dando por terminada la discusión, y reanudó la comida. Terminamos de comer en silencio.

Recuperamos en parte la cordialidad en el transcurso de la noche. Guy corregía trabajos mientras yo veía una película cutre en el canal *Sci Fi* —nada como una película de horror con imágenes generadas por ordenador de bajo presupuesto para poner en perspectiva los propios problemas—, pero finalmente conseguí atraerlo al sofá con mis comentarios. Pronto estuvo interpretando a Siskel, dándole la réplica a mi Ebert<sup>3</sup>.

Esa era una de las cualidades más agradables de Guy: no guardaba rencor. Mi primer amante adulto, Mel, había sido medallista de oro en la categoría del tratamiento del silencio de largo recorrido. E incluso Jake tendía a volver a los lacónicos monosílabos cuando estaba *realmente* molesto conmigo. Guy peleaba como una persona civilizada. No me ignoraba, no me daba palizas para someterme.

Cuando finalmente nos fuimos a la cama, Guy se inclinó sobre mí, su boca uniéndose a la mía. Sabía a pasta de dientes con un dejo al licor de ciruelas que había tomado como postre. Su boca se movía contra la mía con más insistencia de la que había mostrado últimamente.

Le devolví el beso. Su pelo largo caía suavemente por mi cara y pecho. Me hacía sentir ligeras cosquillas.

—¿Qué es lo que quieres?

Quería dormir, pero sabía cómo le sentaría después de nuestra anterior discusión. Volví a besarlo, tratando de poner un poco de energía en ello.

Profundizó el beso, deslizando la lengua en el interior de mi boca, y susurró algo en tono suave y apremiante. Le respondí también en un susurro y acaricié su espalda. Su pene se presionaba contra mi abdomen y alargué la mano para acariciar sus bolas. Casi podía sentir la oleada de calor pulsante bajo su piel; empecé a considerar distintas estrategias para lograr que se corriera rápido.

Empujó su cuerpo contra el mío. Me acarició la cadera y la ingle. Tendría que estar realmente distraído para no darse cuenta de que yo no estaba tan interesado en lo que estaba pasando como debería: y algo que no podía decirse de Guy es que fuera una persona distraída.

Los movimientos de su mano se ralentizaron. Se detuvo. Se echó hacia atrás, apartándose de mí; miró mi rostro con fijeza, tratando de interpretar mi expresión a la luz de la lámpara. Al final, dijo:

—No hemos hecho el amor desde que saliste del hospital.

—Lo sé. Lo siento. —Noté cómo perdía la erección, lo que me hizo sentir aún peor—. Solo estoy cansado.

—No quiero que lo lamente, quiero que me desees como yo te deseo —aseguró cansinamente.

—Así es.

Me miró a la cara con mucha atención. Aparté el rostro y tosí.

—Así es —reiteré, girándome hacia él—. Aún no he vuelto a la normalidad.

Arqueó las cejas.



—A lo que es normal para mí —aclaré.

Finalmente, suspiró, se tumbó y apagó la lámpara.

Permanecimos allí tendidos, uno junto al otro, sin hablar.



1 )

2

3

## Capítulo Ocho

Se supone que las elegantes puertas de entrada de Forest Lawn en Glendale son las puertas de hierro forjado más grandes del mundo. No estoy seguro. Creo que las puertas de la mansión de Bel Air de Porter Jones serían una dura competencia para las de Forest Lawn, aun así he de reconocer que la entrada del cementerio resultaba impresionante.

Y trajo a mi memoria numerosos recuerdos. Mi padre está enterrado en Forest Lawn; la verdad es que recuerdo las visitas al cementerio mejor que a él. Lisa dice que me parezco mucho a él, aunque es de suponer que existen algunas diferencias cruciales. En cualquier caso, cuando asistí al funeral de Porter ese jueves, decidí visitar la tumba de mi padre.

La tumba estaba en una ladera junto a otras varias grabadas con el apellido «English», y me di cuenta —tardíamente— de que una parte de la familia estaba enterrada en ese majestuoso parque. Fue una sensación extraña. Estar allí mirando la lápida de bronce y percatarme de que mi padre era más joven que yo cuando murió.

Se me ocurrió que debería haber llevado flores o algo así. No había visitado su tumba desde que era lo suficientemente pequeño para jugar en las estatuas de bronce junto al lago con la fuente de las garzas —Lisa extrañamente indiferente al decoro en esas lejanas excursiones—.

Me pregunté si mi padre y yo nos habríamos llevado bien, si no hubiera sido un problema para él que yo fuera gay. Asimismo, me pregunté en qué aspectos yo habría sido diferente si él hubiera vivido —al margen de mi sexualidad—. Jake estaba convencido de que el hecho de que mi padre fuera despojado de sus ataduras mortales de forma prematura durante mi adolescencia era responsable de mi orientación sexual invertida, pero yo sabía que era diferente antes de llegar a la adolescencia. Tampoco

consideraba invertida mi orientación sexual. Pero ese era uno de los muchos ámbitos en los que Jake y yo disentíamos.

\* \* \* \* \*

No pude evitar pensar en *Los seres queridos* de Evelyn Waugh mientras estaba cerca del fondo de la iglesia Wee Kirk o' the Heather y escuchaba a los familiares y amigos de Porter Jones despedirlo con afectuosos recuerdos y anécdotas.

Por lo bien que se lo estaban pasando todos, parecía que Porter iba rumbo a un gran estreno en el cielo, y aunque no era precisamente una celebridad, casi había conseguido un lleno total. Identifiqué a más de un rostro conocido, sin incluir a aquellos miembros del reparto y del equipo que ya conocía.

Naturalmente, Paul Kane estaba allí. Habló con elocuencia y de forma muy entretenida sobre Porter y su larga relación. Al parecer se habían conocido a través de su mutua amistad con Langley Hawthorne. Recordé que Ally había mencionado algo sobre Langley Hawthorne y tomé nota de comprobar qué podía averiguar sobre él. Parecía otro magnate de Hollywood.

Tenía que admitir —de mala gana— que aprendí más acerca de Porter Jones del panegírico de Paul Kane que de las remembranzas de los demás. Kane se las arregló para abordar aspectos tales como las donaciones que Porter había hecho a numerosas organizaciones benéficas, las veces que había apostado por pequeños y no comerciales, pero meritorios, proyectos de cine independiente, y el trabajo que había realizado para distintos comités de la industria y comisiones para el otorgamiento de becas —mientras se burlaba de la pasión de Porter por la pesca de altura, el arte moderno y la cocina gourmet—. Según Kane, Porter tenía su lado sensible: siempre había querido escribir, así que había escrito guiones malísimos, aparte de intentar redactar sus memorias en varias ocasiones; pero también había sido ruidoso y

ordinario, siendo muy capaz de beber más que nadie y aguantar en pie. Pero lo más revelador, según Paul Kane, era que Porter siempre quedaba como amigo de todos.

La primera esposa de Porter, Marla Vicenza, era una sesentona bien conservada. Parecía la versión de saldo de Sophia Loren; la reconocí por haber pasado demasiadas madrugadas viendo la televisión. Ella confirmó que era difícil que Porter no te agradara. Incluso cuando rompió con ella, dando por finalizado un matrimonio que había durado treinta años, y la reemplazó por una esposa trofeo rubia, había actuado —aparentemente— de la manera más encantadora posible. De lo cual se deducía que le había dado a Marla una generosísima cantidad de dinero en el acuerdo de divorcio.

Marla también parecía una persona de trato fácil. Se sentó junto a Ally en el primer banco de la capilla; daba la impresión —al menos, desde donde yo me encontraba— de que tenían una relación cordial.

Al parecer, Ally estaba demasiado superada por el dolor —o la culpa— para hablar. Vestía uno de esos ligerísimos vestidos negros que parecían diseñados para ser llevados mientras se consumían martinis de manzana y vieiras envueltas en beicon. Se agarraba con fuerza al brazo de un joven bajo, musculoso y muy guapo. Puede que fuera su hermano. Porque aparecer del brazo de alguien que no fuera su hermano era sin duda un desafío directo para el Departamento de Policía de Los Ángeles —los cuales estaban muy presentes—.

Tanto Alonzo como Jake estaban de pie al fondo de Wee Kirk o' the Heather, al otro lado de la puerta frente a mí. Alonzo hacía muecas mientras tiraba de su corbata. Jake parecía serio y distante, vestido con un traje oscuro bien cortado, sin embargo sabía que estaba observando atentamente y que tomaba notas mentales sobre los dolientes y los sospechosos del asesinato. Aun así, no pude evitar notar que sonreía con frecuencia durante el

panegírico de Paul Kane.

No es que yo lo estuviera vigilando, ni nada por el estilo.

Hice un gesto de saludo a Al January, quien también había optado por no recordar en público los buenos momentos con Porter. Se detuvo el tiempo suficiente para invitarme a almorzar al día siguiente, lo que significaba que Kane estaba cumpliendo con su palabra.

Reconocí otras caras de la fiesta de Kane —o de sus papeles en televisión y cine—. Valarie Rose no me reconoció cuando le dije «hola» después de que terminara el servicio y todos saliéramos en fila al pequeño patio. Paul nos volvió a presentar; fue amable, aunque parecía preocupada.

—Le he dicho a Valarie que querías hablar con ella —comentó.

—Oh. —Le dediqué una sonrisa a Valarie y ella me devolvió el gesto cortésmente. Podía ver que ella pensaba que la idea de Paul era una locura. Estaba empezando a pensar que tenía razón, aunque no por las mismas razones.

Paul hizo una de esas muecas atribuladas y encantadoras.

—No me vas a dejar tirado, ¿verdad?

—No —respondí.

—Paul, estás poniendo al señor English en una posición realmente delicada —lo reprendió Valarie.

Algo en la forma en que permanecía allí de pie rozando los hombros y los brazos con Paul, me dijo que eran —o quizá que habían sido— amantes. Kane tenía fama de jugar a dos bandas, ciertamente Jake no estaba en condiciones de quejarse por que estuviera con dos a la vez, pero me pregunté si lo sabía cuando lo vi acercarse a nosotros.

—En absoluto —replicó Paul—. Adrien y yo somos muy parecidos. Ambos disfrutamos con los rompecabezas. —Y con los ojos puestos en Jake, añadió—: Y con otras cosas

Mi mirada se cruzó —quedó atrapada— con la de Jake y sentí cómo me sonrojaba por el calor. Por otra parte, estaba en un patio de piedra con el brillante sol de junio dándome en la cabeza. Deliberadamente, desvié la mirada hacia Alonzo, que me observaba con amorfa hostilidad. Su traje era de un verde oliva oscuro y el acabado parecía lustroso bajo la brillante luz del sol; por alguna razón me pareció reconfortante.

Cuando Jake y Alonzo estaban al alcance del oído, Paul dijo amablemente:

—¿Alguien te ha dicho alguna vez que tus ojos son del color del Mediterráneo?

Me di cuenta, tardíamente, de que estaba hablando conmigo. Notaba las miradas de Valarie, Jake y Alonzo puestas en mí, y comprendí que a pesar de que Paul Kane y yo pudiéramos disfrutar con los rompecabezas, no compartíamos el amor por los mismos juegos.

—Sí, me lo dicen mucho —aseguré, a reglón seguido le di un amigable apretón en el brazo a modo de despedida y me alejé adentrándome en la multitud.

—Ese *vestido*. Oh, *Dios* mío. ¿En qué estaba pensando...?

—Debió haber comprado la parcela en los setenta...

—Por favor. Una propiedad funeraria...

Me dediqué a pasear en torno a las risitas y los cuchicheos, siempre atento a Ally y su fornido escolta mientras escuchaba las conversaciones que fluían a mi alrededor.

—¿Sudoku? El *New York Times* ofrece todos los ejercicios para la mente que necesito...

—Es curioso que nadie mencionara que no tenía ningún reparo en embolsarse el dinero de la financiación siempre que le convenía.

Cuando me uní al cortejo fúnebre que se dirigía poco a poco por un

camino sombreado a la tumba de Porter, me concentré en el diálogo que tenía lugar detrás de mí.

—Me sorprende que Valarie trabaje con él después de la forma en que tiró abajo su último proyecto.

—Si Paul Kane le dijera a Valarie que saltara, ella se mostraría dispuesta a acercarse al precipicio.

Me perdí los siguientes comentarios cuando pasó lentamente junto a nosotros una limusina negra, obligándonos a hacernos a un lado en el camino.

—En realidad, resulta irónico. Le quedaba tan poco tiempo.

Esa era la mujer que caminaba delante de mí. Contemplé las elegantes líneas de la espalda de su vestido negro y su lustrosa melena castaña: reconocí a Marla Vicenza, la primera señora Jones. Por detrás podía haber sido una mujer de la mitad de su edad. Como muchos actores, hablaba en un tono ligeramente más alto de lo normal.

Aceleré el paso discretamente.

—¿La policía sabe que estaba enfermo? ¿Tal vez *fue* un accidente? — Su acompañante era una mujer mayor con un traje pantalón oscuro.

—Al parecer, no. Se usó un fármaco para el corazón. No es el tipo de cosa que uno toma accidentalmente. De todos modos, Jonesy siempre fue cuidadoso con esas cosas.

—Eso, por sí solo, debería decirle a la Gestapo que no pudo haber sido alguien que realmente conociera a Porter..., como si alguien que conociera a Porter quisiera hacerle daño.

—Todo esto es ridículo —exclamó Vicenza—. Nadie querría hacerle daño a Jonesy. Jonesy era un corderito.

—¿Y esa fulana?

—¿Qué prisa tendría? De cualquier manera, ella se habría quedado con todo en pocos meses.

Siguieron charlando, pero después de un rato dejé de prestarles atención. Era obvio que ninguna de ellas tenía ni idea de quién querría matar a Porter Jones. Igual que era obvio que no había habido necesidad de matarlo. Ya se estaba muriendo.

Así que la cuestión era: ¿quién no podía esperar a que Porter muriera?

\* \* \* \* \*

—¿Cómo fue tu funeral? —preguntó Natalie cuando volví a la librería más tarde ese mismo día.

—Bueno, visto así, tenía la esperanza de que la música fuera mejor. —  
Abrí una lata de Tab que cogí de la nevera de la oficina.

Se echó a reír.

—No todo puede ser el *Réquiem* de Verdi. Deberías permitir que Warren escoja la música.

Sobre mi cadáver. Bebí un trago de Tab. Cafeína. Ah, sí. La recordaba bien.

De pronto, preguntó:

—Oye, ¿qué te vas a poner esta noche?

—¿Es una pregunta capciosa?

Me lanzó una mirada exasperada muy propia de una hermana.

—¿El retrato de familia? ¿Aquello de lo que Lisa lleva hablando más de un mes? —Rompió a reír—. ¡Oh, Dios mío, tu expresión, Adrien!

Fue una verdadera lástima que las cámaras no hicieran clic en ese momento. Quise saber:

—¿A qué hora y dónde?

—En la casa. A las siete, pero creo que Lisa espera que vayas a cenar.

—No sé nada de la cena —solté.

—¡Ya lo hemos notado! Por eso quiere que comas con nosotros.

—Qué graciosa.



Natalie parecía pensar que sí. La dejé riéndose a carcajadas y subí las escaleras para quitarme la ropa de los funerales. Me puse unos Levi's y una camiseta negra de una bodega de Santa Bárbara que Guy y yo habíamos visitado el año anterior. Me miré un momento en el espejo de detrás de la puerta del dormitorio. Me veía bien. Estaba más delgado que de costumbre —vale, puede que los Levi's me quedaran sueltos y colgaran de mis caderas al desconcertante estilo pandillero— y, definitivamente, necesitaba tomar un poco de sol. Tampoco sería una mala idea que me cortara el pelo. Me había olvidado por completo del maldito retrato de familia.

Bajé las escaleras y, para variar, el lugar estaba medio tranquilo, ya que los albañiles estaban haciendo una pausa para comer. Natalie estaba haciendo un pedido especial de libros de pequeñas editoriales para un cliente; cogí la guía telefónica y me senté en la oficina a hojearla en busca de *Markopoulos Investigations*.

No fue difícil encontrarlos. Un anuncio de media página proclamaba: *¿Cónyuges mentirosos? ¿Espiar a canallas? ¡Somos discretos y diligentes!* La caricatura de un hombre, cuyo aspecto se asemejaba de forma inquietante a Luigi de *Super Mario Bros*, sonreía tras un catalejo a sus posibles clientes.

Yo, si me viera rebajado a contratar a un sabueso para seguir a mi cónyuge descarriado, optaría por una compañía que pareciera menos... divertida. Anoté la dirección del sitio web y los busqué en mi ordenador portátil. Sin logotipos tontorrones. Únicamente una foto genérica del horizonte de Los Ángeles y la información de que *Markopoulos Investigations* estaba protegida por seguro de fidelidad para empleados, autorizada para ejercer y asegurada —con una trayectoria profesional de once años—.

Llamé y pregunté por Roscoe. La secretaria replicó preguntando quién debía decir que llamaba. Se lo dije. Me puso en espera —obsequiándome con

el confuso sonido de una radio local— y luego regresó para cuestionarme sobre el motivo de mi llamada. Se lo dije. Me puso una vez más en espera a tiempo de escuchar a Miley Cyrus —una de las grandes favoritas de Emma— cantando acerca de tener lo mejor de ambos mundos.

Miley desapareció y una brusca voz masculina dijo:

—Markopoulos. ¿Puedo ayudarlo?

Me volví a presentar.

—Tengo entendido que trabajaba para Porter Jones, el productor de cine.

Silencio. Por fin, la voz habló a regañadientes:

—Quizá.

—Entonces probablemente sepa que fue víctima de un homicidio hace un par de días.

Otro silencio. O bien Markopoulos no leía el periódico o estaba procesando la información muy despacio.

—Quizá —dijo, finalmente.

—¿Sería posible que nos reuniéramos y repasáramos algunos detalles? —inquirí.

—¿Eres de los medios de comunicación? —preguntó con desconfianza.

—No. En absoluto. Me han pedido que investigue algunas cosas.

—¿También eres investigador?

—Algo así.

Silencio.

—Esta tarde saldré de la ciudad —anunció Markopoulos al final—. Estaré fuera nueve días. Llámeme en nueve días.

—Si pudiera dedicarme media hora —pedí rápidamente. Eché un vistazo al reloj de astronauta colgado encima del escritorio—, podría estar ahí

dentro de una hora.

Silencio.

—Si puede llegar antes de las tres —replicó de mala gana.

Colgué y le dije a Natalie que iba a salir.

—¡Por eso necesitamos ayuda! —gritó mientras subía las escaleras.

Asentí con la cabeza distraídamente, ya marcando el número de Jake.

Mi llamada fue directamente al contestador. Volví a marcar. Directo al contestador. Cambié los vaqueros y la camiseta por un pantalón y una camisa blanca entallada. Llamé a Jake una vez más. Saltó el contestador.

Abrí la boca, pero lo pensé mejor. Si iba a hacerlo —y obviamente lo haría—, tal vez lo mejor sería que hablara con Jake cuando mi encuentro con Markopoulos fuera un hecho consumado. Me conformé con pedirle que me llamara cuando pudiera... y luego apagué el teléfono.

—¿Adónde vas? —preguntó Natalie mientras regresaba a la planta baja—. ¿Estás trabajando en un caso?

Los espías de la reina —la otra reina— estaban por todas partes.

—No te preocupes —aseguré—. Volveré con tiempo de sobra para mi primer plano.

—¡Adrien!

Cerré la puerta con firmeza en medio de sus protestas.

## Capítulo Nueve

—El señor Markopoulos le recibirá ahora —recitó la recepcionista de *Markopoulos Investigations*. Dejé a un lado el ejemplar de *SC Magazine* que había estado hojeando, acto seguido ella pulsó el botón del interfono y me permitió pasar al pasillo que conducía a los despachos.

No era la Agencia Pinkerton, pero *Markopoulos Investigations* —o MI como se denominaban ahora— era más que un tipo desaliñado en una oficina con una secretaria bonita y tonta y una botella de whisky de centeno en el cajón de la derecha. De hecho, la recepcionista no parecía lo bastante mayor para beber. Pensándolo bien, no estoy seguro de que pareciera lo bastante mayor para trabajar. Quizá fuera por las coletas a lo Elly May. O por el Chupa Chups. ¿Había puestos de becario para recepcionistas?

Me condujo por un pasillo crudamente iluminado más allá de tres oficinas vacías. La placa de identificación junto a cada puerta tenía grabado el apellido Markopoulos. La oficina de Roscoe estaba en la esquina y tenía vistas a Wilshire Boulevard.

Se levantó de detrás de su escritorio, era un hombre pequeño y lleno de energía con un enorme bigote. Se asemejaba de forma desconcertante al personaje de Luigi del anuncio de la guía telefónica.

Estrechamos las manos y nos sentamos. Rechacé el café que me ofreció.

—He estado fuera de la ciudad —me informó Markopoulos—. Por eso no había oído lo del señor Jones. Dijo que trabaja con la policía, ¿no es así?

Eludí esa cuestión.

—No en el asesinato de Jones, no.

—¡Los polis! —Sacudió la cabeza como queriendo decir: ¿qué puedes hacer con las fuerzas del orden estorbando todo el rato?— Bueno, ¿en qué

está trabajando?

Había estado dándole vueltas al tema en el camino, así que respondí:

—Tengo algunas preguntas relacionadas con las últimas voluntades de Jones. Ya sabe a qué me refiero: cuál era su estado mental y emocional en el momento de su muerte. —Me encogí de hombros—. Creo que el hecho de que hubiera considerado divorciarse de su esposa...

—No solo lo había considerado —interrumpió Markopoulos—, lo estaba preparando todo.

—¿Y lo tenía ya todo listo?

Markopoulos sonrió mostrando los dientes.

—Solo faltaban los últimos toques.

—Así que la esposa estaba teniendo una aventura, ¿no? —conjeturé.

Asintió con la cabeza, sus movimientos de arriba a abajo me recordaron esas torres petrolíferas que se encuentran en Santa Bárbara.

—Oh, sí.

—¿Y le entregó las pruebas a Jones?

—Sí. Hasta la última fotografía.

—¿Puedo preguntar...?

Me contempló con esos ojos oscuros y despiertos.

—Bueno, déjeme preguntarle algo, señor English: ¿cuánto estaría dispuesto a pagar su cliente?

Tuve que pensármelo.

—¿El precio habitual?

Me sobresaltó al echarse a reír.

—Es la primera esposa, ¿no? ¿Su cliente es Marla Vicenza?

Sonreí y extendí las manos.

Me señaló y rio más fuerte. Yo también me reí —de forma un poco atolondrada—.

Lo consideró.

—De acuerdo —aceptó—. Cortesía profesional. Quinientos dólares y tendrá todo el material.

Decidí que Paul Kane podía permitírselo.

—Hecho.

Hizo girar la silla, escribió algo en el ordenador y luego llamó a su secretaria por el intercomunicador para pedirle el archivo JON398.

Extendí un cheque mientras esperábamos a que la secretaria trajera el archivo. Ella entró dando botes. Markopoulos le entregó a ella el cheque y a mí el archivo.

Había fotos —muchas fotos— de Ally con un hombre bajo, fornido y guapo que reconocí como su escolta en el funeral.

—¿Tiene nombre? —pregunté, hojeando las fotos.

—Duncan Roe —contestó Markopoulos con satisfacción—. Es su entrenador personal.

—¿Para qué la está entrenando?

Se echó a reír.

Examiné las anotaciones sobre horas, fechas y ubicaciones. Traté de pensar en motivos inocentes por los que Ally y Duncan Roe necesitaran reunirse durante dos o tres horas en el Hotel Luxe una vez por semana. Ally tenía sus propias pistas de tenis, piscina y gimnasio. También es cierto que había oído hablar bien del spa con inspiración *zen* del Luxe.

—Kelly le hará copia de todo lo que necesite.

—Gracias —Cogí una foto de Ally y Duncan almorzando en la terraza cubierta de buganvillas del Hotel Bel-Air. Desde luego, no parecían preocupados por cubrir su rastro—. La siguió durante seis semanas: ¿tiene idea de cuánto tiempo lleva pasando? —pregunté.

—Tres o cuatro meses, por lo que pude entrever.

Le di las gracias y le pedí copia de todo lo que figuraba en el expediente. Roscoe se fue mientras Kelly xerografiaba el archivo.

—¿Te gusta la investigación privada? —pregunté.

Sacó el Chupa Chups de su boca para responder.

—De algo hay que vivir.

\* \* \* \* \*

Cuando me monté en el Forester, comprobé si tenía mensajes y vi que Jake había llamado.

Pulsé sobre el mensaje y lo escuché pedir con educación que le devolviera la llamada; de nuevo pensé en cuán extraño era relacionarse de manera oficial con alguien al que una vez le permitiste lamer el lóbulo de tu oreja.

Volví a llamarlo, preparado para otra ronda de mensajes, pero él lo cogió, pillándome por sorpresa.

—Eh, hola —saludé—. Soy Adrien. English.

Después de una pausa, dijo:

—No he olvidado tu voz. Y mucho menos tu apellido.

Un extraño y ligero estremecimiento se extendió por mi espina dorsal —enfurecimiento, en vista de todo lo que sabía—.

—Vale. Bien, traté de localizarte antes, pero... bueno, Kane consiguió el nombre del detective privado que Jones contrató.

Guardó silencio. Pero creía conocer ese silencio. Conocía ese trasfondo de ira. Y daba por sentado que Paul Kane también lo conocía, pero al parecer era inmune a él. Tenía que haber pasado algún período de inoculación.

—¿Quién es?

Su tono era neutro —el problema lo tenía con Kane, no conmigo—, pero sabía que se estaba preguntando por qué Kane me había dado esa información a mí en vez de a él. O quizá conociera a Kane lo bastante bien

para saber cómo funcionaba su cerebro. No era problema mío.

Le revelé el nombre y la dirección de Markopoulos, luego me armé de valor para contarle el resto. Ya sabía cómo funcionaban las cosas, también sabía que era muy probable que me echara del caso. Y para ser sincero, no estaba seguro si me importaba o no. De alguna manera, que no quería examinar con demasiada atención, sería un alivio.

—Mira, Jake —dije—. No te va a gustar. Markopoulos accedió a verme. Iba a salir de la ciudad, no tenía tiempo para hablar contigo primero.

Se produjo una pausa teñida de asombro.

—¿Me estás diciendo que fuiste a ver a Markopoulos después de que te pidiera que no lo hicieras?

Respiré hondo.

—Más o menos. Sí.

Cerré los ojos y esperé a que el cielo se me cayera encima.

Su tono era monótono:

—Después de pedirte que no lo hicieras y que me dijeras que no lo harías, ¿por qué lo hiciste?

—Iba a salir de la ciudad. Pensé...

—No, no pensaste —intervino—. No había ninguna buena razón para que pasaras por encima de mí. Me importa una mierda que fuera a salir de la ciudad. Me importa una mierda si se iba a Marte. Podemos recurrir...

Se tragó el resto. Hubo un silencio cortante. Me pregunté si oía el mismo eco que yo. Si recordaba la última vez que discutimos por una situación similar —si recordaba la forma en que había terminado—.

En medio de aquel silencio retumbante, comentó:

—Estoy decepcionado contigo, Adrien.

Tenía razón en todo, sin duda alguna. Yo quería escuchar directamente lo que Markopoulos tenía que decir. No quería esperar a que Jake filtrara la



información antes de dármela —suponiendo que se molestara en hacerlo—, pero esa elección particular de palabras fue... desafortunada.

—¿En serio? —espeté—. ¿Te he decepcionado? No puedo ni imaginar lo que se siente... cuando alguien en quien confías te decepciona. ¿Qué se siente?

—Bien... —dijo con voz tensa.

—¿Sí? ¿Se siente bien? ¡Fantástico! Entonces tengo algo que esperar con ansias...

—¡*Maldita sea!* —exclamó, y esa furia tranquila me hizo callar como no hubiera podido hacer un montón de gritos.

Podía oírlo respirar con dificultad, por fin habló:

—Escucha, sé que crees que soy un gilipollas —soy un gilipollas—, pero esto es por tu seguridad. No... —Interrumpió lo que sea que fuera a decir.

Repliqué con un gruñido:

—Esto no es por mi seguridad. ¿A quién quieres engañar? Te preocupa que joda tu caso. Lo mismo que siempre te ha preocupado. Así que no me vengas con esa mierda de que te importa un carajo lo que me pase. — Algunas personas padecen de reflujo ácido. Yo padecía de reacciones *ácidas* —y se estaba cronificando—.

—No tienes ni idea de lo que pienso —respondió—. Y no tienes ni idea de lo que siento. No voy a perder el tiempo con amenazas vacías. Ambos sabemos que no voy a meterte en la cárcel. Pero puedo —y lo haré— impedir que te involucres en este maldito lío. No quiero hacer las cosas así, y créeme, no *te* gustaría que hiciera las cosas así...

Esperé a que terminara.

Inhaló y exhaló. Lo había llevado a practicar ejercicios de respiración profunda. Haciendo un obvio esfuerzo por mantener el control, continuó:

—Así que, por una vez en tu obstinada vida, ¿podrías hacer lo razonable y ponerte en contacto conmigo —como prometiste que harías— antes de entrevistar a alguien más?

Durante la pausa que siguió a sus palabras, comprendí que no me estaba echando del caso. Tardé un momento —de total desconcierto— en caer en la cuenta.

—Sí —acepté—. Puedo hacerlo.

—Gracias —replicó, contenido—. Hablaremos más tarde

—No puedo esperar.

Colgó.

\* \* \* \* \*

—Querido, ese azul combina de maravilla con tus ojos —celebró mi madre mientras el fotógrafo se ocupaba de instalar su equipo en el salón formal de los Dauten en su casa de Chatsworth Hills.

—¿Este trapo viejo? —pregunté, bajando la mirada hacia la camisa de seda de Tommy Bahama que ella me había comprado por mi último cumpleaños.

Natalie dio un resoplido y Lauren —a la que rara vez veía en esos días — se mordió el labio para no reírse. Encontraba divertido que mi madre nunca me comprara una prenda de otro color que no fuera azul. Diferentes tonos de azul —ocasionalmente, con algún estampado—, pero siempre, sin excepción, azul. Lo había señalado en el último gran espectáculo navideño y se había convertido en una pequeña broma familiar —la cual Lisa no había reconocido—.

—Incluso se cortó el pelo para la ocasión —subrayó Natalie.

Vigilando de cerca a la curvilínea ayudante del fotógrafo que estaba colocando a Bill Dauten en un extremo del sofá, Lisa contestó distraídamente:

—Qué bien. ¿Estás seguro de que no quieres que Guy forme parte de este retrato?

—Estoy seguro —le aseguré, y mis tres hermanastras me miraron con interés.

—Es demasiado tarde para eso, cariño —protestó Bill Dauten con tacto.

—Tiene la piel un poco brillante —dijo la asistente y Dauten lanzó un gruñido.

Dauten era un pez gordo en el Ayuntamiento de Los Ángeles. Era un hombre fornido —un poco fofo en la cintura—, calvo y moreno. Tenía ese aura de riqueza y poder que compensaba la falta de atractivo y encanto, además de ser sorprendentemente astuto y amable.

Se las había arreglado para engendrar a sus tres adoradas hijas.

*Eran adorables. Unas muñecas. Las tres. Unas chicas encantadoras, hermosas e inteligentes que no tenían ninguna semejanza física con Dauten —a excepción de esos brillantes ojos azules que todos poseían—. Tal vez se parecieran a Rebecca o Eleanor o cualquiera que fuera su nombre: la primera señora Dauten. O puede que los Dauten las hubieran sacado de alguna fábrica.*

—No están casados, Lisa —intervino Lauren. Estaba casada —de momento— con un atractivo imbécil que estaba casado con su puesto de alto cargo; al parecer su consorte apareció para la cena, pero no pudo quedarse para la sesión de fotos. Me preguntaba si Lauren tenía la sensación de que sus días como la señora de «Clon Corporativo» estaban contados. De mis hermanastras, era la más difícil de leer.

—No, supongo que no —dijo Lisa, mirándome a los ojos pensativamente.

—¡Qué curioso! —saltó Natalie—. Nadie tiene problemas por que

Warren no forme parte de la foto de familia.

—Vamos, Nat —murmuró Lauren.

—No es lo mismo, cariño —agregó Lisa—. Adrien lleva dos años saliendo con Guy. Warren y tú solo lleváis unas semanas.

—Salimos desde hace tres meses —argumentó Natalie.

Nadie respondió a eso.

Emma, sentada a mi lado, jugueteaba con los volantes de su vestido rosa y me contó:

—Odio las fotos.

—Emma, no animes a Adrien —reconvino mi madre; Emma soltó una risita tonta. Crucé una mirada con mi madre y ella parpadeó rápidamente.

La asistente del fotógrafo empezó a colocarnos alrededor del sofá y a mover los focos.

—¡Qué adorable familia! —elogió ella, provocando que Lisa se envaneciera como si fuera la responsable de todo el conjunto.

Finalmente, todo el mundo dejó de parpadear, de sudar y de quejarse por sus perfiles malos —y de asegurarle a los demás que no tenían perfiles malos—, así que el fotógrafo se puso a ello, haciendo clic, sacando una foto tras otra, mientras su asistente continuaba adulando y dando instrucciones.

Por fin terminó. El fotógrafo recogió su equipo y a su ayudante, y se fue. Lauren y Natalie huyeron de inmediato a las profundidades de la casa para «ponerse cómodas». Emma, que se había quejado varias veces de que el vestido era incómodo y picaba, al parecer lo había olvidado y se había instalado en el suelo con la caja de *The Worst Case Scenario* —y una expresión esperanzada—.

—Em... —dije.

—Adrien, ¿no podrías tomarte un tiempo para cenar? —inquirió Lisa—. ¿Tienes un momento, al menos?

Por tanto, comprendí, ella tenía la intención de tener unas *palabras* conmigo.

—En tal caso, necesito un trago —respondí.

—Querido, no debes beber alcohol mientras tomas antibióticos.

—Es una broma —repliqué, aunque en realidad no lo era. Extrañaba el alcohol. En momentos como esos, lo extrañaba muchísimo.

Me sirvió agua mineral con una rodaja de lima y, de forma demasiado indiferente, comentó:

—Natalie nos contó que tu libro se convertirá en una película.

—He vendido los derechos. Pero se venden los derechos de muchos libros que finalmente no se convierten en película.

—Deberías haber dejado que Bill examinara el contrato antes de firmarlo, querido.

Asentí, bebí un sorbo de agua mineral y miré el reloj.

—He visto algunas de las películas de Paul Kane —afirmó Lisa—. Es muy bueno. Muy guapo. Hace muy bien de pirata.

Desvié la vista hacia ella.

—¿Bill también? —observé.

—Bill tiene los ojos bonitos —replicó mi madre—. ¿Estabas en la casa de Paul Kane cuando ocurrió esa terrible tragedia de las noticias?

De lo cual, deduje, que se refería al asesinato de Porter Jones.

—Sí —reconocí—, pero no tienes que preocuparte por que esté envuelto en un caso de asesinato.

Hizo una mueca.

—He notado que dijiste que no tengo que preocuparme por eso, no que no estés involucrado.

—¿Adrien! —llamó Emma con impaciencia desde la sala.

Besé a Lisa en la mejilla.

—No te preocupes —dije y fui a reunirme con Emma.

\* \* \* \* \*

—¿Cómo liberas la piel de una cremallera? Tú: A —Frotas mantequilla de cacahuete o margarina en la cremallera y la retiras suavemente... —leyó Emma.

—Espera, ya sé esa —aseguré—. Hazme alguna sobre cómo se reconoce la peste bubónica. Siempre me olvido de esa.

—¡A-dri-en!

—¿Qué?

Guardó la tarjeta y leyó la siguiente:

—¿Cómo curas una herida en el desierto? A —Estriegas la savia de un árbol entre tus manos, luego aplicas una capa sobre la herida a modo de bálsamo sellador. B —Envuelves la herida en hojas húmedas de color verde oscuro. C —Envuelves una roca caliente en un pedazo de tela, luego la presionas contra la herida.

—Voy a elegir la savia caliente de árbol —dije.

Lanzó una risita gutural a lo Ming «el Despiadado».

—*Incorrecto*. «Envuelves una roca caliente en un trozo de tela, luego presionas...»

Lauren apareció en la puerta.

—Guy está al teléfono, Adrien. —Observó a su hermana—. Emma, deberías cambiarte el vestido. Además, estás monopolizando a Adrien.

—Aún no. El *Monopoly* es el siguiente —tercié, entrando en la cocina para coger el teléfono.

—¿Dónde estás? —preguntó Guy.

Estaba claro que era una pregunta retórica, ya que estaba llamando a la línea fija de los Dauten. Supongo que solo se trataba de uno de esos pequeños inductores de culpa subconscientes.

—En casa de Lisa —respondí—. Te lo dije. Esta noche era lo de la foto.

—No me dijiste que era esta noche.

—Sí, te lo dije, ¿no es así?

—No. —Parecía ofendido, algo que no era normal en él—. Estoy en tu casa, pero tú no. Lo que está empezando a resultar familiar de una manera extraña e inquietante.

Comencé a contestar, pero de inmediato bajé el tono de voz, consciente de que tenía audiencia, aunque los adultos en la sala de estar parecían fascinados por algún programa de telerrealidad.

—¿De qué estás hablando?

—Paul Kane dejó un mensaje para ti, disculpándose por haberte metido en problemas con Riordan otra vez. ¿De qué se trata? —replicó Guy.

—No es para tanto...

—¿De veras? Porque parecía que era un asunto importante para Paul Kane.

—De veras —Eché un vistazo a la sala de estar; los Dauten parecían sacados del diseño gráfico de una revista sobre buena vida, a pesar de sus gustos televisivos—. Estaba..., mira, hablaremos de ello cuando llegue a casa. —Titubeé—. Quiero decir, si vas a estar ahí.

—Por supuesto que estaré aquí. —Su tono volvió a cambiar, se hizo más monótono—. ¿O preferirías que no estuviera?

—No, claro que no. —Capté un intercambio de miradas entre Lauren y Natalie, por lo que callé lo que había estado a punto de decir—. Estaré en casa dentro de una hora, ¿vale?

—Hasta luego —se despidió.

Colgué.

—Hay refrescos Tab en la nevera, Adrien —ofreció mi madre

alegremente.

—Gracias. Tengo que irme —anuncié.

Regresé a la sala de estar para informar a Emma.

—¡Solo un juego más! —suplicó.

—No puedo, cariño.

—¡Por favor!

—Emma —dijo Lisa con brusquedad desde la puerta—, Adrien está cansado. Ha jugado contigo durante más de una hora. Ni siquiera hemos podido charlar con él.

Emma le dirigió una mueca de rebeldía a Lisa. Le alboroté el pelo y le aseguré:

—Jugaremos la próxima vez, lo prometo, Em.

Asintió con un gesto mustio y desalentado.

Seguí a Lisa de vuelta a la sala de estar para despedirme. Después de la habitual rueda de besos, le di un apretón de manos a Bill.

—No te vemos suficiente, Adrien —afirmó, obviamente impulsado por Lisa.

Observé cómo dirigía a los Dauten y pensé que encajaba a la perfección allí. Se las había arreglado para construirse una nueva vida, una nueva familia. Me sentía feliz por ella. Sin embargo, esa noche me sentía aislado, distanciado de todo ello. Puede que se debiera a la certeza de que Guy estaba en casa esperándome... furioso.

—Ya sabes que Guy siempre es bienvenido —comentó Lisa, mientras me acompañaba a la puerta principal.

—Lo sé.

Abrió la puerta al olor a contaminación y jazmín. Los grillos cantaban ruidosamente.

—Buenas noches —me despedí.



Pero, como si lo hubiera estado pensando durante toda la noche, soltó:

—Es una lástima que no te decidas a establecerte con Guy. Es muy bueno para ti. Pero todavía no has superado lo de Jake, ¿no?

Me puse rígido.

—¿*Jake*? ¿De dónde coño has sacado esa idea?

—De observarte —respondió mi madre con inesperada sequedad, luego me besó en la mejilla.

## Capítulo Diez

Cobarde como soy, tenía la esperanza de que Guy se hubiera ido a la cama cuando llegara a casa, pero seguía despierto, bebiendo coñac mientras me esperaba, cuando abrí la puerta de mi residencia.

—Así que Riordan está de vuelta en tu vida —comentó a modo de saludo.

Dejé caer las llaves y la cartera en la mesa del vestíbulo.

—Jesús, Guy. No está «de vuelta en mi vida», sea cual sea su significado. Está supervisando la investigación. Algo que ya sabías.

—Joder, claro que lo sabía. Sabía que *esto* iba a pasar.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando.

—Oh, por el amor de Dios, Adrien. ¿Crees que no sé de lo tuyo con Riordan? ¿Crees que no sé sumar dos más dos? Es evidente que tuvisteis algún tipo de relación. Era algo muy obvio por cómo te cerrabas en banda cada vez que se mencionaba su nombre —y, para tu información, sigues haciéndolo—. A él le ocurría lo mismo. Cada vez que tu nombre era mencionado, quedaba paralizado —habló con aire cansado.

El hecho de que tratara de sonsacarme este secreto de larga data me hizo sentir un gran resentimiento; pero luego me di cuenta de lo irracional que estaba siendo. A pesar de lo que pudiera pensar Lisa, claro que quería mantener una verdadera relación con Guy. Por supuesto. Era inteligente, divertido, afectuoso y endemoniadamente sexy. También quería sentir la confianza y la intimidad de una relación comprometida. Quería algo auténtico.

Además, este secreto de larga data, ya no era un secreto.

—Sí, tuvimos algo —confirmé—. Fue sexo. Solo eso. Y fue hace mucho tiempo.

—Fue muchísimo más que sexo —aseguró Guy—. Por todos los santos. No has sido capaz de hablar de ello en dos años. Sin mencionar el hecho de que él acostumbraba a aparcar al otro lado de la calle y vigilar este lugar.

—¿De qué estás hablando?

—Tu teniente Riordan solía aparcar frente a la librería y te observaba. Me reí.

—Eso es imposible. —Me refería a que era ridículo, pero burlarme de semejante idea no ayudó a tranquilizar a Guy.

—¿Crees que no reconocería a ese gilipollas tras unas gafas de sol de espejo? Solía esperar ahí afuera por ti. Y ahora tiene una excusa para volver a nuestras vidas.

Me acerqué al aparador y me serví un coñac. Una copa no me mataría, y necesitaba una bebida o diría un montón de estupideces de las que me arrepentiría por la mañana. Guy observó cómo echaba coñac en una copa de balón y cómo tomaba un trago.

Esforzándome por modular el tono de mi voz, dije:

—Guy, ¿a qué viene eso? Jake no ordenó el asesinato de Porter Jones, tampoco se encargó él de involucrarme en la investigación. Simplemente ocurrió.

—Nada ocurre porque sí —replicó Guy—. Los accidentes no existen. Ni las coincidencias. Todo sucede por una razón, con un propósito.

¡El místico viaje metafísico esperaba por mí para llevarme!<sup>1</sup>

Bebí de un trago el resto de mi coñac y aseguré:

—Créeme, esto simplemente ocurrió. No hay ningún poder superior —o inferior— operando aquí.

—Tú lo estás haciendo —apuntó Guy—. Riordan también. Mierda, incluso Paul Kane lo está haciendo. Todos vosotros teníais que elegir y

habéis tomado una decisión ejerciendo vuestro libre albedrío, vuestra libertad de elección. Tú *has escogido* involucrarte en otro caso de asesinato. Y Riordan ha elegido permitirte. ¿Por qué crees que lo hace?

—Creo que quiere tener a Paul Kane contento. Y también quiere —necesita— que esto termine de una forma discreta y rápida.

—Solamente te estás engañando a ti mismo —sentenció Guy de modo tajante —y exasperante—.

Esto era culpa mía. Estaba haciendo que Guy se sintiera inseguro. Lo estaba volviendo loco. Mi incapacidad de comprometerme provocaría justo lo que temía. Dejé a un lado la copa.

—Guy, estoy cansado. Y esto es una locura. ¿Podríamos... irnos a la cama, por favor?

Clavó en mí su mirada.

—Te refieres a irnos a *dormir*, ¿verdad?

La oleada de ira que sentí me tomó por sorpresa. Con un poco menos de mi habitual diplomacia, repliqué:

—¿Quieres follar? Bien. Follemos.

\* \* \* \* \*

Es más fácil decirlo que hacerlo. Y después de una media hora de algo parecido a una actividad manual que incluía lenguas, Guy se dejó caer en las sábanas y se dedicó a mirar al techo.

—¿Se lo has mencionado al doctor? —preguntó de modo cortante.

—No —respondí igual de cortante.

—Quizás deberías hacerlo.

Después de un momento, me levanté y me fui a la sala de estar. Me serví otro coñac y me senté en el sofá para observar cómo la luz de la luna atravesaba lentamente la habitación, pintando cada artículo de la estantería con un brillo pálido.

\* \* \* \* \*

Al January vivía en lo alto de una colina en el noroeste de Elysian Heights. La casa era uno de esos diseños modernos: ángulos y líneas limpias y geométricas.

January me recibió en la puerta vistiendo pantalones azul eléctrico y una camisa hawaiana en tonos dorados y azules, con dos de esos arrugados *shar-pei* chinos en sus talones. Me condujo al salón, charlando sobre los problemas que estaba teniendo para mantener a los mapaches de la zona fuera de su casa.

—¿Los perros no los ahuyentan? —pregunté.

—Se podría pensar eso, sí —respondió January—, también son buenos perros guardianes...

No capté el resto de lo que dijo, distraído por la magnífica vista. ¿Quién necesitaría obras de arte con ventanas que ofrecían la increíble vista del cañón, las montañas y las luces de la ciudad por la noche? Aun así, January tenía una impresionante colección de arte sudamericano — incluyendo dos enormes segmentos murales— adornando la espaciosa habitación blanco puro con su altísimo techo abovedado.

—Almorzaremos en breve. ¿Qué te apetece beber? —preguntó.

Pedí un zumo de fruta y me ofreció una botella de zumo de *noni*. January se sirvió un Bushmills.

—Bueno, Paul me ha dicho que no solo escribes novelas de misterio, sino que también resuelves asesinatos, ¿no es así?

Nos habíamos acomodado en una larga terraza desde la que se podía contemplar los cerca de seiscientos cincuenta metros cuadrados de ladera arbolada. El aire era dulce por el aroma de la tierra calentada por el sol y la mostaza silvestre. Las abejas zumbaban perezosamente.

—Bien... de un modo u otro, he estado involucrado en más

investigaciones de homicidio de las que probablemente me correspondan — admití.

Sin embargo, lo que en ese momento pensaba era que yo no había resuelto esos crímenes solo. No había duda de que había desempeñado un papel importante para ayudar a resolverlos —puede que incluso un papel decisivo—, pero la participación de Jake había resultado vital para el cierre de esos casos. Había sido un trabajo en equipo hasta el final —aunque Jake no me hubiera querido en su equipo—.

Si Jake no quería que el asesinato de Porter Jones se resolviera, no se resolvería.

No estoy seguro de dónde salió semejante idea, pero después de que se me ocurriera, fue difícil apartarla de mi mente.

—Porter no era el tipo de persona que es asesinada —aseguró January. Cuando abrí la boca para replicar, hizo un gesto con la mano para que no hablara—. Oh, sé lo que vas a decir: no existe un tipo particular de persona que es asesinada, pero Porter era... —Sacudió la cabeza.

—En el funeral me dio la impresión de que era muy querido —estuve de acuerdo—, pero en los casos de asesinato no siempre se trata de cómo era la víctima. A veces se trata más bien del perpetrador.

—Entiendo lo que quieres decir —aseveró, para acto seguido beber un sorbo de whisky—. Porter era como un gran osito de peluche, pero... si lo hacías enfadar...

—¿Alguien lo había hecho enfadar en los últimos tiempos?

Los ojos de January eran de ese azul tan pálido que parecía gris bajo cierta luz. Contemplaba las copas de los árboles.

—Supongo que tuvo su cuota de conflictos —comentó.

Comprendí que January, aunque no se mostraba hostil, no sería de gran ayuda a expensas del buen nombre de su viejo amigo. Y me gustaba eso de

él. De hecho, me gustaba January, punto —y no solo porque estuviera adaptando mi libro para un guion y hubiera dicho cosas buenas de él—. Aunque eso tampoco hacía daño.

—Bueno, sé que estaba teniendo problemas matrimoniales —afirmé.

—¿Y quién no?

Me llamó la atención la amargura en su tono. Estaba seguro de que January era gay. No había señales de la presencia de una señora January —en realidad, no había señales de la presencia de cualquier otra persona aparte de su criada— en la vida de January.

—Ally no tiene la inteligencia para matar ni a una mosca —agregó.

—Paul Kane parece pensar lo contrario. Está bastante seguro de que Ally quería quitar de en medio a Porter.

—Podría haber querido quitarlo de en medio, pero en ningún momento me he tragado la idea de que Ally mató a Porter.

Charlamos un poco —principalmente sobre Ally—. Aunque January no parecía sentir hacia ella la misma hostilidad que Kane, me dio la impresión de que pensaba que Ally tenía el cerebro y la moral de una ardilla de tierra. Mencionó que Porter la había conocido en el rodaje de una película en la que Ally había participado; no se atrevió a decir que era actriz. Sean cuales fueran las ambiciones profesionales de Ally, ella parecía contenta de haberlas abandonado para convertirse en una esposa de Hollywood a tiempo completo. Pero quizás el de viuda de Hollywood fuera un curro más sencillo. Especialmente con un entrenador personal musculoso esperando entre bambalinas.

La sirvienta trajo un plato de *wraps* de tortilla: pollo a la parrilla, queso y aguacate envueltos en tortillas de harina untadas con abundante mayonesa a las finas hierbas. January y yo nos servimos.

Después de tragar un bocado, pregunté:

—¿Alguno de los negocios recientes de Porter había salido mal?

Se ayudó del whisky para bajar un bocado de *wrap*.

—La verdad es que Porter había retirado la financiación de un proyecto en el que Valarie Rose y yo estábamos involucrados... a ninguno de los dos nos gustó demasiado.

—¿Por qué retiró la financiación?

Esbozó una sonrisa.

—Estás siendo muy diplomático. ¿Por qué no lo sueltas y me preguntas si maté a Porter?

—Supongo que me responderías que no.

—Eso haría, pero en este caso resulta que es verdad.

—No creo que hayas matado a Jones, que conste —repliqué—, pero su esposa sugirió que había cierta animosidad entre vosotros.

—Oh, Ally. —Hizo otro gesto con la mano para desestimar lo que había dicho—. ¿Qué puedo decir? Desde el principio, Ally se ha mostrado celosa de la amistad que existía entre Paul, Porter y yo. —Negó con la cabeza de forma categórica—. No. Porter y yo discutíamos sobre guiones, finanzas y las cosas típicas, pero éramos amigos desde hace mucho tiempo. Muchísimo tiempo.

—¿Discutisteis en la fiesta de Paul Kane?

Frunció el ceño como si tratara de recordar.

—No lo creo. Tal vez hubiera alguna afable confrontación.

—¿No hubo griterío, ni un tiroteo? —Intentaba mantener un tono ligero—. ¿No hubo canciones, ni navajas automáticas a treinta pasos?

—No hubo gritos —confirmó January—. Tal vez tuvimos palabras un tanto... mordaces el uno con el otro, pero cualquiera que nos conociera sabría que no era nada.

—¿Porter financiaba siempre los proyectos de Paul?



—Dios, no. Porter financiaba los proyectos independientes de Paul, pero la mayor parte de su trabajo es para los estudios. *El último corsario* —su película de piratas— la produjo Paramount. Todo el mundo quería hacer películas de piratas después del éxito de las de Johnny Depp. Aunque creo que probablemente la última se cargara las historias de aventuras durante al menos la próxima década.

Durante un momento pensé con amargura sobre dicha posibilidad. A pesar de que me había sentido aliviado al ver cómo naufragaba la franquicia «Piratas del Caribe» con *Al borde de la locura* o como quiera que se titulara.

—Ahora bien, en estos proyectos independientes —como por ejemplo, *El crimen siempre es descubierto*—. Paul escoge los proyectos, Porter los financia y yo escribo los guiones. Hemos tenido mucho éxito. Quiero decir, teniendo en cuenta que la mayoría de proyectos independientes tienen suerte si cubren los gastos —explicó January.

—¿Dónde conociste a Paul Kane? —pregunté. Porter y Al habían sido de la misma edad, pero Paul Kane era un poco más joven. Sentía curiosidad.

—Espera un momento —pidió, levantándose. Luego, señalando mi vaso, ofreció—: ¿Quieres otro?

—Claro.

Desapareció dentro de la casa, y yo me pregunté si habría solicitado de forma deliberada un tiempo muerto. No parecía excesivamente preocupado por ninguna de mis preguntas. De hecho, Al era la persona más relajada que había visto en una investigación de asesinato, habida cuenta de que yo no era policía y de que ambos lo sabíamos.

Volvió con una segunda botella de zumo de *noni* para mí y otro whisky para él. Estiró sus largas piernas e inclinó la cabeza hacia atrás para tomar el cálido sol de la tarde.

—Conocí a Paul a través de Langley Hawthorne. Es probable que

nunca hayas oído hablar de Langley.

—Paul lo mencionó durante su panegírico.

—Es cierto —corroboró distraídamente—, Langley era el cerebro tras *Associated Talent*, que ahora es la productora de Paul. Comenzamos siendo Langley, Porter y yo. Langley venía de una familia de dinero. Un verdadero chico sureño. —Me guiñó un ojo—. Se crió escuchando canciones de Stephen Foster y bebiendo julepes de menta.

—No parecen los antecedentes más apropiados para entrar en el negocio de las imágenes en movimiento, ¿no?

—Todo el mundo adora el celuloide —afirmó January—. Sea como sea, Paul era amigo de Langley. Así es como nos conocimos.

—¿Qué le pasó a Langley?

—Se ahogó cerca de Catalina. —Una extraña expresión cruzó su rostro.

Cogió su copa, y yo inquirí:

—¿Qué? Se te acaba de ocurrir algo.

—Realmente es una idea descabellada, pero te preguntabas si alguien tenía un motivo para deshacerse de Porter. La hija de Langley, Nina, en cierto modo tenía un motivo. Esto pasó hace años, que conste, pero Nina y Porter tuvieron una aventura. No terminó bien. Porter estaba casado en ese momento —no con Ally—. Estaba casado con una actriz llamada Marla Vicenza.

—Estaba ayer en el funeral —intervine—. De hecho, la oí decir algo sobre que Porter no gozaba de buena salud.

—No sé nada de eso. Sus médicos trataron de conseguir durante años que redujera el consumo de alcohol y dejara los cigarrillos. En cualquier caso, Langley insistió en que la aventura tenía que acabar.

—¿Cómo de joven era Nina?

—Muy joven. Solo tenía dieciocho años, creo.

—Entiendo por qué a Langley le molestaba.

Se acarició el bigote, sonriendo.

—Obviamente, no tienes hijos.

—Obviamente.

—Nina estaba furiosa con Langley —y con Porter—. Se sintió doblemente traicionada.

—¿Cuándo ocurrió? ¿En los ochenta? ¿Es posible que siguiera guardándole rencor después de todo este tiempo?

—Nina es una rencorosa de primera clase —dijo Al—, pero para ser justos con ella, no creo que matara a Porter. Ella no es el tipo de persona que... se mantiene a la espera. Si fuera a matar a alguien, probablemente lo haría tres minutos y medio después de que la hicieran cabrear. Especialmente en aquel entonces.

—¿Por qué en aquel entonces especialmente?

—Nina no siempre mantenía... el control de sí misma. Bueno, eran los ochenta. No conozco a nadie que mantuviera el control de sí mismo.

—¿Estuvo en la fiesta el fin de semana pasado?

—No. —January volvía a lucir esa mirada evasiva—. No exactamente. Su compañía se encargó del catering de la fiesta.

## Capítulo Once

Ese viernes por la tarde el tráfico era una mierda —como de costumbre—, así que volví a Pasadena sintiéndome poco jovial. Desembolsar más de cincuenta dólares por la gasolina y lo mismo por algunos alimentos básicos como la tilapia, el refresco Tab y ese elixir mágico conocido como zumo de naranja-piña, ayudó poco a mejorar mi humor.

Cuando llegué a Intriga y Misterio comprobé que —como era de esperar— los albañiles habían salido de trabajar temprano una vez más y que en la tienda no había más que un cliente: un joven delgado que tenía el aspecto de un sexy Harry Potter. Llevaba unos vaqueros artísticamente rasgados y una ajustada camiseta de rejilla dorada, y contemplaba a Natalie por encima de sus gafas estilo Windsor.

—Ah, aquí está Adrien —anunció mientras me acercaba al mostrador—. Es probable que él te pueda decir cuándo es el mejor momento para pasarte. —Dirigiéndose a mí, dijo—: Oye, Adrien, este es... eh... uno de los antiguos estudiantes de Guy.

Hice un gesto de saludo con la cabeza mientras soltaba la bolsa de comestibles, luego volví a echarle una mirada. Había algo que me resultaba muy familiar en el exalumno de Guy. Algo en la forma fría y ligeramente desafiante con la que me miraba con fijeza me resultaba familiar. Pero tardé un minuto en identificar la pálida cara puntiaguda y el pelo corto oscuro.

Peter Verlane.

La última vez que lo había visto, había estado haciendo todo lo posible por ayudar a que me mataran. Bueno, no. Para ser justos, la última vez que lo había visto, había estado huyendo en medio de la noche, en un intento de evitar ser arrestado por secuestro, extorsión y asesinato. De repente, recordé con total nitidez el sobre que había caído del bolsillo de Guy la noche que

había intentado detenerlo antes de que se marchara a la firma del libro de Margo —la carta cuya dirección del remitente era la prisión de hombres de Tehachapi—.

—Peter Verlane —dije—. ¿Quién dejó tu jaula abierta?

Enrojeció, miró de reojo a Natalie y aseveró con frialdad:

—Cumplí mi condena. Tengo el mismo derecho que cualquiera a estar aquí.

—No exactamente —le contradije—. Ella trabaja aquí y yo soy el dueño. ¿Me recuerdas por qué está aquí otra vez?

Natalie me miró y luego a Verlane, finalmente, con aire vacilante, dijo:

—Pregunta por Guy.

—¿Por qué? —quise saber.

—No es asunto tuyo —espetó—, pero me dijo que contactara con él cuando saliera. Somos amigos.

—Sobre gustos no hay nada escrito —reconocí—, pero ¿por qué estás aquí?

—Sé que ahora estáis saliendo —afirmó sin alterarse.

—Me tranquiliza que se le ocurriera mencionarlo —expresé—. ¿No mencionó también que todavía tiene una oficina en UCLA? ¿O que sigue teniendo su casa?

Era injusto que las gafas le dieran a Verlane esa apariencia vulnerable; después de todo, los escorpiones también tienen hijos.

—Quería verte —confesó.

—Ajá. Bueno, llegaste, viste, confundiste. Ahora, ¿qué tal si te largas? Le diré a Guy que has venido a verle.

—Guy *quiere* verme —aseguró con una tranquila y absoluta convicción.

A pesar de todos mis esfuerzos me estaba enfadando y mi corazón

estaba empezando a acelerarse.

—Apuesto a que él quiere verte en *cualquier* otro lugar. Pero puedo asegurarte que yo quiero verte en cualquier otro lugar. Así que deja un número donde él pueda localizarte, y vete —le solté.

No estaba siendo magnánimo. Pensé que sería una buena idea saber dónde podría encontrar a Verlane —por si acaso—.

Desconcertada, mirándonos de uno a otro, Natalie le alcanzó un bloc de notas en el que él escribió algo.

Levantó hacia mí sus ojos con gafas.

—Guy quiere verme —repitió una vez más con total seguridad.

—Yo no —le aseguré—. Y si vuelves a aparecer aquí, conseguiré una orden de alejamiento contra ti.

Me lanzó una última mirada evaluativa, se volvió y caminó sin prisa por el pasillo, para finalmente salir por las puertas de cristal. Cuando se cerraron con un tintineo tras él, Natalie dejó escapar un largo suspiro.

—¡Qué capullo más arrogante! —exclamó indignada—. Parecía normal hasta que entraste.

—Está bien —la tranquilicé—. No te preocupes por eso. —Emprendí la marcha hacia mi oficina. Mi corazón comenzaba a latir con una ligereza que resultaba incómoda, lo que era una señal de problemas. Para mi exasperación, ella me siguió, todavía hablando.

—Nunca te había oído hablarle a alguien así. Tú también puedes ser un capullo arrogante. —Sonaba como si lo encontrara divertido. Ojalá yo lo hiciera.

Me senté en mi escritorio, abrí un cajón y saqué mis pastillas.

—¿Estás bien?

Miré hacia ella.

—Sólo necesito unos minutos.

Asintió, pero no se fue. ¿Lo normal no sería que me diera unos minutos? Esforzándome por controlarme, me metí las pastillas en la boca y bebí un trago de agua tibia de la botella que había en mi escritorio. Respiré un par de veces de forma experimental. Parecía que estaba bien. Mi corazón ya comenzaba a bajar las pulsaciones hasta un ritmo normal, así que puede que hubiera confundido una razonable agitación con algo más.

—En serio, estoy bien —la calmé—. ¿Tengo algún mensaje?

—¿Eh? Oh. Paul Kane volvió a llamar. Un par de autores quieren organizar firmas de libros. Fue un día bastante tranquilo. Solo tres personas vinieron en busca de libros con tapas rojas y la palabra «asesinato» en el título.

Guy habría llamado a mi teléfono móvil o habría dejado un mensaje en el teléfono de arriba. Suponiendo que Guy tuviera algo que decirme. Esa mañana se había ido sin despertarme.

—¿Estás seguro de que estás bien? —preguntó Natalie.

—Estoy bien —reiteré de forma brusca, a pesar de mis esfuerzos. Eché un vistazo al reloj que había sobre el escritorio—. Mierda. Llego tarde a recoger a Em.

—¡Adrien, Emma puede prescindir de sus lecciones de equitación! Necesitas...

—No hay necesidad de que prescinda de ellas.

Me levanté, y ella preguntó:

—¿No vas a llamar a Guy?

—No —solté de forma más cortante de lo que había pretendido. La miré—. Lo siento. Escucha, Nat, ¿puedes hacerme un favor?

—Claro.

—Por favor, no... hables con nadie de lo que ha pasado aquí.

—No sé qué está pasando, Adrien. Sé que Guy y tú estáis teniendo una mala racha y que alguien en libertad condicional ha venido a ver a Guy. ¿De qué lo conoce ese tipo? ¿El programa de literatura de Guy se imparte en prisión? ¿Crees que sea posible que ese tal Verlaine lo esté acosando? —quiso saber con toda sinceridad.

—No —suspiré—. No lo creo.

Cuando salía por la puerta lateral, gritó:

—¿*Seguro* que estás bien?

\* \* \* \* \*

Un ciervo atravesó un madroño silvestre y los matorrales que bordeaban el ancho sendero, para luego desaparecer en la tarde oscura dando saltos. Cuando el caballo de Emma respingó, me incliné sobre él, agarré su brida y tiré de ella con fuerza hacia tierra firme. El castrado sacudió la cabeza y resopló nerviosamente, pero se calmó con rapidez, recuperando el paso junto a mi montura.

Emma se sentó muy erguida en la silla. Tenía los ojos abiertos como platos, pero aseguró con valentía:

—¡Podría haberlo hecho yo!

—Sé que puedes.

—No tenía miedo.

—No hay nada malo en tener miedo —dije—. Lo importante es cómo le haces frente.

Póngase por caso, no mates nunca a nadie solo porque te asustaron.

El parloteo de Emma, el crujido del cuero de la silla, el tintineo de las bridas y el ruido sordo de los cascos de los caballos golpeando contra el sendero se desvanecieron, y una vez más mis pensamientos se volvieron introspectivos.

Las razones por las que las personas se mataban las unas a las otras



eran tan variadas como las propias personas. Tenía la impresión de que a Porter Jones, por ejemplo, lo habían eliminado principalmente porque se interponía entre alguien y lo que quería. Bueno, era lógico. Al parecer la mayoría de los homicidios estaban motivados por la codicia y —esto era algo que había aprendido de Jake— no solían ser complicados. El sospechoso más obvio normalmente era el culpable. Incluso en aquellos casos sin resolver que eran archivados por falta de indicios, por lo general, la policía tenía una idea bastante buena de quién era el culpable; simplemente no habían tenido éxito a la hora de llevarlos a juicio. O, en los casos en que llegaban a juicio, no podían obtener una condena.

Pensé que era bastante probable que Ally Beaton-Porter se hubiera cargado al viejo. Tenía el mejor móvil posible: varios millones de dólares y una aventura ilícita con un semental joven y guapo.

Sin embargo, si era verdad que Porter no tenía buena salud, habría tenido más sentido limitarse a esperar..., pero Porter había contratado a un investigador privado, presumiblemente, con algún propósito en mente. Paul Kane había insistido en que Porter planeaba divorciarse de Ally, idea que parecía reafirmada por Roscoe Markopoulos.

Y a pesar de que tenía la impresión de que Ally carecía de la inteligencia necesaria para envenenar a su marido sin matar a la mitad de las personas presentes en la habitación, yo sería el primero en admitir que mis instintos —para resolver crímenes y otras cosas— no siempre eran infalibles.

El asunto era que me fastidiaba que todo el mundo —excepto Al January y yo— parecía dar por sentado que Ally era culpable. Probablemente *era* culpable: no parecía estar precisamente desconsolada por el fallecimiento de Porter, y además había buenas razones para que las esposas fueran las primeras sospechosas de las muertes en extrañas circunstancias de sus esposos.

¿Y Marla Vicenza? ¿Le habría dejado Porter algún millón de dólares? Porque algunas personas cometían asesinatos a cambio de unos veinte mil dólares. Me preguntaba cuál sería la situación financiera de Marla. No cabía duda de que su mejor momento en lo referente a los resultados de taquilla en Hollywood había pasado, pero si había invertido con sabiduría —o se había vuelto a casar—, quizá el dinero no fuera un problema para ella. Pero tal vez ser abandonada por una joven rubia y tonta lo fuera.

Por eso no me convencía la idea de que Nina Hawthorne fuera la asesina *du jour*. Sí, era la propietaria de *Truly Scrumptious Catering*, pero si no había estado en la escena, no tenía claro cómo podría haber dispuesto en la distancia que el veneno fuera vertido en la copa correcta. Además, tener la paciencia de esperar casi veinte años para acabar con Porter no parecía cuadrar con las motivaciones de toda mujer apasionada y despreciada.

Miré a Em mientras parloteaba, y traté de imaginarla a los dieciocho años. Intenté imaginarla teniendo un romance con un gilipollas casado un par de décadas mayor. Bueno, si Langley Hawthorne hubiera matado a Porter, podría entenderlo con mayor facilidad. Pero Langley Hawthorne había muerto hacía años.

No obstante... si la empresa de Nina se había encargado del catering, era muy posible que Nina hubiera estado en el local en algún momento —tal vez el día antes o más temprano el mismo día de la fiesta, ¿no?—. Eso le habría dado acceso a... pero volvía a aparecer un problema: ¿cómo pudo anticipar qué bebería Porter o qué copa iba a usar?

Tendría que estar muy familiarizada con Porter y con la organización del bar de Paul Kane.

Tal vez Paul Kane contratara a menudo su empresa de catering. Puede que ella estuviera familiarizada con la distribución de su bar y supiera que siempre preparaba Henley Skullfarquars, pero, una vez más, ¿cómo pudo

controlar la administración de la dosis fatal? Dudaba que el cóctel se mezclara por adelantado, y no pudo envenenar la botella de alguno de los ingredientes porque nadie más había muerto, ni siquiera había enfermado tras ingerir los cócteles.

Seguía volviendo al mismo punto: la copa de Porter. Por supuesto, la explicación más sencilla era que Porter se había tomado algo por propia elección. Esos misteriosos problemas de salud suyos —asumiendo que había oído correctamente y no estaba sacando conclusiones precipitadas— a los que su exesposa había hecho referencia en el funeral: ¿y si se tratara de problemas cardíacos?

Pero no. Se habría determinado de inmediato —en primer lugar, se habrían encontrado restos del medicamento en su cuerpo—.

¿Se lo habría tomado pensando que era otra cosa?

¿Como qué?

Emma comentó pensativamente:

—¿Sabes?, hay algo que no tiene sentido. ¿Por qué la X significa besos? Creo que la O debería ser el beso porque es como la boca. —Lo demostró formando una O que la hizo parecer muy joven y sorprendida.

—¿A quién le envías cartas de amor? —pregunté.

Se rio tontamente.

—A nadie.

La miré escéptico y ella volvió a reír.

—¡Yo *no!*

\* \* \* \* \*

Dejé a Emma en su casa —logrando evitar cualquier discusión significativa con Lisa, quien trató de insistir en que me quedara a cenar— y regresé a la librería.

Para entonces ya Natalie había cerrado y se había ido a casa. Todo

estaba muy silencioso cuando cerré la puerta tras de mí. La profusión de estanterías permanecía inmóvil y silenciosa en la penumbra. Al otro lado de las ventanas de la fachada, en esa zona de la ciudad plagada principalmente de pequeños comercios, las farolas comenzaban a encenderse y el tráfico a disminuir.

Miré a través de la pared de plástico salpicada de pintura —y yeso— que separa la tienda de los locales destrozados de al lado. En vista de la visita que Peter Verlane me había hecho más temprano, esperaba que los albañiles lo hubieran dejado todo bien cerrado antes de marcharse ese día.

No es que estuviera excesivamente preocupado por Verlane. Al menos en lo de querer matarme, no. Creía que, al igual que Angus, se había visto envuelto en algo más grande que él, arrastrado por una personalidad más poderosa e inescrupulosa. No significaba que lo hubiera perdonado —o que lo fuera a hacer en breve—, pero no le tenía miedo. Lo que no hacía que su aparición en la librería fuera menos impactante. Tampoco atenuaba mi enfado con Guy, aunque quizá no fuera justo.

Me dirigí a la planta alta y revisé el contestador, pero no había mensajes. Recordé que Natalie me había dicho que Paul Kane había llamado, pero realmente no contaba con la energía necesaria para hablar con él en ese momento.

No es que tuviera algo que decirle. A mi modesto entender, mis pesquisas estaban resultando bastante inútiles hasta ese momento.

Me serví un vaso de zumo de naranja y piña y, al hacerlo, me di cuenta de que Natalie debió de haber guardado las provisiones por mí. Me sentí agradecido, pero me provocó una extraña sensación pensar que ella —pensar que alguien— había estado dando vueltas por esas estancias. Guy y Lisa se habían aliado contra mí y, después de que contrajera la neumonía, habían insistido en que mi familia debía tener acceso a mi casa en caso de

emergencia. Guy tenía una llave, por supuesto, pero ahora también la tenían Lisa y Natalie.

Bebí el zumo y me dediqué a contemplar la calle vacía. Era una tarde cálida y seca de junio. Esa noche de verano olía a contaminación y comidas preparadas en la lejanía, en los restaurantes del otro lado de la ciudad. Había un chico cantando con una guitarra —según parecía, practicando— una vieja canción de los Beatles, sentado en la entrada de la boutique cerrada al otro lado de la calle. Bajo las brillantes luces del escaparate, los maniqués calvos y anodinos mostraban sus ropas de gala haciendo un gesto elegante al vacío.

*...con amantes y amigos que aún recuerdo,*

*algunos están muertos y otros están vivos...<sup>1</sup>*

Pensé en la «liga de hombres extraordinarios» con los que había salido a lo largo de los años. Había mucho que decir a favor de la soltería; no tenías que aceptar los planes de otro para los viernes por la noche.

Me pregunté qué haría Paul Kane los viernes por la noche.

Me pregunté qué coño estaba haciendo Guy esa noche. ¿Habría conseguido Peter dar con él?

Me pregunté qué harían Jake y su esposa los viernes por la noche.

Bueno, podía llamar a Guy. Preguntarle directamente qué coño estaba pasando entre Harry Potter y él. Que tuviera que defenderse para variar. Porque, en mi humilde opinión, había una gran diferencia entre trabajar con un examante y mantener la amistad con alguien que había tratado de eliminar sin consideración a tu actual amante.

Sí, podía llamar a Guy, pero no estaba seguro de estar preparado para escuchar lo que él podría tener que decir.

\* \* \* \* \*

Nina Hawthorne era una especie de celebridad. Había heredado un fajo de dinero de su padre cuando este cayó por la borda de su yate y se ahogó en

las costas de Catalina, pero era una exitosa empresaria por derecho propio. *Truly Scrumptious Catering* contaba con una lista impresionante de clientes de alcurnia, pero no tuve que buscar demasiado en Google para darme cuenta de que Nina era una mujer con un pasado —y que no todo era albóndigas de pollo sazonadas con citronela—.

Antes de descubrir que su futuro estaba en los servicios de alimentación, Nina —que, por sus fotos, era una mujer pequeña, morena y bastante elegante a pesar de su pelo rapado— había probado la actuación, la pintura y la caza de recompensas. Después de leer varias entrevistas y críticas, estuve reflexionando sobre cuán insoportable debía de haber sido crecer sometida al juicio del ojo público. Cada error había sido captado para la posteridad —y analizado por los expertos—. Y Nina había cometido muchos errores... Porter Jones era el menos importante.

Había habido estrellas del rock, estrellas de cine e incluso un astronauta. Se habían producido accidentes de coche, redadas por drogas y arrebatos por el consumo de alcohol, además de salir en el poster central de *Playboy*.

Y se había cruzado con Paul Kane.

Sí, en torno a la sexta página de mi búsqueda en Internet, encontré una breve referencia a una demanda judicial entre Nina y Paul Kane. Al poco tiempo, encontré toda la triste y sórdida historia —y era lamentable—.

Poco después de la muerte de su padre, Nina —que tenía unos diecinueve años en ese entonces— había tenido una breve y fugaz aventura con Paul Kane, que dio como resultado el nacimiento de un hijo ilegítimo: una niña llamada Hazel Honeybelle. Solo el nombre demostraba de forma bastante concluyente que Nina no era una madre adecuada. De cualquier forma, debido al ampliamente divulgado historial de drogas, alcohol y promiscuidad de Nina, Kane consiguió obtener la custodia de la niña, cuyo

nombre pasó de inmediato a ser Charlotte Victoria.

Esta fue la primera salva de una serie de escaramuzas ligeramente cómicas —legales y personales— entre Kane y Nina, mientras luchaban por ejercer la patria potestad sobre su hija. Probablemente habría continuado durante años, entreteniéndola hasta la saciedad a los lectores de la revista *Us*, pero la farsa se convirtió en tragedia cuando Hazel/Charlotte se ahogó a los tres años en la piscina de Paul Kane en su villa de Cerdeña.

Contemplé las sombrías fotos de una Nina vestida de negro y un Paul Kane igualmente oscuro y apagado en el funeral de la niña.

¡Ahí estaba!, en mi opinión, era un motivo que no se desvanecía con la edad ni se debilitaba con la costumbre.

Cogí el teléfono y marqué el número del móvil de Jake antes de recordar que era viernes por la noche y que probablemente estaba fuera de servicio —al menos para atender a mis llamadas—.

El teléfono sonó y me preparé para dejar un mensaje, pero Jake contestó resueltamente:

—Riordan.

Me sobresalté, provocando uno de mis ataques de tos. Cuando recuperé el aliento, anuncié con voz ronca:

—Aunque parezca mentira, creo que tengo algo para ti.

Hubo una pausa peculiar. Escuché el eco de mis propias palabras —y mi tono— y me di cuenta de que podrían ser malinterpretadas. Así pues, añadí apresuradamente:

—Me refiero a que creo que podríamos estar enfocando este asunto desde la perspectiva equivocada.

—¿De qué estamos hablando? —preguntó en tono neutro.

—El asesinato de Porter Jones. No creo que él fuera el objetivo. Creo que alguien estaba tratando de matar a Paul Kane.



1



## Capítulo Doce

—¿Dónde estás? —quiso saber Jake.

—En casa.

Vaciló.

—¿Quieres que vayamos a tomar una copa y así me cuentas lo que has descubierto? —preguntó.

Yo también titubeé. Miré el reloj. Las nueve y cinco. No es como si tuviera que estar en algún sitio y, al parecer, tampoco iba a tener compañía esa noche.

—Claro —respondí en tono anodino—. ¿Dónde?

—¿Sabes dónde está el Restaurante-Pub Brits?

—En East Colorado Boulevard, ¿no?

—Nos vemos allí en unos treinta minutos.

Colgué y fui a cambiarme la camiseta y el chándal por unos pantalones vaqueros y una camisa de manga larga a rayas en distintos tonos de gris oscuro. No estaba dispuesto a afeitarme para ir a tomar una copa con Jake, pero me pasé un peine por el pelo y me cepillé los dientes.

No estaba tan lejos, así que llegué al pub antes que Jake y —al recordar que no había cenado— pedí un sándwich de rosbif mientras esperaba.

Llegó unos minutos más tarde que mi comida. El tema de cabecera de la serie *Veronica Mars* sonaba mientras observaba cómo se abría paso entre las mesas —alto e irresistible, vistiendo vaqueros, camiseta y chaqueta de cuero negro— al compás de la música. Sonreí amargamente cuando caí en la cuenta de la letra de *We Used to be Friends*<sup>1</sup>.

*Hace mucho tiempo.* Sí. Solo que no tenía la sensación de que hubiera pasado tanto tiempo como debería.

Me localizó en el bar, retiró un taburete a mi lado y se sentó.

—¿Pasa algo? —Sus ojos —había olvidado lo claros que eran: casi del color del whisky— se cruzaron con los míos con recelo.

—En realidad, no. Me sorprende que pudieras salir con tan poca antelación.

—¿Y eso por qué?

—Es viernes por la noche. —Me encogí de hombros—. Pensé que estarías en casa con tu mujercita haciendo lo que quiera que sea que les guste hacer a las mujeres los viernes por la noche.

—Esta noche Kate está trabajando.

El barman se acercó a nosotros, secando un vaso con un paño de cocina de tela escocesa con la cara un tanto humedecida de la reina Isabel.

—¿Qué desean beber?

Lo consideraré.

—Un Henley Skullfarquar —pedí.

Jake y el barman intercambiaron una mirada; el camarero asintió con un gesto como si me estuviera haciendo una concesión.

—No se suele preparar una sola copa, amigo.

—¿Cómo suele prepararse?

—Normalmente se prepara en jarras. Se sirve durante la Regata Henley Royal. No se preocupe. Se lo haré. ¿Quiere agua con gas?

—No sé. ¿Qué lleva?

—Smirnoff Ice, sidra Strongbow, Pimm's Cup, ginebra, granadina y una rodaja de naranja o limón. Si quiere se le puede agregar limonada o agua con gas.

—¡Jesús! —exclamó Jake—. ¿Estás tomando antibióticos?

—No los necesitaré después de esto. Ningún germen podría sobrevivir a semejante cantidad de alcohol.

—Al menos tiene vitamina C. —Le preguntó al camarero qué cerveza

de barril tenía y pidió una Bass.

Me di cuenta de algo que me había estado molestando a nivel subconsciente. Había cambiado de loción para después del afeitado. No es que no me gustara esa. Era agradable: una fragancia intensa, oriental y amaderada. Pero le hacía oler... diferente. Ajeno. Un extraño.

Desde luego, *era* un extraño. Esa era la cuestión.

Jake cogió su cerveza, bebió un gran trago y luego se giró en el taburete para que estuviéramos cara a cara.

—Bueno, ¿qué te hace pensar que Paul era el objetivo el domingo pasado?

Ignoré el hecho de que nuestras rodillas se estaban rozando —la tela vaquera nunca había parecido una barrera tan delgada— y que estaba lo bastante cerca para que pudiera ver que había algunas canas más en sus sienes de las que había notado hasta ese momento. Le hablé de mi almuerzo con Al January y le conté que éste tenía la convicción —que coincidía con la mía— de que el crimen no parecía encajar con el perfil de Ally.

—Me parece el tipo de persona que intenta fingir un robo con allanamiento y hace algo como romper el cristal de la ventana de la manera equivocada. O que denuncia de forma anónima el robo de su propio teléfono móvil —expliqué.

—Quizá la idea no fuera suya —argumentó Jake—. Puede que fuera del novio. Trabaja como entrenador personal para mucha gente. Podría haber cogido la medicación para el corazón de algún cliente. Llevará algo de tiempo, pero podemos comprobarlo. Es solo un proceso de eliminación.

—Parece razonable —dije—, pero tras dejar a January, hice algunas averiguaciones sobre Nina Hawthorne.

—Hawthorne. —Observé cómo revisaba sus viejos bancos de memoria—. ¿La del servicio de catering?

—Exacto. —Le relaté lo que January me había contando sobre la aventura juvenil de Nina con Porter—. El problema radica en que al parecer ella tuvo muchas aventuras juveniles, y una de ellas fue con Paul Kane. — Ésta fue la parte difícil (por muchas razones). Le conté sobre la niña que había interpretado el papel de Briseida en la representación hecha por Kane y Hawthorne de Aquiles y Agamenón.

Guardó silencio mientras el barman ponía ante mí la copa y luego se alejaba.

—Sé lo de la hija de Paul —reconoció Jake en voz baja—. Estaba deshecho.

—Esa no es la cuestión, ¿verdad? —tercié—. La cuestión es si Nina lo culpa. Y si así fuera, si es capaz de cometer un asesinato en venganza por la muerte de su hija.

En otra época, no hubiera cabido ninguna duda. La joven salvaje que era Nina habría despachado a Paul sin escrúpulos, aunque quizá no lo hubiera recordado unas horas más tarde. Era obvio que la vieja Nina poseía la imaginación y la temeridad necesaria para cometer este tipo de crimen. Pero Nina había sido una buena ciudadana durante casi una década.

Bebí un sorbo de mi copa y me atraganté con lo que parecía ser alcohol puro, luego, tras lograr a duras penas dejar la copa en la barra, empecé a toser. Me dolía una barbaridad, mis costillas seguían estando doloridas.

—¿Estás bien? —Jake se levantó, colocándose tras de mí, pero, según parecía, estaba renuente a darme golpes en la espalda, algo que por mí estaba bien. Lo último que quería era que pusiera sus manos sobre mí. Le hice señas para que se alejara, y él ordenó—: Levanta las manos.

Lo que —no me preguntes por qué— me resultó gracioso. Por un espasmódico y disparatado momento, pensé que lo último que vería sería el ceño fruncido por la preocupación de Jake. Pero colocó su mano

tranquilizadora en mi espalda, y ese peso tibio entre mis hombros logró que la risa se desvaneciera. Pasó su mano de arriba a abajo por mi espina dorsal, y, finalmente, conseguí controlarme y tomar una gran bocanada de aire larga y vacilante.

—Estoy bien —aseguré y encogí los hombros para apartarlo.

—¿Qué coño hay en eso? —Cogió mi copa y bebió un sorbo. Enarcó las cejas—. No vas a beberte esto —sentenció.

—¿La bebida está bien? —preguntó el barman mientras se acercaba.

—Tráigale un cerveza Harp —pidió Jake; el hombre suspiró ante semejante falta de respeto a su creación y se alejó.

Me eché hacia atrás en el asiento y examiné a Jake con sorna.

—¿Alguna vez has oído la expresión «capullo arrogante»? —inquirí (el efecto algo arruinado por mi ronquera).

—Una o dos veces. —Se sentó de nuevo y sonrió torciendo la boca—. Vamos, no querías bebértelo. ¿A quién pretendes engañar?

—Por lo visto, a ti no. —Era como si aún pudiera sentir su mano deslizándose suavemente por mi espalda (memoria celular o algo así).

Parecía no tener una respuesta.

El barman deslizó una pinta de Harp delante de mí. Bebí un sorbo. Una gran mejora, tenía que admitir..., aunque no lo haría.

Como si no hubiéramos sido tan bruscamente interrumpidos, Jake dijo:

—No creo que Paul hubiera contratado a Hawthorne para encargarse del catering de sus invitados si todavía hubiera resentimiento entre ellos. Lógicamente, lo comprobaré, pero aun así, no logro entender cómo le habría administrado el veneno a la víctima. No estaba allí, a menos que se presentara disfrazada, lo que parece improbable.

—Ese es el problema que me sigo encontrando —admití—. ¿Cómo llegó el veneno a la copa de Porter? Especialmente, si los Henley

Skullfarquar se preparan por galones. —Le lancé una mirada interrogante.

—No sabría decirte. No asisto a las fiestas de Paul —habló con total naturalidad.

—Pero sois amigos.

—Somos amigos.

—*Viejos* amigos.

Me dirigió una mirada divertida. Luego, comentó:

—Digamos que nos movemos en círculos sociales diferentes.

¿No intercambiaban tarjetas de Navidad de Santa desnudo azotando a duendes traviesos?

—Muchos de los allí presentes formábamos grupos alrededor de la barra. Porter, Valarie Rose, Al January, yo. No recuerdo si Ally se encontraba junto a nosotros o no, pero había un montón de copas preparadas, algunas medio vacías, y cosas así. Me refiero a que, salvo que alguien llegara y dejara caer el veneno del compartimento secreto de su anillo de meñique, no creo que nadie hubiera prestado mucha atención —argumenté.

Jake dio un resoplido.

—¿Supongo que no te fijaste si había algún anillo de meñique en escena?

—No.

Bebió su pinta en un silencio reflexivo, luego dijo:

—No es una mala teoría. Quizá un poquito «holmesiana», pero hablaremos con Hawthorne. —Sus ojos se enfocaron en los míos—. Fue muy ingenioso de tu parte hacer esa conexión.

—Aprendí del maestro —repliqué burlonamente. En realidad, no había tenido la intención de decirlo con doble sentido, pero surtió ese efecto.

Se puso colorado. Me miró con una expresión glacial.

—La cosa es —continuó de manera cortante, después de unos instantes

— que la señora Beaton-Jones sigue teniendo un motivo mejor y ella sí que estaba en la escena.

—Sería el último hombre que subestimara el poder del todopoderoso dólar, pero creo que culpar a alguien por la muerte de tu hija...

—Pero a *eso* es a lo que voy —interrumpió—. Después de hablar con el detective privado, Markopoulos, fui a ver al novio de Ally. —Sus ojos se cruzaron con los míos una vez más—. Según Duncan Roe, dejó embarazada a Ally. Jones la obligó a abortar.

De repente, recordé el escalofrío que recorrió a Ally cuando le pregunté por los niños. Había creído que se trataba de una muestra de disgusto ante la idea. Pero quizá fuera algo completamente diferente.

Sí, eso lo cambiaba todo.

No solamente Ally compartía un motivo similar al que le había atribuido a Nina, sino que su dolor era mucho más reciente, además de que el aborto forzado no era su único motivo. Y Ally había estado en la fiesta, aunque no recordaba haberla visto cerca del bar. Otra persona podría ser capaz de situarla allí.

Siguiendo esa línea de pensamiento, inquirí:

—¿La autopsia de Jones reveló algo que indicara que tenía una enfermedad terminal?

Jake pareció sorprendido.

—¿Cómo se te ocurrió eso?

—Oí a la primera mujer de Jones en el funeral. Dijo algo de pasada que me hizo pensar que podría no ser un hombre sano. Quiero decir, antes de que fuera asesinado, obviamente.

—Obviamente. Bueno, ella tenía razón. A Jones le habían diagnosticado recientemente cáncer de páncreas.

—¡Vaya! —Le miré a los ojos—. Pobre desgraciado.

—Sí. No es la forma en que me gustaría irme, eso es seguro.

—¿Su mujer lo sabía?

—Por lo visto sí.

—Entonces... ¿por qué lo mataría?

—Porque estaba planeando divorciarse de ella —respondió  
pacientemente.

—¿Pero lo estaba planeando? ¿Hablaste con su abogado? Solo  
contamos con la palabra del investigador privado para confirmarlo.

Y la de Paul... ahora entendía el comentario de Paul sobre que Porter  
no toleraría que le pusieran los cuernos. Al final había tenido razón al  
respecto, así que tal vez tenía razón sobre lo demás. ¿Por qué me resistía  
tanto a esa idea?

—Puede que Jones cambiara de parecer acerca del divorcio. ¿Por qué  
habría insistido en que abortara —por qué ella habría estado de acuerdo en  
hacerlo— si se iban a separar? —planteé.

Jake guardó silencio, considerándolo.

—Solo digo...

—Vale la pena comprobarlo —concedió a regañadientes.

—Por otra parte, al parecer Porter retiró la financiación para un  
proyecto muy importante para Al January y Valarie Rose. No tengo más  
punto de partida que ese, pero ambos se encontraban en el bar. También Paul  
Kane, ahora que lo pienso. —Con malicia, añadí—: De hecho, Kane era el  
que tenía el mejor acceso a la copa de Porter. ¿Existe alguna razón por la que  
quisiera quitar de en medio a Porter?

Jake me lanzó una mirada desapasionada.

—Es curioso —dijo, pero entonces, demostrando que seguía siendo el  
cabrón con corazón de piedra que había conocido —bueno, más o menos—,  
añadió—: Todo lo contrario. La mayor parte de la financiación de sus



proyectos independientes provenía de Porter o, al menos, eran avalados por él. Y eran amigos —buenos amigos, según todos con los que he hablado— desde hace mucho tiempo.

Yo sonreía mientras bebía un sorbo de mi copa, y Jake aseguró:

—No comprometería una investigación a causa de mis sentimientos por las personas involucradas. Deberías recordar eso.

No comprometería conscientemente una investigación, *eso sí lo creía*. ¿Pero no entendía que sus sentimientos podían impedirle ver ciertas posibilidades? En beneficio de una justicia imparcial, ¿no debería haberse excusado de cualquier participación en este caso? Pero no lo había hecho. Y no lo haría, porque su conexión personal con Paul Kane era algo que no podía reconocer. No querría que se hiciera público.

Oh, sí, recordaba demasiado bien cómo acababa eso.

Observándome atentamente, Jake comentó:

—No te gusta Paul, ¿verdad?

No lo había pensado antes.

—No especialmente.

Asintió como si no lo sorprendiera.

Vacíé mi vaso y miré el reloj.

—Debo irme.

—Sí, yo también.

Pagamos nuestras consumiciones y salimos juntos. Mientras rodeábamos tranquilamente el edificio en dirección al estacionamiento situado en la parte trasera, le dije:

—Sigo pensando que merece la pena investigar los movimientos de Nina el domingo.

—Lo investigaremos —aseveró Jake—. Aún no he descartado a nadie, y ella es una tía escurridiza, sin duda.

La alarma del coche sonó dándole la bienvenida cuando se detuvo junto a un vehículo llamativamente inofensivo —con las luces de la policía en la ventana trasera—.

—Buenas noches —me despedí y saqué mis llaves.

—¿Sabes que Kate perdió al bebé? —espetó de forma abrupta.

Con torpeza, siendo consciente de que no lo había mencionado antes, dije:

—Sí, lo siento. —Y lo sentía. No le deseaba ningún daño ni a Kate ni a ese niño. De hecho, casi había llamado a Jake cuando Chan me lo había contado, pero me lo había pensado mejor. Podría haber parecido que creía que el único obstáculo para nuestra relación era ese bebé; la verdad era que solo había sido el último obstáculo.

—Ya que esta vez podemos elegir, no está segura de estar lista para formar una familia. Está en un punto de su carrera donde pedir una licencia podría retrasarla años. Está bajo consideración para un ascenso —explicó impasiblemente.

No quería escucharlo. No quería sentir lástima por él; no quería sentir nada en absoluto. Pero no podía desentenderme amablemente, así pues, muy a mi pesar, pregunté:

—¿Y tú cómo te sientes?

Podía distinguir su sonrisa torcida bajo las luces del aparcamiento.

—Quiero una familia. Pero ella ha trabajado mucho para esto. Es decisión suya.

Había creído que el propósito principal de su matrimonio era que Jake pudiera tener una familia y una vida «normal». Tal vez fuera un verdadero matrimonio, a pesar de la diversión y los juegos con Paul Kane. Quizá Jake amara a Kate. En su favor habría que decir que parecía darle tanta importancia a la carrera de ella como a la suya —o, por lo menos, que

comprendía que ella se la diera—.

Pero no sabía qué decirle. ¿Buena suerte? Estaba hablando con la persona equivocada. Pero me miraba como si esperase algo, como si necesitase algo.

—Ve con cuidado, Jake —le recomendé con dulzura, y me alejé.



## Capítulo Trece

Gemí cuando vi el Miata de Guy aparcado fuera de Intriga y Misterio. ¿A cuánta mierda se supone que debía enfrentarme en una noche?

Entonces se me ocurrió que el hecho de que mi amante estuviera sano y salvo en mi casa no debería, estrictamente hablando, entrar en la categoría de mierda estresante con la que lidiar. Sin embargo, allí estaba: ese viejo y familiar sentimiento de no querer enfrentarse a algo —y sabía que había algo a lo que hacer frente—. Lo sabía desde que Guy había propuesto pasar un fin de semana romántico en México, y lo único que había sentido era consternación por que hubiera algo que requería que le hiciera frente.

Entré en la tienda, subí las escaleras y abrí la puerta. Guy estaba de pie junto a la ventana, mirando a la calle vacía más abajo.

—No sabía si debía esperarte o no —dije, mientras se giraba hacia mí.

—Hablé con Peter —anunció—. Tenemos que hablar.

Bueno, la buena noticia era que al parecer no le preocupaba dónde había estado, así que no tenía que admitir que había estado tomando unas copas con mi propio ex amante. Me dejé caer en la silla junto al sofá. De repente, estaba muy cansado.

—Claro —estuve de acuerdo—, podrías empezar explicando por qué eres amigo por correspondencia de un chico que intentó matarme.

Inhaló como si lo hubiera placado inesperadamente.

—Peter no intentó matarte, Adrien. No es un asesino. Y no es una mera opinión, el jurado estuvo de acuerdo. Se vio arrastrado por algo que se salió de control, eso es todo. Es joven, era ingenuo. Estaba igual de manipulado que Angus. Has perdonado a Angus, ¿no?

¿Lo había hecho? Por lo visto sí. Le contesté:

—Angus nunca intentó matarme.

—Te involucró en algo que podría haberte matado. Es prácticamente lo mismo.

—No, Guy, en realidad no lo es.

No se molestó en discutir; su expresión lo decía todo.

—Aunque dejemos eso a un lado por un momento, si no puedes ver lo mucho que se pasó de la raya al venir aquí... no sé qué decirte —dije.

—Estás reaccionando de forma exagerada.

Bueno, eso era casi divertido, teniendo en cuenta que pensaba que Guy se había pasado la última semana reaccionando de forma exagerada ante el asunto de Jake.

—No estoy de acuerdo. Creo que la mayoría de la gente estaría en desacuerdo —aseguré.

—La mayoría de la gente. —Sacudió la cabeza como si fuera impropio de mí.

Quizá lo fuera.

Extendió la mano para coger distraídamente el doblón de oro encajonado en cristal que me había regalado al principio de nuestra relación. Torció el gesto como si de pronto hubiera descubierto alguna imperfección en la superficie brillante. Comentó:

—Conozco a Peter. —Levantó los ojos para cruzar la mirada con la mía—. Lo conozco desde hace más tiempo que a ti.

—Sí. Lo recuerdo.

—Ahora mismo necesita un amigo. Necesita ayuda.

Por un inesperado momento me sentí como Ebenezer Scrooge. *¿No hay cárceles? ¿No hay asilos para pobres?* Puede que Lisa tuviera razón. Quizá me había endurecido, me había vuelto un amargado. En cualquier caso, parecía que se me había acabado la leche de la bondad humana.

—Apareció aquí adrede, Guy. Me estaba desafiando, haciéndome saber

que estaba de vuelta, reclamando su lugar.

Una expresión de desagrado cruzó la cara de Guy.

—Sí, es más propio de secundaria. Estoy de acuerdo. Y los dos somos demasiado viejos para esta mierda —agregué.

—Creo que puedes haber malinterpretado...

Me reí. Sacudí la cabeza.

—No malinterpreté nada. Te quiere de vuelta, y quería que yo lo supiera. Cree que todavía sientes algo por él... y no estoy seguro de que no sea así.

—Desde el principio te dije que no había nada... serio entre Peter y yo. Es decir, le tengo cariño, lo considero un amigo y quiero pasar con él este... momento difícil. *Necesita* a alguien, Adrien.

«Yo necesito a alguien», pensé. Pero lo que dije fue:

—Y tú necesitas sentirte necesitado, ¿no?

—Todo el mundo necesita sentirse necesitado —contestó Guy de manera sucinta—. Incluso tú. —Volvió a colocar la moneda pirata en su lugar en la estantería.

Cuando no respondí, preguntó en voz baja:

—¿Me estás pidiendo que elija entre vosotros?

Había estado masajeando mis sienes para evitar lo que parecía un inminente dolor de cabeza. Una migraña. Niebla del cerebro. Levanté la mirada.

—Guau. Supongo que no me había dado cuenta de que era una elección tan difícil. No, no te estoy pidiendo que elijas.

—¿Qué significa eso?

Me eché a reír de impotencia.

—No tengo ni la menor idea. Creo que... parece que hemos llegado a un callejón sin salida. Me siento traicionado por tu amistad con Verlane. Soy

consciente de que no es lógico. Sé que si hubiera cometido los mismos errores que Verlane ha cometido, querría que mis amigos se mantuvieran a mi lado y que tendría la esperanza de que alguien me ayudara llegado el momento. Es solo que...

—¿Qué?

Lo miré a los ojos.

—Necesito ser lo primero para alguien, Guy.

—¿Crees que es justo pedir eso cuando no soy lo primero para ti? — me reprochó.

Buena pregunta. No estoy seguro de por qué sentía que había llegado al final del camino. Contesté:

—Probablemente no.

Ninguno de nosotros parecía tener nada que añadir.

Finalmente, él dio el paso.

—Puede que necesitemos darnos un tiempo.

—Sí —confirmé; acto seguido me levanté, como si fuera a acompañar a un invitado a la puerta.

Salimos al rellano, lo seguí escaleras abajo; lo observé salir por la puerta lateral. Dudó. Sabía que intentaba decidir si debía ofrecerse a devolver la llave. No quería que lo hiciera, pero era incapaz de decidirme a hablar.

—Te llamaré —dijo.

—Aquí estaré —repliqué.

Y sonrió como si ambos supiéramos que eso no era cierto.

\* \* \* \* \*

—Buenos días —saludé cuando la puerta de cristal se abrió con un alegre tintineo de campanas.

—Nunca entenderé a los hombres. ¿Por qué sencillamente no *dicen* lo que quieren? —Natalie depositó la gran caja rosada de pasteles en el

mostrador con fuerza suficiente para aplastar una tarta.

Levanté la vista de la caja registradora.

—¿Qué significa eso?

—¡Eso! —Señaló mi nariz con el dedo—. Esa mirada. A eso mismo es a lo que me refiero. Es como si creyeras que es una pregunta trampa.

—*Es una pregunta trampa* —aseguré—, porque si dijéramos exactamente lo que queremos, no os gustaría la respuesta. Y entonces habría mucho ruido, riñas y amargura, situación que exige un tiempo del que no disponemos.

Entrecerró los ojos.

—Lisa te pidió que hablaras conmigo sobre Warren, ¿verdad?

—¡Dios, no! —Abrí la caja de pasteles—. ¿Es el cumpleaños de alguien? —Esperaba que no fuera el suyo; ni el de nadie con el que ahora estuviera relacionado.

—Pensé que quizá me apeteciera comerme una rosquilla esta mañana —respondió de mal humor.

Parpadeé.

—Debe haber alrededor de veinticuatro rosquillas aquí.

—Veintiocho. Te dan dos gratis por cada docena. Coge una. De todos modos, no solo hay rosquillas.

—Ya veo. —Había una buena selección de pasteles. Cogí una rosquilla de chocolate con virutas—. Pensé que los carbohidratos estaban prohibidos este mes, ¿no es así?

—Me importan un bledo los carbohidratos —sentenció Natalie ferozmente; yo enarqué las cejas antes de volver apresuradamente a hacer el recuento de la caja registradora.

Siempre tenemos mucho trabajo los sábados, y ese día no fue la excepción. Mientras atendía —de un modo encantador— a los clientes,



Natalie rumiaba y, de alguna manera, se las arregló para comerse cuatro rosquillas, dos bollitos daneses con crema de queso, un rollito de canela con nueces pecanas y un pastel de almendras.

—Te invitaría a almorzar —dije cuando dieron las doce—, pero temo que explotes.

—De cualquier manera, no podemos cerrar la tienda —replicó. Acto seguido, me fulminó con una mirada oscura —bueno, tan oscura como la mirada de una chica rubia de ojos azules con aspecto de modelo de Ralph Lauren puede parecer—. Es por eso que necesitamos ayuda, especialmente desde que pasas la mitad del tiempo por ahí haciendo de sabueso.

—Conseguiremos algo de ayuda —prometí—. Y no es como si fuera a seguir haciendo de sabueso...

—¡Así que estás trabajando en un caso! —exclamó triunfalmente—. Lo supe en cuanto me enteré de que había habido un asesinato en la mansión de Paul Kane. Lo *sabía*.

Había estado tan ocupado amargándome pensando en Guy y la situación con Peter Verlane, que había caído en la trampa.

—Haces que parezca algo más organizado de lo que es. Simplemente acepté hacer algunas preguntas a ciertas personas, eso es todo —le aclaré.

—Te lo puedo decir ahora mismo, fue la esposa —sentenció Natalie.

—Esa parece ser la opinión general. ¿Por qué crees que lo hizo ella?

—Bien, para empezar, ¿lo *viste*?, tenía edad suficiente para ser su padre. Y parecía una rana.

—Sí, pero el amor es ciego —argumenté.

—¡No, no lo es! —negó burlonamente—. No para chicas como ella. Bueno, eso era interesante. La perspectiva femenina.

—¿Qué quieres decir con chicas como ella?

Chasqueó la lengua exasperada.

—Adrien. Ella es un claro ejemplo de chica guapa y tonta.

—Oye, las guapas y tontas también tienen sentimientos —opiné—.

Mira a Anna Nicole Smith.

Se limitó a negar con la cabeza.

—Vale —agregué—, pero Anna Nicole Smith no liquidó a su anciano marido. Así pues ¿por qué correr ese riesgo, especialmente cuando la esposa siempre es la principal sospechosa?

—Tal vez no podía esperar.

—¿Por qué no le sería posible esperar?

Natalie se encogió de hombros. Pero pensé que era una cuestión interesante. ¿Y si había un factor temporal implicado? Por ejemplo... ¿qué tal si el amante de Ally le hubiera dado algún tipo de ultimátum?, ¿y si estaba embarazada otra vez?, ¿qué pasaría si Porter —como había insinuado Paul Kane— planeaba cambiar su testamento?

—Pero ¿por qué hacerlo de una manera tan pública?, ¿por qué no planear un discreto pequeño accidente?

—Puede que no supiera cómo. O quizá pensara que le echarían la culpa a otro.

La miré con fijeza. Ella había dado con algo, pero no lograba identificar qué era. ¿Tendría Ally alguna razón para creer que otra persona sería sospechosa antes que ella por la muerte de su marido?

—El detective a cargo del caso: ¿es *tu* Jake? —quiso saber Natalie.

Se me secó la boca. Sentía las palabras áridas y polvorientas en mi boca cuando las obligué a salir.

—¿Quién te dijo su nombre? —Como si tuviera que preguntar.

—Lisa lo señaló cuando lo vio en la televisión la otra noche, y lo reconocí como uno de los polis que estuvo aquí el otro día.

Abrí la boca y luego la cerré. Jake tenía que saber que estaba librando

una batalla desesperada. Y que yo no iba a mentir más a mis amigos y familiares.

—Sí —confirmé—. Solíamos ser amigos. Hace ya mucho tiempo. Ahora está casado.

—Cabrón —espetó ella.

Sacudí la cabeza.

—En realidad, no. Nunca me mintió. Sencillamente no hice las preguntas cuyas respuestas no quería conocer.

No era como si no hubiera sabido siempre que esa era la verdad, pero al decirlo en voz alta, asimilé que finalmente podía aceptarlo sin sentirme enfadado conmigo mismo o con Jake.

Natalie fue a almorzar y regresó; yo pasé mi descanso navegando por Internet, averiguando todo lo posible sobre Langley Hawthorne. Fue más que nada un desvío. Comencé haciendo búsquedas sobre los orígenes de Nina, pero un par de referencias a la muerte accidental de Hawthorne desvió mi atención.

No había tanta información como cabría esperar. A pesar de su riqueza y su interés en el cine y la producción cinematográfica, Hawthorne había sido un hombre discreto. Al parecer la relación con su hija había sido siempre tempestuosa, pero la había adorado. Cuando él murió, ella heredó el grueso de su fortuna.

Nada de eso era de particular interés; lo que había llamado mi atención fue cómo murió. Se había caído del yate y se había ahogado en Isla Catalina. Hawthorne y un puñado de amigos cercanos habían estado bebiendo mucho esa noche —lo que, por lo visto, no era inusual— y la Oficina de Medicina Forense de Los Ángeles había declarado accidental la muerte.

Aun más fascinante era la lista de invitados de esa noche aciaga. Además de Al January y Paul Kane, Porter Jones y la primera señora Jones

habían estado presentes —así como Nina—. Tuvo que haber pasado después de que la aventura entre Nina y Porter hubiera terminado. O, para ser más exactos, después de que su padre hubiera insistido en que Porter rompiera con ella. A mi modo de ver, debió de haber sido, en el mejor de los casos, una fiesta muy incómoda.

Lo pensé un momento, luego llamé a Lisa.

Después de dejar atrás las cortesías de rigor y algunos comentarios no tan corteses —«Querido, no sabía que seguía siendo un secreto»—, le dije:

—Lisa, en el almuerzo del otro día comentaste algo acerca de contratar un servicio de catering para el banquete de la Sociedad Protectora de Animales. ¿Ya lo has hecho?

—¿Te refieres al almuerzo que no tuvimos el otro día?

—Ese mismo. ¿Ya contrataste a alguien para que se encargue del catering?

—Hemos trasladado el evento al Bonaventure.

—¿Me harías el favor de ver si puedes concertar una entrevista con Nina Hawthorne? Es la propietaria de *Truly Scrumptious Catering* —le pedí.

—Pero no necesitamos un servicio de catering, Adrien. El hotel se ocupará de todo eso.

—Lo sé, pero ¿podrías fingir que aún se mantiene el lugar del que hablabas antes?

—Supongo que sí. ¿Por qué? —Parecía levemente desconfiada.

—Me gustaría asistir a la entrevista.

Silencio.

—¿Por qué? —inquirió en su tono «nada de tonterías».

—Me gustaría ver cómo es ella.

—¿Estás pensando en contratarla para algún evento? —preguntó con vacilación.

Oh, Dios. ¿Creía que Guy y yo estábamos a punto de casarnos?

—Más o menos. Me gustaría hacerme una idea de ella y de su empresa —respondí.

—Muy bien, querido —aceptó Lisa, muy divertida—. Voy a concertar una cita y ya me dirás después de qué se trata todo esto.

Colgué y, acto seguido, Natalie dio unos golpecitos en la puerta de mi despacho.

—Paul Kane llamó mientras hablabas por teléfono.

Suspiré.

—Gracias.

Le devolví la llamada a Kane y me lo cogió su secretaria personal. Después de una breve espera, me pasó con Kane.

—Estaba empezando a preguntarme si estabas eludiendo mis llamadas —me saludó con esa voz meliflua.

Recordé que había llamado la tarde anterior y que no le había devuelto la llamada. De acuerdo, había estado un poco preocupado por la explosión de mi vida personal, pero parecía un poco displicente si te parabas a pensarlo, sobre todo cuando seguía pensando que era posible que fuera el objetivo del envenenamiento del fin de semana pasado. ¿Inconscientemente esperaba que alguien eliminara a Paul?

—Lo siento —me disculpé—. He estado un poco ocupado. De hecho, hay algo de lo que quería discutir contigo.

—Eso no presagia nada bueno —dijo divertido.

—¿Se te ha pasado por la cabeza que podrías haber sido el objetivo el domingo pasado? —pregunté.

Se calló repentinamente, me pregunté si habríamos perdido la conexión. Rompió a reír a carcajadas, y tuve que alejar el auricular de mi oreja.

—¡Magnífico! Realmente me engañaste por un momento.

—Sí, pero no estoy bromeando —insistí—. He estado haciendo algunas averiguaciones, y me fijé en que Nina Hawthorne se encargó del *catering* de tu fiesta.

—Pierde a muchos clientes por envenenamiento, ¿verdad? —Lo seguía encontrando tremendamente gracioso, ¡yupi!

—No creo que todos sus clientes compartan la historia que ella y tú compartís —respondí.

Dejó de reír. De hecho, permaneció en silencio unos segundos. Dijo:

—Por tu tono deduzco que sabes que Nina y yo hemos tenido un pasado un tanto tumultuoso.

—Sé que tuvisteis una hija juntos y que...

—Sí —interrumpió secamente—. Suficiente. Bien, eres minucioso. Reconozco tu mérito.

—Lo siento —me disculpé—. No intento abrir viejas heridas, pero se me ocurrió que la bebida que me pediste que le diera a Porter podría haberse confundido fácilmente con la tuya.

Al cabo de un momento, dijo:

—No estaba allí. Por lo menos...

—¿Por lo menos, qué?

—No. Es ridículo.

—¿Qué es ridículo?

—Nada. Aprecio tu preocupación. De verdad. Pero... no es necesario, te lo aseguro. —Antes de que pudiera replicar, continuó—: Mira, la razón por la que te he llamado es que mañana daré una pequeña fiesta en el puerto deportivo. Valarie estará allí, lo que te brindaría la oportunidad de hablar con ella.

—Los domingos son complicados —objeté—. Se supone que de vez en

cuando le dejo ese día libre a mi ayudante.

Pero Paul insistió —encantador y obstinado como siempre—, y finalmente accedí solo para que se callara.

—¡Maravilloso! —exclamó después de darme los detalles—. Nos vemos entonces.

—De acuerdo —acepté sin entusiasmo.

Se rio ante mi tono, acto seguido, con una seriedad inesperada, comentó:

—Adrien... gracias. Aprecio tu preocupación. Realmente lo hago. Pero la verdad es que la pérdida de nuestra hija nos impelió a Nina y a mí a reconciliarnos. Nos permitió volver a ser amigos.

—Claro —dije—. No lo sabía.

—¿Cómo podías saberlo? —habló con soltura—. Pero estoy sinceramente agradecido por tu amistad.

—No es nada —repliqué.

Con amigos como yo, ¿quién necesitaba enemigos?

## Capítulo Catorce

El letrero del puerto deportivo estaba desvaído. Pero ¡Cuidado con los falsos conductores! parecía un buen consejo, si tenías en cuenta la cantidad de Mercedes conducidos por los chicos con gorra de capitán de yate.

Aparqué y pasé por delante de la casa club y la piscina de tamaño olímpico. Gallardetes de colores alegres ondeaban en lo alto. Las gaviotas graznaban, descendían en picado y luego se zambullían para pescar en el muelle. El olor del océano y del diesel impregnaba el aire; la luz del sol brillaba deslumbrante sobre el agua azul.

Parecía un buen día para salir a alta mar. O a aguas interiores. El puerto ya estaba lleno de botes que se dirigían hacia el rompeolas; incluso los navíos que aún estaban amarrados en el muelle parecían estar llenos de amigos con la intención de disfrutar del sol, del aire salado y, en no pocos casos, de la resaca.

Encontré sin problemas el número de amarre que Kane me había dado. Su yate de lujo, «Pirate's Gambit», era una embarcación de líneas elegantes de veinticuatro metros de eslora con el casco negro. Una bandera pirata ondeaba con brío en proa.

—¡Alto!

Miré hacia arriba. Kane estaba inclinado sobre la barandilla con una botella de champán —champán muy caro, por cierto— en una mano. Me estaba sonriendo. No por primera vez, me quedé impresionado por lo atractivo que era. Lo tenía todo, de verdad... bueno, todo lo que a Hollywood le importaba: atractivo físico, encanto, magnetismo personal.

Y tampoco era un mal actor. Me preguntaba si su conducta sexual audaz y sin complejos tenía algo que ver con el hecho de que no fuera una estrella de mayor relevancia.



Subí por la rampa y Kane bajó ágilmente de la cubierta superior por la escalerilla para recibirme.

—Justo a tiempo —dijo, apretando ligeramente mi hombro mientras pasaba junto a mí—. Todo el mundo está arriba. Ve a saludar.

Subí la escalerilla hasta la pequeña cubierta de intemperie.

«Todo el mundo» resultó ser Valarie Rose y Al January cómodamente arrellanados en tumbonas. Estaban bebiendo champán y conversando afablemente. Valarie llevaba un traje de baño verde esmeralda y January vestía pantalones anaranjados y una camisa con una especie de estampado azteca.

—¡Bienvenido a bordo! —saludó Valarie—. Espero que hayas traído bañador. Ahora mismo me siento poco vestida.

Me senté en una silla de playa de rayas azules y blancas.

—Lo siento —me disculpé. La brisa marina era fría, pero el calor del sol era agradable. No tan agradable como para sentirme tentado de quitarme la ropa, pero aun así placentero.

—¿Cómo va la investigación? —preguntó January mientras servía una copa de champán que luego me entregó.

Di las gracias en un murmullo, tomé un sorbo y acto seguido dejé la copa junto a la barandilla.

—No creo que la policía esté lista para hacer una detención —comenté—. Pero no es que me estén manteniendo al tanto.

Aunque en mi encuentro con Jake la noche del viernes había estado sorprendentemente cerca.

—No entiendo el retraso —observó Valarie. Era atractiva de una forma firme y eficiente: buena figura, buena constitución, buenos dientes, buena piel—. Todos sabemos quién lo hizo.

January le dirigió una mirada indulgente.

—Entonces supongo que el retraso se debe a que la policía aún no tiene suficientes evidencias para sustentar el caso.

—¿Estás totalmente segura de que Ally es culpable? —inquirí.

—¡Ahí lo tienes! ¿Ves?, ni siquiera tuve que decir su nombre —soltó Valarie—. Sabes exactamente a quién me refiero. Todos sabemos que asesinó a Porter. Está mal visto decirlo, pero todos lo sabemos. —Se recostó en la tumbona, echando hacia atrás la cara. El sol reflejándose en sus grandes gafas de sol verdes.

January me miró y sonrió con remordimiento.

—¿No crees que haya nadie más con un motivo? —le pregunté a Valarie.

Levantó la cabeza.

—¿Para cometer un *asesinato*? —Detrás de sus grandes gafas de sol, parecía asombrada ante la idea.

Los motores de la embarcación se pusieron en funcionamiento bajo nosotros. Paul Kane subió para unirse a nosotros, sentándose en una silla junto a Valarie.

—¿Qué te parece? —me preguntó, señalando el puente de mando con la cabeza.

—Magnífico —elogié—. ¿Cuántos tripulantes?

—Esta tarde el capitán y un marinero. Lo llevo solo cuando estoy de humor. —Sonrió, sus dientes blanquísimos—. También piloto mi avión.

—Paul es un héroe de acción que ofrece servicios completos —comentó Valarie en un arrullo, acariciando de forma posesiva el brazo bronceado de Paul. Cogió su mano y la besó juguetonamente.

¡Qué me aspen, mis valientes! Ya lo suponía. Tanto si eras de los que ojeaban los titulares de las revistas de chismes en la caja del supermercado como si eras de los que caían en la tentación y leías algunas páginas mientras

esperabas a que la cola avanzara, era de dominio público que Kane era bisexual. Tampoco tendría sentido que se quedara en casa por las noches mientras Jake representaba *Make Room for Daddy*<sup>1</sup> con Kate. No sabía por qué había pensado que mantendría en secreto la escandalosa verdad de su deseo por las mujeres.

Al cruzarse nuestras miradas, Paul sonrió una vez más y dijo:

—Quítate la camisa, Adrien. Hemos pagado más por el sol.

Le eché un vistazo a mi polo blanco.

—La madre superiora me advirtió sobre chicos como tú —repliqué.

January se rio y Paul se lamió los labios.

—No te contó ni la mitad.

Este intercambio marcó el tono del resto de la travesía. Kane —para la evidente diversión de mis otros dos compañeros— flirteó sin cesar conmigo durante las tres horas que navegamos por mar abierto. Fue algo inofensivo, pero no pude evitar preguntarme qué había detrás. No había tenido la impresión de que Paul me encontrara irresistible con anterioridad, y todos esos guiños, sonrisitas y roces de pies y manos no alteraron mi opinión. Paul estaba haciendo todo lo posible por encandilarme, y no estaba seguro de por qué. ¿Creía que yo estaba considerando abandonar mi papel en la investigación? ¿Podría haber depositado tanta fe en mis habilidades como detective?

Hubo más champán en el almuerzo, que consistió en ensalada César, conchas de pasta rellenas con queso *ricotta* y espinacas, y pollo Vesubio con salsa blanca de ajo. Era un montón de comida —de alimentos succulentos—, por lo que me sentía muy contento de no ser propenso al mareo.

Por extraño que resultara, aunque aparentemente era la razón de esa reunión, apenas hablamos de la muerte de Porter. En cambio, los tres discutieron varias ideas para el rodaje de *El crimen siempre es descubierto*.

—Tengo la sensación de que Jason tiene un pasado oscuro —opinó Paul sobre Jason Leland, el protagonista de las dos novelas de misterio que había escrito sobre un actor shakesperiano gay y un detective aficionado—. Creo que su pasado proyecta una larga sombra.

—Un secreto pesar —intervino Al January con rostro serio.

—Ah, claro —terció. En honor a la verdad, pensaba que Jason sufría un secreto pesar tan grande como el de Jackie Holmes en *The man from C.A.M.P.* Pero, tras haber hablado con amigos escritores, ya sabía que nadie quedaba satisfecho con la adaptación a la pantalla grande de su trabajo. Mi principal interés era conseguir dinero para la expansión de la librería. Eso es lo que me repetía una y otra vez a mí mismo.

—Tengo algunas inquietudes sobre el escenario de Londres —apuntó Valarie—. ¿Qué opinas de trasladarlo al Festival de Shakespeare de Oregón?

—La ciudad de Ashland es preciosa —estuvo de acuerdo Al.

Y prosiguieron. Después de un tiempo, dejaron de solicitar mis aportaciones, así pues me recosté en una de la tumbonas. Últimamente no había dormido mucho, luego estaba la comida, la bebida, los halagos, el calor del sol y el adormecedor movimiento del agua; todo ello tuvo un efecto soporífero en mí.

La siguiente vez que abrí los ojos, regresábamos al puerto y los tres hablaban en voz baja sobre Porter.

—...pero si Porter realmente se estaba muriendo... —Esa fue Valarie.

—Porter confiaba en Marla —la interrumpió January.

—¿Por qué no? —habló Paul—. Marla sabía dónde estaban enterrados los esqueletos. —Su tono cambió. Dirigiéndose a mí, dijo—: Hola, Bella Durmiente.

Levanté la mirada y comprobé que los tres me estaban mirando. Sus expresiones componían una curiosa mezcla.

—Lo siento —me disculpé, sentándome—. Demasiado sol y champán.

—¿Tomaste más de una copa? —comentó Paul divertido—. No es que te culpe por caer rendido. De vez en cuando nosotros también nos echamos una siesta.

Después de eso, la conversación fue escasa. Valarie bajó a la cubierta inferior y se puso unos pantalones blancos y un suéter. January y Kane charlaban con desgana. Fue justo después de las siete cuando entramos en el puerto y nos preparamos para desembarcar.

Paul me tocó el brazo.

—Quédate un poco, Adrien. Quisiera hablar contigo en privado.

January se despidió de mí y palmeó el hombro de Paul. Valarie le dio un beso en la mejilla, mientras le decía en un murmullo:

—¿Estás seguro de que no puedes cancelar tus planes para esta noche?

—Estoy seguro, flor.

—Bueno, cuidado con los locos —Me miró a los ojos y dijo—: Oh, no me refería a ti, aunque creo que estás chiflado por seguir el último desvarío de Paul. ¿Sabes?, lo que estáis haciendo puede ser peligroso. Alguien trató de echar a Paul de la carretera cuando venía hacia aquí esta mañana.

Me volví hacia Kane, que se rio de mi expresión.

—*Nadie* está tratando de matarme —aseguró.

Valarie se quedó boquiabierta.

—¿Quieres decir que alguien ha amenazado con...? ¡Paul!

Él sacudía la cabeza mientras la conducía con amabilidad hacia la pasarela

—Ser un mal conductor no es un crimen. El peligro de la investigación amateur: Adrien ve asesinos detrás de las señales de tráfico.

Se despidió de ellos, luego se giró hacia mí sonriendo perezosamente.

—¡Al fin solos! Bajemos al salón.

Lo seguí a la cubierta inferior, a un salón decorado de forma elegantísima con paneles de madera de teca y ventanales que ofrecían una vista panorámica del puerto y el cielo enrojecido por el atardecer. La lujosa moqueta y el suntuoso mobiliario eran de lustrosos tonos tierra. Me había alojado en buenos hoteles que no estaban tan magníficamente decorados.

—¿Qué veneno prefieres? —preguntó Paul mientras se dirigía al bar.  
Un chico muy gracioso.

—No quiero nada, gracias.

Su expresiva boca dibujó un extraño gesto. Se sirvió un coñac y se unió a mí en uno de los largos sofás en forma de L.

—Jake me contó que te gustan especialmente los piratas.

En lo referente a ese «especialmente», he de decir que mi gusto por las películas de aventuras es bastante anodino, pero su tono —y el saber que Jake y él habían hablado de ello y se reían de mí— lo convertían en otra cosa.

—A la orden, capitán —dije arrastrando las palabras.

Rio entre dientes, observándome con sus ojos vivarachos e inquisitivos. Bebió un sorbo de coñac, saboreándolo.

—¿Se está portando bien Jake? —preguntó.

—Hasta donde yo sé.

Lanzó una sonrisita de suficiencia ante las implicaciones.

—¿Te ha amenazado para que dejes el caso?

¿Qué estaba pasando? Había algo muy extraño en este despreocupado y casi —pero no del todo— amistoso interrogatorio.

—No.

—¿Y no has cambiado de opinión acerca de seguir esta...  
investigación?

—No. ¿Debería?

Se encogió de hombros.

—La policía está muy cerca de hacer un arresto, ¿sabes? Las pruebas contra Ally se están acumulando.

Su principal preocupación no había sido obtener justicia para Porter, sino que Alonzo lo consideraba sospechoso. No es que pudiera culparlo por eso, ya que lo que a mí me preocupaba era ser sospechoso. Pregunté:

—¿Sabías que Porter tenía cáncer?

—Sí. —Por un momento pareció serio—. Yo era una de las pocas personas en las que confiaba.

—Supongo que Ally lo sabía, ¿no?

Abrió la boca para responder, pero giró la cabeza al oír el ruido de pasos que descendían por la escalera de caracol que conducía al salón.

Botas. Piernas largas y caderas estrechas enfundadas en un pantalón vaquero. Hombros anchos cubiertos por una chaqueta de cuero negra. Jake.

—Aquí está —soltó Paul con indolencia.

Jake me miró fijamente. En algún universo alterno esa expresión de estupefacción habría sido graciosa. No lo era tanto en este.

—Oh, no salgas corriendo —dijo Paul cuando me estaba levantando—. Podríamos formar un trío. —Se rio entre dientes—. Me refiero a la cena, claro está.

—Otra vez será —repliqué—. Me refiero a la cena, claro está.

Tuve que pasar por delante de Jake para llegar a la puerta. Se había recuperado de la conmoción y me observaba inexpresivo.

—Adrien —saludó en voz baja.

Hice un gesto con la cabeza.

—Buenas noches —me despedí de Paul—. Gracias por el paseo en barco.

Oí a Paul riendo mientras subía a la cubierta.

El aire era frío, estaba impregnado por el olor del agua salada y la

humedad. En lo alto, las palmeras emitían susurros misteriosos, negras en contraste con el resplandor de la puesta del sol. El ruido sordo de mis pisadas me siguió por el embarcadero en mi camino hacia el aparcamiento.

No estaba conmocionado... exactamente. Me había dado cuenta de que Paul Kane me había retenido a bordo deliberadamente para que viera llegar a Jake.

¿O fue para que Jake me viera a mí?

Sea como fuere resultaba desconcertante. Tal vez no tuviera del todo claro a beneficio de quién había sido puesta en escena esa pequeña representación, pero estaba seguro de que no había sido un accidente. Ese pequeño encuentro había sido dirigido como cualquier escena en una obra de teatro.

¿Por qué?



## Capítulo Quince

Supe que las noticias no eran buenas desde el mismo momento en que fui conducido a la oficina del doctor Cardigan el lunes por la mañana.

El doctor Cardigan estaba sentado en su escritorio, torciendo el gesto por un archivo que yo sospechaba que era mío. Se levantó, estrechamos las manos y me invitó a sentarme. Me senté y eché un vistazo a las muchas fotografías de sus hijos y nietos sonrientes que había en los estantes llenos de tomos médicos.

—¿Cómo te sientes? —preguntó, volviendo a sentarse.

Sus ojos negro cereza descansaban serios en mi cara, por lo que pensé que no se trataba de una pregunta retórica.

—Bien —respondí con determinación.

Asintió como si todo el mundo respondiera eso y todos supiéramos que no era cierto.

—¿Fatiga? ¿Te cuesta respirar?

—Fatiga, pero nada fuera de lo común.

—¿Notas peor la arritmia?

Creo que pudo comprobar por mi expresión que había dado en el blanco.

—Bueno, ya tenemos los resultados de tus pruebas y hay algunas cosas de las que tenemos que hablar.

Asentí automáticamente.

—No creo que esto te vaya a sorprender. —Estaba repasando una vez más mi historial médico—. Durante los últimos quince años tu estado ha sido mayoritariamente asintomático, pero tu último ECG indica cambios en la fracción de eyección y en la dilatación del ventrículo izquierdo. —Levantó la mirada inquisitivamente. Al parecer, se suponía que en ese momento debía de

hacer una pregunta inteligente al respecto.

—Bien. ¿Y en términos sencillos? —pedí.

—La neumonía ha agravado tu enfermedad cardíaca. Tu corazón se está esforzando más para obtener menos resultados.

Asentí, intentando digerirlo.

Alzó la vista y examinó mi cara.

—Ya hemos hablado de cirugía en el pasado. Ahora la cuestión es cuándo, no si debe hacerse. Voy a remitirte a un cardiocirujano...

Me perdí un poco en la siguiente parte. Cirugía a corazón abierto. No es mi tema favorito.

—¿Cuándo tendría que operarme? —quise saber.

—El cirujano lo determinará después de que te haya examinado. Una vez que los síntomas se han presentado, es mejor no retrasarlo.

Suspiré. Acaricié mi barbilla. Me sentía como si me hubieran atacado. Supongo que debería haberlo visto venir, pero realmente no me sentía tan enfermo. Cansado desde la neumonía, naturalmente. Estresado.

—Tenemos que operar antes de que el ventrículo izquierdo se debilite irreversiblemente. Es preferible la reparación de la válvula que la sustitución, pero a menudo no es posible cuando el daño ha sido causado por la fiebre reumática —explicó el doctor Cardigan.

Asentí. Había investigado un poco sobre el reemplazo de la válvula la primera vez que había aparecido el tema. La reparación de la válvula no solo aumentaba mis probabilidades de supervivencia a corto y largo plazo sino que disminuía el riesgo de accidente cerebrovascular y el empeoramiento de mi insuficiencia cardíaca.

Estudiando mi cara, el doctor Cardigan agregó:

—Sé que no son las noticias que deseabas oír, pero no es, de ninguna manera, un pronóstico nefasto. No es un procedimiento rutinario, lo admito,

pero se realizan más de cien mil cirugías valvulares anualmente en los Estados Unidos. La mayoría de los pacientes experimentan una marcada mejoría tanto en su salud física como en su estado de ánimo.

—Genial —espeté.

—El proceso de recuperación es lento, pero hay muchas probabilidades de que te recuperes completamente. Tu salud en general es buena. De hecho, tras la operación puedes encontrarte con que ya no sufres arritmia en absoluto.

Así pues, en realidad, ¡todo estaba de puta madre! ¿Por qué sentía el ridículo deseo de llorar?

\* \* \* \* \*

—¡Mira! Le gustas —aseguró Natalie triunfalmente.

Miré fijamente la escuálida bolita de pelo que olfateaba con cautela mi mano.

—No le gusto. Piensa que voy a darle de comer.

—¿Quién está siendo cínico? De cualquier manera, toda librería debe de tener un gato.

El gato —suponiendo que era un gato y no un refugiado de color beis y ojos saltones llegado del espacio exterior— se escabulló de forma inquieta por el mostrador y se estremeció ante el revoloteo de las páginas de la revista *Mystery Scene* cuando una ráfaga de aire caliente sopló desde la calle.

Era lunes por la tarde, y no estaba de buen humor después de mi visita al Hospital Huntington. Después de dejar el centro médico, me detuve para almorzar, pero fui incapaz de comer, luego pasé una hora o dos vagando por el Paseo. Entré en la librería Apostrophe y compré una copia de la biografía no autorizada de Paul Kane, seguidamente me obligué a volver a casa por fin.

La visión de un gato callejero lleno de pulgas —vale, gatito callejero— en el antiguo escritorio de caoba que hacía las veces de mostrador, no ayudó

a mejorar mi precario estado de ánimo.

—Nat —dije—, no quiero un gato.

—Pero sería bueno para ti, Adrien. Existen todo tipo de estudios sobre cómo las mascotas ayudan a las personas a prolongar su vida: el simple acto de acariciar a un gato puede bajar la presión arterial. Y te haría compañía.

—Mi presión arterial está bien —afirmé—. Por lo menos hasta hace un minuto. Y no quiero a un *gato* como compañía.

El gato se encogió ante mi voz exaltada y se arrastró a toda velocidad por el mostrador, haciendo saltar por el aire diversos papeles antes de brincar al respaldo de una silla cercana logrando mantener el equilibrio hundiendo sus pequeñas garras en el cuero.

—¡Lo has asustado! —exclamó mientras correteaba por los alrededores recogiendo los folletos y los recibos desperdigados—. ¡Es solo una cría!

—¿Una cría de *qué*? Parece el cruce de un lémur y Gollum.

—Está hambriento.

—Entonces, dale de comer y devuélvelo al callejón donde lo encontraste.

—No me lo encontré —contradijo indignada—. Fue él quien vino. — Me lanzó una mirada expectante. Bueno, ¿qué? ¿Se supone que era un signo universal de que ese gato asilvestrado y yo estábamos destinados?

—Está sucio —dije y, para confirmar mi argumento, la pequeña bestia se sostuvo sobre tres de sus patas y procedió a rascarse con rapidez detrás de su oreja desgarrada con la cuarta—. Tiene pulgas. Probablemente sea portador de enfermedades.

—Pareces Lisa —apuntó Natalie de manera bastante imperdonable. Le dediqué una larga mirada.

—No quiero un gato —sentenció—. No, Nat. Ni en un sombrero. Ni en mi apartamento. Y tampoco en la tienda, solo quiero que lo saques de aquí...

si eres tan amable.

Pensé que había estado bastante bien para ser improvisado, pero ella no estaba impresionada.

—¡Morirá ahí fuera!

—O tú morirás aquí. Elige. —Ante su expresión, suspiré—.

Honestamente, Natalie. No... puedo asumir la responsabilidad de una mascota en este momento. Y si estuviera buscando una mascota, sería un perro.

Un perro grande. De esos que comían gatos en el almuerzo.

Al parecer, el caso de sordera selectiva de Natalie había empeorado mientras estuve fuera. Como si yo no hubiera dicho una sola palabra, dijo:

—Y lo vigilaré durante el día mientras trabajas en el caso.

—No estoy... —corregí—, no sé si voy a hacer más averiguaciones. Requiere un tiempo del que no dispongo. —Esperaba que no resultara tan profético como sonaba.

Incluso antes de que el doctor Cardigan me hubiera aconsejado que tomara las cosas con calma en las semanas previas a la operación, había decidido que no era bueno para mí seguir husmeando en la muerte de Porter Jones. No porque fuera peligroso —hasta ese momento no lo había sido— y, desde luego, no por Jake. No, fue después de dejar la embarcación de Paul Kane la noche anterior. Me molestaba la forma en que Kane me había manipulado —y a Jake— para divertirse. Al menos, yo no lograba encontrar ninguna otra razón para su comportamiento de la noche anterior. Y eso me hacía sentir incómodo. Ya no me gustaba y ahora no confiaba en él.

Si bien era cierto, que eso me dejaba aún en la mira del detective Alonzo como sospechoso de asesinato, pero tenía la impresión de que Jake estaba guiando la investigación hacia Ally Beaton-Jones.

Natalie me miraba con curiosidad.

—Además, Guy es alérgico a los gatos —argumenté de manera poco

convinciente.

No lo dijo, pero pude ver lo que estaba pensando: Guy, al menos hasta donde ella sabía, no había estado allí desde el jueves pasado. Ni siquiera había llamado.

Echaba de menos a Guy. Lo extrañaba mucho en ese momento.

—Dale una lata de atún y déjalo fuera —ordené—. Es un gato callejero. Sobrevivirá.

—¡Puede que no! ¡Solo tiene unos meses! —Para ese entonces, ya se estaba enfadando y —por extraño que parezca— yo también.

—Entonces llévatelo a *tu* casa.

—Sabes que Lisa no admite animales en casa.

De cualquier manera, ¿qué coño hacía una mujer sana de veintitantos años viviendo aún con sus padres?

—Entonces llama a la perrera. No me importa. No es mi gato y ese no es mi problema.

Me miró como si me hubiera transformado en algo salido de la *PlayStation*. Incluso el gato parecía haber clavado en mí esos ojos de E.T.

Intenté calmarla un poco.

—Natalie —dije conciliador—, ten piedad. No puedo lidiar con esto ahora mismo. Lo entiendes, ¿verdad?

Seguía sin hablarme cuando me fui a llevar a Emma a sus clases de equitación.

\* \* \* \* \*

Mientras observaba a Emma practicar, Jake me llamó y dejó un mensaje en mi móvil. No lo descubrí hasta que volví a la librería.

El tono de su voz grabada parecía lacónico y cohibido.

«Es posible que estés en lo cierto con respecto a Nina Hawthorne. Resulta que estuvo en la casa de Paul la mañana de la fiesta. Todavía no hay

indicios de cómo pudo introducir el veneno en el cóctel, pero puede que valga la pena hablar con ella».

¿Por qué me lo contaba? Él era el policía. Era su trabajo comprobar esas cosas. Si no lo conociera tan bien, diría que estaba usando los avances con Nina como una excusa para contactar conmigo. ¿Estaba —al igual que Paul— preocupado de lo que yo pudiera entresacar en la investigación? No había estado de acuerdo con ninguna de mis teorías hasta la fecha, así pues ¿por qué coño le importaba? ¿No era así más sencillo?

¿O era yo el único que tenía que lidiar con viejos sentimientos?

Escuché el mensaje una vez más, comencé a marcar el número de Jake, pero al instante me detuve. No había nada de lo que hablar. En realidad, no. Si lo llamara, sería porque quería hablar con él, y ese camino conducía a la locura.

Abrí una lata de sopa de tortilla Wolfgang Puck y me obligué a comerla; entretanto, me dediqué a hojear una pila de libros que había llegado esa mañana enviados por las editoriales. Había esperado durante meses lo nuevo de Richard Stevenson. Había atractivas ofertas de grandes favoritos como P.A. Brown, Neil Plakcy y Anthony Bidulka, y el prometedor primer libro de un nuevo autor, Scott Sherman (aunque si tenía que leer una novela de misterio más sobre un estafador convertido en detective, me iba a pegar un tiro). Pasaba las páginas y escuchaba distraídamente los sonidos de la calle preparándose para pasar la noche tras mi ventana.

Me levanté, seguidamente encendí el estéreo y escuché las primeras notas de *You're All I Have* de Snow Patrol de su álbum *Eyes Open*.

Intenté dejar la mente en blanco. Sobre todo traté de no pensar en Guy.

Podría llamarlo, por supuesto. Si lo llamara y le dijera que estaba enfermo y que lo necesitaba, vendría al momento.

Pero esa sería una razón equivocada para llamar. Y un mal motivo para

que regresara.

Recordé que había comprado la biografía de Paul Kane y me dirigí a la planta baja para cogerla. Durante un rato permanecí en medio de la penumbra silenciosa de la tienda, observando el otro extremo de la pared divisoria de plástico.

No había nada que ver aparte de escaleras y andamios. Un par de lonas. Un generador colocado en una esquina junto a una pila de restos de yeso. Bobinas de alambre, latas de pintura. Nada siniestro se encontraba allí al acecho. Me estaba volviendo asustadizo a la vejez.

Recuperé el libro y regresé a la planta alta.

El libro se titulaba *Glorioso*, un guiño al papel de Paul Kane como rey pirata en la película de fantasía *El último corsario*. Esta era la película que había convertido a Paul Kane en una estrella —quizá fuera una estrella menor para las galaxias de Hollywood, pero una estrella al fin y al cabo—. Había visto la cinta un par de veces y había apreciado en gran medida la actuación de Kane —además de otras cosas—. Bueno, ¿por qué poner objeciones cuando puedes ver correr medio desnudo a un magnífico espécimen masculino durante dos horas y media? Aunque los diálogos consistieran en líneas chirriantes tales como «¡Juro por todo lo sagrado que obtendré mi venganza!» y «¿Qué clase de demonio eres?» —Esta última se supone que es una pregunta retórica, pero si alguien me lo preguntara, me encantaría explicarle que, de hecho, hay una jerarquía de demonios bastante compleja—.

No había avanzado mucho en la lectura antes de sospechar que la autora, Bonnie Kirkland, no era miembro del club de fans de Paul Kane. Resultaba difícil identificar por qué. En general, parecía que se aferraba a los hechos —todo parecía atribuido apropiadamente y anotado a pie de página—. Y, en todo caso, los orígenes de Kane deberían generar simpatía. Bautizado con el nombre de Humphrey Horfield, nació en Bristol, Inglaterra, se quedó



huérfano a una edad temprana y fue enviado a un centro de acogida. Se escapó cuando tenía quince años para convertirse en actor. Cambió de nombre y empezó a ganarse la vida como prostituto en las calles de Londres. El talento, su extraordinario atractivo y la suerte le valieron para obtener pequeños papeles en distintas obras teatrales, pero su gran oportunidad llegó en 1980 cuando ganó el Premio SWET al mejor actor novel por su papel como Phineas en *Una paz solo nuestra*.

Volvió a interpretar ese papel en una versión cinematográfica y después se trasladó a los Estados Unidos donde consiguió papeles cada vez más extensos en varias películas, algunas malas, otras buenas, pero todas ellas consiguieron que su carrera avanzara. Pero lo más significativo durante ese periodo fue la amistad que entabló con el rico empresario Langley Hawthorne, quien recientemente había montado su propia productora de cine, *Associated Talent*.

Hawthorne pensaba que Kane iba a ser el Cary Grant de su generación y había invertido en él considerablemente. Pero era más que una inversión comercial, Hawthorne se había hecho amigo de Kane —prácticamente lo había convertido en un miembro más de la familia—. Sin llegar a decirlo, Bonnie Kirkland lograba transmitir que creía que Hawthorne había cometido un error y que Kane era un tipo interesado encantador y manipulador.

Se podría decir que su opinión estaba sustentada en dos cuestiones: la aventura de Kane con Nina Hawthorne —era obvio que las simpatías de Kirkland recaían en Nina— y el hecho de que la muerte de Hawthorne había convertido a Paul Kane en un hombre rico, además de dejarlo al mando de *Associated Talent*.

Las pruebas no eran precisamente concluyentes. Hojeé la extensa sección fotográfica: foto tras foto de un Paul Kane —y pocos más— rebosante de salud, seleccionadas de entre sus personajes en cine y teatro, así

como una serie de fotos espontáneas. La fortuna le había favorecido, sin duda. Pero no todo se debía a la suerte. Se había partido su culo inglés trabajando para llegar a donde estaba y eso era algo digno de admiración.

Después de la muerte de Hawthorne y de su desastrosa relación con Nina, Kane se volvió cada vez menos discreto sobre su sexualidad, de ahí que creyera empezar a entender mejor de dónde provenía la desaprobación de Kirkland. Como ella había expresando tan elegantemente: «Paul se jodía a todo lo que se movía».

En un par de entrevistas para revistas Kane había admitido que era bisexual y había insinuado que disfrutaba del lado más pervertido del romance. Cuando fue fotografiado en Cannes en una posición comprometedor con un compañero de reparto, su carrera había sufrido el primer revés serio en más de una década. Los expertos de las revistas *Entertainment Weekly* y *Variety* habían especulado abiertamente sobre el fin de su carrera, pero luego se estrenó *El último corsario* y Kane terminó siendo una gran estrella, más importante de lo que había sido nunca antes.

Era tarde cuando terminé *Glorioso*, y no estaba seguro de si realmente comprendía mejor a Paul Kane. Tampoco estaba seguro de si importaba. Aparté bruscamente el libro. Aterrizó a unos cuantos centímetros de la cama, quedando la cubierta hacia arriba con Paul Kane dedicándome esa sonrisa burlona de apuesto rey pirata. Apagué la luz de la mesilla y golpeé las almohadas para darles forma.

La melodía de Gilbert y Sullivan *Pirate King and Chorus* rondaba por mi mente.

*Oh, mejor vivir y morir  
Bajo la valiente bandera negra que enarbolo,  
Que representar el papel de mojigato,*

*Con mente y corazón de pirata.  
Adentraos en el mundo de las fullerías,  
Donde todos los piratas ricos son;  
Pero yo seré fiel a la canción que canto,  
Y viviré y moriré como un rey pirata.*

En algún lugar del callejón de abajo, un gato maullaba.

## Capítulo Dieciséis

—Sé que el confit de pato nunca pasa de moda —aseguró mi madre, descartando el elegante folleto desplegable que había estado mirando—, pero deseaba algo con un poco más de... brío.

*Brío.* Sí, porque ¿qué sentido tiene comer alimentos que solo saben bien? No es que el confit de pato con melaza de granada sobre papel de arroz crujiente se incluya en mi lista de comidas que «solo saben bien». Si me hubieran dejado a mí, habría escogido los canapés de cangrejo.

Pero al parecer Lisa hablaba el mismo idioma que Nina Hawthorne.

—Por supuesto —concordó Nina muy eficiente—. Sé exactamente lo que busca. —Abrió una carpeta repleta de magníficas fotos de diferentes manjares... en serio, no se podía decir que fuera algo tan plebeyo como *comida*—. Piruletas de cordero de Nueva Zelanda a la parrilla con salsa de arándanos con vino de oporto.

—Oh, Dios —murmuró Lisa, observando la suntuosa fotografía. Me miró de reojo—. ¿Adrien?

Sí, estaba disfrutando de *esto* demasiado.

—¿Cordero para un banquete de la Sociedad Protectora de Animales? —pregunté dudoso.

Lisa emitió un pequeño sonido exasperado. Otra mujer se habría dado un golpe en la frente.

—Tiene razón —admitió con pesar.

Nina lo tomó de buen grado. Se lo había tomado todo de buen grado, y eso no debió ser fácil dado el peculiar ánimo lúdico de Lisa. Estudié discretamente a la antigua amante de Paul Kane. Era extraño conocer a alguien sobre la que había estado estudiando como si su vida entrara en un examen final. Fue como conocer a un personaje histórico. Como si fuera

Betsy Ross, pero con más barras y menos estrellas.

Era un poco más joven que Kane, pero su cuentakilómetros daba muestras del desgaste producido por esos años de empinar el codo, tomar pastillas y tener rollos de una noche. Estaba muy pálida, su piel parecía reseca y tenía el rostro surcado de arrugas. Mantenía ese corte de pelo al rape que había adoptado una década antes, pero había dejado a la vista las canas prematuramente. El resultado llamaba la atención. Era pequeña y de huesos finos, y con esa delicada piel apergaminada, me recordaba a un *origami*.

—¿Qué tal bocaditos crujientes de pez espada con una salsa de *wasabi* para mojar? —sugirió, cogiendo otra carpeta.

Al parecer realmente quería el curro de la Asociación Protectora de Animales.

—Tu empresa se ocupó del catering de esa fiesta de Paul Kane, ¿verdad? —dije, después de llegar a la conclusión de que los prolegómenos para conseguir que estuviera relajada ya eran suficientes—. Reconozco los canapés de salmón.

Nina me miró fijamente. Sus ojos me recordaban a los de Jake: ese color pardo que parece casi ámbar bajo cierta luz. «Ojos de lince», pensé.

—Sí —reconoció de forma lacónica y desalentadora, acto seguido le ofreció otra carpeta a Lisa.

Y, aunque parezca asombroso, Lisa se lanzó al rescate, cogiendo la carpeta y exclamando:

—¡Oh, lo vi en las noticias! ¡Qué *terrible* para ti! El hombre fue *envenenado*.

—No fue la comida —aclaró rápidamente Nina.

—No, piensan que debió ser algo que pusieron en su bebida —tercié. Sus ojos volvieron a impactar en los míos.

—Sí. Yo también lo he oído.

—Yo estaba sentado a su lado cuando cayó desplomado —le confié. Lisa se giró y me dirigió una larga mirada —que ignoré—.

—Debió ser terrible —intervino Nina cortésmente. Me costaba creer que alguna vez estuviera enamorada de Porter... pero, bueno, era muy enamoradiza en aquel entonces.

—Fue un gran productor de Hollywood —comenté—. Incluso puede que te encargaras del catering de algunas de sus fiestas.

—Porter no daba fiestas —aseguró Nina. Mirándome a los ojos, dijo —: Lo conocía, sí. Era amigo de mi familia.

—¿Era el tipo de persona que es asesinada? —preguntó Lisa con inocencia.

Nina desvió su mirada de lince hacia ella. Pude ver cómo varios comentarios crueles pasaban por su mente, pero lo que dijo fue:

—No. Ni siquiera puedo imaginar que alguien quisiera matar a Porter. Él era... —Se encogió de hombros—. En realidad, era un viejo borrachín inofensivo.

—Quizá tuvieran la intención de matar a otra persona y envenenaron a Porter Jones por error, ¿no? —intervine.

Soltó una risa discordante.

—Eso tendría más sentido. Imagino que la mitad de los asistentes a esa fiesta tenía motivos para querer muerto a Paul.

—Realmente no lo conozco tan bien —aseguré—. Su productora tiene los derechos sobre uno de mis libros.

—Enhorabuena —replicó educadamente—. Solo asegúrate de leer la letra pequeña de todo lo que te pida que firmes.

—Parece que hablas por experiencia.

—Amarga experiencia —admitió. Dirigiéndose a Lisa, preguntó—: ¿Podría sugerir nuestros calamares rebozados en harina de maíz con un alioli

de pimientos picantes?

—Oh, *riquísimo* —murmuró Lisa.

Las dejé con ello, mostrando mi acuerdo cuando lo solicitaban, observando a Nina mientras estudiaba detenidamente los libros. No le di demasiada importancia a su brusquedad. Yo también habría sido brusco si alguien hubiera tratado la muerte de algún conocido como una atracción turística. No parecía particularmente culpable, aunque yo no necesariamente reconocería la culpa. Podría confundirla con afrenta o cautela. Pero un detalle destacaba: con independencia de lo que pensara Paul Kane, Nina Hawthorne aún lo odiaba a muerte.

\* \* \* \* \*

Después de que Nina recogiera sus carpetas y se marchara, Lisa y yo almorzamos.

—No querías verla en acción para contratarla —soltó Lisa, sirviéndome una rebanada de quiche de espinacas recién salido del horno — del horno de Marie Callender's, claro—.

—Esto... no —admití.

—Estás investigando el asesinato de ese hombre, ¿no?

—En realidad, yo no usaría la palabra *investigar* —objeté, esquivando su mirada. Cogí mi tenedor—. Estoy haciendo algunas preguntas a petición de Paul Kane, eso es todo.

—Es el caso en el que Jake está trabajando. —No era una pregunta.

—Es teniente de la policía. Creo que sigue de cerca muchos casos — repliqué.

Lisa suspiró.

Esperé a que siguiera hablando pero, para mi alivio, lo dejó pasar. Le sonreí.

—Por cierto, gracias. Estuviste genial con ella.

Se vanaglorió un poco.

—Lo estuve, ¿verdad?

Terminamos el almuerzo y partí hacia la librería para que Natalie pudiera tener el resto del día libre.

—El gato estuvo aquí otra vez —me informó en tono acusatorio, mientras revisaba los recibos de la mañana.

—¿Ah, sí? ¿Le recomendaste a Lilian Jackson Braun? Es perfecta para él. —Levanté la vista—. No es broma.

No le hizo gracia. Fulminándome con la mirada, dijo:

—No me puedo *creer* lo despiadado que eres.

—Créetelo —repliqué. Miré mi reloj—. ¿No se supone que habías quedado con Warren dentro de veinte minutos?

Se fue.

Pasé el resto de la tarde refrescando mis conocimientos sobre lo que los libreros hacían en realidad —resultó que ejercer como detective no era parte de las funciones del puesto— y tratando de decidir si merecía la pena llamar a Jake por algo que había descubierto hablando con Nina Hawthorne.

Como ya había decidido que no iba a seguir con la investigación, no debería ser una decisión difícil, pero leer la biografía de Paul Kane la noche anterior había reavivado de mala gana mi interés en el caso.

O tal vez solo estuviera buscando algo —cualquier cosa— que me distrajera de mis propios problemas.

Guy todavía no había llamado. Me preguntaba cuánto apoyo de sus amigos necesitaba Peter Verlane. Pero sabía —o al menos, creía saber— que el abandono de Guy probablemente tenía más que ver conmigo que con Verlane.

Por fortuna, estuve ocupado toda la tarde y no tuve tiempo de darle vueltas. Para cuando cerré la ornamentada puerta de seguridad y puse el



cerrojo a la puerta principal, estaba muerto. Nada me hubiera gustado más que pedir comida para llevar a algún lugar y ver una de mis películas favoritas de mi colección de cine de piratas, pero recordé que Cómplices del crimen se reunía esa noche.

Volví a la planta baja, donde dispuse las sillas en círculo, preparé la máquina de café y busqué algunos lápices rojos. Me acabé el jugo de naranja y piña mientras ojeaba el periódico.

El asesinato de Porter Jones ya no salía en primera página, lo que probablemente decía más acerca de su estatus de no-famoso que de los esfuerzos que estaba realizando el Departamento de Policía de Los Ángeles para resolver el caso. No parecía que hubiera muchos avances en la investigación desde que Jake y yo hablamos por última vez el viernes por la noche.

El viernes por la noche. Parecía que había transcurrido toda una vida.

\* \* \* \* \*

El detective Paul Chan, el excompañero de Jake en el departamento de homicidios, fue el primer miembro del grupo Cómplices del crimen en llegar.

Chan era un hombre de mediana edad que estaba engordando. Pude captar el olor a cigarrillos en él mientras dejaba un par de paquetes de galletas Oreo en el mostrador, por lo que deduje que su último intento por dejar de fumar había fracasado miserablemente.

—Estoy pensando en la autopublicación —me informó.

¿Dos paquetes de Oreos? ¿En qué estaba pensando Chan? Las Oreos Golden no contaban como segunda opción. Ya podía oír las quejas de las mujeres del grupo. Tampoco había traído ninguna crema o leche. Tendría que proveerlas una vez más —además del azúcar, los platos de papel, las tazas y las servilletas—. ¿Pensaba esta gente que estaba hecho de dinero?

—Ah. ¿Has recibido respuesta de...? —indagué.

—He recibido respuesta de todo el mundillo editorial de Nueva York —me interrumpió—. Todo se reduce a que nadie está interesado en un libro sobre cómo es el trabajo policial real.

Bueno, no. Porque al parecer era terriblemente aburrido. Al menos de la forma en que Chan escribía sobre ello. Así pues, opiné:

—Bueno, la autopublicación es una opción. O podrías intentar reescribir...

Pero él ya había cambiado de tema.

—Vi a Jake el otro día. —Sus ojos marrones se cruzaron con los míos—. Dijo que había hablado contigo.

No entendí muy bien su expresión concentrada.

—Sí —admití con vaguedad.

—Me contó que estabas en la escena cuando se cometió el asesinato de Laurel Canyon.

—En ese sentido soy afortunado —espeté.

—¿Así que volvéis a cuadrar?

Me detuve en mitad de mi intento por abrir las galletas y lo miré fijamente.

—Bueno, él sí es bastante cuadrado —solté—. Pero yo soy más bien rectangular. —Con tendencias triangulares latentes.

—Quiero decir... ¿volvéis a estar bien? —dijo Chan cuidadosamente, para luego, en tono de incomodidad, añadir rápidamente—: ¿Volvéis a ser amigos?

Por un instante, no supe qué responder. Fue un golpe para mí enterarme de que, según parecía, Jake se lo había confesado —no, eso no podía ser cierto—. Al parecer, Jake había estado lo suficientemente preocupado por nuestra pelea como para dejar que Chan se diera cuenta. Y Chan debió de haber deducido... o Jake debió haber dicho...

Chan debió haberlo notado y quizá sacara alguna extraña conclusión.  
Porque...

Porque cualquier otra opción era... ni siquiera estaba dentro del ámbito de las posibilidades, ¿verdad?

Entonces ¿por qué permanecía ahí sintiéndome en cierto modo confortado y... completamente idiota? ¿Porque al parecer Jake sentía perder mi amistad lo suficiente como para dejar que su compañero lo supiera? Eso era patético.

—Sí, estamos bien —repliqué con brusquedad.

—Eso está bien —aseguró Chan, más incómodo por momentos—.

¿Qué piensas de Alonzo?

—Creo que es un puto imbécil.

—No es imbécil —negó Chan con seriedad—. Es un poco tosco, pero tiene buen instinto.

—No estaría tan seguro. No hace tanto estaba tomándome las medidas para unas esposas. Por lo que sé, puede que aún esté en lo más alto de su lista.

—Puede que simplemente notara que estabas ocultando algo —opinó Chan con soltura.

Lo miré con fijeza, pero parecía que no se había dado cuenta de lo que acababa de admitir saber.

—De todas formas —continuó, hojeando las copias de su historia—, Jake seguirá participando en este caso. No tienes nada de qué preocuparte.

—¿Crees que Jake trataría de influir en el resultado de una investigación para proteger a un amigo? —pregunté con lentitud.

Chan clavó en mí su mirada.

—¿Si ese amigo fuera culpable?

—Solo estoy hablando en teoría.

—Tú lo sabes mejor que nadie —espetó con desdén, y volvió a ordenar sus papeles.

Quería preguntarle si tenía alguna idea sobre el caso, pero Jean y Ted Finch llegaron en ese momento.

Jean estaba exultante.

—¡Lo conseguimos! ¡Tenemos agente! —gritó, agitando la copia de un correo electrónico.

—Todavía no hemos firmado —corrigió Ted rápidamente—, pero tenemos una oferta de un representante.

—Estás de *broma* —dije.

Jean y Ted habían estado escribiendo y reescribiendo su espantosa primera novela, *Asesinato, articuló*, tanto tiempo como yo había sido anfitrión del grupo. Había muchas cosas que detestaba de *Asesinato, articuló*, pero mi objeción número uno era que su personaje principal, un columnista de chismes gay llamado Avery Oxford, tenía un perturbador parecido conmigo.

Aunque parecía ser la única persona que lo veía. La única vez que se lo había sugerido al grupo, todo el mundo se echó a reír. El hecho de que Avery tuviera treinta y dos años, el pelo negro, los ojos azules, un amigo policía llamado Jack O'Reilly y cierta tendencia a involucrarse en investigaciones de asesinato era, según parecía, solo una coincidencia. Durante cuatro años había vivido con el temor de que los Finch terminaran ese jodido libro, y ahora no solo lo habían terminado, sino que habían dado con el único agente literario del planeta lo suficientemente demente como para querer representarlos.

Jean —interpretando correctamente mi respuesta— me fulminó con la mirada.

—No, *no* estamos bromeando. ¡Es un libro maravilloso y ahora que

tenemos agente, sé que lo venderemos a una de las grandes editoriales!

Ted le dedicó una sonrisa radiante y cariñosa.

—¡En realidad—admitió—, tenemos nuestras esperanzas puestas en tener la misma suerte que tú, Adrien, y que alguien adquiriera los derechos de nuestro libro para el cine!

## Capítulo Diecisiete

El miércoles por la mañana llamé a Al January y le pregunté si tenía el número de teléfono de Marla Vicenza.

Noté su sorpresa. Estoy seguro de que se preguntaba por qué no le pedía a Paul Kane la información de contacto de Marla, así que mencioné de pasada que esa mañana había marcado el número de Paul un par de veces sin éxito. Eso era mentira, pero January pareció aceptarlo.

—Probablemente hoy esté en el estudio. Creo que mencionó algo al respecto el domingo —comentó.

Estaba de suerte. January tenía ánimo locuaz. Conversamos despreocupadamente sobre navegación y barcos, al punto me las ingenié para dar un rodeo y tocar el tema de Langley Hawthorne y la aventura de Porter con Nina.

Distorsionando ligeramente la verdad, expuse:

—Leí la biografía de Bonnie Kirkland sobre Paul. No sabía que Nina y él también habían tenido una aventura.

Emitió un sonido indignado.

—Ese libro es basura. Esa mujer es homófoba.

—Sin duda parecía estar del lado de Nina en la ruptura.

—No había ninguna razón para tomar partido —sentenció Al—.

Ambos eran niños. No fue culpa de nadie.

—Nina debió haberse sentido despechada después de Porter, ¿no? —sugerí.

—Nunca he entendido bien lo de Porter —admitió Al—. ¿Quién puede comprender el corazón de una adolescente?

Ni siquiera el de aquellas que no están metidas en drogas. Emití sonidos de asentimiento como si unos pocos años de codearme con *les*

*femmes* en la escuela secundaria y en la universidad me hubieran otorgado el estatus de «Hombre de mundo».

—Después de que su relación con Porter se rompiera —después de que Langley insistiera en que terminara— Nina se lió con Paul. Ambos eran muy jóvenes y... muy estúpidos. Creo que de alguna manera Paul se enamoró. Creció en un ambiente de clase obrera pobre. Nina era hermosa, joven e hija de la privilegiada clase aristocrática del sur. Para un niño de un barrio pobre de Bristol, fue como una introducción al sueño americano —contó January.

—¿Y Hawthorne también desaprobaba esa relación?

—No.

—¿No?

Podía percibir la risa en su voz ante mi evidente sorpresa.

—Para nada. Langley quería mucho a Paul. Lo había descubierto, era su protegido y admiraba la forma en que se había abierto camino de la nada. Pensaba que el futuro le deparaba grandes cosas a Paul. Creía que iba a ser el Cary Grant de su generación.

—¿Mantén Kane su sexualidad en secreto por aquel entonces? —Teniendo en cuenta lo voraz que parecía estos días, me preguntaba cuán exitoso habría sido ocultando sus gustos cosmopolitas.

—Escéptico, ¿verdad? —Se rio entre dientes—. Sí, Paul estaba en el armario en ese entonces. El saber popular sostenía —en realidad, aún lo sostiene— que declararse abiertamente gay es el beso de la muerte en Hollywood, en lo que se refiere a los lanzamientos dirigidos al público en general. En aquel entonces no existían canales de televisión como *Logo* o *HereTV*. Y aunque los hubiéramos tenido, ser relegado a la caja tonta era considerado un destino peor que la muerte.

No me había dado la impresión de que Paul fuera alguien excesivamente serio acerca de su faceta artística, pero podía entender que

hubiera deseado algo más para sí mismo que aparecer como estrella invitada en *ALF* o *Luz de luna*.

—De todas formas, creo que Langley estaba enormemente aliviado de que Nina saliera con alguien de su edad. Soltero. Alguien a quien tenía en buena estima —agregó January.

—¿Y qué pasó? —Sospechaba que Nina había descubierto los juegos a los que le gustaba jugar a Paul (suponiendo que ya en ese entonces practicara esos juegos).

—Por desgracia, Langley se ahogó. Nina se descarrió y su relación con Paul terminó. No de manera amigable.

—Esa parecía ser la esencia del libro de Kirkland. —Esta era la parte delicada. Le pregunté—: ¿Crees que los problemas de Nina se debían en parte a la forma en que murió su padre?

—No estoy seguro de qué quieres decir. —Había una nota cautelosa en la voz de January.

—Bueno, fue algo repentino. Un accidente, ¿no?

—Cierto. Sí, supongo que los problemas de Nina se debían en parte al impacto causado por la muerte de Langley. —Seguía sonando cauteloso. Algo que no era del todo inesperado, ya que había estado esa noche en el yate junto con Nina, Paul, Porter y la primera mujer de Porter, Marla.

—¿Se sugirió en algún momento que la muerte de Hawthorne no hubiera sido un accidente? —quise saber.

Se produjo una pausa abrupta.

—Se llevó a cabo una investigación policial completa en ese momento —respondió January—. Era de esperarse. Langley era un hombre acaudalado y su muerte fue estúpida.

—Se emborrachó y se cayó por la borda, eso es lo que he leído, ¿fue así?



—Eso es más o menos lo que pasó —confirmó January.

Cambié el enfoque.

—¿Estaba casado Hawthorne?

—Era viudo.

—Supongo que eso debió de hacerlo más difícil para Nina.

—No ayudó.

—¿Hawthorne era un bebedor empedernido? —pregunté.

—Todos éramos bebedores empedernidos en aquel entonces —  
contestó January.

Había unas cuantas preguntas que me hubiera gustado hacerle, pero si las hacía, January contactaría con Paul Kane —podría llamar a Kane ahora, dada su reacción— y prefería pasar desapercibido tanto tiempo como fuera posible.

—Conocí a Nina. Parece... tener una personalidad interesante —  
comenté.

—Ella es así —dijo January—, pero no existe la menor posibilidad de que Nina empujara a Langley por la borda.

—Eso es lo que dijo Paul —añadí—, supongo que he pasado demasiado tiempo escribiendo novelas de misterio.

—Puede ser —estuvo de acuerdo—. Deberías tener cuidado con eso.  
—A pesar del tono relajado de January, tuve la sensación de que lo decía en serio.

\* \* \* \* \*

Me costó bastante, pero finalmente logré ponerme en contacto con Marla Vicenza y concertar una cita con ella para el día siguiente. Después de eso, mi investigación tuvo que quedar en suspenso. Era el día libre de Natalie y los clientes me tuvieron saltando tras ellos todo el día, mientras ellos se divertían sacando libros de las estanterías para luego dejarlos apilados

alrededor de la tienda, abandonando sus tazas vacías de Starbucks en los estantes e informándome de que habían cambiado de opinión sobre los libros que habíamos pedido especialmente para ellos.

Natalie tenía razón con respecto a la necesidad de buscar ayuda. Tal como estaba la situación, cada vez que ella tenía un día libre o yo salía a callejear, teníamos problemas. Las pausas para ir al baño, el ir a buscar algo al almacén, incluso las prolongadas llamadas telefónicas daban como resultado que no quedara nadie disponible para atender a los clientes. Salir a almorzar suponía tener que cerrar la librería alrededor de una hora. Cuando abrí *Intriga y Misterio*, no representaba ningún problema, pero ahora estábamos tan ocupados que cerrar durante una hora irritaba a los clientes y nos costaba algunas ventas.

Tomé la decisión de escribirle a Angus a México y averiguar si decía en serio lo de volver a casa, seguidamente cerré el tiempo suficiente para comprar un yogur helado calle abajo. Hacía demasiado calor para comer, aunque hubiera estado hambriento; el yogur de mora Boysen era algo para salir del paso.

Comprobé mis mensajes y vi que había uno de Jake. Lo escuché.

En tono monótono y cauto, dijo: «Ha habido un avance. Resulta que Nina Hawthorne tiene una enfermedad cardíaca por la que toma digitoxina. —Después de un breve titubeo, añadió de forma cortante—: Llámame si te apetece hablar».

Me di cuenta de que no lo había visto o hablado con él desde que había desembarcado del «Pirate's Gambit». Pensé en lo que había dicho Chan — que a Jake le importaba si seguíamos siendo amigos o no—. Quería pensar que era lo suficientemente maduro y sofisticado como para conservar su amistad —me dije a mí mismo que no lo culpaba por las decisiones que había tomado, que lo veía como una víctima y un prisionero de su homofobia

interiorizada—, pero aun así...

La verdad era que, aunque pudiera dejar a un lado el pasado, estaba demasiado unido a Paul Kane como para confiar.

\* \* \* \* \*

Cuando regresé de acompañar a Emma a sus lecciones de equitación el miércoles por la noche, encontré al amigo de cuatro patas de Natalie esperándome junto a la puerta lateral. El gato salió corriendo cuando me apeé del Forester, pero luego regresó con sigilo cuando abrí la puerta.

Se mantenía a distancia.

—¿Te parezco una persona de gatos? —le pregunté.

Maulló, enseñando todos sus pequeños dientes afilados. Realmente era una criatura poco atractiva. Su cabeza era demasiado grande para su cuerpo —claro que, en parte, se debía a que estaba flaquísimo— y su pelaje era de un pardo sucio.

—No sé lo que ve en ti —le dije—. Debe ser tu encantadora personalidad.

Me ignoró, esperando que la puerta se abriera. Utilicé el pie para impedirle el paso y entré, cerrando la puerta con firmeza tras de mí.

La tienda estaba silenciosa y caldeada. Subí las escaleras en dirección a mi apartamento y entré. También hacía calor allí. Y estaba demasiado silencioso.

No había mensajes en el contestador automático.

Me cambié, me puse una suave camiseta gris y un cómodo Levi's descolorido, y traté de decidir qué comer. Sabía que necesitaba comer algo, pero no podía pensar en nada que me resultara apetitoso. No estaba seguro de que hubiera algo en los armarios; me había acostumbrado a contar con la comida para llevar que Guy traía.

Abrí los armarios, examiné los estantes, pero no pude reunir el

entusiasmo suficiente para comer *ramen* o avena —y los cereales estaban rancios—. Podría salir corriendo y comprar algo, pero tampoco tenía la energía necesaria para hacerlo.

Dándome por vencido, entré en la sala y me serví un coñac. Me senté en una de las cómodas butacas mullidas y... no se me ocurría nada que quisiera hacer.

Nunca más.

Cerré los ojos. Todo parecía requerir demasiado esfuerzo. El silencio parecía absoluto y definitivo. Podía oír el polvo posándose a mi alrededor. ¿Qué hacía yo antes de Guy?

¿Quedarme sentado deseando que Jake llamara?

No. Porque era miércoles: lunes y miércoles eran las noches que habíamos pasado juntos. Tanto como su trabajo y su vida heterosexual le habían permitido, Jake había aparecido como un reloj en mi puerta y en mi cama. De hecho, al final lo había estado convirtiendo en algo cada vez más frecuente y menos planeado, e, irónicamente, yo había pensado que era una buena señal, que nuestra relación había estado estrechándose.

¿Qué coño pasaba conmigo? Sentado ahí sintiendo pena de mí mismo, bebiendo coñac —lo cual era, sin duda, algo que no debía hacer por el momento—. Había estado bien. Durante dos años había estado perfectamente bien. Esto era ridículo. Y triste.

Me levanté y derramé el coñac en el fregadero, a reglón seguido, abrí una lata de salmón y la puse en un plato.

Comí un par de bocados. Seguro que se podía hacer algo creativo con el salmón, pero decidí que lo más creativo que podía hacer era alimentar a mi vecino en el callejón. Llevé el plato a la planta baja, lo dejé fuera de la puerta.

—Eh, tú, Don Gato —lo llamé.

Con una presteza que indicaba que Natalie lo alimentaba con

regularidad, el bicho salió de su guarida de cajas de cartón apiladas contra la pared de bloques de hormigón. Atravesó trotando el callejón, vigilándome de cerca, y olfateó con delicadeza el plato.

—Sí, deberías preocuparte por los venenos —le aconsejé—. Y los coches. Y las ratas más grandes que tú, que sería cualquier rata de la ciudad.

Comió el salmón en pequeños bocados, sacudiendo ligeramente su pulgosa cabeza cada cierto tiempo.

Ácaros en el oído... pulgas... peste bubónica. Me estremecí y le cerré la puerta en las narices.

El teléfono sonaba cuando llegué a la planta alta. Me detuve en el umbral, lo miré fijamente, y luego entré para cogerlo.

Tono de marcación.

Bueno, siempre podía pasar la noche haciendo lo que solía hacer cuando no tenía a nadie, y matar el tiempo metiéndome en la vida de otras personas.

Tenía una sensación persistente sobre el accidente fatal de Langley Hawthorne. Quizá no hubiera tenido problemas con la relación de su hija con Paul Kane, pero había una gran cantidad de dinero en juego. Y fue un accidente extremadamente conveniente; no es que algo así no pudiera suceder, el alcohol y la navegación era una mala mezcla. Todo el mundo lo sabía.

Un golpe en la puerta del piso casi me mata del susto. ¿Había cerrado con llave la entrada lateral? Sí, lo había hecho. De modo que ese tamborileo enérgico solo podía ser Guy, que se sentía lo suficientemente incómodo como para tocar en lugar de usar su llave, lo que no era una buena señal.

Pero fue un alivio que hubiera vuelto. ¿Verdad?

Abrí la puerta y me detuve.

Jake estaba en el rellano.

Por más que lo intenté, no fui capaz de pensar en algo que decir.

—¿Puedo entrar? —preguntó.

—Eh... claro.

Retrocedí y él entró en el piso.

—Guardaste tu llave —observé con brillantez. Era eso o estábamos experimentando una especie de salto espacio-temporal. ¿En qué año estábamos?

Miró hacia abajo como si se preguntara cómo había llegado esa llave a su llavero. Luego alzó su mirada clara para encontrarse con la mía y opinó lacónicamente:

—Deberías haber cambiado las cerraduras.

Apoyado contra la pared de la entrada, crucé los brazos.

—Sí, supongo que debería haberlo hecho.

No dijo nada y pude comprobar con ello que hasta un solo instante de silencio era más de lo que podía afrontar en ese momento.

—Pero si no puedes confiar en un poli, ¿en quién vas a confiar? —Mi corazón latía con fuerza —probablemente, con demasiada fuerza—, pero más que enfadado me sentía excitado. Como si alguien hubiera pulsado el botón de reinicio y los sistemas inactivos repentinamente volvieran a la vida: las luces parpadeando, los transmisores emitiendo y los receptores restallando a la espera. Y añadí—: De cualquier manera, estaba bastante seguro de que no tenía que preocuparme de que me sorprendieras llegando sin anunciarte... y aquí estás, al clarín de las trompetas.

Era como si hubiéramos terminado recientemente uno de esos cursos de la escuela de idiomas Berlitz. Cada comentario era seguido por una pausa para su traducción. No debería haber sido tan difícil dado que ya llevábamos una semana hablando tan tranquilos.

—Yo... no quería forzarte a bajar las escaleras para abrir la puerta —

reconoció—. La otra noche tenías un aspecto espantoso.

Y, de repente, volvió a ser fácil.

—Sigues siendo ese demonio de lengua de plata que tan bien recuerdo —solté—. ¿Qué viene después, reviviremos nuestros mejores momentos y me arrojarás al otro lado de la habitación?

Su rostro perdió el color.

—Si crees que no me avergüenzo de eso, realmente no me conoces —dijo en voz baja.

—Eso es evidente. —Me giré y me dirigí a la cocina—. ¿Quieres una cerveza?

No respondió. Eché un vistazo a mis espaldas; se había quedado allí de pie mirando con fijeza el vestíbulo como si esperara verme aún tumbado en el suelo, como si todavía pudiera oír el eco del vidrio al romperse y nuestras voces furiosas.

Seguí caminando hacia la cocina. No quería revivir ni un minuto de ese recuerdo. O cualquiera de ellos, si fuera sensato.

—Yo... —No pude captar el resto. Su voz era inesperadamente ronca.

—El amor significa nunca tener que decir lo siento —lo corté en falsete.

Algo en su silencio me hizo desear haber permanecido callado.

—Es bueno saber que todos los mecanismos de defensa siguen funcionando —dijo suavemente al final.

—Más vale tarde que nunca.

Otro silencio cargado de implicaciones.

Me detuve y lo enfrenté.

—*Mierda*. Lo siento.

No quería oírlo. ¿Qué sentido tenía? ¿Qué podía decirme que en realidad no supiera?

Pero esperé. No hablé. Y entonces, justo cuando mi autocontrol se había agotado y estaba a punto de hablar, hablé con tono inexpresivo:

—Vas a encontrar esto divertido. No tenía ni idea de cuánto te echaría de menos.

Tragué saliva.

—Gracioso. Sí.

—Quería hacer lo correcto. Quería tener un matrimonio real. Sabía que las cosas tendrían que cambiar entre nosotros. Solo que... no esperaba perderlo todo. No tenía la intención de perder tu amistad. Puede que parezca estúpido.

¿En una escala de uno a diez, siendo diez hueso macizo de los ojos para arriba? Sí, un diez.

—¿Sabes lo que pienso? Creo que necesitabas —querías— romper por completo. —Era capaz de hablar sin emoción porque se lo había dicho muchas veces en mi imaginación—. Te odiabas por ser marica. Creo que lo más probable es que también me odies a mí. O al menos lo hacías... cuando formaba parte de aquello que odiabas de *ti mismo* —opiné.

Estaba sacudiendo la cabeza.

—No sabes de lo que estás hablando. Tú fuiste la única parte de eso que lo hacía parecer... bien. Cuerdo.

Eso. ¿Eso?

—Eso nos dice lo locos que estábamos. Y aunque hubieras querido que siguiéramos siendo amigos —algo que no querías, a pesar de lo que te digas a ti mismo ahora—, ¿cuánto tiempo crees que hubiéramos aguantado como amigos platónicos?, ¿cuánto tiempo tardaste en desenterrar los látigos y las cadenas?, ¿o es que nunca los guardaste? Puede que no entienda tu idea de matrimonio real.

—Porque tú eres un experto en el compromiso, ¿no? —inquirió



enfadado.

—¿Qué coño se supone que significa eso? —Mi corazón se disparó y arrancó a trompicones una jodida carrera a tres patas. Lo ignoré.

—Lo nuestro iba mucho más allá del sexo. Éramos amigos. Por Dios, eras la única persona en el mundo con la que podía ser honesto.

—No eras más honesto conmigo que con los demás. —No tenía ni idea sobre qué estábamos discutiendo realmente en este momento, pero aun así quería que hubiera sangre.

—Esas son sandeces —gruñó Jake—, eres tú quien intenta fingir que no era más que sexo...

—Has estado mintiéndole a los demás durante tanto tiempo que has empezado a mentirte a ti mismo... —Tuve que parar para recuperar el aliento. Se le pasó el enfado sin más.

—¿Estás bien? —preguntó.

—¡De puta madre! Jake, no tiene sentido... —Tuve que parar otra vez—. Ciñámonos al tema del asesinato. —Me giré, me apoyé brevemente en la pared—. Coge una cerveza. Necesito ir al baño.

Ya en el baño, cogí mis pastillas del armario y me las tragué con un poco de agua que recogí con la mano del grifo del lavabo. «No hay problema», me dije. Me había retrasado un poco en tomar mis medicamentos y no debería haber bebido coñac. No debería haberme enfadado tanto. Me eché agua en la cara. Me senté en un extremo de la bañera y me tomé un momento. La neumonía tarda un tiempo en terminar de curarse. Eso es todo. Ya no tenía diecisiete años.

Jake estaba en la cocina mirando por la ventana sobre el fregadero. Había dos botellas de cerveza sobre la encimera. Se dio la vuelta al oír mis pasos.

—¿Estás bien? —preguntó una vez más, escudriñando mi rostro.

—Estoy bien. ¿Por qué la gente sigue preguntándome eso?

—Quizá necesiten que les tranquilicen —sugirió con sequedad.

—Tal vez deberían ocuparse de sus propios asuntos.

Enarcó las cejas, observando en silencio cómo sacaba un vaso de la alacena, me servía un poco de agua y me sentaba a la mesa.

—Vine a decirte que el fiscal del distrito nos ha dado la aprobación para arrestar a Nina Hawthorne.

Tragué un sorbo de agua.

—Es algo prematuro. ¿Tienes suficientes evidencias para sustentarlo?  
—pregunté.

—Tenía los medios, el motivo y la oportunidad.

—¿Cuál sería el móvil?

—Deberías saberlo.

Venganza por una niña muerta. Esta tarde parecía un poco melodramático.

—¿Has averiguado cómo metió el veneno en la copa de Porter?

—Aún no.

Estudí su rostro.

—Y no estás convencido de que sea culpable.

—No sé si no es culpable.

Eso sonaba tan enrevesado como el sistema judicial francés.

—Entonces ¿por qué...?

Suspiró.

—Porque desde la oficina del alcalde se está exigiendo un arresto y el fiscal del distrito cree que tenemos suficiente para proceder.

—¿Y detener a la mujer equivocada?

—Una de las dos está metida hasta al cuello. Era Hawthorne o Ally Beaton-Jones, y no hemos podido hallar conexión entre la esposa de Jones y

la digitoxina.

—Pero no tiene sentido precipitarse, ¿verdad? Especialmente si tu instinto te está diciendo otra cosa.

—No puedo llevarle mi instinto al fiscal del distrito —explicó—. De todos modos, no me corresponde a mí convencerlos. Para eso están los tribunales. Si Hawthorne no es culpable... —Debió haber leído mi expresión correctamente, porque hizo una mueca y admitió—: Y porque es el caso de Alonzo y ya he bloqueado sus dos primeras líneas de investigación.

Paul Kane y yo.

—Ah —dije—. Y no quieres que analice con demasiado detalle el porqué.

Su boca se crispó.

—No quería que perdiera tiempo y el dinero de los contribuyentes, no. Sonreí.

—Claro. Y no querías que analizara con demasiado detalle el porqué estabas tan seguro de que Paul Kane —o yo— no había cometido el asesinato.

Me dedicó esa mirada larga y oscura que recordaba tan bien, acto seguido se giró de perfil y se dedicó a mirar por la ventana.

Ladeé la cabeza, contemplándolo.

—¿De verdad no ves los compromisos que te ves obligado a aceptar?

—La vida adulta es aceptar una serie de compromisos, Adrien.

—Sí, solo que estás negociando con el Diablo.

Todavía sin mirarme, bramó:

—Oh, vete al infierno.

Levanté mi agua en un brindis.

—Por supuesto. Seguiré el rastro de migas de pan que estás dejando.

Se giró para volver a mirarme y sacudió la cabeza como si no pudiera

entender por qué estaba haciendo el esfuerzo. Ya éramos dos.

—Has acudido a mí, Jake. Y aún me pregunto por qué. No tenías que pasarte por aquí para decirme que Nina iba a ser arrestada. No es como si yo fuera realmente un colega.

O un amigo.

Y, por extraño que parezca, como si hubiera leído mi mente, confesó:

—Me gustaría que volviéramos a ser amigos.

—Bueno, sabía que lo dirías —aseguré, aunque no fuera cierto.

Como si estuviera discutiendo conmigo —o tal vez consigo mismo—, aseguró tenazmente:

—Te echo de menos. Extraño hablar contigo. Extraño reír contigo.

—Soy malditamente adorable —repliqué—, pero no recuerdo que al final habláramos demasiado y mucho menos que nos riéramos.

—Sabes que no... que nunca quise hacerte daño. Sabes... —dijo.

Lo corté con ligereza.

—Matarme, sí. Hacerme daño, no.

—Adrien.

Me tocó a mí tener problemas para mirarle a los ojos. No fue fácil, pero le revelé:

—No creo que pueda, Jake. Ni siquiera creo que sea justo que me lo pidas.

Silencio.

Finalmente, agregó sin inflexión:

—Muy bien.

Curiosamente, esa lacónica aceptación, esa falta de emoción, era más difícil de sobrellevar que si hubiera rogado o tratado de intimidarme.

Apuró la cerveza, dejó el botellín junto a la otra en la encimera y, sin mirarme, dijo:

—Creo que debería irme.

Asentí. No creía que pudiera soltar una palabra aunque mi vida dependiera de ello.

Salió de la cocina; yo me levanté y lo seguí hasta la puerta. Cogió mi llave de su llavero y me la dio.

—Te avisaré cuando Nina sea acusada formalmente.

Hice un gesto de asentimiento. Sentí directamente en el corazón la cálida caricia de sus dedos al deslizar la llave en mi mano. Me centré en la llave porque si levantaba la mirada, vería lo que él estaba sintiendo. Peor aún, él vería lo que yo sentía —justo en el momento en que sentía que me desbordaba—, y no tenía sentido. Había pasado mucho tiempo atrás; solo que finalmente había llegado el momento de decir adiós, eso era todo.

Ninguno habló. Ninguno movió siquiera un músculo.

Por fin, con voz ronca, Jake confesó:

—Mentí. No vine para hablarte de Nina Hawthorne, tampoco para pedirte que volvamos a ser amigos.

Levanté la mirada.

—Lo sé —repliqué.

## Capítulo Dieciocho

Sus facciones se relajaron, a excepción de sus ojos. Un destello de vida volvió a arder en ellos; lo reconocí porque lo había sentido cuando él regresó a esta habitación después de dos años de ausencia.

Me acerqué a él; me envolvió con sus brazos y, por un momento, pensé que podría ser un abrazo de despedida..., pero quizá fuera un abrazo de bienvenida... porque al instante sus manos se deslizaron suavemente por mi espalda, me estrecharon, acercando mis caderas a su cuerpo, atrayéndome hacia él, sin avergonzarse de su excitación. Sinceridad descarnada, tirando de la suave tela de sus vaqueros, presionando mi ingle.

Y por una vez no tenía nada que decir. La boca de Jake buscó la mía, sus labios amoldándose cálidos y suaves a los míos. Su lengua tanteó el sello de mis labios; yo los separé y él entró. Fue asombrosamente dulce y dolorosamente familiar, como volver a puerto. Como si hubiera estado esperando décadas por esto, viajado leguas: Ulises navegando por fin hacia las aguas cristalinas de Ítaca, sin pensar que aún le queda por recorrer un largo camino.

Levanté las pestañas y me topé con la mirada ambarina de Jake. Esto presionó otro interruptor y sentí —con cierta sorpresa— que mi polla se elevaba como si finalmente volviera a encenderme. Me quedé sin aliento en mitad de un sollozo; el alivio me dio un poco de vértigo, así que descansé mi cuerpo contra el suyo, pretendiendo que era una burla de nosotros, como si sus besos me llevaran al desmayo.

Pero no lo engañé. Rodeándome con sus brazos, me habló suavemente al oído:

—¿Bien?

—Oh, sí —contesté, asintiendo contra su hombro—. No tienes ni idea.

—Estiré el cuello, buscando su boca una vez más, y ahí estaba, abriéndose a mi beso, dándome la bienvenida a casa.

Su sabor era amargo y a la vez agrisado, como mis recuerdos, solo que más intenso. Mi corazón latía con fuerza, la sangre golpeaba en mis oídos, como una corriente desbordada después de que el hielo empezara a romperse por la llegada de la primavera. Lo besé con toda la fuerza y el hambre que había en mí, permitiendo que lo sintiera todo: mi enfado, mi dolor, mi frustración. Cuando finalmente nos separamos, Jake no parecía asombrado, parecía... un depredador. Ardiente. Hambriento. Cuarenta días en el desierto y..., bueno, en este caso no se hallaba el paraíso al final, tal vez una cena a base de bistec con todas sus guarniciones. Sus ojos brillaban.

—Oh, cariño —murmuró, y me eché a reír de modo vacilante mientras sus manos se deslizaban bajo mi camiseta, apartando el fino algodón hasta encontrar la piel desnuda. La sensación era maravillosa, esas manos grandes, duras y callosas moviéndose sobre mí, rozándome, acariciándome... reaprendiendo.

Su polla estaba dura, la sentía dura como una piedra a través de los Levi's —tenía que dolerle—, y estreché el abrazo, frotándome contra él. Por un momento fugaz, me pregunté cuánto de esto tenía que ver con mi deseo de regresar al pasado, una remembranza de todo ese calor y esa fuerza —atemperados por algunas muestras de ternura ocasionales—, porque había maneras más seguras y sanas de revivir los viejos tiempos. Ninguno de los dos éramos los mismos, y esto... era... una... locura.

Y, sin embargo, nos estábamos besando otra vez. Estábamos atrapados uno en el otro como si acabáramos de descubrir que podíamos hacer algo increíble uniendo nuestras bocas húmedas. Y su sabor... su gusto... tremendamente, insoportablemente dulce —como debe sentirse el crack al entrar al torrente sanguíneo de un adicto después de años de permanecer

limpio—.

Al profundizar el beso, una de sus grandes manos se deslizó hacia abajo y le dio una palmada a mi culo; gemí, desesperado por esa cercanía —¿por qué coño llevábamos tanta ropa en una cálida noche de verano?—. Lo rodeé con mis brazos, él se acurrucó en ellos. Su cuerpo se sentía más duro, delgado y feroz de lo que recordaba —puro músculo en tensión y energía—. Sonreía contra mi boca, disfrutando de mi hambre, de mi exigencia.

Momentáneamente me pregunté cómo era Paul Kane con él. Cómo era Kate —su mujer—. Pero deseché esos pensamientos, porque no iba a detenerme. Ni las sirenas de ataque aéreo podrían haberme detenido.

—Sí —murmuró—. Oh, sí. —Mostrándose de acuerdo con todo lo que yo no estaba diciendo. Este era un enorme error y ambos lo sabíamos, pero habría matado a cualquiera que hubiera intentado interponerse entre nosotros. Sus dedos buscaban a tientas el botón de mis pantalones vaqueros, tratando de desabotonarlo, mientras mis temblorosas manos se acercaban a su cintura para tirar de la hebilla de su cinturón. Emitió un sonido furioso y desesperado desde lo más profundo de su garganta y mordió la curva entre mi cuello y el hombro.

Inhalé profundamente, me agarré de su camisa mientras él se inclinaba para quitarme los Levi's. Un par de los botones de su camisa salió disparado y voló a través de la habitación. La risa que se me escapó no me pegaba, aunque creo que la idea de que al final saliera tambaleándose de mi casa con la ropa hecha harapos era bastante graciosa. Tiró de mis bóxers hacia abajo, liberando mi pene, que inmediatamente comenzó a agitarse con un entusiasmo que parecía suplicar «¡elígeme a mí!», «¡elígeme a mí!». Algunas partes del cuerpo nunca aprenden.

Quitándose la camisa rota con un encogimiento de hombros, Jake confesó bruscamente:



—Todavía sueño contigo.

—Tengo pesadillas contigo. —Me saqué la camiseta por la cabeza y la tiré a un lado.

Soltó una de esas carcajadas entrecortadas mientras se quitaba los pantalones y los calzoncillos, su polla se levantó, estaba roja y, de alguna manera, parecía desaliñada. En un momento extrañamente cortés, nuestras pollas hicieron una venia y se rozaron una contra la otra en un saludo formal —como en el primer acto de *El Mikado* o algo así— y luego su polla me dio un beso de bienvenida, devolviéndole el saludo la mía con una caricia. De acuerdo, nuestra actitud era extraña y pintoresca.

Jake volvió a estrecharme, como si cualquier espacio entre nosotros fuera demasiado, y su pene presionó dolorosamente mi vientre desnudo. Rodeé su cuello con los brazos cuando me levantó para apoyar mi espalda contra la pared —con fuerza—.

—¡Ay! —murmuré, retorciéndome para colocarme en una mejor posición mientras me elevaba más alto. Enganché las piernas alrededor de sus caderas. Había olvidado lo fuerte que era.

—Lo siento... —Sus manos acariciaron la parte baja de mi espalda mientras me sostenía estrechamente contra su pecho, su rostro descansando en la curva de mi hombro por un momento—. Lo siento mucho —se disculpó con voz entrecortada. Pero tal vez sonaba sofocado por estar contra mi piel, porque cuando levantó la cabeza, sus ojos estaban secos —sombrios bajo esa luz— y su expresión no indicaba nada. Su aliento calentó mi rostro, tenía un dejo a cerveza, pero sobre todo a él mismo.

El vello rubio de su pecho atormentaba a mis pezones, su polla se metía con brusquedad en mi raja. Empujé por instinto, pero él en cambio se movió de modo que nuestras pollas se frotaran una contra la otra. Era agradable. Muy agradable. Solo eso. Fricción. No siempre es malo.

—Eh —dijo.

—Eh —repliqué con arrepentimiento.

Posó una mano en mi cara, ahuecándola en mi mandíbula. Intenté apartar la vista, pero se inclinó y comenzó a lamer mi boca, luego a mordisquear mi labio inferior provocándome un delicado escozor. Cerré los ojos y restregó su cara contra la mía, el áspero terciopelo de su mandíbula raspándome la boca, la nariz, los párpados.

—Te extrañé —susurró contra mi cara, y me volvió a besar.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo, luego otro. Me asqueaba estar temblando —una sobrecarga de adrenalina, solo era eso—. Descansé la frente en su hombro, aún moviéndome contra él. Se echó hacia atrás y empezamos a acelerar el ritmo.

Aún embistiendo contra él, respirando su aliento, me eché hacia atrás lo suficiente para bajar la mirada hacia nuestros cuerpos, así pude ver cómo la polla de Jake, enorme, enrojecida y con la punta húmeda, marchaba contra la mía. Era fascinante cómo nos restregábamos y luego retrocedíamos, nuestras caderas deslizándose en un suave balanceo marcado por ese viejo ritmo.

No era un sueño. Ese era Jake. Jake y yo. Era real. Dolorosa y exquisitamente real.

Me arrimó más a la pared para estar en una posición más cómoda, eché la cabeza hacia atrás, dándome un golpe, apenas notando cuando los dos grabados de las misiones españolas de Edward Borein se mecían suavemente hacia adelante y hacia atrás contra el yeso. Apretando los muslos en torno a él, arqueé la columna. Dio un empujón y me eché hacia atrás. Nos frotamos y machacamos uno contra el otro en lo que parecía una carrera cada vez más desesperada por llegar a la liberación.

Las primeras señales empezaron en la raíz de mi polla: chispas saliendo disparadas, generando llamas que se extendieron por mis nervios

como un fuego arrasador que avanza fuera de control. Mis bolas se tensaron y sacudí mis caderas confinadas con movimientos feroces. Las fotos en la pared vibraban.

Jake lanzó un profundo gemido, empujando a su vez con fuerza. De pronto, pasado y presente parecieron fundirse en un revoltijo candente, como una tormenta magnética arremolinándose en la superficie del sol. Me estrellé contra él, lo agarré como si mi vida dependiera de ello y Jake a su vez se aferró a mí como si yo fuera su salvavidas en un mar de fuego.

—¡Dios *santo*! —clamó.

Y esa fuente de dolor se desbordó entre nosotros, bautizando vientre, pecho y barbilla. Grité y, en algún lugar del universo, oí a Jake gritar en respuesta.

Eco y respuesta... y siguió y siguió en encantadoras réplicas que se expandieron por el infinito hasta que al fin se desvanecieron.

Y luego caí hacia adelante, completamente agotado, vacío... ligero como el aire. Me sentía como si fuera capaz de salir flotando... de escabullirme por la ventana abierta e ir a la deriva por entre los tejados, las antenas parabólicas y los cables telefónicos... alejándome hasta alcanzar las estrellas imperceptiblemente sonrientes.

Él estaba respirando con fuerza contra mi oído. Y más allá de ese sonido pude captar los crujidos del edificio, como si se tratara de la estela que deja una tormenta.

Después de un rato, Jake recuperó el aliento y me enderezó; yo coloqué los brazos y las piernas a su alrededor, permitiendo que me llevara al dormitorio.

Y me acordé de Guy.

Guy.

El hombre que tantas veces había compartido esta habitación conmigo.

Que quería compartir mi vida. Mi amante.

Que seguía escribiéndole a su ex amante, que podría estar con su ex amante en ese mismo momento.

O puede que no.

—¿Estás bien? —preguntó Jake, dejándome en la cama—. ¿Te hice daño?

—Esta vez no —negué, rodando hasta quedar sobre mi vientre y luego apoyando la cara sobre mis brazos cruzados.

Había compartido esta habitación con Jake antes de conocer a Guy.

Eso no lo convertía en algo correcto. Simplemente... lo convertía en lo que era.

Los resortes del colchón chirriaron cuando Jake se desplomó medio encima de mí, sus manos comenzaron a recorrer mi piel, esas cálidas y callosas manos acariciando mi espalda y mi trasero, mimándome, tranquilizándome.

Volver a ser tocado se sentía muy bien. Salvo que... era tocado constantemente, acariciado y mimado por Guy, así pues ¿por qué sentía que nadie me había tocado en años?

Jake siguió frotando mi espalda de ese modo relajante y dejé de pensar —me estaba volviendo muy bueno en eso—. Finalmente, sus movimientos se ralentizaron hasta detenerse. Oí el sonido sosegado, aunque fuera de tenor, de su respiración mientras dormía y me dejé caer tras él en la oscuridad bordeada de azul de esa noche de verano.

\* \* \* \* \*

Desperté con alguien acurrucado junto a mi oreja, e incluso medio dormido reconocí la diferencia, identifiqué ese agradable sonido áspero en mi oreja. Me di la vuelta, abrí los ojos, sonriendo, la memoria actuando con mayor lentitud que la reacción física.

Jake se apoyó en un codo quedando por encima de mí y comenzó a trazar suavemente con los dedos un camino imaginario por mi pecho. Su mano se detuvo con gentileza en mi esternón por un momento. Bajé la mirada hasta su mano. Su alianza de boda era simple: oro amarillo, trenzada. Podía verla relucir a la luz de las farolas que entraba a través de las cortinas de encaje.

—¿Cómo te sientes? —preguntó

Me despecé, arqueando la espalda, mientras consideraba la pregunta. Analizando por qué nunca me irritaba cuando era Jake quien preguntaba. Joder, me había mangoneado más que nadie. Uno de los pequeños misterios de la vida. Y a pesar de que esa noche había roto un par de mis reglas fundamentales, me sentía relajado, reconfortado... mejor de lo que me había sentido en mucho tiempo.

—Estoy bien —respondí—. Muy bien.

—¿Sí?

Mis labios se estiraron dibujando una sonrisa.

—Sí.

Me hizo cosquillas en las costillas y levanté las rodillas para defenderme, luego me alejé de él rodando.

—No, vuelve —pidió, y tiró de mí hasta colocarme sobre él—. Me detendré.

Me dejé caer sobre él y levanté la mirada hacia él.

—¿Cómo te sientes *tú*? —pregunté.

Su boca se contrajo brevemente. Toqué la pequeña línea formada por su ceño fruncido, tratando de suavizarla.

—Me lo figuraba —dije—. ¿Cómo es ella? Kate.

Pareció considerar la pregunta por un momento, examinándola desapasionadamente.

—Guapa, inteligente, agresiva. —Vi un destello blanco mientras sonreía débilmente ante algún recuerdo—. Es una fiera.

Asentí. Tenía que serlo, supongo. Eché la vista dos años atrás, tenía muchas preguntas que hacer, así pues, pregunté:

—¿Aún tienes ese perro? ¿Cómo se llamaba?

—¿Rufus? —Negó con la cabeza—. No. Murió el año pasado. Para ser un pastor era muy viejo.

Recordé que antes me preguntaba si Rufus se habría dado cuenta de mi existencia. No habíamos tenido la oportunidad de conocernos, el viejo Rufus y yo. No durante el año que estuve viendo a Jake.

¿Había sido solo un año? Había parecido mucho más tiempo. A veces había parecido una vida entera. Pero tal vez no todas las vidas se midieran en horas, días y años.

—¿Sigues viviendo en el mismo sitio? —Solo había estado en su pequeña casa en el norte de Glendale una vez, esperando a Jake de camino a algún lugar —algún lugar en el que sin duda habría estado aterrizado de que le vieran conmigo—.

—Sí. —Rodó hasta quedar boca arriba y miró hacia el borroso ventilador de techo que giraba sobre nosotros en la oscuridad—. Nos íbamos a mudar, pero cuando perdimos al bebé decidimos que no había prisa. Es lo bastante grande para dos.

Me pregunté por qué había iniciado esta conversación. Realmente no era una buena idea.

Escuchamos el suave zumbido del ventilador al dar vueltas.

—¿Así que finalmente estás expandiendo la librería?

Asentí.

No preguntó nada más. Al parecer, seguía sintiendo mucha más curiosidad por él que él por mí. Sin embargo, eso me recordó algo.

Giré la cabeza, estudiando su rostro en la oscuridad.

—Guy dijo que te vio aparcado en la acera frente a la librería unas cuantas veces.

Cerró los ojos, su boca dibujando una extraña expresión que no era realmente una sonrisa.

—Dos veces. Suponía que me había descubierto. Quería hablar contigo y no cogías mis llamadas. —Abrió los ojos. Podía ver que brillaban como los de una criatura salvaje de la noche—. Después de verlo la segunda vez fue obvio que pasaba bastante tiempo aquí, así que comencé a preguntarme qué coño pensaba que estaba haciendo.

No tenía respuesta para ello. Yo me estaba cuestionando qué coño pensábamos que estábamos haciendo en ese momento. Se movió de repente, poniéndose boca abajo. Se inclinó, frotando su cara contra mi polla, pasando la lengua lentamente por toda su extensión, saboreando desde la base hasta la punta.

Me sobresalté y luego suspiré, acomodándome en las sábanas, disfrutándolo: disfrutando del cuidado y la atención de la suave y cálida boca de Jake. Era difícil creer que un hombre que podía decir cosas tan duras pudiera tener una boca tan dulce y suave.

Lamió con calma mi piel, consiguiendo con paciencia que volviera a sentir y reaccionara. Se me escapó un murmullo de placer. Tumbándose junto a mí, sus labios suaves y dulces se fundieron con los míos, luego su mano se aferró a mi cadera, guiándome, mientras entrelazaba los dedos de la otra con los míos. Eso fue agradable. No recordaba que nos hubiéramos cogido de las manos nunca antes.

—¿Algo raro?

—Bueno, sí —reconocí.

No preguntó qué —quizá supiera que era mejor no saberlo—. Su boca

recorrió ligera como una pluma mi piel, vagando por mis hombros, siguiendo hasta mi clavícula. Se había afeitado antes de venir. Por alguna razón lo encontré conmovedor.

Me giré a medias, recargándome contra él; me acarició el costado, con la boca aferrada a mi pezón, la sensación de placer punzante fue sorprendente. Curiosamente, nunca había disfrutado de esas atenciones con nadie más que con Jake. De algún modo, cuando era Jake el que chupaba esa pequeña y firme protuberancia, mordisqueándola con discreción, era diferente. Gemí y lo aparté de un empujón.

—¿Puedo poseerte? —preguntó Jake.

—Uh, puedes tenerme prestado —respondí con voz trémula.

—Gracias. Prometo devolverte en buen estado —replicó con gravedad.

Sentía que mi piel era demasiado estrecha para mi cuerpo, que estaba demasiado caliente. Mi corazón latía con demasiada fuerza, y pensé que sería bueno irse así, estirando la pata por una especie de combustión espontánea de sudor, sexo y semen.

Se tendría bien merecido verse obligado a cargar con el cuerpo.

Se impulsó contra mí, aún despacio y con calma, y me oí emitiendo un sonido agudo mientras lamía y tiraba de mi pezón.

—Oh, sí —habló Jake en un susurro gutural—, te encanta. —Su pulgar siguió la hendidura húmeda de mi polla, acariciándola, delineándola. Podía sentir cómo su polla se hinchaba y, necesitada y descuidada, comenzaba a exigir atención.

Abrió el cajón de la mesa de noche y lo oí rebuscar en él. Me sentí contrariado ante la idea de que supiera dónde encontrar las cosas que necesitaba, de que yo hubiera cambiado tan poco, pero, de hecho, no había cambiado en las pequeñas cosas. Y tal vez no tanto como deseaba en las cosas importantes.



Al encontrar lo que necesitaba, se ocupó de sí mismo con rapidez. Me di la vuelta y me tumbé, él acarició mi columna con mano suave y posesiva.

—No tienes ni idea de cuántas veces he soñado con esto.

Sacudí la cabeza —también había tenido sueños, pero no tenía sentido hablar de ello—. Su dedo siguió de forma incitante la raja de mi culo, buscando los lugares sensibles. Gemí, retorciéndome por ese contacto, separando mis piernas, ofreciéndole acceso. Las sábanas se sentían frescas bajo mi vientre y mi polla medio dura.

Posó una mano en mi hombro.

—Quiero ver tu cara.

—También un romántico en el armario, ¿eh? —le dije, pero dejé que me guiara boca arriba —tragándome todo lo que podría haber dicho—, luego levanté las rodillas, abriéndome para él.

Cogiendo mi polla con su gran mano, comentó:

—Eres el tipo más atractivo con el que he estado.

Bufé, pensando que probablemente le decía lo mismo a todos los chicos atractivos, suponiendo que tuvieran tiempo para hablar entre tundas.

Entonces sus dedos resbaladizos rodearon mi agujero, introduciendo la punta de uno, luego lo retiró.

Tragué saliva.

Observando mi rostro —aunque no pudo haber visto mucho en la suave oscuridad—, volvió a introducirlo, un poco más; cerré los ojos, deseando concentrarme en la sensación y olvidar las emociones. Un segundo dedo le siguió, luego flexionó la mano y sentí esa experta presión sobre el tejido esponjoso de la próstata, demasiado experta, pero me concentré en esa sensación y cerré mi mente al resto, dejándome estirar y acariciar como si fuera mi primera vez, rindiéndome a su extraña pretensión de que era frágil y terriblemente valioso para él.

Su polla entró en mí lentamente, empujando con mucho cuidado. Traté de apresurarlo, empujando hacia atrás y atrapar su polla con mi cuerpo — reducirlo a lo básico: un polvo—. Pero no se iba a apresurar, se lo tomaría con calma; besó mi clavícula y el hueco de mi garganta, sin dejar de introducirse lentamente más allá del anillo muscular, haciendo que durara y durara; hasta que por fin estaba dentro, estábamos compartiendo el mismo cuerpo, amoldándonos el uno al otro, probando a ver si nos quedaba bien esto de ser uno. Lo envolví con mis piernas, hice presión en su hombro con la boca, lo mordí —devolviéndole la de antes—. Lanzó un gruñido.

Empujándome contra él, lo exhorté a entrar en acción, y comenzamos el vaivén —el tira y afloja, el rock and roll, el carga y prepara—, las sensaciones físicas y... no quería pensar en nada más aparte de eso.

Rodeó con su mano mi polla y, aunque parezca asombroso, estuvo bien: me estaba poniendo duro. Unas semanas estando solo, y de repente era como si volviera a tener dieciséis y mis padres se hubieran ido el fin de semana. No tenía la necesidad de decir lo que me gustaba —un poco más fuerte, un poco más rápido—, porque sabía exactamente lo que me gustaba —buena memoria o sencillamente buen instinto—. Su mano se deslizaba arriba y abajo, apretando con la cantidad justa de presión, un suave y deliberado deslizamiento de piel contra piel. Podría haber sido mi propia mano, pero era mucho mejor porque era la de Jake.

Empujó dentro de mí, moviéndose con fuerza, encontrando el viejo ritmo, el patrón, los antiguos pasos, el camino a través del bosque... se movía más allá de las palabras o del pensamiento coherente, solo piel, calor y ese zumbido de exquisita tensión mientras esta crecía y crecía; su mano masturbándome, su verga lanceando mi glándula cada vez más rápido (y un poco desesperada).

Sentí cómo se ponía rígido y acto seguido lo oí dar un grito.

Me besó de nuevo.

Nos quedamos allí tumbados un rato y luego se deslizó fuera de mí.

Después de un tiempo, anunció:

—No puedo quedarme.

—Lo sé.

No se movió, pero luego, por fin, se sentó, cansinamente. Salió al pasillo; encendió la luz que proyectó una franja dorada sobre el piso y la cama. Lo escuché vestirse.

Regresó —una amplia silueta— y se sentó en el borde de la cama.

—Adrien...

Sonreí.

—Lo sé.

Pero no lo sabía, porque lo que soltó fue:

—Te quiero en mi vida, puedes establecer los parámetros.

—Oh, Dios mío. —Presioné mis ojos con las palmas de las manos—.

*Jake.*

—¿Qué?

—¿*Qué?* Sabes qué. No podemos retomar lo donde lo dejamos. Y no puedo ser tu amigo.

—Entonces, ¿qué coño fue esto? —Fue doloroso escuchar la ira y la pena en su voz.

Me senté, obligándolo a retirarse.

—Ya sabes qué coño fue esto, Jake. Nosotros diciéndonos adiós como es debido.

## Capítulo Diecinueve

Cuando tenía dieciséis años me las arreglé para contraer una fiebre reumática —algo que no era fácil, por cierto— que dejó las válvulas de mi corazón dañadas; la válvula mitral en particular, que era la culpable de mi actual situación. Lisa estaba convencida de que no llegaría a los dieciocho, y pasé varios meses convaleciente en la cama, como el personaje de una novela de los años 20, antes de que finalmente pudiera ponerme firme, tanto física como metafóricamente.

Pero además de leer todo lo que caía en mis manos durante ese largo período de inactividad forzosa, vi mucha televisión, por lo que conocía muy bien el trabajo de Marla Vicenza —y probablemente «trabajo» era la palabra correcta para definirlo, si ir dando tumbos por ahí como una loca bajo el abrasador sol etrusco servía como guía—.

Durante los años sesenta, una muy joven Marla protagonizó muchos de esos chabacanos dramas históricos italianos y, aunque no encontraba sus aventuras como amazona o princesa árabe tan entretenidas como las aventuras brillantes y plagadas de músculos de Steve Reeves y los de su tipo, tenía cierta afición por sus incursiones cinematográficas. Interpretó a una Medea verdaderamente escalofriante, según recordaba.

Aún tenía buen aspecto para ser una mujer de unos sesenta años —mucho mejor que Ally o Nina—. A pesar de esos años filmando bajo el sol, había cuidado bien su piel. Su pelo era de un castaño inverosímil, pero había sido elaborado hábilmente. Era sorprendentemente menuda dadas sus convincentes interpretaciones de damas piratas y reinas guerreras.

—Tengo que decirle que estoy un poco confusa sobre por qué quería conocerme —me informó, guiándome por su espaciosa y magníficamente decorada hacienda de Santa Bárbara—. Dijo que trabaja con la policía, ¿no?

—Esto... sí —confirmé. Y para cubrir ese «esto» tan poco convincente —y porque realmente quería saberlo—, le pregunté—: Acabo de darme cuenta... ¿usaron su verdadera voz en esas producciones épicas de espada y sandalias?

—Espada y ropa interior, ¿no querrá decir? —Le había hecho gracia—. Sí, se usó mi voz. Crecí en Little Italy. Mis abuelos eran de Sicilia. Hablaba italiano como un nativo antes de poner los pies en Europa.

—¿Conoció a Porter en Italia?

—Sí. Jonesy estaba interesado en el mercado del cine épico e histórico. Al final, decidió que prefería los Estados Unidos y el cine estadounidense, y volví a casa con él.

Nos instalamos en el patio embaldosado junto a la piscina alargada. El jardín de Marla estaba lleno de flores tropicales, fuentes y estatuas clásicas a pequeña escala.

—¿Cuánto tiempo estuvieron casados?

Me lanzó una mirada socarrona.

—Más de treinta años. ¿Cree que liquidé a Porter porque me dejó por Ally Puñetera Beaton? —Sirvió limonada rosada de una jarra que había sobre la mesa, y noté que llevaba anillos de boda. Por lo que sabía, nunca se había vuelto a casar.

—Es difícil creer que esperaría cinco años para hacerlo.

—Bueno, ya sabe lo que dicen: la venganza es un plato que se sirve frío.

Me vino un repentino recuerdo de ella como Medea.

—Es verdad, supongo. —La estudié—. Pero algo me dice que la vida de Porter con Ally le habría proporcionado toda la venganza que necesitaba. Rompió a reír a carcajadas.

—¡Muy bien, amigo! Sí, esa putilla hizo de la vida del pobre viejo

Jonesy una miseria. Se lo tenía bien merecido. —Pero sus ojos chispeaban de humor—. Bueno, si no piensa que liquidé a mi ex, ¿por qué está aquí exactamente?

—Tengo la impresión de que Porter y usted seguían siendo amigos a pesar de todo —aventuré.

Inhaló despacio y exhaló silenciosamente.

—Es cierto —afirmó.

—¿Sabía que tenía una enfermedad terminal?

—Sí. Vino directamente a mí cuando recibió la noticia.

—¿A usted?

Encogió uno de sus delgados hombros.

—Como ha dicho, seguíamos estando unidos. O puede que volviéramos a hacernos amigos.

—¿Quién más sabía que Porter estaba enfermo?

—No puso un anuncio en *Variety*, si eso es lo que está preguntando.

—¿Ally lo sabía?

—Al principio, no. Se lo dijo después de que decidió... —No terminó, llevando la limonada a sus labios—. Lo compartió con unos cuantos amigos de confianza.

—¿Iba a divorciarse de Ally?

—Al final, no. —Su sonrisa era tensa—. Al final, ella lo convenció de que lo amaba.

—Eso debió costarle bastante.

—Siempre le dije que era mejor actriz de lo que él creía.

—Pero él sabía lo de su aventura, ¿verdad?

—¿Con el fanático de la salud? Lo sabía todo. Contrató a un detective privado para que la siguiera. Pero rompió la relación y estaba dispuesta a... — Tragó saliva.

—Tuvo un aborto, lo sé. Se quedó embarazada del hijo de Duncan Roe y luego puso fin al embarazo.

Marla me miró; me quedé consternado al ver el brillo en sus ojos.

—No tuvimos hijos —dijo—. Yo los quería, pero no pudimos tenerlos. —De forma algo precipitada, cogió el vaso y bebió otro sorbo de limonada—. Ally quería seguir casada. Le doy un sobresaliente por la determinación.

Probé la limonada. El montón de hielo y el rosa estaban bien, pero, en mi opinión, sabía como la limonada normal.

—Estaba en el barco la noche en que murió Langley Hawthorne, ¿verdad? —pregunté.

Sus ojos endrinos me miraron repentinamente.

—Bien, un interesante cambio de tema. Sí, estuve allí. Estábamos todos allí. La antigua pandilla.

—¿Qué pensó del accidente de Hawthorne?

Me miró con fijeza durante un largo momento.

—Pensé que era muy triste. Langley era un hombre encantador. Un verdadero caballero. Y fue una tragedia para Nina. Era una joven muy problemática.

—¿Cómo pasó?

Sacudió la cabeza.

—Estaban jugando a las cartas. Langley, Al, Paul y Jonesy. Y bebiendo. Siempre bebíamos demasiado cuando nos reuníamos los fines de semana. Lo único que sé es que Langley subió a cubierta para tomar el aire. No volvió y cuando lo encontraron, era demasiado tarde.

Había leído algo sobre el accidente de Langley, así pues sabía que al parecer se había golpeado la cabeza al caer —aunque nunca se había determinado con exactitud dónde y cómo—. No obstante, era la única inconsistencia en el caso. El contenido de alcohol en sangre de Langley había

sido lo suficientemente alto como para hundir una flota.

—Creo recordar que leí que estaba en su camarote durmiendo, ¿no es así?

—Sí, Nina y yo nos acostamos más temprano. Los hombres estaban actuando como tales. Me desperté cuando oí la conmoción en la cubierta... cuando lo estaban buscando.

Una mariposa descendía hacia un comedero colgado de uno de los árboles de eucalipto plateado. La observé por un momento, sus frágiles alas abriéndose y cerrándose lánguidamente bajo la luz del sol veteada.

—¿Alguna vez se ha preguntado si la muerte de Langley podría no haber sido un accidente? —pregunté.

Después de un momento, contestó:

—Ese es otro extraño cambio de tema. ¿A qué se refiere, señor English?

—Tengo una mente suspicaz —admití—. La muerte de Hawthorne convirtió a dos personas en muy ricas. Y fue el tipo de accidente que puede ser... algo más.

—Esas dos personas querían a Hawthorne.

Pero lo interesante fue cómo lo dijo —como si se tratara de algo a lo que le había dado vueltas a menudo—. No rechazó la idea de que Hawthorne fuera asesinado, de hecho, era algo que ya había considerado.

—¿Porter mencionó algo acerca de escribir sus memorias? —inquirí lentamente.

Marla estaba inmóvil. Su mirada se posó en la superficie cristalina de la piscina. La luz del sol que se filtraba a través de las hojas de los árboles moteaba el agua con sombras en forma de piel de serpiente.

—Jonesy siempre decía que iba a escribir sus memorias —respondió al fin.



—Pero ¿realmente las empezó?

Asintió.

—Estaba trabajando en ellas. Quería terminarlas antes de... —Bebió un sorbo de limonada—. ¿Sabe lo que está sugiriendo? —preguntó cuando pudo.

—Sí —aseguré—, ¿sabe qué pasó con esas memorias?

Se encogió de hombros —muy italiana en ese momento—.

—En su casa de Bel Air, supongo. Si esa putilla no las tiró a la basura con todo lo demás.

—¿No cree que hubiera tomado alguna precaución para mantenerlas a salvo?

Me miró fijamente.

—No se le habría ocurrido. Jonesy no habría pensado en esos aspectos. No habría considerado... —Sonrió, y reconocí esa sonrisa de muchos momentos cinematográficos a la luz de las velas—. Jonesy no era Maquiavelo —explicó.

Hablamos un poco más, terminé la limonada, y luego la dejé en su exuberante paraíso suburbano con el sonido de los pájaros de jardín y el generador de la piscina llenando el silencio.

\* \* \* \* \*

Regresé a la librería después del cierre, Natalie estaba sentada en el interior con la puerta de seguridad cerrada y las luces apagadas. Estaba llorando.

—¿Qué pasó? —pregunté, cogiendo la caja de pañuelos de papel de debajo del mostrador—. ¿Le ha pasado algo al gato?

—¿Al *gato*? No lo sé. No lo he visto. Estoy llorando porque... —Me perdí el resto de lo que dijo, hablaba entre sollozos a través del Kleenex.

—¿Perdón?

Levantó la vista, sus ojos rojos e hinchados.

—Le dije... le pregunté a Warren si quería que nos fuéramos a vivir juntos y dijo que no.

Esa era la mejor noticia que había escuchado en todo el día, pero dije:

—Oh. Bien...

—¿Bien *qué*?

Podría haber dicho tantas cosas, pero ninguna de ellas contribuirían a la paz, el amor y la armonía. Yendo a tientas, indagué:

—Eh... ¿te dio una razón?

—Dijo que no estaba preparado.

—Bueno... eso parece... razonable.

—¿Después de tres *meses*?

Estaba hablando con la persona equivocada. Pregunté con curiosidad:

—¿Por qué quieres irte a vivir con Warren? —Podía imaginar cómo era la casa de Warren —cómo era Warren en su propia guarida—. ¡Qué lástima que los padres ya no pudieran enviar a sus díscolas hijas al continente para que se olvidaran de esos desastrosos casamientos desiguales!

—¿Por qué? Porque *lo quiero* —habló con suma claridad—. Y porque no soporto vivir en esa casa con Lisa.

La miré parpadeante.

—Oh.

Arrugó la cara y sollozó sobre el pañuelo un poco más. Luego, su voz sonando amortiguada, explicó:

—No tengo nada contra Lisa. De verdad. La quiero. Pero... ahora es su casa. Ese ya no es mi lugar. Y si Lauren se muda a casa...

—¿Por qué Lauren se mudaría a casa?

—Beavis y ella se están divorciando.

¿Beavis? Oh. El clon corporativo. ¿Cuándo había pasado todo eso?  
¿Dónde había estado yo?

—¿No podrías irte a vivir sola? Mudarse con alguien porque no eres feliz en casa no parece la mejor... —sugerí.

—Te lo acabo de decir, lo *quiero*. ¿No me puedes dar un consejo de chico que sea útil? —Me fulminó con la mirada —con esos ojos rojos, fue bastante aterrador—. Medea podría haber aprendido un truco o dos de mi hermanastra.

—Bien. Vale. Bueno, este es mi consejo de chico. Déjalo, Natalie. No se lo vuelvas a mencionar a Warren. Déjale ver que estás de acuerdo. Quiero decir, si todavía quieres seguir saliendo con él. —Algo que, por más que lo intentara, no podía imaginar.

—¿*Ese*?

Asentí.

—¿No crees que debemos hablar de ello?

—¿Tú y yo?

—¡Warren y yo!

—Dios, no, no creo que necesitéis hablar de ello. Déjalo.

Cogió la caja de pañuelos y se sonó la nariz.

—Se supone que debo preguntarte si irás a cenar esta noche —comentó ella en tono apagado.

Me había olvidado por completo, por supuesto, pero dije:

—Sí, solo voy a subir a cambiarme. ¿Te veré allí?

Ella asintió y volvió a sonarse la nariz.

La dejé limpiándose, subí las escaleras, me duché y me cambié —y dejé un mensaje en el pretencioso contestador automático de Hitchcock & Gracen—.

\* \* \* \* \*

—¡Navidad en Londres! —anunció Lisa.

—Lo que quieras, querida —replicó Bill Dauten de inmediato, dándole

palmaditas en la mano. Tenía la impresión de que habría dicho exactamente lo mismo si ella hubiera gritado: «¡Qué le corten la cabeza!».

El resto estaba perceptiblemente silencioso. Incluso Emma tenía el ceño levemente fruncido. Quizá temiera que Santa no pudiera localizarla al otro lado del océano.

—Londres es un buen lugar para pasar las fiestas —insistió Lisa en medio de ese silencio evasivo—. Adrien y yo pasamos las vacaciones allí cuando tenía diez años. ¿Te acuerdas, Adrien?

—En realidad, no —negué.

Parecía un poco herida.

Alguien —quizá incluso Dauten— la distrajo hablando de la temporada de ópera, y el resto intercambiamos miradas de silencioso alivio.

A pesar de mis quejas, en el fondo no me importaba asistir ocasionalmente a los encuentros familiares de los Dauten. Pero esa noche estaba distraído pensando en asesinatos antiguos y recientes. Recordé una cita de Camus: *...la costumbre empieza con el segundo crimen. Con el primero no empieza nada: termina algo.*

Seguía reflexionando sobre ella, pensando en la posibilidad de que hubiera algo de verdad en esa cita en relación a la muerte de Porter Jones, mientras estábamos sentados charlando y escuchábamos a Emma demostrar la utilidad de sus odiadas lecciones de piano. Le encantaba de verdad el piano antes de que comenzaran las lecciones, lo que probablemente era una lección en sí misma.

Bill le echaba un vistazo al periódico y Lauren y Natalie mantenían una conversación en la cocina, al parecer repasando notas sobre sus vidas amorosas, cuando Lisa se posó a mi lado en el sofá.

—Querido, ¿te sientes bien? Estás muy pálido.

¿Cómo coño podía decir eso cuando había estado al sol todo el

domingo? Mi nariz todavía estaba rosada. No respondí.

—No gruñas, Adrien. —Me lanzó una mirada de reproche—. Creo que deberías saber que he tenido una larga conversación con el Dr. Cardigan.

—¿Has tenido *qué*? —Estaba demasiado sorprendido para bajar la voz. Esa era precisamente la razón por la que había cambiado de médico unos años atrás. El doctor Reid había sido amigo de la familia desde hacía demasiado tiempo. Me había traído al mundo, había acompañado a mi padre en su partida y había escoltado a Lisa en muchos actos sociales.

Ignoró mi asombro e indignación.

—Adrien, debes operarte. ¿Por qué titubeas? ¿Te das cuenta...? ¿Quieres morir?

¿Cuánto les había pagado? ¿Estaba chantajeando a esa gente?

—Claro que no quiero... —me interrumpí—. Esto tiene que terminar, Lisa. ¿Hablaste con mi cardiólogo? —Parecía que no podía superar eso. Ni ese «titubear» del que apenas me había percatado—. ¿Sabes lo poco ético que es?

Simplemente me miró con esos enormes ojos azules.

—Soy tu madre. No existen conductas poco éticas para una madre.

Lo más aterrador era que ella lo creía. No, lo más aterrador era que en el universo paralelo que habitaba, todos parecían creerlo también.

—No me refería a ti, me refería a mi cardiólogo. —Por una vez no me molesté en esconder mi ira con ella—. Mira, Lisa, cuando sea el momento adecuado, me operaré.

—Ese momento es *ahora*.

—¿En serio? —Miré en torno a la habitación donde todo el mundo evitaba cuidadosamente prestarnos atención—. Bueno, supongo que será un cambio de las charadas.

—Por favor, habla en serio. —Usó su expresión y su voz seria—. La

insuficiencia de la válvula mitral crónica complicada por una fibrilación auricular es muy grave, mucho más grave de lo que descubrieron cuando estabas creciendo. El *treinta por ciento* de las personas que tienen fibrilación auricular acaban sufriendo accidentes cerebrovasculares.

Jesús. Lisa estaba hablando con lenguaje médico. Tenía que estar aterrada. Debía haber leído sobre el tema y todo. Estaba conmovido. Y preparado para estrangularla.

—Y el setenta por ciento no.

—No puedes arriesgarte. No tienes derecho.

—¿*Yo no tengo derecho?*

—No, no lo tienes. ¿Sabe Guy...? —habló con ferocidad.

—Se acabó —le espeté, y me levanté—. No voy a discutir sobre esto ni contigo ni con nadie. Y lo que pasa entre Guy y yo no es el jodido problema de nadie. —Me volví hacia la cocina. Natalie y Lauren me miraban boquiabiertas.

—¡No he dicho nada! —protestó Natalie ante lo que quiera que fuera que leyera en mi expresión.

No sabía si eso era cierto o no, pero la idea de que mi vida privada estuviera siendo debatida abiertamente..., que Lisa lo estuviera haciendo..., que tuviera ese descaro..., que se atreviera..., y que, hasta donde sabía, mi abogado, mi médico, mi *amante*,...

Apenas podía formular las ideas, mucho menos las frases.

—Gracias por la cena —dije—. Lo que no puedo agradecerte son tus interferencias en mi vida privada. No creo que pueda fingir amabilidad en este momento, así que me voy.

—¡Adrien! —Parecía *herida*.

—Buenas noches —me despedí, y los Dauten respondieron en varios tonos de malestar cuando salí de la habitación.

\* \* \* \* \*

No recuerdo el regreso a Pasadena, pero cuando me detuve detrás de la librería, el coche de Guy estaba aparcado en el exterior y, por un momento, pensé en irme.

Pero al final apagué el motor, me apeé, abrí la puerta de la librería y subí las escaleras.

Guy estaba sentado en la mesa de la cocina bebiendo una cerveza. Su largo pelo plateado caía en sus hombros, brillando bajo la luz del techo. Llevaba una camiseta negra estampada con una calavera pirata. Sus ojos parecían muy verdes cuando se cruzaron con los míos.

—¿Podemos hablar?

Asentí. Me senté frente a él. Me sentía muy cansado. La ira es agotadora, y a mí me faltaba práctica.

—Quiero explicarte lo de Peter.

No me molesté en decirle que había hecho un par de llamadas telefónicas y que sabía que había hablado a su favor en la audiencia para la libertad condicional de Verlane. Sabía que había hecho lo que creía que era lo correcto. Hablar conmigo primero, oír mis sentimientos sobre el tema, no habría cambiado su curso de acción.

—Creo que lo entiendo bastante bien. Todavía sientes algo por él — comenté.

—Sí. Pero no tiene nada que ver con lo que siento por ti. Te quiero. Me gustaría que estuviéramos juntos. Realmente juntos.

Asentí.

—¿Qué hay de Peter?

—Peter es un amigo. Ahora mismo necesita mi ayuda. Pero si me pides que elija entre los dos, entonces te elijo a ti.

—No te estoy pidiendo que elijas.

—Entonces, ¿qué?

Sacudí la cabeza.

Frunció sus cejas plateadas.

—No logro entender qué es lo que te pasa.

—Yo tampoco —admití—. No me siento capaz de asumir un compromiso.

Pensó sobre ello.

—¿Ahora o nunca?

—Yo... no lo sé.

—Ya veo. —Podía sentir que él me observaba. Yo miraba fijamente las perillas del horno, preguntándome por qué la primera de la izquierda siempre se trababa un poco—. Supongo que podríamos seguir como hasta ahora.

Suspiré.

—Sí. Supongo que sí.

—Tu entusiasmo es abrumador.

—Lo siento, Guy. Yo solo...

—Ahí está la cosa, Adrien —dijo—. Levantas muros a tu alrededor. No sé si es por ese, cómo se llame, novio universitario, ¿Mel?, o si es por ese cabrón de Riordan.

—¡Por favor! —exclamé secamente.

Me miró por un momento. Luego, sin alterarse, continuó:

—O puede que siempre hayas sido así. Pero hay una pequeña distancia entre tú y todos los demás. Y no hay forma de salvarla. Porque lo he estado intentando durante dos años.

—Claro —repliqué, comenzando a enfadarme de nuevo —a pesar de mis buenas intenciones—. Pero durante los primeros nueve meses seguías acostándote con otras personas, en parte por razones religiosas y en parte



porque —y cito— «la monogamia no es una expectativa realista para un varón adulto sano».

—Y te dije que si estabas dispuesto a comprometerte, yo también. Pero no lo estás, ¿verdad?

—No según tu programa. —Tragué saliva—. Déjame preguntarte algo. ¿Te acostaste con Peter?

Su rostro se ensombreció.

—Ajá —dije.

—Eso no tiene nada que ver con nosotros.

—¿En serio?

—Sí. Fue una muestra de consuelo y afecto, eso es todo. Peter lo ha perdido todo y a todos.

—Dejé que Jake Riordan me follara anoche. ¿Crees que tiene algo que ver con nosotros? —espeté.

Clavó su mirada en mí. Finalmente, se las arregló para decir:

—¿Tiene algo que ver?

—Parece que sí.

—Llámame cuando estés seguro —apostilló.

## Capítulo Veinte

—¿Sabes?, arrestaron a la del catering —me informó Ally, alzando la cabeza desde una tumbona junto a la piscina. Era evidente que estaba de duelo: un traje de baño negro de una sola pieza y gafas de sol estilo Jackie O. —. Todo fue un error. Estaba tratando de matar a Paul. Lástima que se equivocara.

Bueno, ese parecía el eufemismo del año, aunque ya había deducido que Ally no se había sentido especialmente tentada de lanzarse a la pira funeraria de Porter.

—Eso he oído —dije—. Solo quería hacerte una o dos preguntas. Recostó la cabeza en el cojín azul. Las nubes se reflejaban en sus gigantescas gafas de sol negras.

—Eso fue lo que dijiste la última vez.

—¿Porter estaba trabajando en un libro cuando murió?

—¿Un *libro*? —Su tono daba a entender que acusaba a su marido muerto de experimentar con alguna forma de arte vanguardista

—Como sus memorias. O una autobiografía.

Se apoyó en un codo y se quitó las gafas de sol.

—Oh. Sí —confirmó lentamente—. Estaba trabajando en eso otra vez.

—¿Sabes qué le pasó al manuscrito? ¿Está con sus papeles?

Frunció el ceño.

—No. Ya he mirado todas sus cosas.

Eso no lo dudaba.

—¿Sabes si lo había terminado?

Sacudió la cabeza.

—¿Sabes si tenía una editorial, un editor o un coescritor? ¿Tal vez un agente literario?

—No lo sé —respondió Ally, esta vez con tono malhumorado—. Creo que se lo mostró a alguien. Es decir, siempre estaba intentando enseñárselo a alguien.

—Pero no cabe duda de que había vuelto a trabajar en sus memorias, ¿no?

Se volvió a poner las gafas de sol y se tumbó una vez más.

—Supongo que sí. Creo que pensaba terminarlas antes de... el Fin —lo dijo con indiferencia, como se refería la gente a los créditos finales de una película—. Aunque no sé si él se molestaría en terminarlo, porque ¿quién querría leer *eso*?

—¿Porter te habló alguna vez del accidente a bordo del «Sea Gypsy»? —pregunté.

—¿Del qué? —murmuró.

—El «Sea Gypsy». Era el yate de un amigo de Porter llamado Langley Hawthorne. Langley se ahogó una noche. ¿Habló Porter alguna vez de eso?

Contuvo un enorme bostezo.

—Nunca escuchaba a Porter cuando empezaba a hablar sobre los viejos tiempos. Solo pensar en ello me cansa.

\* \* \* \* \*

Había llamado religiosamente a Jake antes de mis visitas a Marla y a Ally. En ambos casos había terminado dejando un mensaje, y él no me había contestado. De hecho, no había hablado con él desde el miércoles por la noche, cuando le dije adiós y cerré la puerta de la librería tras él.

No es que me sorprendiera su silencio. El Departamento de Policía de Los Ángeles había seguido adelante con el arresto de Nina Hawthorne, así que me imaginaba que el teniente Riordan tenía las manos llenas con los medios de comunicación y con las demandas —desde acoso a una famosa hasta brutalidad policial— de los abogados de Hawthorne.

Hubiera sido agradable comentar algunas de mis ideas más peregrinas con ese cabezota, pero me di cuenta de que era poco realista de mi parte. El ego de Jake estaba resentido por mi falta de voluntad para reanudar nuestra antigua amistad, y eso era más o menos lo que esperaba. Si realmente pudiéramos ser amigos platónicos, entonces tal vez habría hecho un esfuerzo, pero sabía que Jake no respetaría los límites de...

¿A quién quería engañar? No tenía idea de si Jake era capaz de mantener una amistad platónica o no. Y no me importaba. Porque lo importante era que yo no podía mantener una amistad platónica con él. Era demasiado doloroso.

Tal vez podría haberlo hecho cuando creía que estaba haciendo todo lo posible por tener un matrimonio real con Kate Keegan, pero el hecho de que hubiera vuelto a sus viejos hábitos, que aparentemente estuviera saliendo con Paul Kane bastante en serio, que quisiera estar en misa y repicando, lo hacía imposible para mí.

Sin mencionar el hecho de que una vez que Jake descubriera qué dirección estaba tomando mi investigación, mi popularidad con él volvería a caer en picado. Al parecer, había olvidado lo realmente pesado que me había encontrado en el pasado.

De todos modos, lo llamé para decirle que iba a visitar a Al January otra vez, y la suerte quiso que esta vez lo cogiera.

—Hola —saludó en tono neutro.

—Hola —repliqué, porque respuesta brillante es mi segundo nombre.

—Iba a llamarte antes —comentó.

—Está bien —dije—. Ya habéis efectuado el arresto. Solo estoy investigando un par de cosas.

—No quería llamarte por eso. Sobre la otra noche...

—No hay nada que decir, Jake.

Poco después, agregó:

—No te importa si lo digo de todos modos, ¿verdad?

Igual de rápido, acepté:

—Adelante.

Pero, después de una pausa, dijo:

—En otro momento. ¿Qué necesitabas?

—Nada. Solo estoy siguiendo las órdenes. Voy a ver a Al January esta tarde.

—¿Por qué?

—Te lo dije. Estoy investigando un par de cosas.

—¿Qué cosas?

—Al parecer, Porter Jones estaba escribiendo sus memorias.

Podía oír el crujido y la interferencia del aire.

—Fue a ti a quien se le ocurrió que Paul era el verdadero objetivo. Esa era tu teoría —dijo lentamente.

—Me he equivocado antes.

—Oh, sí, eso está claro. —Estaba enfadado, pero se estaba controlando —. ¿Alguien liquidó a Porter porque iba a escribir sobre indiscreciones amorosas en una biografía? ¿Esa es la teoría actual?

Indiscreciones mortales en este caso.

—¿No crees que merece la pena verificarlo?

—No, no lo creo.

—¿Has averiguado cómo consiguió Nina meter el veneno en la copa de Porter?

No respondió.

—Bueno, quizá Al pueda arrojar algo de luz sobre el asunto. Estaba en el bar conmigo —sugerí.

Seguía sin responder.

Se me ocurrió —y no fue un pensamiento agradable— que tal vez sus sentimientos fueran más profundos de lo que me había permitido creer. Me quedé estupefacto al oírme decir:

—Mira, si me pides... que no vaya... no iré.

—Yo... —No terminó. O no pude oír lo que decía por lo fuerte que latía mi corazón. Me sentía como si estuviéramos al borde de un precipicio. Y recordé que hacía dos años, en unas vacaciones en el infierno, él había impedido que cayera en picado de un acantilado. Tantas salvaciones milagrosas. Tantas veces a punto de morir. En aquel entonces confiaba en que Jake fuera mi red de seguridad y confiaba en él ahora. Y yo estaba dispuesto a devolverle el favor, si lo necesitaba.

—Llámame después de que hables con él —soltó con brusquedad y colgó.

\* \* \* \* \*

—Me sorprendió un poco recibir tu llamada —dijo Al, dándome una botella de jugo de *noni*.

Dejé la botella sobre la mesa. Hacía mucho calor ese día, el ambiente era pesado y el aire estaba en calma. Incluso las abejas sonaban acaloradas y perezosas. El pasto silvestre susurraba secamente por la ladera pintada de oro bruñido.

—La última vez que hablamos estabas bastante seguro de que Nina no era capaz de asesinar.

—No dije eso —me contradijo Al lentamente, al parecer recordando nuestra última conversación—. Dije que ella no había empujado a su padre por la borda de ese barco.

—Pero ¿crees que es capaz de haber intentado matar a Paul Kane?

Uno de sus perros *shar-pei* estaba en alerta, mirando fijamente al otro lado del desfiladero en la ladera. Al habló en voz baja y el perro volvió y se

sentó, jadeando, al lado de su silla. Al continuó:

—Creo que.... en otro tiempo Nina pudo haber sido capaz de hacerlo. Me resulta difícil creer que esperara tanto tiempo para ir tras Paul. Han actuado de manera... quizás no amistosa, pero... sí cordial desde hace años.

—¿Paul contrataba a su empresa a menudo para encargarse del catering de sus fiestas?

—La verdad es que no lo sé. —Frunció el ceño, pensativo—. Creo que la había contratado una o dos veces. Es muy buena y tiene un gran éxito. La contraté un par de veces, cuando solía dar fiestas. —Había un pequeño destello de amargura en su tono.

—Entonces, ¿el arresto de Nina te pilló por sorpresa?  
Suspiró.

—Sí. Y no. Es el tipo de acto que creo que Nina es capaz de llevar a cabo... quizá no en este momento de su vida, pero en otra época, sí. Hubo un tiempo en el que odió a Paul profundamente. A lo mejor todavía lo odia.

Hasta ahí llegó ese enfoque.

—Esos cócteles que Paul Kane prepara. Los Henley Skullfarquar. ¿Fue algo fuera de lo común? —pregunté.

—¿Las malditas calaveras? No. Paul las prepara en la mayoría de sus fiestas, especialmente a bordo del «Pirate's Gambit». Dolor de cabeza líquido, eso es lo que son. Ginebra, granadina, sidra, Pimm's, Smirnoff... y, por lo general, los tomamos bajo el sol en el barco. —Se estremeció.

Ya sabía la respuesta, pero quería una confirmación.

—¿Se preparan por copa o cómo?

—Por jarra. Mezcla los ingredientes en una ponchera de plata antigua. No recuerdo haber visto una ponchera en ninguna parte, pero estaba bastante seguro de que solo Paul había estado detrás de la barra esa tarde.

—Es interesante —comenté—, porque la única bebida envenenada fue

la de Porter.

—Así es. La ponchera no fue envenenada, solo la copa de Porter — estuvo de acuerdo Al.

—¿Toma mucha gente ese combinado?

—No más de una vez —aseguró Al—. Como dije, es un dolor de cabeza servido en una copa. Porter lo bebía. Porter habría bebido cualquier cosa. Paul es un entusiasta de esas cosas. Es capaz de ponerse hasta las cejas de esa bebida.

—Yo estaba allí, en el bar, le entregué la copa a Porter, y por más que lo intento no logro imaginar cómo pudo meter Nina el veneno en ella. Ni siquiera estaba allí —dije.

Los ojos de Al se encontraron con los míos.

—Eso lo debe resolver la policía, ¿no? Deben estar bastante seguros o no la habrían arrestado.

También solía pensar así, unas cuantas investigaciones de asesinatos antes.

—¿Recuerdas haber visto algo?

Acariciaba distraídamente al perro, que descansaba su gran cabeza sobre su muslo.

—Si hubiera visto algo se lo habría contado a la policía. —Miró la botella intacta de zumo—. ¿Quieres hielo?

—Tengo que irme —anuncié—. Oh, ¿sabías que Porter había empezado a trabajar otra vez en sus memorias?

Lo estaba observando, así que vi cómo quedaba congelada su mano sobre la robusta cabeza del perro. Me miró. Respondió lentamente:

—Sí.

No dije nada y tampoco él. Luego, finalmente, quiso saber:

—¿Por qué?



—Me preguntaba qué pasó con el manuscrito.

—¿Qué quieres decir?

—Ally dice que no está con los papeles de Porter. No aparece por ninguna parte.

—Marla...

—Marla dice que no lo tiene. Confirmó que estaba trabajando en el libro de nuevo, pero no sabía qué pudo haber pasado con él después de su muerte.

—Quizá perdió el interés —conjeturó Al—. Puede que decidiera dejar las cosas como están.

—Puede que hiciera eso —estuve de acuerdo.

\* \* \* \* \*

No me sorprendió que Jake no lo cogiera cuando llamé después de abandonar la casa de Al January.

Me llamó mientras veía a Emma montar alrededor del cercado en el club esa tarde, pero no lo cogí. Él ya sabía lo que necesitaba saber: yo seguía vivo y molestando a la gente.

Lo único que tenía era una serie de suposiciones y mi instinto. Y no estaba dispuesto a usar la palabra con *I* en presencia de Jake. Necesitaba pruebas tangibles, pero no tenía ni idea de cómo obtenerlas. Y si intentaba acudir a Jake con algo menos que una prueba tangible, sabía que lo descartaría... y no podía decir que lo culpaba.

Iba de regreso a los aparcamientos con Emma cuando terminó su lección de equitación, mis pensamientos a un millón de kilómetros de distancia, cuando de repente, en voz muy baja, preguntó:

—Adrien, ¿vas a operarte?

¿Acaso era uno de los temas de conversación de las cenas en el hogar de los Dauten?

—Probablemente, pequeña.

Deslizó su mano en la mía.

\* \* \* \* \*

Cuando regresé a casa después de dejar a Em, encontré dos coches de policía aparcados en el callejón fuera de Intriga y Misterio.

Un coche de policía podría significar cualquier cosa, pero dos... No es que tuviera mala conciencia o algo así.

Aparqué junto al coche sin distintivos y me apeé, asegurándome de mantener las manos donde todo el mundo pudiera verlas; me sudaban —de ninguna manera podía ser algo más que una mala noticia; lo único que no sabía era cómo de mala—, pero me resistí a la tentación de secarlas en mis vaqueros.

Las puertas del coche blanco y negro se abrieron y dos policías se apearon, las pistoleras desabrochadas. La puerta lateral de la librería se abrió y el detective Alonzo apareció en el marco. Tenía esa enorme y desagradable sonrisa.

—¡Señor English! ¿Dónde ha estado toda la tarde?

Los oficiales uniformados se colocaron a mis costados.

—¿Qué parte de la tarde? He estado en el Club Hípico Paddock en Griffith Park durante las últimas dos horas —respondí con cautela.

—¿Sí? Supongo que puede probarlo, ¿no? —preguntó Alonzo, acercándose a mí. Había sacado las esposas—. ¿Y dónde estuvo antes?

—¿Qué coño está pasando? —inquirí. Creo que por instinto di un paso atrás.

Uno de los policías me agarró y me empujó contra un lateral del Forester. Alguien me separó las piernas de un puntapié y tiró de mis brazos hacia mi espalda. Otra persona me estaba registrando con implacable eficiencia.

Alonzo anunció alegremente:

—Adrien English, queda detenido por el intento de asesinato de Al  
January.

## Capítulo Veintiuno

El suelo se inclinó bruscamente debajo de mí, apoyé la frente en la cálida pintura del Forester, respirando profunda y lentamente. Pensé que casi cualquier cosa sería preferible que perder el conocimiento a los pies de ese hijo de puta de Alonzo.

Intento de asesinato. No me lo esperaba. Para nada.

Después de unos segundos, el mareo disminuyó lo suficiente como para mantenerme en pie. Giré la cabeza en un intento de ver la cara de Alonzo. No hubo suerte.

—¿Al está vivo? —solté.

—Así es —confirmó Alonzo detrás de mí—. ¿Decepcionado?

Cerró con un clic las esposas —de frío metal, más ajustadas de lo que esperaba— alrededor de mis muñecas y me apartó del coche.

—¿Dijo que traté de matarlo? —bramé. No podía entenderlo. Me sentía aturdido, como si alguien me hubiera golpeado donde más duele.

—January no dice nada —me informó Alonzo—. Está en coma. El ama de llaves... —Se interrumpió cuando un sedán plateado entró en el callejón y se detuvo junto a nosotros. Reconocí a Jake al volante y —tal vez de forma ilógica— sentí una oleada de alivio. Me refiero a que, por lo que sabía, era él quien les había ordenado que me arrestaran...

—¿Es ese Riordan? —preguntó uno de los oficiales uniformados con inquietud.

—Mierda —rezongó Alonzo.

Jake ni siquiera apagó el motor de su coche. La puerta se abrió y se apeó; no había duda de la furia en su rostro.

—¿Qué cojones está pasando aquí, detective? Te dije que no...

Alonzo lo interrumpió:

—Tengo derecho a seguir cualquier vía de investigación que...

—Maldita sea, no fue una sugerencia, te *ordené* que lo dejaras. Te *dije* que hablé con English antes y después de su entrevista con January. Hablé con él a las tres. Soy su jodida coartada—rugió Jake. Sus ojos —duros y categóricos— se cruzaron con los míos durante un instante fugaz. Hizo un gesto con la cabeza a los oficiales uniformados—. Soltadlo.

—¿Quién coño te crees que eres? —casi gritó Alonzo—. Este es *mi* caso. Me has impedido avanzar en todo el jodido proceso, tratando de proteger a tus ricos amigos maricones...

Jake arremetió contra él; hubo una refriega detrás de mí, los oficiales uniformados me dejaron ir y trataron de interponerse entre Jake y Alonzo.

—¡Teniente, teniente! —protestó uno de los oficiales, que parecía estar sin resuello.

Jake hizo que Alonzo retrocediera hasta el lateral del edificio, agarrando con sus puños macizos la camisa de Alonzo, inmovilizándolo. Alonzo luchó para liberarse, con la mano levantada como si quisiera darle un puñetazo a Jake, pero uno de los oficiales uniformados aferraba su brazo; el otro estaba entre Jake y Alonzo empujándolos con los hombros, intentando no caerse mientras los dos hombres se abalanzaban uno contra el otro. Entonces Jake dio un paso atrás, encogiéndose de hombros, moviendo su cabeza de un lado a otro como uno de los primeros modelos de *Terminator*.

Alonzo estaba maldiciendo, prácticamente llorando de rabia. No pude entender lo que decía.

Jake tenía su dedo a un centímetro de la nariz del detective.

—¿Tienes algún problema conmigo? Presenta una queja formal, gilipollas.

—¿Crees que no lo haré? ¿Crees que soy el único que se queja? ¿Crees que soy el único policía que ha notado que hay algo sospechoso en ti?

—Alonzo, cálmate, hombre —le advirtió uno de los oficiales.

Jake le dio la espalda a Alonzo como si no mereciera la pena perder el tiempo. Me señaló con un gesto de la cabeza.

—Quítale las esposas —le ordenó al otro oficial uniformado, y el hombre se movió para obedecer.

Un momento después ya no tenía las esposas y me frotaba las muñecas mientras Alonzo se liberaba y pasaba rozándolo. Cerró de golpe la portezuela de su coche, dio marcha atrás con un estridente chirrido y salió del callejón con los neumáticos rechinando.

Los dos oficiales uniformados andaban inquietos.

—¿Estás bien? —preguntó Jake con brusquedad.

Asentí.

El mensaje en sus ojos era claro, así que me giré y entré en el edificio.

Cerré la puerta y me apoyé contra ella. Mi corazón dando brincos y saltitos como un conejo que hubiera escapado de forma imprevista de un inminente atropello. Inspiré un par de veces profunda y lentamente.

El teléfono sonó en el mostrador, así que me alejé de la puerta y lo cogí.

—¿Adrien? —Era Natalie—. ¿Va todo bien? ¡Esos policías me echaron de la tienda! ¿Qué está pasando?

—No lo sé, pero todo va bien. Te llamaré en un rato. —Colgué en medio de sus protestas. Como no podía ver el callejón desde la librería, subí a mi apartamento y miré hacia abajo. Jake seguía hablando con los oficiales uniformados. Había apagado el motor de su coche y todo parecía tranquilo. Uno de los oficiales se estaba riendo, todo parecía indicar que las cosas volvían a estar bajo control.

La descarga de adrenalina se había ido agotando, dejándome mareado y tembloroso. Me senté en el sofá y apoyé la cabeza en mis manos.

Necesitaba bajar y cerrar el lugar, pero por el momento me daba igual: cualquiera que quisiera tanto robar un libro podía hacerlo. Joder, podían ir a por la caja registradora.

Intenté pensar. Al había sido atacado. Estaba en coma. No tenía por qué estar relacionado con la muerte de Porter —con las preguntas que había estado haciendo—, pero era una grandísima coincidencia.

Según Guy, las coincidencias no existen.

Y era probable que el detective Alonzo estuviera de acuerdo con él, por eso estaba tan ansioso por verme con grilletes de acero inoxidable. Podía entender la postura de Alonzo. Recordé una frase de Grace Murray Hopper: «Si haces algo una vez, la gente lo llamará accidente. Si lo haces dos veces, lo llaman coincidencia. Pero hazlo por tercera vez y acabas de demostrar una ley natural».

Cuatro investigaciones de asesinato parecían demasiadas para un ciudadano común.

Después de lo que pareció una eternidad, la puerta se abrió detrás de mí. Jake me comunicó:

—Cerré las puertas de la planta baja. ¿Estás bien?

Le eché un vistazo.

—Bien. Fabuloso. ¿Qué coño fue eso?

Se había quitado la corbata y se había desabotonado el cuello. Parecía tan cansado como yo.

—El exnovio de January pasó por su casa y lo encontró inconsciente. Lo habían golpeado en la cabeza con una talla de piedra precolombina. De acuerdo con el ama de llaves, todavía estabas con January cuando se fue a las tres menos cuarto, lo que te convierte en la última persona que vio a January antes de que fuera atacado.

—Probablemente es cierto. Me fui unos minutos antes de las tres y te

llamé.

No habíamos hablado, pero había dejado un mensaje, eso era todo; si realmente alguien investigaba mi «coartada» de inmediato se haría patente que Jake había mentido.

—Tenemos pruebas forenses bastante fiables de que January fue atacado alrededor de las cinco, no mucho antes de que apareciera su exnovio. De hecho, el ex pudo haber ahuyentado al atacante de January. Tú llevas a la niña a montar a caballo a esa hora más o menos, ¿no?

Asentí.

—Tienes testigos más que suficientes para confirmar tu historia, y puede que January se reponga.

—Espero que lo tengas bajo protección, ¿no? —inquirí.

Mantuvo la cara seria, pero pude ver que le había hecho gracia. No le había parecido divertidísimo, pero le había hecho gracia. Bueno, vale, puede que haya leído demasiadas novelas de misterio, pero el asaltante de January era despiadado y cada vez más osado.

—¿Por qué coño está Alonzo tan deseoso de inculparme? Ya tiene a su sospechosa en la cárcel.

Jake se sentó frente a mí.

—El caso contra Hawthorne hace aguas. Su abogado presentó un testigo —una empleada de Hawthorne— que jura que en ningún momento estuvo cerca del bar la mañana que fueron a la casa de Kane para supervisar los arreglos para la fiesta. Está dispuesta a testificar que Hawthorne nunca se alejó de su vista. El fiscal la cree. Mierda, yo la creo. Es un testimonio muy verosímil.

—¿Qué posible motivo tendría yo para atacar a Al? O a Porter, ya que estamos.

Jake meneó la cabeza.



—No creo que esto sea tanto por ti como por mí. Alonzo y yo tenemos una historia. Sabe que no quiero que vaya a por ti, lo cual es suficiente para que... le intereses.

—Estupendo.

Frunció la boca ante mi tono.

—No te preocupes. Me aseguraré de que te deja en paz.

—Mi héroe —solté con tristeza.

Me lanzó una mirada divertida.

Mis pensamientos iban en otra dirección, comenté:

—Al tiene dos perros guardianes de buen tamaño.

—Los perros estaban fuera. Podría significar que el atacante de January los sacó a la calle —los perros podrían haberlo conocido— o pudo haber sido January el que los dejó salir. Hay indicios de que conocía a su atacante, o de que al menos no se sentía amenazado. Dejó entrar a su asaltante en la casa y estaba sirviendo dos bebidas cuando fue golpeado por detrás, dos veces.

—¿Va a sobrevivir?

—Todavía no lo saben.

Asentí, me dediqué a mirar fijamente mis manos. Me gustaba Al January. Y si mis especulaciones eran correctas, yo había desatado esto —sin querer—, pero, a la hora de la verdad, ¿eso me absolvía? Si no hubiera empezado a husmear, si no hubiera insistido en continuar con la investigación aun después de comprobar adónde se dirigía.

¿Y por qué? ¿Qué significaba para mí? Nadie había pedido —o querido— que siguiera investigando después de que Nina Hawthorne fuera arrestada. Me había vuelto a poner en la mira de Alonzo y puede que hubiera conseguido que mataran a Al January —y todavía no tenía ninguna prueba en contra de quien había matado realmente a Porter—. Tampoco sabía cómo

conseguirlas.

—No me diga que está dudando de sí mismo, señor Holmes —dijo Jake con sequedad.

—¿Crees que nunca dudo de mí mismo?

—Creo que eres un metomentodo crónico —afirmó con cansancio.

Aparté la vista de su mirada severa.

—Joder —murmuró. Para mi sorpresa, se levantó de su silla, se sentó a mi lado en el sofá y rodeó mis hombros con el brazo. Me atrajo hacia él y, aun más sorprendente, me permití apoyarme en él.

—No es culpa tuya —aseguró—. La única persona que debe cargar con la culpa por un asesinato es el asesino. Así que no cargues con esa responsabilidad.

Cerré los ojos por un momento, deseando que fuera cierto. Y más que eso, permitiéndome el placer de estar en sus brazos un rato: aquella mezcla inesperada de ternura y fortaleza —sí, algún día sería un buen padre para un niño confundido—, el olor de su loción para después del afeitado y el ligero olor a sudor por el esfuerzo hecho con Alonzo. Escuchaba los tranquilos latidos de su corazón bajo mi oreja.

—Y ambos sabemos con total seguridad que no lo diría si no fuera cierto. Nunca he sido partidario de las actividades detectivescas como pasatiempo... para nadie —añadió Jake.

—Lo sé —admití—. Entonces, ¿por qué secundaste la idea de Kane? Porque no creo que te sintieras incapaz de sacarle la verdad a un montón de tipos egocéntricos y pretenciosos de Hollywood sin la ayuda de un aficionado con tacto. —Me incorporé y pude sentir la renuencia con la que me había dejado ir.

—Ya sabes por qué —aseveró. Sus ojos se cruzaron con los míos y luego apartó la mirada. Su boca dibujó un gesto que tal vez fuera de autoburla

—. Cuando decides hacer algo, llegas hasta el final, tienes esa cualidad.

El hecho de que deseara que lo que parecía estar diciendo fuera cierto, no era una buena señal. Dije sin convicción:

—No estarás diciendo que querías trabajar conmigo, ¿no?

—No sé si lo diría de esa manera —admitió—. Aunque tienes una habilidad especial para poner las cosas en marcha. Pero, sí, quería tener una razón para verte... para hablar contigo. Para ver si podíamos salvar nuestra amistad. Y sé que para ti un misterio es como una nébida para un gato.

—Pero la idea no fue tuya, ¿verdad? —hablé lentamente.

—No.

—Fue idea de Paul Kane.

—¿Te he dicho alguna vez que hablas demasiado? —preguntó bajito. Y se inclinó hacia delante, su boca cubriendo la mía con un beso experto y persuasivo. Sus labios eran cálidos, nuestros dientes emitieron un extraño chasquido a medida que el beso se fue profundizando acicateados por un hambre imprevisible; su lengua se insinuaba de forma oscura y secreta en mi boca y me abrí a ella, deseándolo, aferrado a su antebrazo, devolviéndole ese beso con un inquebrantable deseo.

Fue extraño, mi mente se vio invadida por el recuerdo de nuestro primer beso verdadero, la primera vez que Jake había besado a un hombre.

*Profundo y lento, escrutador... su mano ahuecada en mi nuca, acercándome a él, mientras me saboreaba. Yo lo saboreaba a su vez, respirando suavemente al unísono, llenando los pulmones del otro con nuestras tranquilas exhalaciones.*

Pero no fui el primer hombre al que besó. ¿Cómo podría haberlo sido? Había estado con Paul Kane durante dos años antes de que me conociera, ¿verdad? Y todo esto era... ¿qué? ¿Aparte de servir para mantenerme distraído? Y ese beso solo significaba mucho para mí porque me había

engañado pensando que significaba mucho para Jake, que me había confiado algo precioso. Pero las únicas cosas preciosas eran mis recuerdos, y lo eran por la razón equivocada.

Me obligué a alejarme, apartándolo y me levanté del sofá —sin mucho garbo—.

—Ni siquiera sé quién eres —espeté—. Me cuesta creer que anhelaras mi compañía cuando te has pasado los últimos cinco años follando a Paul Kane. O viceversa. Por no mencionar a tu esposa.

Me miró con sus ojos ambarinos entornados.

—¿Yo hice qué?

—Paul Kane y tú. Dijo que habéis sido amantes durante cinco años.

—¿*Amantes*? —soltó la palabra como si le resultara repelente.

No parecía existir demasiado margen de duda sobre la autenticidad de esa respuesta. No es que su disgusto por el concepto fuera del material del que están hechos los sueños precisamente, pero sentí una chispa de alivio al saber que no *todo* había sido mentira o producto de mi imaginación.

Pero luego su gesto cambió y me di cuenta de que había intentado, una vez más, convencerme de algo cuando cualquier idiota podía ver cuál era la verdad.

Jake se puso también de pie; me observaba como si yo fuera el peligroso e impredecible.

—Conozco a Paul desde hace cinco años —reconoció—. Es verdad. Y seguí viéndolo durante un tiempo mientras tú y yo estuvimos juntos.

—Debí parpadear en ese momento —ironicé—. No recuerdo que estuviéramos *juntos*.

—No bromees con eso —pidió en voz muy baja.

La expresión de su rostro detuvo en seco mi escarnio. En otra época de mi vida habría dado un par de años por ver esa mirada en la cara de Jake.

—Siento algo por Paul, pero no se podría describir ni remotamente lo que hay entre Paul y yo como amor. No de la forma que alguien como tú usa la palabra.

Sentí de manera horripilante que me ardían los ojos.

—¿Y cómo la usaría? —pregunté.

—Del mismo modo que yo —respondió simplemente.

Le di la espalda. De ninguna manera —de ninguna jodida manera— iba a derramar otra lágrima por él. Me dirigí a la ventana y miré hacia abajo, a la calle, notando vagamente que estaba vacía, que se estaba haciendo tarde, que empezaban a encenderse las farolas.

Jake se acercó a mí. No me tocó, pero podía sentirlo por todo el cuerpo, sentir su calor, su... urgencia.

—Daría casi cualquier cosa para recuperar lo que teníamos —aseguró—. Y sabes por qué.

En realidad, no. Aunque ambos sabíamos a qué *cosas* no renunciaría. Pero cerré los ojos, sin ofrecer resistencia alguna cuando me rodeó con sus brazos.

## Capítulo Veintidós

Dejamos las luces encendidas, un resplandor aderezado que proyectaba unas sombras poco amenazantes. Era extraño y familiar. Dulce y amargo. Aterrador y, sí, tranquilizador. Porque nos conocíamos, más allá de las palabras, cuando nos comunicábamos con el lenguaje de las manos y las bocas, nos conocíamos. Siempre nos habíamos conocido. Nuestros cuerpos encajaban perfectamente, al principio nos mecimos suavemente al unísono, de forma natural, despacio, recibiendo y ofreciendo consuelo.

Jake gimió, rodó hasta quedar boca arriba, llevándome con él, acomodándome sobre su cuerpo largo y ancho, haciendo presión sobre mi excitación atrapada entre nuestros cuerpos estrechamente unidos mientras empujaba con fuerza contra mí. Se sentía tan bien —caliente, estremecedor y desenfrenado—. Nos retorcíamos, contorsionándonos, presionando vientre contra vientre con movimientos circulares. Él era pura ferocidad, todo músculo, nervio y hueso. Puse las manos en sus hombros, alzándome sobre las palmas de mis manos, echándome hacia atrás, metiéndolo en lo más profundo de mi cuerpo. Sus manos se aferraron a mis caderas, impulsándome.

Me sentía tan bien.

Tan *bien*...

Jake llegó primero, gritando, agarrándome con fuerza, sacudiendo las caderas contra mí, con la cara enterrada en mi pecho. Sus mejillas estaban húmedas. Debajo de las pestañas. ¿Lágrimas? La idea dibujó en mi cara una sonrisa sombría. Lo más probable era que fuera sudor. Yo llegué un momento después, derramando entre nosotros chorros pegajosos, mojando nuestros cuerpos ya húmedos. Me desplomé encima de él, sintiendo el zumbido de su aliento vacilante contra mi oído.

Pequeñas luces brillantes destellaban en mis ojos, y una vez más tuve la sensación de volar... como si estuviera flotando en el aire a bordo de un galeón pirata, navegando vertiginosamente a través de las estrellas y las nubes, descendiendo en picado por encima de mares centelleantes como en la atracción de Peter Pan en Disneyland —emprendiendo el vuelo hacia el país de Nunca Jamás—. Probablemente nunca debería haberlo hecho; sentía en los oídos los latidos excesivamente fuertes de mi corazón, demasiado grande para mi pecho, pero ya estaba hecho y no me arrepentía.

Sonreí vagamente ante los ojos de tigre de Jake. Me besó: un beso suave y dulce como el almíbar; luego me rodeó con sus brazos, haciéndome girar hasta quedar de costado, y se pegó a mi espalda, envolviéndome por completo tiernamente.

*Segunda estrella a la derecha y todo recto hasta el amanecer...*

\* \* \* \* \*

Estuvimos dormitando, luego despertamos y volvimos a unirnos, pero fue algo apacible y tierno, así que la opresión en el pecho y las palpitaciones en la garganta eran fruto de la emoción, nada más. Algo peligrosamente cercano a la felicidad, pero... no. Porque incluso quieto y satisfecho, sabía que era la calma antes de la tormenta. Pero era agradable fingir que eran los viejos tiempos, que Jake no tenía una esposa y otra vida, que no tenía que volver a casa en una hora más o menos. Que las cosas aún podían funcionar entre nosotros. Era agradable yacer ahí, besándonos, acariciándonos y explorándonos el uno al otro como si no conociéramos los contornos del cuerpo del otro, trazando con los dedos y la palma de la mano la tersa piel satinada.

La mano que había estado acariciando sin prisas mi costado casi se detuvo. Próximo a la furia, exclamó:

—Dios, estás muy delgado. ¿Qué te pasa, Adrien?

Batí las pestañas, interpretando a la Bacall de su Bogie.

—Nada que no puedas arreglar.

Soltó un reticente bufido de risa, su mano exploradora bajando directa a mis nalgas. Me pellizcó y me sobresalté, luego frotó la zona para aliviar el dolor.

—Cabrón —espeté.

—Sí —reconoció.

Descansamos un rato, él acariciando mi culo.

—Aun así guapísimo —murmuró—. El hombre más guapo que he conocido.

Me reí entre dientes sin mucho humor. No era más guapo que Paul Kane, a menos que estuviéramos hablando de belleza interior. Estaba bastante seguro de que era más bello por dentro que Paul Kane. Al menos así lo esperaba.

Giré la cabeza sobre la almohada y él me miró con curiosidad. Le confesé:

—Mi corazón está peor. Tengo que operarme.

El rostro de Jake se congeló.

—¿Cuándo? —quiso saber. Su tono pastoso y reticente.

Sacudí la cabeza.

—Aún no he hablado con el cirujano. Debería ser pronto, creo.

Había inhalado profundamente cuando le dije que no había hablado con el cirujano. Soltó el aire con cuidado y preguntó:

—¿Qué coño estás esperando?

Sonreí pensando en lo extraño que resultaba que él fuera la única persona en el mundo a la que le podía decir esto.

—Estoy asustado.

Me estaba mirando con fijeza.



—Ni hablar. Nunca he conocido a nadie con más agallas que tú.

—No le tenemos miedo a las mismas cosas —aseguré.

Su cara se tensó y desvió la mirada hacia la ventana. Hacia la noche más allá de esa habitación.

Acaricié con los nudillos el áspero terciopelo de su mandíbula.

—Todo el mundo corre riesgos, Jake. Tú lo haces. Estás corriendo un riesgo enorme ahora mismo.

No hablé.

Levanté la mirada al techo. Ninguno de los dos dijo nada durante un tiempo.

Luego se inclinó sobre mí y me besó en la frente, su boca descendió hasta el puente de mi nariz... mi boca (de forma prolongada)... mi barbilla... el hueco debajo de mi oreja... el pulso en la base de mi garganta... mi esternón. Mi corazón latía suave y regularmente bajo su contacto. Me besó. Sus labios eran suaves como pétalos de rosa, su aliento cálido sobre mi piel.

—No te arriesgues con esto, Adrien —susurró.

No respondí. Le acaricié la cabeza, sintiendo la sedosa suavidad de su pelo bajo mis dedos. Después de un tiempo, mi quietud debió haberse comunicado con él. Se apartó, estudiándome.

—¿Qué?

—Lo sabes —aseveré finalmente—. Aunque no estuvieras seguro antes, ahora lo sabes.

—No quiero hablar de eso. Esto es lo que importa en este momento. Tú y yo.

—Tú y yo estamos juntos ahora por causa de Paul Kane.

—No.

—Vamos, Jake. ¿Cómo coño se supone que vamos a ignorar el asesinato? Nos ha manipulado en cada paso del camino.

Meneó la cabeza.

—Estás equivocado. —Sus ojos brillaron—. Acerca de todo esto.

—Nada más tiene sentido. ¿Cómo podría haber introducido el veneno en la copa otra persona? Hacer que le entregara la copa a Porter es exactamente su sentido del humor, así como meterme a hacer preguntas que cualquier policía podría haber formulado.

—¿Dónde habría conseguido la digitoxina? —Por su rápida pregunta, podía afirmar que había meditado al respecto. Claro que lo había hecho, tenía instinto para este tipo de cosas. El instinto del cazador.

Me encogí de hombros.

—No lo sé, pero sé que es mucho más importante demostrar cómo fue introducido el veneno en la copa de Porter que de dónde salió el veneno. La digitoxina pudo haber sido adquirida de muchas maneras diferentes, pero en realidad solo dos personas pudieron envenenar la bebida de Porter. Paul y yo. No fui yo.

—No fue Paul.

No dije nada.

—Y se supone que Paul mató a Jones por la autobiografía que estaba escribiendo. ¿Es así? —conjeturó Jake con tono irritado.

—Estoy casi seguro de que tiene algo que ver con la muerte de Langley Hawthorne.

—Esa es una rotunda y disparatada especulación tuya.

—Jake. ¿Quién más tenía motivos para deshacerse de Porter? El hombre se estaba muriendo.

—Si Jones sabía que se había cometido un asesinato, ¿por qué lo encubrió durante todos estos años?

—No lo sé. Puede que desconociera lo que sabía. Es decir, es posible que no se diera cuenta de que había algo incriminatorio en lo que recordaba

de la noche en que murió Hawthorne.

—¿Estás haciendo *suposiciones*, por el amor de Dios!

—Sí, lo estoy haciendo, pero nada más tiene sentido. O no lo ves o...

—¿O qué? —preguntó sin alterarse.

—Lo ves, pero no puedes arrestarlo sin reconocer tu homosexualidad.

Y en lo que a ti respecta, es lo mismo que suicidarse.

Emitió un sonido de impaciencia.

—Ni siquiera puedes darte el lujo de contrariarlo porque te tiene contra las cuerdas. Él lo sabe y le excita. Es el tipo de juego que le gusta. En ese sentido me recuerda a mi viejo amigo Rob. Con la salvedad de que tiene un lado cruel que Rob nunca tuvo —opiné.

Jake ignoró el inciso.

—¿Estás sugiriendo que Paul me está chantajeando?

Nuestros ojos se encontraron. Estaba muy enfadado, pero me sentía extrañamente impasible ante su ira.

—No creo que sea tan torpe como para ponerlo en palabras, pero ambos sabéis cuál es tu posición. Sabe lo que estás dispuesto a sacrificar...

—¿Crees que permitiría que escapara de una acusación de asesinato solo para evitar que me sacara del armario?

—Pero no crees que haya cometido un asesinato —señalé—. Ni siquiera vas a considerar esa posibilidad, ¿verdad? Así que eso soluciona el problema.

Se incorporó y se sentó en un lado de la cama.

—Esa es la gran opinión que tienes de mí. No es de extrañar que no quisieras verme estos dos años.

Abrí la boca para refutarlo, pero, de modo indirecto, tenía razón.

—El verdadero problema para ti es qué pasará a continuación. Si se sale con la suya en esto; si January muere o no puede recordar lo que pasó y

Paul se libra de la acusación de asesinato, si tú se lo permites, básicamente le estás dando carta blanca sobre ti. Y quién sabe qué favor te pedirá a continuación. Tal vez te pida que te deshagas de mí —sugerí.

—Qué gracioso —replicó con voz ronca.

En realidad, no.

—Aunque esté totalmente equivocado y no haya matado a Porter, aunque sea totalmente parcial, estás en una posición peligrosa con él. Me di cuenta —creo que tú también lo hiciste— el domingo pasado cuando montó ese pequeño cuadro viviente con los tres. Le gusta tirar de tu cadena.

—Estás diciendo chorradas. —Pero seguía sin poder enfrentarme.

—Es arrogante y cruel. —Por supuesto, tal vez ahí residiera la atracción. ¿Qué sabía yo?

Durante un tiempo ninguno de nosotros habló. Al final, Jake me miró por encima del hombro.

—¿Qué sugieres?

Me senté.

—Sal del armario. Elimina su influencia sobre ti.

—¿*Salir*? —Sus facciones se tensaron—. No tienes ni idea de lo que estás hablando.

—Si eliminas la influencia...

No me dejó terminar.

—¿Tienes idea de cómo son las cosas ahí fuera para un policía gay?

Oh, hombre, estaban tocando nuestra canción.

—¿No depende eso del policía?

Salió de la cama y cruzó la habitación, poniéndose la ropa.

—Jesús, eres un ingenuo. Ya es bastante difícil hacer este trabajo sin convertirte en un paria entre tus compañeros oficiales. Viste al capullo de Alonzo en plena acción hoy ahí fuera, ¿no? Y ni siquiera lo sabe. Solo lo

*sospecha.*

—De acuerdo, soy un ingenuo —acepté—. Pero creía que si cedías ante un chantaje te convertías en encubridor. O cómplice o lo que sea. No solo estás considerando comprometer una investigación, sino que estás contemplando la posibilidad de dejar que un asesino salga libre.

—¡Paul no es un asesino!

¿Estaban mis celos de Paul y Jake cegándome a la realidad?

¿Deformando mi visión de los acontecimientos? ¿Era yo el que estaba viendo lo que quería ver?

—Estoy seguro de que sabes que es un chantajista.

No respondió.

Bueno, joder. Todos soportamos algún pequeño chantaje emocional de vez en cuando, ¿no?

Era un poco raro que Jake, que generalmente veía el mundo en blanco y negro —en todos los sentidos posibles—, hubiera contraído súbitamente una ceguera nocturna en relación a este asunto. Comprendía su miedo —de veras—, pero al mismo tiempo me sentía decepcionado. E indignado.

Abotonándose la camisa con rapidez —actuando a la perfección en modo huida—, sentenció con voz entrecortada:

—No es solo el trabajo. Es mi familia.

—No puedo ayudarte. —Pensé en todos los pequeños compromisos que había aceptado a lo largo de los años, la lista de damas elegibles que había escoltado a distintas reuniones sociales por guardar las apariencias —por el bien de mi madre—. Pero nunca había intentado negar quién era, no tenía la fuerza o la energía necesaria para mantener el tipo de engaño que él había vivido toda su vida.

—Mi padre. Mis hermanos. Estoy *casado*, por el amor de Dios.

—Oh, sí —espeté secamente—. Siempre se me olvida.

Se detuvo.

—Vale —dijo, su mirada encontrándose con la mía—, pero ¿de qué coño habría servido lo que he pasado estos dos años, si al final lo tirara todo por el retrete? Si alguien debe comprenderlo, ese eres tú.

Todavía estaba tratando de entender eso cuando se fue.

## Capítulo Veintitrés

—¿No bebes nada? —preguntó Paul.

—Por el momento, no —respondí.

Una sonrisa íntima tiró de la comisura de sus sensuales labios.

Estábamos sentados en el Café Del Rey en una mesa con vistas al puerto deportivo. Los yates cabeceaban suavemente en el agua azul medianoche. Algunas estrellas solitarias destellaban en el cielo azul medianoche. Una mujer joven con un acento del medio oeste se acercó a nuestra mesa y le pidió un autógrafo a Paul. Firmó el pequeño folleto de *Starline Tours* que llevaba.

—Ya ves —le dijo—. *Hay* estrellas de cine dondequiera que mires en California.

Ella rio con gran alegría y charlaron unos minutos más. Él era indefectiblemente cortés.

—Admito que me sorprendió un poco recibir tu llamada —comentó Paul, de nuevo dirigiéndose hacia mí sin vacilar—. No es que no sea siempre un placer. —Sus ojos parecían brillar con ese regocijo interior. Una vez más, me pregunté qué había visto Jake en él. Seguía pensando que era guapísimo, pero poseía una belleza extraña y peligrosa. Habría pensado que era demasiado exótico para Jake. Pero quizá solo quería pensar eso.

No había tenido noticias de Jake desde el viernes por la noche, cuando había huido de mi casa como una criatura de la noche con toda una aldea de fanáticos blandiendo antorchas pisándole los talones. No había tenido noticias de nadie. Nadie había intentado arrestarme, ni siquiera interrogarme. Ahora era sábado por la noche.

La última vez que había llamado al hospital había sido esa tarde. El estado de January según los partes era crítico, pero estable.

—¿Te sorprendió? —pregunté—. No puedo creer que algo te sorprenda.

—Tú —contestó (esto estaba sacado directamente de sus películas)—. Tú fuiste una sorpresa.

Escupí el agua y él frunció sus cejas beis.

—Lo siento.

—No, yo lo siento —me disculpé, aunque evidentemente no era así—. En realidad, me preguntaba qué es lo que quieres que haga a continuación.

Volvió a fruncir sus cejas beis.

—¿Qué quiero...?

—Bueno, el caso no está cerrado. ¿Cuál debería ser mi próximo paso?

—¿Tu próximo...? —Dejó que su voz se desvaneciera, añadiendo pensativo—: Supongo que el caso *no* está cerrado. Interesante. —De repente, se rio entre dientes—. Bueno, tendré que consultar a las estrellas. —Guiñó un ojo—. A las otras estrellas. ¿Sabías que tengo sangre gitana?

—No lo sabía.

—Por el lado de mi abuela materna. —Extendió una mano, la palma hacia arriba—. Leeré tu futuro.

—En otra ocasión.

—Venga. —Le divertía mi renuencia.

—¿No debería cruzar la palma de tu mano con plata?

Se encogió de hombros.

—Somos amigos. Es gratis. —Cogió mi mano y la giró suavemente hasta quedar con la palma hacia arriba.

—Aquí está la línea de la vida. —Trazó una línea con la uña del pulgar de mitad de la palma hacia abajo y se detuvo—. Oh, Dios. —Arqueó sus cejas y me lanzó una sardónica mirada de condolencia.

Traté de apartar la mano, pero él se echó a reír.



—Te estoy tomando el pelo, querido amigo. Tienes una línea de vida común y corriente. Por el contrario, la línea del amor... —Sacudió la cabeza, con los ojos llenos de malvada diversión, y soltó mi mano.

Alargué la mano para coger mi vaso, las gotas frías por la condensación en mi palma —lavando la sensación de sus dedos, lavando cualquiera que fuera el sino que había fingido ver en las líneas de mi mano—. Bebí un sorbo de agua helada y dejé el vaso.

—¿Sabes que Nina ha sido liberada? No han podido descubrir cómo consiguió verter el veneno en la copa de Porter.

—Sí, ya lo había oído —admitió con indiferencia. Levantó su cóctel, una mezcla que se llamaba Admiral's Tea. Le gustaban las bebidas dulces y aromatizadas—. Supongo que Ally será la siguiente.

—¿Supones que será Ally?

Clavó su mirada en la mía.

—Supongo que la policía la está vigilando estrechamente como posible sospechosa.

—¡Oh! —Me reí entre dientes—. Pensé que querías decir... bueno, la gente que te rodea ha ido cayendo a un ritmo alarmante.

Me miró fijamente.

—Ya sabrás del ataque a Al January —hablé con gravedad.

—Por supuesto. —Continuó mirándome con fijeza—. Una tragedia.

—Espero que no —dije—. Espero que se recupere.

Se lamió los labios.

Sonreí confiadamente.

—De acuerdo, tu interés originario en esta investigación era el mismo que el mío. En su mayoría. Ninguno de los dos quería ser sospechoso en una investigación de asesinato...

—Y ese fin lo alcanzaste maravillosamente bien —me aseguró Paul—.

Ninguno de los dos es sospechoso.

—¿No lo somos? —Arqueé las cejas, reflejando su propio gesto elegante de sorpresa—. ¿Y si la policía no arresta a Ally? ¿Y si buscan en otras direcciones? Solo quedamos Valarie, tú y yo. Después de haber sido apaleado, Al prácticamente queda fuera de la carrera.

—El ataque contra Al podría no tener nada que ver con la muerte de Porter. Una vez me dijo que cometían una gran cantidad de delitos en el vecindario.

—Jake puede reorientar con éxito esa línea de investigación, pero creo que no cabe duda de que el ataque a Al está relacionado con la muerte de Porter.

Bebió un sorbo de su copa y no dijo nada.

—La influencia de Jake solo se extenderá hasta ahí —expliqué—. Alguien será arrestado y finalmente juzgado por el asesinato de Porter. El Departamento de Policía de Los Ángeles ve con malos ojos los homicidios, incluso entre los ricos y famosos.

Me lanzó otra de esas miradas largas y vivarachas.

—Tienes toda la razón —estuvo de acuerdo—. Esto no va a desaparecer por sí solo. De hecho... sí, es el momento perfecto. Voy a celebrar una pequeña fiesta en el «Pirate's Gambit» mañana. Solo asistirán unos cuantos amigos. ¿Por qué no te unes a nosotros? Podrás hacer eso que se te da tan bien. Husmear.

—¿Es eso lo que se me da bien? —me mofé—. Estaba seguro de que Jake me pondría notas más altas en... bueno... otras cosas.

Sus ojos —de un azul glacial— se clavaron en los míos. Luego sonrió.

—Dieces en todos los ámbitos, te lo aseguro. Planeo seducirte yo mismo.

—Planeo permitírtelo —afirmé—. Pero tal vez mañana podamos

charlar un poco más sobre los preparativos de la película basada en *El crimen siempre es descubierto*.

—¿Sabes, Adrien?, puede que eso no vaya a ser tan fácil ahora. Porter la iba a financiar y Al estaba escribiendo el guión... —explicó lentamente.

—Oh, yo puedo escribir el guión —le aseguré alegremente—. Y estoy seguro de que conseguirás el dinero en algún lugar. —Alcé las cejas ante la expresión que pasó rauda por su cara—. ¿No?

Sonrió, y tuve que parpadear ante el resplandor de sus ojos luminosos y todos esos dientes.

—Ah, sí —aceptó Paul—. Voy conseguir lo que sea necesario.

\* \* \* \* \*

Cuando regresé a Intriga y Misterio, encontré al gato moribundo por fuera de la entrada lateral.

Por poco lo piso; estaba oscuro y yo estaba enfrascado en mis propios pensamientos. Organizar tu propio asesinato no te deja con una sensación muy agradable.

Oí un maullido débil y vi el destello claro de su forma justo antes de bajar la bota.

Me arrodillé y pude ver bajo las tenues luces de seguridad que su escuálida anatomía estaba surcada de marcas oscuras, sus costados angostos moviéndose rápidamente arriba y abajo. Parecía plano, como un gato de dibujos animados después de haber sido atropellado.

—¿Qué te pasó? —susurré.

No esperaba una respuesta, pero maulló afligido.

—Debe ser una broma. ¿No te lo dije? —Lo había informado. Me levanté, entré y corrí escaleras arriba. Si el maldito gato lo hubiera planeado, difícilmente habría encontrado un peor momento. Cogí una toalla del armario y volví apresuradamente a la planta baja, deteniéndome detrás del mostrador

el tiempo suficiente para buscar la dirección de la clínica de animales de guardia más cercana.

Había un lugar en Colorado Boulevard que se suponía que estaba abierto desde las seis de la tarde hasta las ocho de la mañana. Los llamé; aún estaban trabajando y admitían pacientes. Les di las gracias y salí a ver si el paciente seguía vivo.

Todavía respiraba, lo que siempre es una buena señal.

Con tanta suavidad como me fue posible, lo levanté, lo coloqué sobre la toalla, envolviéndolo con ella, y lo metí en mi coche. Me dirigí a la clínica de urgencias, el gato ronroneando en el asiento a mi lado.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó el joven de la recepción cuando toalla y gato fueron llevados a una habitación de atrás.

—Eh ... John Tomkins —contesté.

—Es diferente —dijo el recepcionista, anotándolo

—Era un pirata —expliqué—. Me refiero a Tomkins. No sé el gato. ¿Tienes idea de cuánto tiempo puede durar esto? —Necesitaba llamar a Jake antes de que fuera demasiado tarde.

Negó con la cabeza, su expresión amable y comprensiva.

Me senté a esperar, cogiendo un ejemplar maltratado de la revista *Cat Fancy*. Solo el *nombre...* yo no era —nunca me había considerado— un amante de los gatos. Y no pensaba empezar serlo ahora. Sin embargo, ahí estaba yo, mirando el reloj y leyendo un artículo sobre la nutrición de los gatos jóvenes.

Después de unos diez minutos, salió el veterinario.

—Parece que un perro lo atacó.

No podía imaginar dónde habría encontrado Tomkins un perro con el que meterse.

—¿Está... eh?

Esperó.

Hice un gesto que debería haber representado la vida, aunque también podría significar «qué se supone que debo hacer ahora».

—Está vivo —comentó el veterinario, sorprendiéndome lo aliviado que me sentí. Me dije a mí mismo que se debía principalmente a que no quería oír lo que Natalie diría sobre el ataque sufrido por el maldito gato.

El alivio se desvaneció tras la estela de una factura de novecientos dólares por las pruebas, los rayos X, los puntos de sutura, etc. La única buena noticia era que el Sr. Tomkins iba a pasar allí la noche, así que no me sentiría tentado de estrangularlo.

Recuperé mi toalla y mi tarjeta de crédito manchadas de sangre, les di las buenas noches y regresé a Intriga y Misterio.

Para entonces eran las once y media, demasiado tarde para llamar a amigos casados a su casa, pero no tenía elección.

Llamé a Jake a su móvil. Saltó directamente el contestador.

—¿Puedes llamarme cuando escuches esto? Es... —¿Una cuestión de vida o muerte? No quería ser melodramático, pero así era. Y no sobre eso—. Urgente —terminé diciendo.

Colgué y bajé las escaleras para comprobar la puerta de seguridad y todas las cerraduras, burlándome de mi propia inquietud. ¿Por qué seguía poniéndome en estas situaciones cuando era obvio que me asustaban muchísimo?

Cuando regresé a la planta alta, el teléfono estaba sonando. Lo descolgué.

—¿Qué pasa? —preguntó Jake. Su voz sonaba áspera por el sueño, pero parecía estar alerta.

—No te va a gustar.

—Dime algo que no sepa.

—Planeo ir a navegar con Paul Kane mañana. Estoy seguro de que va a intentar matarme.

Se produjo un silencio muy largo, y luego Jake espetó:

—Él tendrá que coger número.

—Mira... —De pronto, no se me ocurría qué decir. Era consciente de lo que le estaba pidiendo, lo había sabido incluso antes de tratar de convertirme en cebo, y sabía que era pedir demasiado.

—No podías dejarlo estar, ¿verdad? —dijo Jake, y pude percibir su furia, aunque mantuvo la voz baja.

—¿Un asesinato? No, no podía dejar de lado un asesinato, Jake. Y te diré algo: no sé si sería seguro para mí dejarlo estar, porque tu novio ha decidido que el asesinato es la forma más rápida y fácil de resolver sus problemas.

—Sandeces.

—Bien. Si estoy equivocado, daré un agradable paseo en barco y volveré algo borracho y ligeramente bronceado. Pero si tengo razón...

—¿Crees que te va a atacar a plena luz del día? Habrá tripulación a bordo, por el amor de Dios.

—La casa estaba llena de gente en la fiesta de Laurel Canyon. No creo que las multitudes lo intimiden. Además no creo que planee dispararme. Necesita que parezca otro accidente. Intentará empujarme por la borda o por las escaleras o algo por el estilo. Poner algo en mi copa quizá.

—Es casi tan brillante como tu plan. ¿Cuál es tu plan, por cierto? Más allá de conseguir que te maten —preguntó Jake en tono ahogado.

—Es algo sumamente sencillo. Tú también vienes. Le impides que me mate. Y luego lo arrestas.

—¿Por intento de asesinato? ¿Cómo coño...? —Bajó abruptamente la voz—. Aunque lo atrapara intentando eliminarte, ¿cómo demuestra eso lo

demás?

—¿Por qué intentaría matarme si no fuera porque...?

—Puedo pensar en una docena de razones —contestó Jake.

—Eso duele —repliqué después de una pausa. Estaba bromeando — algo así—, tenía que ser una buena señal, ¿no? Añadí—: De todos modos, pienso llevar un micrófono. Compré algo de equipo en Radio Shack... —Me detuve. Se estaba riendo.

Era una de esas risas jadeantes y casi silenciosas de Patán. Cuando logró hablar, sonó ligeramente histérico.

—Estás loco —espetó—. ¿Cómo es que nunca lo había notado?

—No estoy loco. Esto es muy simple, realmente sencillo. Siempre y cuando no me mate, es infalible.

—Escúchame atentamente. No subas a ese jodido barco mañana. No voy a respaldarte en esto. No voy a permitir que me manipules más de lo que se lo voy a permitir a Paul. ¿Crees que no sé lo que estás intentando hacer? —inquirió en voz muy baja.

Bien, eso me dejó desconcertado. Hablando de razonamientos retorcidos.

—¿Crees que todo esto es para que salgas del armario?

—Eso es lo que me estás pidiendo. Y sabes —*tú sabes*— que *no puedo* hacerlo. Que *no voy* a hacerlo.

—¿Prefieres que salga impunemente del asesinato?

—*¡No mató a nadie!*

Tras ese grito, ambos guardamos silencio.

Lo oí cubrir el receptor y hablar con alguien, luego volvió a estar en línea.

—Tengo que irme. Hablaremos de esto más tarde. No—repito—, no subas a ese barco. No hagas nada estúpido. ¿Lo entiendes?

Le entendía. Y le creía.

—Jake... —No estaba seguro de cómo decir esto—. He puesto algo en marcha que ahora no puedo parar. Va a venir a por mí, y sería mejor para mí si pudiera controlar las circunstancias.

—¿Crees que un barco en medio del océano es controlar las circunstancias? —Su voz temblaba tanto por la ira como por algo que no se identificaba con tanta facilidad—. Acabas de decirme que tu corazón está peor, y tú montas este circo. ¿Has perdido la jodida cabeza?

A estas alturas era obvio que se trataba de una pregunta retórica.

Tratando de mantener la paciencia, dije:

—De esta forma sé dónde y sé cuándo va a intentarlo. No volveré a tener esa oportunidad. Después de mañana no tendré ningún control sobre ello. Y si no aparezco, sabrá que sé...

Me cortó, y casi no reconocí esa voz baja como la de Jake.

—Sé que estás tratando de hacer lo correcto. Sé que en parte es culpa mía por dejar que Paul te metiera en esto. Pero te pido... —Su tono se hizo aún más bajo—. Te suplico, Adrien. No lo hagas. Hay pocas cosas que no haría por ti, pero no me pidas esto. Esta vez no puedo ayudarte.

—No se lo puedo pedir a nadie más, Jake.

El chasquido del receptor sonó suave, pero terminante en mi oído.



## Capítulo Veinticuatro

—¿De verdad no tienes intención de beber o comer nada durante toda la travesía? —preguntó Paul con indolencia.

Eran poco más de las nueve de la mañana y navegábamos en mar abierto. La niebla empezaba a desaparecer por el calor del sol. Iba a ser un día hermoso, pero aún hacía frío, el océano olía a sal, a lluvia y cosas hundidas en lo profundo del agitado agua verde. Paul y yo estábamos sentados en la cubierta de intemperie del «Pirate's Gambit». En una mesa situada entre nosotros había una bandeja de desayuno con los platos dispuestos de forma apetecible. Había unos rollitos de tortilla al horno —con jamón, queso y champiñones—, fruta fresca, magdalenas. Me sentía más tentado por la cafetera llena de café recién hecho.

—Probablemente coma algo más tarde —respondí.

Sonrió.

—Tendría que ser muy estúpido para envenenarte a bordo de mi propio barco.

—Sí, tendrías que serlo —estuve de acuerdo, y él se rio entre dientes.

Estábamos solos. Cuando llegué al puerto deportivo, Paul me dijo que había cancelado la fiesta.

—Obviamente tienes algo en mente —había dicho—. De esta manera podemos conversar sin molestias.

Pero no habíamos charlado. Nos habíamos hecho a la mar. No me sentí particularmente tranquilo al ver al capitán de Paul coger el timón. Había tomado todas las precauciones posibles. Había hablado con Guy —estaba más indignado y furioso conmigo que Jake, si eso era posible—. Había tomado notas detalladas de mi teoría acerca de los motivos del asesinato de Porter Jones —¡caray!, había dejado por escrito todo lo que se me había

ocurrido que pudiera ayudar a procesar a Kane si las cosas salían mal— y se lo había enviado por correo esa mañana al Sr. Gracen para que lo abriera en caso de que muriera.

Claro que el simple hecho de recibir una comunicación como esa podría dar lugar a que el querido viejo Gracen la diñara, pero eso no tenía remedio. Si no tuviera éxito, si Kane era lo bastante estúpido —estaba lo bastante desesperado— para tratar de matarme después de que le contara todas las precauciones que había tomado, al menos quería saber que el Departamento de Policía de Los Ángeles tendría causa suficiente para volver a investigar la muerte de Langley Hawthorne. Por no mencionar la mía.

Pero esperaba que no llegáramos a eso.

Y, cómo no, Paul había sido agradable y encantador durante la media hora, más o menos, que llevábamos juntos, conversando amablemente mientras disfrutaba de su desayuno.

Pero al fin terminó de comer, sacudió cuidadosamente las migas de magdalena de sus manos, dejó el plato a un lado y me estudió con esos ojos vivarachos y divertidos.

—¿Sabes?, realmente no creo que estés aquí planeando un pequeño intento de chantaje. —Su boca se crispó—. Tengo que decir, sin embargo, que serías muy bueno actuando. Tu actuación en el café anoche fue brillante. —Imitándome, repitió—: *¡Puedo escribir yo mismo el guión!* —Meneó la cabeza—. Qué gran giro cómico.

Tengo que admitir que no esperaba esta franqueza relajada.

—Si no crees que vaya a intentar chantajearte, ¿qué crees que estoy haciendo aquí? —pregunté con cautela.

—¿Además de haber visto demasiadas películas de detectives? Creo que quieres respuestas. Creo que tienes una curiosidad insaciable. Y no me importa responder a tus preguntas. No podrás demostrar nada. No hay

pruebas. Ahora. Y me gustas, Adrien. — Arqueó una de sus elegantes cejas —. Me gustas mucho.

Por extraño que parezca, esa era la primera cosa aterradora que había dicho. Fue como encontrarse una cobra enroscada a los pies de tu saco de dormir. Afirmé —ni siquiera fue una suposición—:

—Destruiste las memorias de Porter.

—Sí. —Lo dijo sin demora, como si le fueran a dar puntos en un concurso.

—Pero ¿por qué matarlo?

—Porque sabía por qué había destruido el manuscrito. Fue un error por mi parte. Debería haberlo pospuesto.

—¿Sabía que asesinaste a Langley Hawthorne?

—Solo para que conste —alzó las cejas como si con ello se asegurara de que ambos lo entendiéramos—, no asesiné a Langley. Su muerte fue un accidente.

—Entonces, ¿por qué no fue reportado como un accidente?

—Porque habíamos estado discutiendo y supongo que me sentía culpable. Sabía que sería sospechoso de su muerte. Me había hablado de su testamento. Estaba empeñado en que Nina y yo nos casáramos, y por supuesto ni Nina ni yo teníamos deseo alguno de casarnos. Éramos jóvenes, pero no estúpidos.

—Entonces, ¿qué pasó?

—Estábamos peleando. Langley se apartó y se dio contra la barandilla. Cayó al agua y debió de golpearse en la cabeza. Cuando lo saqué, estaba muerto. Porter apareció cuando trataba de resucitarlo. Me estaba poniendo nervioso —muchísimo—. Fue idea de Porter... volver a tirar a Langley y recrear el descubrimiento del cuerpo. Luego me proporcionó una coartada para el momento en que murió Langley.

Lo había hecho parecer tan simple, tan plausible, que tardé un momento en pensar en lo obvio.

—¿Por qué haría algo así?

—Porque era mi amigo y porque sabía exactamente cómo lo verían las autoridades. Lo hizo para ayudarme —no se podía hacer nada por el pobre y viejo Langley—. Y *fue* un accidente —aseguró de mal talante.

—¿Y en sus memorias Porter describió lo que había ocurrido realmente?

Paul asintió.

—Quería dejar las cosas claras. Limpiar su conciencia. No es que su conciencia no estuviera totalmente limpia.

Quizá fuera así, quizá no. Pero seguía pensando que la historia de Langley Hawthorne cayendo por la barandilla y ahogándose convenientemente antes de que la ayuda llegara era un poco extraña. ¿Cuánto jodido tiempo le había llevado a Kane sacarlo de la mar? ¿Por qué no había pedido ayuda a gritos inmediatamente? Tal vez Porter también había empezado a pensar que la historia de Kane era un poco extraña mientras reexaminaba su pasado.

—Porter no podía —o no quería— entender que ahora había tanto peligro para mí como entonces si la verdad de la muerte de Langley saliera a la luz —agregó Paul.

—Así que envenenaste al amigo que te ayudó cuando más lo necesitabas... —dije.

Me interrumpió.

—Porter se estaba muriendo. Tenía cáncer de páncreas. ¿Tienes idea de lo dolorosa que es esa muerte?

—*Oh* —exclamé—. Le hiciste un favor.

Entornó los ojos.

—En realidad, lo hice. Fue rápido, relativamente indoloro y lo pilló por sorpresa. Francamente, no fue una mala muerte. Créeme, no he ganado nada con la pérdida de Porter como amigo y socio.

Podía ver con bastante claridad cómo iba a acabar esto. Solo esperaba que Kane estuviera hablando en voz lo bastante alta para que la captara el pequeño dispositivo de grabación que llevaba debajo de mi camisa.

—Entonces, ¿por qué meterme en esto? —pregunté—. Comprar los derechos de mi libro... ¿de qué iba eso?

Dejó caer las pestañas y luego, de repente, abrió los ojos y me sonrió. La belleza de esa sonrisa me desconcertó ligeramente.

—Siempre he sentido curiosidad por ti: mi rival desconocido por el afecto de Jake. —Su sonrisa era de autoburla—. Pero entonces se casó y rompió contigo.

—¿Pero no contigo?

—No por mucho tiempo. —Me miró a la cara—. Después de casarse, nos acercamos. Mucho más. Una noche bebió demasiado y empezó a hablar de ti. Y decidí organizar una reunión contigo por los derechos del libro. Me gusta el libro, por cierto, pero no creo que sea especialmente comercial.

El golpe más duro de todos.

—¿Por qué coño me metiste en la investigación del asesinato?

—¿No lo disfrutaste?

Abrí la boca y luego la cerré. Se rio entre dientes.

—Por supuesto que sí. Y yo disfruté enormemente observándote... y observando a Jake.

Si había tenido alguna duda antes, eso la disipó. Podía hablar de accidentes, de pánico y de hacer favores a viejos amigos, pero era frío, calculador y cruel. Un sociópata. Sin conciencia, sin remordimientos, sin empatía. De hecho, pensé que era posible que hubiera ahogado a su propia

hija. Me preguntaba si alguien había investigado ese accidente.

—¿Y Al January? —pregunté con cuidado.

—Puedes asumir tú la responsabilidad por eso —respondió—. No sé por qué carajo tuviste que meter a Al en esto. ¿Qué creías que iba a pasar cuando comenzaste a preguntarle sobre las memorias de Langley y Porter?

Ahí me había pillado. Odiaba pensar que podría ser el responsable de la muerte de Al. Si conseguía salir de esta con vida, iba a asegurarme por completo de no involucrarme nunca en otra investigación criminal.

—Así que Al te llamó y te dijo que había estado haciendo preguntas acerca de las memorias de Porter, lo que le había hecho pensar... porque la verdad es que solo una persona pudo haber envenenado con facilidad la bebida de Porter, y eras tú. Fue un bonito detalle que me dieras la copa de Porter para que se la entregara —dije.

—Así lo creí. Aunque no lo planeé —admitió—. Simplemente sucedió. En realidad, pensé que podrías bebértelo. Estuvo junto a tu copa por lo que pareció una eternidad. —Sonrió—. Pero tuviste mucho cuidado de no tocarla, y realmente no podía dejar que Porter siguiera quejándose por su obra maestra perdida.

Un escalofrío bajó por mi espina dorsal cuando me di cuenta de lo cerca que había estado de morir esa tarde. Podría haber terminado todo allí; Jake habría aparecido y se habría encontrado conmigo como su caso de homicidio.

Y Kane se habría salido con la suya.

—Así que corriste hasta la casa de Al, le diste un porrazo en la cabeza... —conjeturé.

—Al parecer, no lo bastante fuerte, pero incluso si Al sobreviviera, después de lesiones traumáticas en la cabeza a menudo la víctima no recuerda las horas anteriores, podría haber olvidado el día completo.

—¡Bueno, solo cabe esperar! —dije, incapaz de contenerme de copiar su tono jovial. Su sonrisa era extraña.

—¿Alguna otra pregunta? Probablemente te estás *muriendo* por saber de dónde saqué la digitoxina, ¿no?

—¿Nina se dejó un viejo frasco después de la última fiesta en la que trabajó para ti?

Parecía apenado.

—Por supuesto que no. Qué idea más extraña. No. Un antiguo amante se las dejó. Por cierto, guardé esas píldoras durante casi tres años. Tenía la sensación de que me serían útiles en algún momento. —Y la mirada en sus ojos provocó otro de esos escalofríos por mi espina dorsal—. ¿Alguna otra pregunta? —inquirió con delicadeza.

—Solo me pregunto qué haremos ahora.

—¿Quieres decir que no tienes ninguna idea? ¿Ni una? ¿No llevas un micrófono debajo del suéter? ¿No llevas la Webley de tu abuela escondida en la pretina de tus vaqueros?

No moví ni un músculo.

Muy por encima de nosotros, una gaviota descendía lentamente en picado, graznando. Pensé que nunca olvidaría el calor y el brillo del sol, ni el olor a sal en el aire: esos eran el sonido y el sabor de la traición.

Kane se rio.

—Por supuesto que los llevas. Bueno, eso reduce nuestras opciones un poco. Si estuvieras dispuesto a jugar... pero no lo estás. Te sientes obligado y estás decidido a verme ante la justicia, ¿no? Sin importar las consecuencias para... todos. Incluido tú.

No creo que hubiera podido moverme aunque mi vida dependiera de ello —y probablemente lo hiciera—.

—Así que déjame decirte lo que tengo planeado para ti. Voy a calmar

una última curiosidad, la curiosidad sobre lo que nos atrae a hombres como Jake y yo. Siempre te lo has preguntado, ¿verdad?

Alzó las cejas ante mi falta de respuesta.

—Por supuesto que lo has hecho. Cualquiera lo haría. Es otro misterio y te encantan los misterios. Te has preguntado sobre este mundo secreto: el mundo del dolor exquisito compartido por hombres que confían unos en los otros —que confían en el otro más allá de lo que cualquier persona de fuera es capaz de entender—. Hombres que lo comparten... todo.

—Incluyendo las condenas consecutivas —tercié.

Sonrió y, por extraño que parezca, esa sonrisa engolada me recordó la ilustración de Foxy Odiosi del ejemplar que tenía de pequeño de *Chicken Little*. Y por qué ese pensamiento había pasado por mi mente, me golpeó: probablemente estaba en estado de shock.

—No seas tan jodidamente desagradecido, Adrien. Te ofrezco iniciarte en tantos placeres carnales como jamás has imaginado. Hay una habitación bajo la cubierta. —Bajó la mirada hacia la cubierta de teca bajo nuestros pies—. Una habitación muy especial para huéspedes muy especiales. Pasaremos horas allí abajo, tú y yo; te lo mostraré todo, te lo enseñaré todo, o tanto como tu corazón pueda soportar.

—Voy a pasar —repliqué. Una vez pronunciadas las palabras, me pareció una desafortunada forma de hablar.

—No querrás pasar. No cuando sepas quién está esperándonos bajo la cubierta.

Tragué saliva.

—¿Cuántos intentos tengo? —pregunté. Me asombró lo tranquilo que sonaba. No me sentía tranquilo. Me sentía muerto. Lo más probable era que lo estuviera, aunque saliera vivo de ese barco. Algo había muerto dentro de mí en el mismo instante en que me di cuenta de que Jake le había contado a



Paul Kane mis planes.

Pensé en esa concienzuda carta que le había escrito a mi abogado, haciendo todo lo posible por mantener a Jake al margen. De hecho, era gracioso.

—Bueno, iba a ser una sorpresa —anunció Paul con pesar—, pero veo que va a ser necesario un poco de persuasión.

Se levantó con movimientos ágiles y gráciles, y tocó la campana de bronce del barco que colgaba a nuestra espalda. Hubo movimiento por encima de nosotros. Miré hacia arriba. El capitán apareció en el puente. Paul dio el aviso de fin de peligro por señas y éste se alejó de nuevo.

Me preguntaba cuánto le había pagado Paul Kane; ¿cuán desesperado estaba por conservar su trabajo?

Hubo pisadas detrás de nosotros; las tablas de la terraza vibraron. Me volví y vi a Jake entrar en la cubierta.

—Me temo que te salió el tiro por la culata —comentó Paul, observando mi rostro—. Jake me llamó anoche después de que le contaras tu alocado plan para hacerme caer en una trampa. Tienes cierta inclinación por lo dramático, Adrien. Reconozco tu mérito.

Me obligué a mirar a Jake. Su rostro se veía... atormentado. Me miró brevemente y luego apartó la mirada. Toda su atención puesta en Paul Kane.

—Sin embargo, he de decir que aunque este tipo de cosas funciona en los libros o en la pequeña pantalla, en el mundo real nunca te hubiera confiado ni una sola palabra si Jake y yo no lo hubiéramos preparado todo de antemano. Aunque, lo admito, disfruté representando esta pequeña escena. Estabas siendo *tan* ingenioso. Fue un placer verte en acción.

—¿*Mi* plan no es realista? Sinceramente piensas que vas a atracar en el puerto con otra víctima de un fatal acciden... —dije.

—Cállate, Adrien —me espetó Jake inexpresivamente.

—Que. Te. Jodan —solté.

—No me estás entendiendo —me informó Paul—. Nosotros vamos a joderte a *ti*. Vamos a hacerlo por turnos una y otra y otra vez. Creo que con un poco de cooperación por tu parte podremos presentarnos ante las autoridades con un caso perfectamente legítimo de insuficiencia cardíaca. Va a ser bastante escandaloso, pero me gustan los escándalos. —Le guiñó un ojo a Jake—. Y tengo un amigo en el cuerpo que me ayudará a navegar por las aguas legales, por así decirlo.

Mi corazón latía con tanta fuerza que no estaba seguro de poder articular las palabras. Entonces, prorrumpí:

—Si ese es tu plan, entonces es que estás totalmente loco. ¿Alguna vez has oído hablar del ADN? ¿Alguna vez has oído hablar de...? —Me interrumpí cuando Jake sacó unas esposas. Me puse de pie, provocando el balanceo de la mesa fijada al suelo—. Jake —lo llamé con, para mi horror, voz temblorosa. No por temor; por el dolor, por la incredulidad. Estaba más allá de la ira. Creo que sentí algo cercano al horror al comprobar hasta dónde había llegado él.

En ningún momento me miró. Con una voz mecánica y sin vida, recitó:

—Paul Kane, queda arrestado por secuestro, intento de violación, intento de homicidio...

Paul se echó a reír.

Y algo pareció romperse dentro de Jake. Exclamó:

—¡Por el amor de Dios, Paul! ¿De verdad creías que me parecería bien el asesinato? Soy policía. He pasado toda mi vida adulta manteniendo el orden y haciendo cumplir la ley.

En el silencio que siguió a aquellas angustiadas palabras, otra gaviota descendió en picado, burlándose.

—No estás hablando en serio. —Paul parecía... herido—. James...

—No quería creerlo —añadió Jake—. No podía creerlo. Pero es verdad. Todas las jodidas cosas de las que te ha acusado son ciertas.

—Querido... —Paul extendió una mano temblorosa. Excesivamente teatral y melodramático, sin embargo, pensaba que estaba siendo absolutamente sincero. Le había dado en el corazón. O lo que sea que usara para sustituir a ese órgano.

Jake lo agarró, lo giró, preparándose para ponerle las esposas.

—No digas nada más, Paul. Espera a tu abogado.

Paul se agachó, librándose de la mano de Jake. Se giró, y estaba sosteniendo algo pequeño y metálico, que brillaba bajo la irregular luz del sol. Un arma. Una pequeña arma. Una pistola de cañón corto.

Apuntó directamente hacia mí y disparó.

Y en ese mismo momento Jake se puso delante de mí. Sentí su balanceo hacia atrás cuando la bala le alcanzó, un pequeño proyectil de metal perforando una carne cálida y viva; oí el disparo —como una clamorosa sentencia— y algo me golpeó con fuerza en el hombro izquierdo. Empecé a sentir pesado y entumecido mi brazo izquierdo.

Rápido. Muy rápido. Un estallido y ya estaba hecho.

Paul Kane se quedó allí, mirándonos boquiabierto. Su expresión de asombrado espanto habría sido cómica en otras circunstancias.

—James —susurró.

—¡Jake! —exclamé. La sangre empapaba su hombro derecho—.

¿Jake?

Arremetió contra él y tiró de un manotazo la pistola de la mano inmóvil de Paul. Resbaló por la cubierta y cayó con un repiqueteo por la escalera. Jake empujó a Paul hacia una de las tumbonas. Paul se desplomó en ella sin luchar. Jake se inclinó sobre él y lo esposó. Se enderezó. La sangre manchaba la parte delantera de su camisa, derramándose lentamente de un

agujero en la tela.

La cubierta se inclinó bajo mis pies y extendí la mano hacia la borda. Jake me agarró.

—Con cuidado —dijo. Sonaba muy tranquilo.

—Te disparó —comenté.

—Está bien. También te disparó a ti.

Miré hacia abajo y me sorprendí al ver que había sangre brotando de un agujero en lo alto de mi hombro, empapando mi suéter de tweed.

—Vaya. Lo hizo.

Jake miró detrás de mí; yo traté de hacerlo también.

—No te muevas —Era agradable sentirlo a mi espalda—. Aún tienes la bala dentro del hombro.

—¿En serio? —Todo el asunto parecía increíble. Miré su rostro, tratando de entenderlo. Parecía muy tranquilo. Adusto, pero tranquilo. Mantener la calma seguramente era lo mejor, pero no me hubiera importado alguna muestra de emoción por su parte en ese momento.

Me condujo a una de las tumbonas, se quitó la camisa con un gesto de dolor y presionó con ella mi hombro. Cogió mi mano derecha y la apretó contra la tela arrugada.

—Mantenlo presionado.

Había sangre en su mano —su propia sangre que seguía brotando de su herida—. No podía apartar la mirada de su hombro ensangrentado.

—Estás perdiendo mucha sangre. ¿Qué tan malherido estás? —pregunté débilmente.

—Viviré. —Sus ojos se encontraron con los míos. Parecían negros en su cara pálida.

Asentí.

—Te dije que era una mala idea —espetó.

—Por favor, no permitas que las últimas palabras que me dices sean *te lo dije* —supliqué.

—No te estás muriendo —aseguró en seguida.

Entonces nos dejó para subir al puente. Parecía que iba a estar fuera mucho tiempo.

—Tú hiciste esto. Tú lo causaste —me acusó Paul con amargura.

Cerré los ojos. Podía oír las gaviotas, las olas y el retumbar de los motores del barco. Después de un rato pensé que podríamos estar dando la vuelta.

Oí pasos en la cubierta, pero estaba muy cansado.

Incluso sin abrir los ojos sentí una sombra cernirse sobre mí. El perfume de la loción para después del afeitado *Le Male* se mezcló con el olor del océano y el diesel. Dedos tibios presionaron mi garganta.

—Escúchame. Aún tenemos una oportunidad —habló Paul con urgencia—. No es demasiado tarde para salvar la situación. Si permanecemos juntos. Y mantenemos la calma.

No obtuvo respuesta.

—*Piensa* en lo que estás haciendo —volvió a intentarlo Paul—. Este es un regalo de los dioses. Para los *dos*.

—Cállate, Paul. —Unos dedos acariciaron mi mejilla. Abrí los ojos.

—Déjalo morir —dijo Paul.

—No se está muriendo. —Jake sostuvo mi mirada—. No te estás muriendo.

Sacudí la cabeza, aunque tenía miedo de estar muriendo.

—La ayuda está en camino. Todo lo que tienes que hacer es aguantar.

—No tendrías una roca caliente, ¿verdad? —inquirí.

—¿Qué?

—Si envuelves una roca caliente en un pedazo de tela y luego la

presionas contra la herida, se supone que alivia el dolor.

—Las únicas piedras que traje son las que tengo en vez de cerebro. Nunca debí acceder a esto.

—No lo hiciste. —Cerré los ojos. Me empezaba a doler el hombro. Mucho. Traté de aliviar el dolor analizando mi estado. Náuseas, presión abrumadora en el pecho..., tal vez fuera mejor omitir el análisis.

Se puso de cuclillas junto a mí, tomándome en sus brazos. Su mano cubría la mía, apretando la camisa húmeda contra mi hombro mucho más fuerte que yo. Dejé que él se encargara y descansé la cara en la curva de su cuello. Respiré el aroma de su piel caliente por el sol mezclado con el sudor, la pólvora y el penetrante olor metálico de la sangre. Su corazón latía con rapidez por la descarga de adrenalina.

«No tengo que ser fuerte —pensé—. No tengo que ser valiente. Me estoy muriendo. Tengo derecho a mostrar flaqueza». Oculté mi rostro en su pecho, ahogando el grito de dolor que se me escapaba.

Podría ser peor. Podría estar muriendo solo.

O él podría haber vacilado. Aunque fuera por un momento.

El dolor se calmó un poco.

Podía oír a Paul aún hablando con urgencia, todavía suplicando por su propia vida con ese tono excesivamente teatral de niño bien.

—¿Por qué no puedes ver lo que esto significa para nosotros dos? Es una segunda oportunidad, nuestra última oportunidad. Es el destino. ¿Por qué estás luchando contra algo que es obvio que está destinado a suceder?

—Paul, una palabra más y volaré tu jodida cabeza —lo amenazó Jake por encima de mi cabeza.

Paul soltó una risa ahogada.

—Dios mío, eres un *idiota*.

Jake cambió de posición; esperaba que no fuera a cumplir su amenaza.

Levantó mi cabeza.

—¿Estás bien?

—Genial. —Había decidido vivir el tiempo suficiente para ver a Paul

Kane encerrado.

Su risa sonaba extraña.

El dolor volvió a aumentar.

Inclinó la cabeza y dijo contra mi oído:

—Aguanta.

Asentí y cerré los ojos.

## Capítulo Veinticinco

Borroso... techo. Había algo extraño en la luz. Algo espeluznante...  
Despegué los ojos. Parpadeé. Estaba en una habitación de hospital y Lisa estaba sentada junto a mi cama.

Parecía pequeña y agotada. No llevaba maquillaje; tenía mala cara y parecía que había envejecido de repente.

Me dolía el hombro. Lo sentía rígido y grueso por los vendajes. Cualquier movimiento me provocaba dolor. Me dolía el pecho. Mucho. Tomé conciencia de los tubos, de los cables y de unos suaves chasquidos y silbidos mecánicos. Estaba conectado a un conjunto de máquinas con luces parpadeantes y no parecía estar respirando por mí mismo. Me asusté. Mucho.

Debí moverme o hacer algún ruido porque la mirada de Lisa se desvió con una sacudida hasta mi cara. Parecía más asustada de lo que yo me sentía.

—Adrien... —Su voz, poco más que un susurro, tembló terriblemente.

Le guiñé un ojo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

Resultó tan agotador como un día completo de trabajo. Cerré los ojos.

\* \* \* \* \*

La siguiente vez que abrí los ojos había tarjetas y globos. Reconocí la obra artística de Emma en una gran hoja de cartulina de colores doblada. Creí reconocer a ese exultante monigote con el pelo negro puntiagudo, aunque había pasado mucho tiempo desde la última vez que me había sentido con ganas de saltar de alegría.

Aún me dolía todo, pero volvía a respirar por mí mismo. Mi madre estaba sentada junto a mi cama leyendo la revista *Vogue*. Iba impecablemente arreglada, como siempre, así que al parecer todo volvía a marchar bien en el universo.



—Creo que Em debería tener su propio caballo.

Lisa levantó la vista de la revista. Por un momento pareció luchar por mantener la compostura, luego replicó:

—¡Oh, Adrien! Se podría caer y romperse el cuello. —Se secó a toda prisa los ojos.

\* \* \* \* \*

Por extraño que pueda parecer, me llevó un tiempo recordar que me habían disparado a bordo del barco de Paul Kane. Estaba tan dopado que durante un día o dos pensé que seguía en el hospital con neumonía. Me dolía muchísimo el pecho y respirar era doloroso en extremo. Cualquier cosa suponía un esfuerzo. Incluso pensar resultaba agotador. Así que no lo hacía. Me escondí en un capullo de analgésicos y me negué a preocuparme por lo enfermo que estaba y lo que me deparaba el futuro.

Al parecer iba a tener un futuro, esa era la buena noticia, pero había sufrido un par de episodios cardíacos. Todos hablaban de manera vaga sobre esos «episodios». Deduje que no eran motivo de celebración, a pesar del cúmulo de tarjetas, flores y globos.

—¿Alguien recogió a mi gato? —le pregunté..., bueno, le pregunté a todo el mundo.

—Querido, Natalie está cuidando de esa cri... tu gato —me aseguró Lisa por cuarta vez.

Cerré los ojos..., pero sabía que necesitaba recordar algo. Que había olvidado algo...

Y fue entonces cuando los recuerdos volvieron de golpe: mi particular viaje de los condenados que había concluido con Paul Kane disparándome. Y me acordé de Jake.

Abrí los ojos otra vez.

—¿Jake está bien?

Lisa apretó su delicada mandíbula para evitar todas esas cosas que quería decir.

—Hasta donde yo sé —espetó tan lacónica como Jake.

—¿Puedes averiguarlo?

Soltó un pequeño suspiro enfurruñado.

—Sí. Lo averiguaré. —Observé cómo se armaba de valor para preguntar—: ¿Quieres verlo?

Era una pregunta razonable, pero sentí una especie de estremecimiento interno. Quería verlo. Y no quería. No así, parecía un proyecto científico de Emma, lleno de cables, tubos e intravenosas, además de un catéter y un tubo de oxígeno por la nariz.

Mirándome atentamente, mi madre —con esa misteriosa perspicuidad— dijo:

—Tal vez cuando te sientas bajo control.

Asentí, cerré los ojos, me fui a la deriva.

\* \* \* \* \*

—¿Qué coño es la tapioca? —pregunté, estudiándola en mi cuchara—. ¿Es una especie de arroz?

—No lo sé —respondió Guy—, pero si no tienes intención de pasar el resto de tu vida con una intravenosa, será mejor que te la comas.

—Normalmente no te amenazan por no comer el postre. No es que esto cuente realmente como postre.

Comí una cucharada.

Mirándome, Guy anunció:

—Tengo buenas noticias. Ese guionista, Al January, recuperó la conciencia. Creen que se va a recuperar.

Sentí que me quitaba un peso del pecho por el alivio.

—Gracias a Dios. Gracias por decírmelo.

Abrió la boca, pero contuvo el impulso de decir todo aquello que había estado deseando decir desde que recuperé la conciencia, las cosas que ya había dicho cuando le conté mi plan para atrapar a Paul Kane. En lugar de eso, me contó:

—Cuando estés en condiciones, la policía quiere tomarte declaración.

—Oh.

Su sonrisa fue un poco sombría en respuesta a mi tono.

—Lisa los ha mantenido a raya bajo la amenaza de órdenes y mandamientos judiciales y maldiciones que caerán sobre ellos y toda su progenie.

—¿Ella piensa... qué piensa?

Guy encogió un hombro.

—¿Qué les contó Jake?

—No tengo ni idea.

—Pero ¿*está* bien?

Las cejas negras de Guy se arquearon.

—¿Si *Jake* está bien? No se me ha ocurrido preguntar. —Después de un momento, añadió a regañadientes—: Le dieron el alta ayer.

Mi corazón dio una pequeña sacudida, pero fue una sensación diferente. Extraña. Aunque no podría haber explicado en qué sentido; ni siquiera estaba seguro de que no lo hubiera imaginado.

—¿Él..., qué pasó con Paul Kane? —En algunos de mis sueños inducidos por los medicamentos Jake le había disparado a Paul Kane para que guardara silencio. En otros, me había disparado a mí.

—¿Te refieres al asesino cabrón y psicótico que te disparó? Actualmente está en la cárcel ocupado planeando demandar al Departamento de Policía de Los Ángeles y alegando que le tendiste una trampa.

Me reí, ante lo que Guy dijo:

—Me alegra que creas que es gracioso.

—No es gracioso, no. —Hice una mueca—. Tenía todas esas ideas grandiosas de llevar a Kane ante la justicia. Ahora estoy agradecido de estar vivo. Agradecido de que Jake no...

No quería recordar esos largos minutos cuando creí que Jake me había tendido una trampa, que su miedo y paranoia lo habían conducido finalmente al asesinato.

—¿Lo dices porque le pediste que traicionara a su amante?

Sacudí la cabeza.

—Le pedí —insistí— que lo hiciera público. De ninguna manera podía arrestar a Paul Kane sin que su relación con él fuera revelada. No importaba si conseguía que Kane confesara o no. Como fuera, si Paul Kane se iba abajo, Jake lo haría con él. —Cerré los ojos—. Es una forma de hablar.

Era consciente de que Guy había apartado la bandeja de comida y volvía a estar sentado en una esquina de la cama.

—¿Cómo es Peter? —pregunté después de un rato, todavía descansando los ojos.

—Joven.

Sonreí ligeramente.

—Lo superará. —Después de un tiempo, comenté—: Tal vez no fui justo con Jake.

—¿No? —inquirió Guy con sequedad.

—No podía entender por qué...

—¿Quería que fuerais amigos si no ibais a estar juntos?

Eso era lo curioso de Guy. Siempre parecía saber lo que estaba pensando antes que yo. Asentí y moví la mano sobre la colcha. Su mano se deslizó bajo la mía, sus dedos rodeando cálidamente los míos.

—Quizá no fueras injusto. Puede que fuera más difícil para ti dejar ir

tus sueños. —sugirió. Su pulgar trazó ligeramente el pulso en mi muñeca. Luego, añadió suavemente—: Más difícil de lo que fue para mí.

Giré la mano y entrelacé mis dedos con los suyos.

\* \* \* \* \*

La siguiente vez que abrí los ojos Jake estaba allí.

Sonreí.

Debió ser un pésimo intento.

—No me quedaré mucho tiempo —anunció.

Parecía pálido y cansado. Había sombras azules debajo de sus ojos.

Tenía el brazo en un cabestrillo. Sí, yo tenía soporte vital y Jake un elegante cabestrillo; lo que era bastante normal dada nuestra trayectoria.

—No es como si tuviera que ir a alguna parte —dije.

—Creo que tu madre está llamando a los de seguridad mientras hablamos.

Debían de estar tomándose su tiempo porque tenía la impresión de que había estado sentado allí un rato. O puede que hubiera soñado que alguien me acariciaba el pelo.

—¿Cómo está tu hombro? —pregunté.

—No haré el primer lanzamiento en el estadio de los Dodger por ahora.

—Creí que ibas a cantar el himno nacional.

Para ser justos, no fue muy gracioso. Se aclaró la garganta y habló con brusquedad:

—Quería... gracias.

Mi boca tenía un sabor horrible y pegajoso. Como la tapioca. Tragué saliva.

—Claro. —Le volví a dedicar el esbozo de una sonrisa—. Igualmente.

No solo por evitar que Paul Kane alimentara conmigo a los peces. Me habían dicho que mi corazón se había detenido antes de llegar a puerto. Jake

me había mantenido vivo el tiempo suficiente para que los paramédicos hicieran su parte, sin duda con Paul Kane recordándole todas las razones por las que no debería molestarse.

Tenía aspecto de no haber dormido en días. Las arrugas alrededor de sus ojos tenían sus propias arrugas.

—¿Estás bien, Jake?

Parecía que sonreír le costaba trabajo.

—Eso debo decirlo yo. ¿Cómo estás? —Su mirada se desplazó por mi pecho y mi hombro vendados.

Comencé a encogerme de hombros, pero me acordé a tiempo.

—Bastante colocado. —Consideré su pregunta de mala gana—. No lo sé. Todo el mundo parece andar con pies de plomo alrededor del tema.

Y eso me estaba acojonando, aunque no quisiera admitirlo. Giré la cabeza y estudié los monitores y el equipo médico. Tuve pensamientos ingratos.

—Oye. —Volví a mirarle. Jake sostuvo mi mirada—. No saltarás edificios de un solo salto, pero por lo que tengo entendido se espera que recuperes el estado de antes de la operación.

Sus ojos no vacilaron, así pues me relajé un poco.

—¿Eso sería antes o después de que me dispararan?

Esbozó una burlona sonrisa torcida.

—Y siendo el tipo ahorrador que eres, sé que apreciarás el especial dos por uno que conseguiste. Remiendo de agujero de bala y reparación de válvula, todo por un precio realmente bajo.

Haciendo eco de sus palabras un día de noviembre de hace mucho tiempo, solté:

—Date una vuelta, compara precios, consigue la cirugía adecuada para ti.

Su sonrisa no llegó a sus ojos.

—Siento lo de Paul. Sé que te importaba —le aseguré tardíamente.

Asintió.

—¿Qué va a pasarle?

—Va a ser juzgado por homicidio e intento de asesinato. —Sus ojos se cruzaron con los míos y dijo con cuidado—: No van a hacer presión para incluir el intento de violación y el secuestro a menos que insistas.

Lo agradecía. No era un destino muy digno el que Paul había ideado para mí.

—Tienen mucho con que empaparlo —agregó Jake—. Aun sin el homicidio de Langley Hawthorne. Encontraron la digitoxina a bordo del «Pirate's Gambit».

Kane no era estúpido, así que tuvo que ser arrogancia. Y siempre se espera arrogancia de los reyes piratas. Y crueldad. Y osadía. Kane lo tenía todo, junto con una gran cantidad de otros dones divinos.

La sonrisa de Jake se desvaneció. Respiró hondo y anunció:

—Voy a dejar el Cuerpo.

Fue una sorpresa. No sabía qué decir.

—Es lo correcto —explicó—. Lo honorable. Las mentiras, la doble vida..., tenías razón. He comprometido mi posición.

A pesar de todo, seguía viendo las cosas en blanco y negro. Nadie se juzgaba con mayor severidad que Jake.

—¿Qué harás?

—Estoy pensando en entrar en el sector privado.

Una vez más, no se me ocurría nada que decir. No podía imaginarlo como... ¿qué?... ¿guardia de seguridad en un banco?, ¿conductor de coche blindado?

Ante mi silencio, sonrió tímidamente y añadió:

—Estaba pensando abrir mi propia agencia.

—¿Quieres decir como detective privado?

—Sí.

—Guau. Sam Spade.

Parecía irreal. No podía imaginar a Jake siendo otra cosa que no fuera policía.

Observaba mi expresión.

—No quiero bombardearte con demasiadas cosas a la vez.

—¿Hay más? —Sonreí, pero me sentía frío por dentro (como ese frío que te da después de una cirugía mayor).

—No sé si esto te importará o no. Quiero decir, si te importará de la misma forma que lo hacía antes.

Tragué en seco. Cerré los ojos para evitar que viera lo que sentía.

—Le he pedido a Kate el divorcio. Le dije la verdad. Se lo dije todo. Absolutamente todo —confesó con firmeza.

Apreté la mandíbula con fuerza.

—Hablé con mi familia. Les dije que soy homosexual.

Me dolía la mandíbula, pero no lograba impedir que las lágrimas brotaran tras mis pestañas y me hicieran sentir picor al bajar por mi cara.

—¿Aún significa algo para ti? —quiso saber.

Abrí los ojos. Vi su expresión a través del prisma de las lágrimas no derramadas, y tomé una enorme e inestable bocanada de aire.

—Sí —afirmé—. Significa algo.



## nota al pie de la página

1 - Misty watercolor memories en el original. Es una frase de la canción The way we were interpretada por Barbra Streisand, famosa por ser la pieza principal de la banda sonora de la película estadounidense Tal como éramos (The way we were, 1973). (N. del T.)

2 - The Newlywed Game (El juego del recién casado): concurso norteamericano de preguntas y respuestas al que acuden parejas de recién casados. (N. del T.)

3 - Captain Crunch en el original. Hace referencia al dibujo de un capitán pirata que es la imagen de unos cereales norteamericanos. (N. del T.)

4 - Siskel & Ebert eran dos críticos de cine que tenían un programa en un canal de televisión norteamericano. (N. del T.)

5 - The Metaphysical Mystical Tour was waiting to take me away! en el original: está parafraseando una estrofa de la canción The Magical Mystery Tour de los Beatles. (N. del T.)

6 -With lovers and friends I still can recall, some are dead and some are living en el original. Se trata de una estrofa de la canción In my life de los Beatles. (N. del T.)

7 - Solíamos ser amigos. (N. del T.)

8 - Comedia televisiva estadounidense emitida entre los años 1953 y

1965 sobre un padre de familia que trata de compaginar su trabajo en el mundo del espectáculo con su vida familiar. (N. del T.)

## **SOBRE EL AUTOR**

Una voz distinta en la ficción gay, el multigalardonado autor JOSH LANYON, lleva escribiendo misterio, aventura y romance gay desde hace más de una década. Además de numerosos cuentos, novelas cortas y novelas, Josh es autor de la aclamada serie Adrien English, que incluye ¡Qué diablos dices!, ganador del premio USABookNews para ficción GLBT en 2006. Josh también ha sido galardonado con el Premio Eppie y ha sido tres veces finalista del Premio Literario Lambda.

Encuentra otros títulos de Josh Lanyon en: <http://www.joshlanyon.com>  
[Twitter](#), [Facebook](#), [Goodreads](#), [Instagram](#) and [Tumblr](#).

Para más información sobre las obras de Josh Lanyon, por favor visita:  
<http://www.joshlanyon.com>

**Para extras y exclusivos, Únete a Josh en [Patreon](#).**

# **Muerte de un rey pirata: Los misterios de Adrien English, Libro 4**

Título original: *Death of a Pirate King: The Adrien English Mysteries,  
Book 4*

© 2011 Josh Lanyon.

Edición en español, Enero de 2018

Diseño de portada: L.C. Chase

Traducido por Traductores Anónimos

Todos los derechos reservados

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabaciones, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información sin el permiso por escrito de JustJoshin Publishing, Inc.

ISBN: 978-1-945802-83-6

Publicado en Estados Unidos de América

JustJoshin Publishing, Inc.

3053 Rancho Vista Blvd.

Suite 116

Palmdale, CA 93551

<http://www.joshlanyon.com>

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con personas vivas o muertas es pura coincidencia.